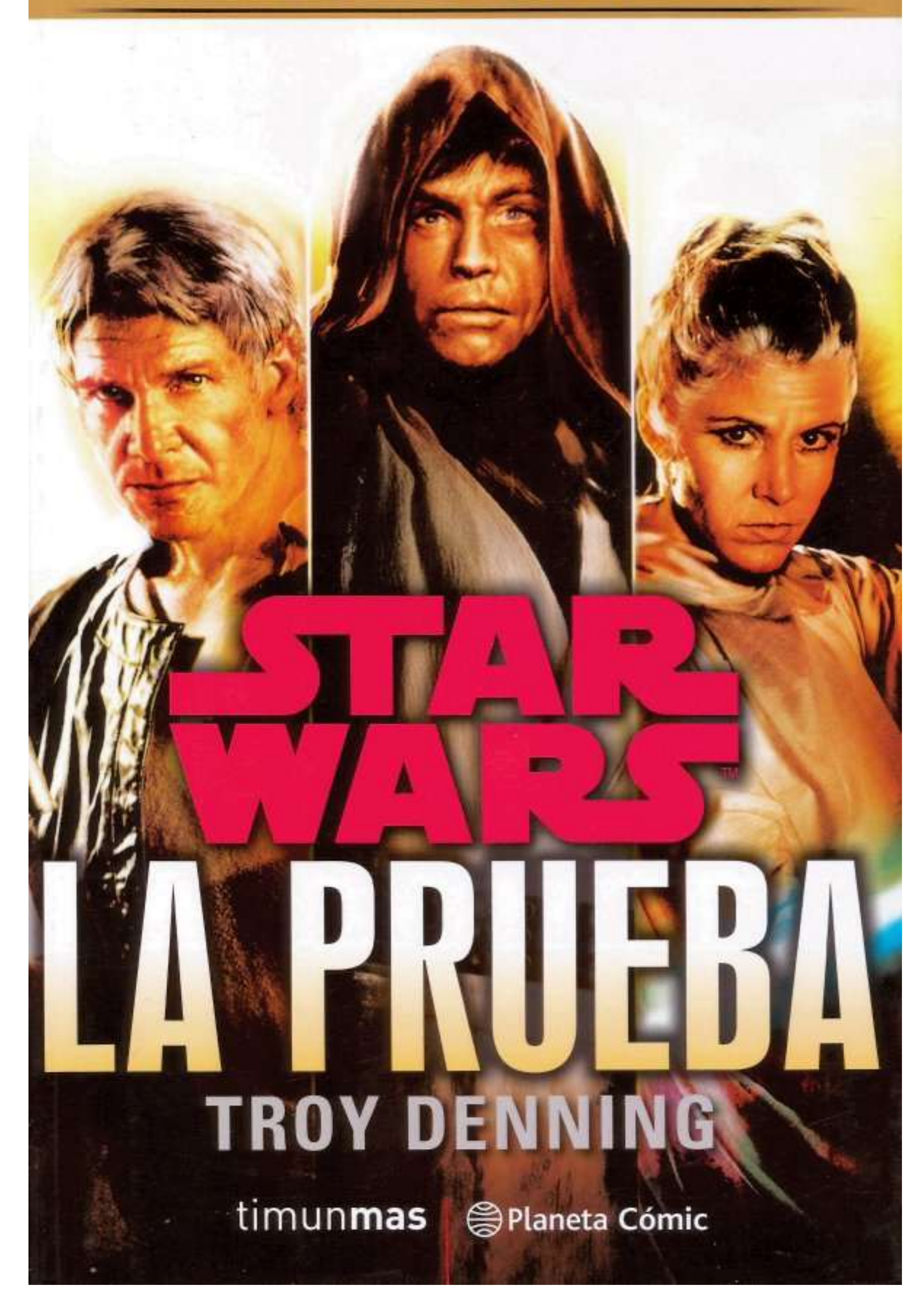

LEYENDAS
STAR WARS
LA PRUEBA
TROY DENNING
timunmas
Planeta Cómic

Viejos aliados se reúnen en una nueva misión, en la que Han, Leia, Luke y Lando combaten para salvar la galaxia del último intento de dominación hostil.



La prueba

Troy Denning



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Crucible*

Autor: Troy Denning

Arte de portada: Cliff Nielsen

Traducción: Albert Agut Iglesias

Publicación del original: 2013

 45 años después de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

25.04.18

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

HAN SOLO, LEIA ORGANA SOLO Y LUKE SKYWALKER REGRESAN EN UNA NUEVA AVENTURA DE STAR WARS, QUE LES PLANTEARÁ RETOS QUE JAMÁS HABÍAN ESPERADO… Y ALTERARÁ PARA SIEMPRE SU MANERA DE ENTENDER LA VIDA Y LA FUERZA.

Cuando Han y Leia Solo llegan a la mina de Lando Calrissian en el Borde Exterior para ayudarle a enfrentarse a un intento de compra hostil, su único objetivo es igualar la contienda y hacer prevalecer la ley. Después aparecen unos monstruosos alienígenas con un mensaje, y de las meras amenazas pasan a sabotajes violentos con infinidad de víctimas. Cuando el polvo se asienta, lo que empezó como un conflicto empresarial se transforma en una guerra con muchísimo en juego… y consecuencias enormemente letales.

Han, Leia y Luke se vuelven a lanzar a la aventura para derrotar a un peligroso adversario decidido a hacerse con el dominio de toda la galaxia. Aunque esta vez el enemigo no es el Imperio, sino un par de genios despiadados con un aliado letal y una venganza pendiente contra Han Solo. Cuando el dúo letal le atrapa, Han se ve en inferioridad numérica en una lucha a vida o muerte. Para salvarlos a él y a la galaxia, Luke y Leia deberán enfrentarse a traiciones, terrorismo y al incalculable poder de un enigmático artefacto capaz de doblegar el espacio, el tiempo y hasta la Fuerza misma en una pesadilla apocalíptica.

Para Marissa Hayday.
Que la Fuerza te acompañe en todas tus aventuras.

Agradecimientos

Muchas personas contribuyeron a este libro en mayor o menor medida. Me gustaría agradecérselo a todos, en particular a los siguientes: Andria Hayday, que siempre es la primera persona a la que recurro cuando busco ideas o quiero pulir un borrador. Sería imposible exagerar el valor de su aportación. Leland Chee, Keith Clayton, Pablo Hidalgo, Erich Schoeneweiss, Scott Shannon, Frank Parisi y Carol Roeder, por sus amables sugerencias; Shelly Shapiro y Jennifer Heddle, por todo, desde su increíble paciencia hasta sus perspicaces notas al manuscrito; Dave Eidoni, por sus ideas sobre monolitos; Kathy Lord, por su atención al detalle; mi agente, Matt Bialer, de Sanford J. Greenburger Associates, Inc.; a toda la gente de Lucasfilm y Del Rey que hace que escribir para *Star Wars* sea tan divertido; y, finalmente, a George Lucas, por compartir esa galaxia muy, muy lejana con todos nosotros.

Dramatis Personae

Ben Skywalker: Caballero Jedi (varón humano)
C-3PO: droide de protocolo
Craitheus Qreph: industrial (varón columi)
Dena Yus: administradora de refinería (biot humana)
Han Solo: capitán del *Halcón Milenario* (varón humano)
Lando Calrissian: industrial (varón humano)
Leia Organa Solo: Caballero Jedi (hembra humana)
Luke Skywalker: Gran Maestro Jedi (varón humano)
Marvid Qreph: industrial (varón columi)
Mirta Gev: comandante de la fuerza de seguridad mandaloriana (hembra humana)
Omad Kaeg: minero de asteroides (varón humano)
R2-D2: droide astromecánico
Savara Raine: apagafuegos (hembra humana)
Tahiri Veila: Caballero Jedi (hembra humana)

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana….

Uno

Con maleantes de todas las especies, desde los gran de tres ojos hasta los hekto de cuatro brazos, apiñados alrededor de la barra, a Han Solo el Ronto Rojo le recordaba la cantina de Mos Eisley; aquella en la que había conocido a Luke Skywalker y Obi-Wan Kenobi hacía tantos años. El humo era tan denso y verde que casi podía saborearlo y el camarero estaba sirviendo bebidas de una maraña de tubos y grifos más compleja que un hiperimpulsor. Había incluso una banda de biths sobre el escenario, aunque en lugar del habitual jatz acelerado, inundaban el local de un smazzo anticuado.

Normalmente, el bajo torrencial y el insistente cuernolamento le hacían pensar en tubos de refrigeración chocando, pero ahora lo estaba disfrutando, ¿por qué no? Aquel viaje prometía ser más una escapada de placer que una misión y estaba deseando volver a encontrarse con su viejo amigo Lando Calrissian.

—Esto no me gusta, Han —dijo Leia, alzando la voz entre la música—. No es propio de Lando retrasarse tanto.

Han se volvió para mirar al otro lado de la mesa, donde Leia estaba sentada con una copa medio vacía enfrente. Llevaba una chaqueta gris de artillero sobre un traje de piloto blanco y era, como siempre, la hembra más elegante del local… y, a pesar de algunas arrugas surgidas por reírse, la más bella. Apretó un tablero de control del borde de la mesa y el leve brillo amarillo de una pantalla de intimidad se elevó alrededor de ellos. La pantalla era un detalle extraño en un sitio como el Ronto Rojo, pero Han la agradeció al notar que la ensordecedora música se reducía a un repiqueteo apagado.

—Relájate —dijo—. ¿Cuándo ha fallado Lando a una cita?

—Exacto. Quizá el problema de los piratas sea más peligroso de lo que él creía —Leia señaló la entrada con la cabeza—. Echa un vistazo a ese minero de ahí. Su aura de Fuerza está llena de ansiedad.

Han siguió la mirada de Leia hasta un joven humano trigueño, vestido con unas botas gruesas cubiertas de polvo y un mono de molytex de minero de asteroides. Con la nariz solo lo bastante torcida para resultar elegante y una pistola bláster T-6 colgando a un lado, era evidente que el chico sabía defenderse. Aunque tampoco tenía pinta de perro callejero. Estaba plantado en la puerta, mirando de reojo hacia todos los rincones oscuros, perfilado a contraluz.

—No parece demasiado peligroso —dijo Han. Aun así, bajó una mano hacia su pistolera y abrió el cierre. Siendo Caballero Jedi, Leia sentía cosas mediante la Fuerza que Han no podía ni percibir y hacía mucho que había aprendido a confiar en los instintos de su mujer—. Probablemente solo sea un jefe de personal en busca de empleados.

La mirada del minero se detuvo en la mesa de los Solo. Les dedicó una gran sonrisa, le dijo algo al camarero y levantó tres dedos.

—Nos busca, Han —dijo Leia—. Debe de tener algo que ver con Lando.

—Es posible —admitió Han, aunque esperaba equivocarse. Las citas no atendidas y los mensajeros extraños nunca eran buena señal.

Cualquier duda sobre las intenciones del minero se desvaneció cuando el camarero le dio una botella de Reserva corelliana con tres vasos y vino hacia ellos. Han vio algo en su paso firme y sonrisa petulante que le erizó los nervios.

—Sea quien sea, no me gusta —dijo—. Está demasiado seguro de sí mismo.

Leia sonrió.

—Me recuerda a *ti* a su edad —dijo—. Me cae bien.

Han frunció el ceño, como sugiriendo que le convenía visitar al oculista, y el recién llegado ya estaba en su mesa, cruzando la pantalla de intimidad. Dejó los vasos sobre la mesa y abrió la botella.

—Espero que no les importe —dijo, sirviendo—. Siempre guardan una caja de Reserva para Lando y me ha parecido que lo preferirían al agua sucia que suelen servir por aquí.

—Pues ha acertado —dijo Leia, relajándose visiblemente tras la mención a Lando—. ¿A quién debo agradecérselo?

El minero se puso una mano sobre el pecho.

—Omad Kaeg, para servirles —dijo, inclinándose—. *Capitán* Omad Kaeg, dueño y operador del *Alegre Errante,* uno de los remolcadores de asteroides más viejos y provechosos de la Falla.

Han puso los ojos en blanco ante la pomposa presentación, pero Leia sonrió.

—Encantada de conocerle, capitán Kaeg —señaló la mesa—. ¿Quiere acompañarnos?

Kaeg volvió a dedicarles una sonrisa deslumbrante.

—Sería todo un honor.

En vez de sentarse en el asiento que Leia le había señalado, Kaeg se inclinó sobre la mesa para dejar su copa entre las sombras del fondo del reservado, en un intento evidente por colocarse donde pudiera tener la puerta controlada. Han se levantó rápidamente y dejó que Kaeg fuera hasta allí. Si un extraño quería colocarse en el fuego cruzado entre los Solo, Han no pensaba protestar.

—Bueno, ¿de qué conoce a Lando? —preguntó Han, sentándose—. ¿Y dónde anda?

—Conozco a Lando de la cooperativa de mineros… y, por supuesto, suministro a su refinería de asteroides en Sarnus —los ojos grises de Kaeg se deslizaron hasta la entrada, aún desierta, y volvieron a ellos—. Creo que está en la refinería. Como mínimo, es allí donde quiere verlos.

Han frunció el ceño.

—¿En Sarnus? —el planeta estaba en las profundidades de la Falla Chiloon, una de las nebulosas más densas y difíciles de navegar de la galaxia, cuyas verdaderas coordenadas seguían siendo objeto de debate—. ¿Cómo diantre espera que lo encontremos?

—Por eso me ha mandado a mí. Para ayudarles.

Kaeg bajó la mano hasta el bolsillo de su muslo, haciendo que Han desenfundase su bláster y se lo apuntase a la barriga por debajo de la mesa. No quería correr ningún riesgo.

Pero Kaeg solo buscaba un holopad portátil, que colocó sobre la mesa.

—Dejen que les muestre lo que se van a encontrar.

—¿Por qué no? —Han señaló el holopad con la mano libre.

Kaeg tecleó una orden en los controles y una franja de dos metros de sombras enrevesadas apareció encima del dispositivo. Con forma de cuña estrecha, la trenza de sombras parecía deshilachada en algunos puntos, con mechones sueltos azules colgando sobre la mesa picada y la bebida de Han.

—Esto, por supuesto, es un mapa de la Falla Chiloon —dijo Kaeg.

Introdujo otra orden y apareció una franja roja en el holograma, señalando la ubicación de la cantina en la Estación Borde, justo en los confines de la Falla. La franja se extendió rápidamente, hasta formar una línea, y empezaba a retorcerse entre las intrincadas volutas de plasma caliente que le daban a la Falla Chiloon su característica gama de tonos azules. Poco después se retorcía sobre sí misma en un enredo confuso que conducía vagamente al centro de la nebulosa.

—Y esta es la mejor ruta hasta la refinería de Lando en Sarnus —dijo Kaeg—. He hecho todo lo posible por respetar la fidelidad de los mapas, pero me temo que la última actualización es de hace dos días estándar.

—¿Dos *días*? —preguntó Han. Con tres tipos de plasma caliente rodando de aquí para allá a una velocidad cercana a la de la luz, las vías hiperespaciales del interior de la Falla solían abrirse y cerrarse rápidamente… a veces en cuestión de *horas*—. ¿Es todo lo que puede ofrecernos?

—Lo lamento, pero sí —dijo Kaeg—. Allí lo importante es tomárselo con calma y mucha cautela. Si saliesen de una vía hiperespacial y atravesaran una nube de plasma, achicharrarían todos los circuitos de su nave… incluidos los sensores de navegación.

—No me diga —masculló Han. Impactar con una bolsa de plasma era uno de los peligros básicos de volar por nebulosas y le pareció que Kaeg ponía demasiado empeño en asegurarse de que fueran conscientes de lo peligroso que era navegar por la Falla—. Gracias por avisarnos.

—De nada —Kaeg sonrió y dejó que su mirada volviera a vagar hasta la puerta de la cantina—. Los amigos de Lando Calrissian son mis amigos.

En vez de responder, Han miró a los ojos a Leia e inclinó la cabeza muy levemente hacia su acompañante. Ella asintió y se volvió hacia Kaeg. Después de cuarenta años juntos, sabía que entendería lo que estaba pensando… que algo no terminaba de encajar en la historia de Kaeg.

—Agradecemos su interés, capitán Kaeg —el tono de Leia fue cordial pero autoritario, un indicio claro de que estaba empleando la Fuerza para incitar a Kaeg a responder sinceramente—. Pero sigo sin entender por qué no ha venido Lando en persona. Cuando nos pidió que le echásemos una mano con el problema de la piratería en la Falla, insistió en que se encontraría personalmente con nosotros aquí, en el Ronto Rojo.

Kaeg se encogió de hombros.

—Lo siento, pero no me explicó su cambio de planes. En su mensaje solo me decía que viniera a buscarles y me asegurase de que lleguen hasta Sarnus —sin dejar de mirar la puerta, hizo una pausa y añadió en tono confiado—. Pero no les culpo por dudar. Este viaje podría ser muy peligroso, sobre todo a su edad.

—¿A nuestra *edad*? —Han se enfureció—. ¿Nos toma por viejos o qué?

Kaeg por fin apartó la vista de la entrada.

—Eh… ¿no? —contestó—. Es solo que, eh… bueno, en la Falla Chiloon se necesitan unos reflejos bastante rápidos.

—A eso se le llama *experiencia*, muchacho —dijo Han—. Algún día, usted también la tendrá… si vive lo suficiente.

—No pretendía ofender —dijo Kaeg, levantando las manos—. Solo me preocupa que vayan solos hasta allí.

—No deje que unas cuantas arrugas le engañen, capitán Kaeg —intervino Leia—. Sabemos cuidar de nosotros mismos.

Kaeg sacudió la cabeza, casi con desesperación.

—No diría eso si hubiera estado alguna vez dentro de la Falla. Es de esos sitios que nadie debería visitar sin guía la primera vez. El plasma imperante anula todas las transmisiones de señales-S, los transceptores de HoloRed no sirven de nada… y los transmisores de emergencia tampoco sirven de gran cosa.

—¿Y la FallaRed? —preguntó Han—. Semejante red de comunicación, ¿y me está diciendo que no funciona?

—La FallaRed funciona, pero es lenta. Una baliza puede necesitar una hora para transmitir una señal —Kaeg volvió a teclear en los controles del holopad y aparecieron multitud de puntitos blancos en el holomapa—. Y no es extraño que un mensaje pase por un millar de balizas hasta ser captado. Créanme, no hay lugar más solitario en toda la galaxia para perderse.

—Me sorprende que los recolectores de piedras se metan ahí —dijo Han—. No se me ocurre lugar peor para remolcar millones de toneladas en mineral.

—Es rentable —ignorando el sarcasmo de Han, o no percibiéndolo siquiera, Kaeg esbozó una amplia sonrisa—. Los saltimbanquis de la Falla son fantásticos, amigo. Hay más de los que nadie pueda contar y la mayoría son pesados y preciosos.

Con ese «saltimbanquis» Kaeg se refería a los asteroides, Han lo sabía. «Pesados y preciosos» en argot era sinónimo de alto contenido en metales preciosos. Según Lando, la Falla Chiloon contenía el campo de asteroides más abundante de la galaxia, con más saltimbanquis dignos de ser recolectados que en ningún otro sitio. Por desgracia, sus turbulentas nubes de plasma y una repentina plaga de piratas probablemente lo convertían también en el más peligroso.

—Por eso los piratas atacan a los remolcadores de asteroides en vez de a los convoyes de mineral filtrado —conjeturó Leia—. Los convoyes tienen escoltas de combate, mientras los remolcadores transportan todo ese valioso mineral solos, sin nadie a quien recurrir en caso de necesidad.

Kaeg asintió enérgicamente.

—Es terriblemente peligroso. Puedes mandar un mensaje y que te salgan canas mientras esperas la respuesta —hizo una mueca y añadió rápidamente—. Sin ánimo de ofender, por supuesto.

—Tranquilo —dijo Leia fríamente—. Pero con tantos remolcadores de asteroides allí, no me imagino a los piratas atacando una pequeña embarcación como el *Halcón*.

Aparentemente ajeno a la prueba a la que le estaban sometiendo, Kaeg se encogió de hombros y se inclinó hacia delante.

—¿Quién sabe? —dijo—. Aunque los piratas no se interesen por el *Halcón*, existen muchos otros peligros.

—Deje que lo adivine —medió Han—, ¿quiere garantizarnos un viaje seguro… a cambio de una tarifa justa?

—No les costaría demasiado convencerme de que les hiciera de guía, es verdad. Como he dicho, los amigos de Lando Calrissian son mis amigos.

—Es muy amable por su parte —Leia le dedicó una sonrisa tensa y Han volvió a saber qué estaba pensando. Ningún truco era demasiado rastrero para las bandas de piratas y uno de sus preferidos era infiltrar un saboteador a bordo de la nave que tenían como objetivo—. Pero *aún* no nos ha explicado por qué Lando no ha venido personalmente a nuestro encuentro.

—Sé tanto como ustedes —insistió Kaeg—. Ya se lo he dicho, no me dio más explicaciones.

Han se inclinó hacia Kaeg y le apuntó con un dedo.

—Mire, ahí es donde falla su historia. Lando no es de los que no se presenta a una cita sin dar explicaciones. Habría explicado el motivo.

Kaeg levantó las palmas de las manos, en fingida señal de rendición.

—Miren, les he contado todo lo que sé —se concentró en Leia—. Lando me mandó un mensaje breve. Imagino que no quiere que toda la Falla sepa qué se trae entre manos.

—¿Y por qué iban a saberlo? —preguntó Leia—. ¿Tiene por costumbre desvelar sus secretos?

Kaeg frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Ya se lo he dicho… Lando mandó el mensaje por la FallaRed.

—¿Y? —preguntó Han.

Kaeg lanzó un suspiro de exasperación.

—No entienden cómo funcionan las cosas por aquí —dijo—. La FallaRed es una red abierta… *abierta*, en un solo canal. Todos pueden oírla, no se encripta nada. Si el mensaje es encriptado, la baliza ni siquiera lo transmite. Así es muy difícil tener secretos, pero complica la vida a los piratas. No pueden coordinarse para un ataque en tropel si todo el mundo les oye por la FallaRed.

—¿Y funciona? —preguntó Han.

Kaeg agitó una mano.

—No es infalible. Los piratas encuentran otras maneras de organizarse. Pero es mejor que nada. Y a los demás nos ayuda a ubicarnos y no amontonar los remolcadores cada vez que se abre una vía hiperespacial buena.

Han se volvió hacia Leia.

—Tiene lógica.

—Hasta cierto punto —Leia no apartó la vista de Kaeg—. Pero ha puesto mucho empeño en que lo llevemos con nosotros y eso no tiene tanto sentido.

—Sí, lo sé —Han volvió a mirar a su compañero de mesa, visiblemente confuso—. ¿Desde cuándo los capitanes de remolcadores tienen tiempo para hacer trabajitos extra como guías turísticos?

La confusión desapareció de la cara de Kaeg.

—¿Es *eso* lo que les inquieta? —preguntó—. Mi remolcador lleva meses en el mecánico. Por eso Lando sabía que estaría aquí y me pidió que les trasladase su mensaje. Además, sinceramente, me vendría bien tener algo que hacer.

Han se lo pensó, finalmente asintió y enfundó su bláster.

—Quizá estamos siendo demasiado duros con el muchacho —dijo—. En definitiva, *sabe* que Lando tiene un Reserva corelliano a su disposición.

Leia siguió examinando la cara de Kaeg, sin duda escrutándolo con la Fuerza, y dijo:

—Me parece bien. Pero algo le preocupa.

—Sí —dijo Kaeg—. Me preocupa que no me dejen llevarlos hasta Sarnus —volvió a mirar la puerta—. Pero si no quieren mi ayuda, no dudo que sabrán usar el holomapa.

Hizo ademán de levantarse.

—No tan deprisa, muchacho —Han le agarró por el brazo—. Ha estado vigilando la puerta desde que llegó. ¿Espera a alguien?

—Ya no —dijo Kaeg, sin dejar de mirar la entrada de la cantina—. Si me disculpan, tengo cosas que hacer.

Han tiró del minero para hacerle sentar y siguió la dirección de su mirada hasta una figura verde, enorme y escamada que entraba en la cantina. El reptiloide era tan alto que tuvo que agacharse para cruzar la puerta y sus brazos eran tan gruesos que rozó ambos lados del marco. Su espinosa cresta craneal casi arañaba el techo y una enorme cola barría el suelo tras él.

La criatura se detuvo al entrar y sus pupilas verticales se dilataron hasta convertirse en diamantes, mientras sus ojos claros se adaptaban a la débil iluminación.

—¿Quién es *ese*? —preguntó Han, sin quitarle ojo al recién llegado.

—Nadie a quien quieran conocer —Kaeg se deslizó hasta el fondo del reservado y se acurrucó entre las sombras—. Un nargón.

—¿Qué son los nargones? —preguntó Leia—. No me suena esa especie.

—Qué suerte —dijo Kaeg, acurrucándose aún más en su asiento—. Mejor así.

—¿Le importaría explicarse? —preguntó Han—. Y, de paso, ¿por qué se esconde de ese?

Mientras Han hablaba, entraron otros dos nargones por la puerta, con sus manazas cerca de las fundas de rodilla de sus blásteres. Se colocaron a ambos lados del primero y empezaron a inspeccionar el interior de la cantina.

Kaeg tuvo la precaución de no mirarlos.

—¿Quién dice que me escondo?

—Muchacho, estaba esquivando cazarrecompensas antes de que sus abuelos se conocieran —mientras hablaba, la mirada del primer nargón llegó hasta su mesa y se detuvo—. Conozco los síntomas, así que conteste… o está solo.

Kaeg arqueó una ceja.

—¿Me ayudarían?

—Si de verdad es amigo de Lando —dijo Leia, con cautela—. Y si empieza a sincerarse con nosotros. Sí, le ayudaríamos.

El primer nargón le dijo algo a sus compañeros, que se dispersaron en distintas direcciones, uno hacia el fondo del bar y el otro suscitando miradas airadas mientras se abría paso hasta el rincón opuesto.

Kaeg tragó saliva.

—Trato hecho.

—Bien —dijo Han—. Cuéntenos qué sabe de los nargones —alargó la mano, tecleó en el holopad y el holomapa se disipó entre una lluvia de chispas—. Por ejemplo, ¿de dónde vienen?

—¿Qué sé yo? —dijo Kaeg—. No los había visto hasta que la nueva empresa los trajo, cuando peor estaba el problema con los piratas.

—¿Nueva empresa? —preguntó Han. No era ningún experto en la Falla Chiloon, pero sabía que los mineros solían ser agentes independientes cuyas familias llevaban generaciones en el negocio—. ¿*Qué* nueva empresa?

Kaeg torció los labios con asco.

—Tecnologías de Explotación Galáctica —dijo—. TEG. ¿La conocen?

Han no había oído hablar de TEG, pero no se molestó en pedir más detalles. Su atención estaba concentrada en la entrada, donde otras dos figuras acababan de cruzar la puerta. A diferencia de los nargones, aquella pareja no era de ninguna especie exótica. Con menos de dos metros de altura y unas espaldas no mucho más anchas que la suya, se trataba casi con toda seguridad de dos humanos. Aunque lucían armaduras completas de color y sólidos cascos de viseras opacas, lo que solo podía significar una cosa.

—¡Mandalorianos! —susurró Leia.

—Sí —Han detestaba a los mandalorianos. Siguiendo el ejemplo de su líder, Boba Fett, tenían la mala costumbre de vender sus habilidades de combate al mejor postor… y el mejor postor prácticamente siempre estaba en el bando contrario al suyo. Se volvió hacia Kaeg—. ¿Qué hacen aquí los mandos?

—Trabajan como seguridad de TEG. Son los controladores de los nargones —mientras hablaba, el primer nargón se inclinó para decirle algo al mandaloriano más

alto—. ¿Hay algún problema? Porque si no les gusta tratar con mandalorianos, van a tener que tratar con…

—Relájese, muchacho —dijo Han—. Nos las arreglamos con los mandos. Podemos tratar con *cualquiera* de este local.

Kaeg parecía dubitativo.

—Ya me lo dirá cuando haya descubierto cómo las gastan los nargones.

El primer nargón levantó una mano, señaló su reservado y se colocó tras los dos mandalorianos mientras estos cruzaban el local. Los ritmos apagados de la música smazzo seguían reverberando a través de la pantalla de intimidad, pero por lo demás la cantina parecía nerviosa y silenciosa. Viendo sus gestos de preocupación y que preferían mirar hacia otra parte, Han esperaba que los demás clientes se marchasen. En realidad, la mayoría no se movió de sus asientos y los mineros se volvieron para mirar mal al trío cuando pasaron junto a ellos.

—No parecen muy populares por aquí, ¿no? —comentó Han.

—A nadie le gustan los saltarrocas —dijo Kaeg—. Explotación Galáctica irrumpió con fuerza en el sector, con una flota de trituradores de asteroides gigantescos. El problema es que esas naves tan grandes no son lo bastante ágiles para navegar por la Falla. Y aunque lo fueran, la gente de TEG carece de olfato.

—¿Carece de olfato? —preguntó Leia.

Kaeg frunció el ceño.

—Allí necesitas un sexto sentido —dijo—. Ningún forastero huele las rocas buenas, ni se da cuenta de cuando una nueva vía está a punto de abrirse. No entienden cómo funciona la Falla.

—Y prefieren seguir a los mineros independientes —dijo Han—. Y aprovechar lo que ustedes encuentran.

Kaeg asintió.

—Aprovechar es una forma de decirlo. *Robarlo* podría ser otra.

—¿Y cuándo empezó eso? —preguntó Leia.

—Hará un año estándar. TEG apareció poco antes de que estallase el problema de la piratería a gran escala —la cara de Kaeg se nubló por la ira—. Y estamos bastante seguros de que TEG también compra a los piratas.

Leia lanzó una mirada a Han que sugería que aquel orden en los acontecimientos le resultaba tan sospechoso como a él.

—¿Por qué lo dice?

—¿De dónde más puedes sacar asteroides robados? —preguntó Kaeg—. TEG adquirió todas las pequeñas refinerías. Ahora mismo, su única competencia en la Falla es la empresa de Lando en Sarnus. Y Lando jamás compraría a los piratas.

Antes de que Han pudiera darle la razón, los mandalorianos llegaron con el nargón. Demasiado corpulento para pasar por la partición de intimidad, el reptiloide quedó a medio entrar, ajeno a la estática dorada que danzaba por sus escamas, y se colocó junto a

Leia. El mandaloriano más bajo, un tipo achaparrado en armadura amarilla, se acercó y se detuvo frente a Han, con una mano apoyada en su bláster enfundado.

El mandaloriano más alto colocó una silla frente a la mesa, delante de Kaeg, se quitó el casco y se sentó. Tenía el pelo negro y rizado, y una cara con cicatrices de quemaduras que parecía derretida por la parte izquierda. Apenas miró a los Solo, dejó el casco sobre la mesa, juntó las manos encima y se inclinó hacia Kaeg.

—¿Huyendo de tus acreedores, Kaeg? —preguntó—. Te creía más listo.

—No huyo de nadie, Scarn —la voz de Kaeg fue demasiado tensa para sonar natural—. Solo busco a alguien que me ofrezca un transporte para poder pagarte lo que te debo.

Un resoplido sonó dentro del casco del otro mandaloriano y Scarn puso mala cara.

—¿Por qué será que lo dudo?

—Mira, sabes lo que le hicieron esos piratas a mi remolcador —dijo Kaeg—. No podrá despegar de los muelles mecánicos hasta dentro de dos semanas, como mínimo.

Scarn se encogió de hombros.

—¿Y?

—Pues que volveré a por él —dijo Kaeg—. Pero necesitaré más créditos de los que tenía *antes* de nuestra partida de cartas para pagar las reparaciones. Me voy a Sarnus a cerrar unos asuntos. Y conseguir lo que te debo.

—¿Cerrar unos asuntos con Calrissian? —Scarn se rascó la barbilla el tiempo suficiente para fingir que se lo estaba pensando y negó con la cabeza—. No. Calrissian no nos gusta y nosotros no le gustamos a él. Lo haremos de otra manera.

—Esa es la única manera —dijo Kaeg—. No pienso daros el *Errante*… esa nave pertenece a mi familia desde hace doscientos años.

Kaeg metió la mano bajo la mesa sin disimular y Han intentó no inmutarse. Insinuar violencia solía ser mala idea cuando estabas en inferioridad numérica, pero al menos tenía mejores sensaciones respecto a la historia del muchacho. Entendía muy bien lo que eran las deudas de juego. Él mismo había tenido unas cuantas y la deuda explicaría que Kaeg tuviera tanto interés en marcharse de la Estación Borde.

Han apoyó una mano sobre su bláster enfundado e intentó parecer hastiado, como si los tiroteos con mandalorianos armados y apoyados por lagartos gigantes fueran lo más habitual para él… lo que, en realidad, tampoco era ninguna exageración.

El nargón siseó y empezó a sacar su bláster de la funda de su rodilla, pero Scarn detuvo al reptiloide con una señal con dos dedos.

—No hace falta que nadie resulte herido —la mitad sana de su cara le dedicó una sonrisa a Kaeg—. Lo último que quiero es ese cubo oxidado al que llamas remolcador de asteroides.

No estuvo muy claro si Kaeg frunció el ceño por la confusión o la ira.

—El *Errante* puede parecer poca cosa, pero es pura potencia —dijo—. Ha remolcado lunas hasta sacarlas de su órbita.

Scarn no parecía muy impresionado.

—Lo que tú digas. Pero se me ocurre una idea —alargó una mano hacia su subordinado mandaloriano—. ¿Jakal?

Jakal sacó un par de hojas de plastifino dobladas de un bolsillo de su cinturón multiusos y se las dio a Scarn.

Scarn desdobló las hojas y las empujó hacia Kaeg.

—Teniendo en cuenta la cuantía de la deuda, me parece más que justo.

Kaeg miró las hojas de plastifino con escepticismo, las recogió a regañadientes y empezó a leer. Scarn esperó con cara de hastío, como si el consentimiento del muchacho fuera irrelevante en realidad. Han no apartó la mano de la empuñadura de su bláster, atento al nargón que le miraba. El casco de Jakal giraba de lado a lado, sin quitar ojo al resto de mineros de la cantina, que observaban cautelosamente lo que sucedía en su mesa. Los otros dos nargones seguían haciendo guardia en rincones opuestos del local, golpeando las paredes con sus colas mientras observaban a la clientela. Pero nadie vigilaba a Leia, que probablemente era la persona más peligrosa de todo el Ronto Rojo.

Quizá la situación no fuera tan mala como parecía.

Kaeg no había pasado de la primera página cuando dejó de leer y miró al otro lado de la mesa.

—¿Explotación Galáctica quiere la parte de mi familia en la cooperativa minera?

Scarn asintió.

—Así es. Tú firmas la cesión de las acciones a TEG, TEG me paga a mí y la deuda queda saldada. Muy simple.

Kaeg parecía más perplejo que alarmado.

—¿Por qué?

Scarn se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que los jefes quieren entrar en vuestra pequeña cooperativa —dijo—. Quizá les preocupa que alguno de sus yates se encuentre en la necesidad de que alguien lo rescate, o repare, o lo que sea.

—Pueden pagar para hacerse miembros asociados —Kaeg tiró las hojas de plastifino al centro de la mesa—. No pienso cederos las acciones de un fundador. Me echarían de la Falla a patadas.

La expresión de Scarn se ensombreció.

—O pones el pulgar voluntariamente sobre el recuadro de verificación o Qizak te arrancará el brazo y lo hará por ti. Tú eliges.

El labio de Kaeg se estremeció en un tic nervioso, pero miró a los ojos del nargón y logró fingir calma.

—Para tu información, Qizak, si me tocas estás muerto. ¿Queda claro?

Qizak mostró un colmillo y miró a Scarn.

—*¿Ahora*, jefe?

Leia levantó una mano.

—Espera un momento, Qizak —su tono fue sereno y reconfortante, como siempre que hacía alguna sugerencia con la Fuerza—. No hay ninguna prisa.

El nargón se la quedó mirando, como si se estuviese planteando arrancarle los miembros uno a uno o la cabeza de un bocado.

Leia le ignoró y se concentró en Scarn.

—¿Cuánto debe Omad, *ver'alor*?

El ojo del lado bueno de la cara de Scarn la miró cuando usó la palabra mandaloriana para «teniente». Por su parte, el ojo del lado quemado apenas giró hacia ella, con su córnea cibernética emborronándose mientras ajustaba el foco.

Scarn estudió a Leia en silencio. Su mueca de desprecio parecía indicar que no sabía que se trataba de la Princesa Leia Organa Solo, hermana del Gran Maestro Jedi Luke Skywalker y famosa Caballero Jedi. Y si Scarn no había reconocido a Leia, también era muy probable que no supiera que su acompañante era Han Solo, uno de los mejores jugadores de cartas de la galaxia… alguien que sabía cómo se podía usar un ojo cibernético para hacer trampas en una partida de sabacc con apuestas elevadas contra un simple muchacho.

Finalmente, Scarn preguntó:

—¿Y a usted qué le importa? ¿Es su madre o algo así?

La mirada de Leia se endureció.

—O algo así —dijo—. Lo único que debe saber es que soy una amiga que quizá esté dispuesta a saldar la deuda… si me dice a cuánto asciende.

Leia señaló el contrato de traspaso y usó la Fuerza para hacer volar las dos hojas de plastifino hasta su mano.

Scarn quedó boquiabierto y miró rápidamente a Kaeg.

—Si crees que contratar a viejos despojos Jedi va a librarte de la deuda…

—No es exactamente un despojo —le cortó Kaeg—. Pero tendrás tu dinero, Scarn. Omad Kaeg no es de los que se esconden.

—No, pero es un poco simple —dijo Han. Miraba fijamente al ojo artificial de Scarn, pero habló para Kaeg—. Omad, la próxima vez que juegues al sabacc, asegúrate de no hacerlo contra nadie con un ojo cibernético. Hay un centenar de maneras distintas de programar esas cosas para hacer trampas.

La voz de Kaeg sonó airada.

—¿Tienes un ojo cibernético, Scarn?

—¿No te lo dijo? —Han sacudió la cabeza, sin dejar de mirar a Scarn—. Eso no está muy bien visto.

Scarn parecía cabreado.

—¿Me está llamando tramposo? —su tono fue exactamente el mismo que el de todos los tramposos que Han había conocido en su vida, una ira bien ensayada carente de verdadero asombro o confusión—. Usted ni siquiera estaba presente.

—No, pero Omad sí —mirando en todo momento a Scarn, Han señaló a Kaeg con la cabeza—. ¿Tú qué opinas, muchacho? ¿Jugó limpio o no?

Fue Leia quien respondió.

—Yo creo que *no* —sus ojos estaban clavados en las hojas de plastifino—. Omad, ¿un millón de créditos en una apuesta? ¿En serio?

—Necesitaba mucho dinero para las reparaciones —explicó Kaeg—. Y el sabacc se me suele dar muy bien.

—Oh, ya veo —dijo Han. Empezaba a preguntarse por lo oportuno que había sido el ataque pirata contra la nave del muchacho. Y a cabrearse—. Apuesto que los piratas te hicieron volver a la estación renqueando, que encontraste a alguien en un bar invitando a copas y hablando del idiota del mando que había en la trastienda.

—Pues sí —Kaeg parecía avergonzado—. ¿Cómo lo sabes?

—Es un truco viejísimo, Omad —la voz de Leia fue amable—. A Han se lo colaron varias veces.

—¿En serio? —preguntó Kaeg—. ¿A Han Solo?

—No hablemos de eso ahora —dijo Han. «Varias veces» era una exageración, pero sabía que Leia solo intentaba evitar que Kaeg se metiese en una reyerta que no le creía capaz de ganar. Pensando que probablemente ella tenía razón, volvió a mirar a Scarn—. Bueno, ahora que sabemos que la deuda no es lícita, ¿por qué no firma un reconocimiento de que queda saldada…?

—No hice trampas —dijo Scarn, quizá con demasiada insistencia. Levantó un pulgar hasta el lado quemado de su cara, se sacó el ojo cibernético y lo dejó con fuerza sobre la mesa—. Compruébelo usted mismo.

Han apenas miró aquella cosa.

—Prefiero examinar el ojo que usó en la partida.

—Es *este*.

El tono de Scarn seguía siendo agresivo y hostil, pero el mero hecho de que hubiera pasado de la intimidación a la defensa de su inocencia le decía a Han que los equilibrios de poder habían cambiado. Scarn había reconocido el nombre de Solo y en aquellos momentos tenía las mismas ganas de pelear contra Han y Leia como estos de pelear contra sus nargones.

—Quizá este sea el ojo cibernético que usó —dijo Han—, quizá no. Pero no le dijo al chico que tenía un ojo cibernético y debe reconocer que eso no huele bien —Scarn no lo rebatió y Han alargó una mano—. Deme el pagaré de la deuda del chico y olvidemos todo esto.

Scarn se quedó callado y miró alrededor de la mesa, sin duda sopesando las posibilidades de marcharse con la huella de Kaeg en relación a las de sobrevivir a una pelea. Han lanzó un vistazo rápido hacia Leia y esta le recompensó con un sutil asentimiento. Podía sentir en la Fuerza que Scarn estaba preocupado y eso significaba que se ahorrarían la confrontación.

Kaeg preguntó:

—¿Y el resto?

—¿El resto de qué? —preguntó Han, confundido.

—Perdí diez mil créditos antes de firmarle ese pagaré —dijo Kaeg—. Era todo el dinero que tenía.

Han frunció el ceño.

—¿Entraste con tus últimos diez mil créditos en una mesa de sabacc?

—No veía otra elección. Y no me digas que *tú* no has hecho lo mismo.

—Aquello era diferente —dijo Han.

Miró a Scarn y vio que estaba observando a Kaeg con furia e incredulidad. Era impensable que el mandaloriano le devolviera los diez mil créditos, probablemente porque ya se los habría gastado. Han volvió a mirar a Kaeg.

—Mira, chico, diez mil créditos pueden parecerte mucho ahora, pero no vale la pena liarse a tiros por eso. ¿Por qué no lo tomas como una lección?

—No —dijo Kaeg, mirando mal a Scarn—. Nadie hace trampas a Omad Kaeg.

—Omad —intervino Leia suavemente—, te pagaremos para que nos hagas de guía. Y más de lo que perdiste, te lo prometo.

Kaeg negó con la cabeza.

—No se trata de los créditos. Estos condenados forasteros llegan aquí pisando fuerte, creyendo que pueden quedarse con lo que es nuestro —en un movimiento tan rápido que apenas se vio, dejó su bláster sobre la mesa, con el dedo en el gatillo y el emisor apuntando a Scarn—. Es hora de que aprendan.

Han gruñó pero sacó su bláster de la funda y lo dejó sobre la mesa, con el dedo en el gatillo. Scarn hizo lo mismo, mientras Jakal desenfundaba su arma y la apuntaba al suelo, listo para pasar a la acción y usarla contra Han o Kaeg. Leia se limitó a dejar el contrato de traspaso frente a ella y bajó una mano hacia su regazo, más cerca de su espada de luz. El nargón los miró a todos y gruñó.

Viendo que nadie abría fuego, Han exhaló y miró a Kaeg y Scarn.

—Mirad, chicos, las cosas solo pueden tomar dos caminos a partir de aquí. O todos los de este círculo acabamos muertos o vosotros dos saldáis vuestros asuntos y nos marchamos todos. ¿Cuál preferís?

Kaeg miró fijamente el único ojo de Scarn.

—No me importa morir.

—¿Y por qué hablas en vez de disparar? —preguntó Scarn. Sin esperar respuesta, se volvió hacia Han—. Jakal se va a guardar el bláster y a darle ese pagaré. Y nos marchamos. ¿Queda claro?

—¿Y los diez mil del muchacho? —Han no esperaba recuperarlos, pero quería que Kaeg comprendiera que algunos errores no se pueden reparar, que a veces la única maniobra inteligente es intentar minimizar las pérdidas y pasar a otra cosa—. ¿También va a dárselos Jakal?

Scarn negó con la cabeza.

—Los diez mil han volado. ¿Cree que estaría aquí, al borde de la nada, vigilando a un puñado de lagartos gigantes, si no tuviera dificultades propias?

La pregunta hizo que la cresta craneal de Qizak se levantase y el nargón estudió a Scarn con una expresión que parecía mitad apetito, mitad ira. Han contempló aquel espectáculo por un instante, preguntándose cuánta obediencia podía esperar el mandaloriano de sus lagartos gigantes, y se volvió hacia Kaeg.

Este suspiró y retiró el dedo del gatillo de su bláster.

—Vale —alargó una mano hacia Jakal—. Dame el pagaré.

Jakal enfundó su arma, sacó otra hoja de plastifino del bolsillo de su cinturón y la tiró sobre la mesa.

Y Qizak dijo:

—*Cobarde*.

Scarn estiró el cuello para mirar al nargón.

—¿Decías algo? —preguntó—. ¿Te he *ordenado* que digas algo?

Qizak ignoró la pregunta y señaló el contrato de traspaso sin firmar, aún frente a Leia.

—Los jefes necesitan las acciones de Kaeg. Es su plan.

Los ojos de Kaeg brillaron de rabia.

—¿Su plan?

Sacudiendo la cabeza con frustración, Han le dijo:

—Sí, chico, un *plan*. Luego te lo explico —queriendo evitar que la situación desembocase en un tiroteo, se volvió hacia Scarn—. Hemos terminado. Vámonos.

Qizak señaló el contrato de traspaso con una de sus garras con escamas.

—Después de que Kaeg le ceda sus acciones a los jefes.

—No, *ahora* —dijo Scarn, levantándose—. Aquí las órdenes las doy yo. Tú…

Un borrón verde pasó junto a la cara de Han y acalló la reprimenda con un chasquido húmedo que lanzó despedido a Scarn, con la cara convertida en el molde de un bajorrelieve. El borrón quedó suspendido e inmóvil el tiempo suficiente para identificarlo como un codo verde con escamas y volvió a salir disparado para agarrar la muñeca de Kaeg.

Jakal maldijo en mando’a, volvió a echar mano de su bláster… y cayó entre un estruendo metálico y chasquidos de huesos rotos después de que la enorme cola del nargón le aplastase las rodillas. Han quedó boquiabierto. «¿Cómo vamos a detener a esa cosa?».

Para entonces, Qizak estaba tirando de la mano de Kaeg hacia el contrato de traspaso. Han miró a los otros nargones y los vio a cada uno en su esquina, vigilando a la clientela, en vez de concentrados en el caos del reservado. Bien. Si les preocupaba que el resto de la clientela se involucrase en la reyerta, tardarían más en reaccionar. Aquello les daba a los Solo entre diez y doce segundos para igualar la contienda… quizá más si los mineros entraban en la pelea.

Han apuntó su bláster hacia la cabeza de Qizak.

—Eh, cabeza de aleta. Suelta a…

Un relámpago verde fue hacia el brazo de Han. Este apretó el gatillo y una descarga rebotó contra la sien de Qizak. Entonces una muñeca escamosa se estrelló contra el codo de Han, que notó que se le entumecía todo el brazo y vio que el bláster salía despedido.

Desde el otro lado del reservado llegó el chasquido-siseo de una espada de luz activándose. El aroma acre de las escamas quemadas llenó el aire. Qizak rugió y se giró hacia una incomprensible lluvia de ascuas azules. Y entonces su brazo amputado cayó sobre la mesa, dejando un rastro de humo y chispazos.

«¿Chispazos?».

Demasiado desesperado para titubear, Han se abalanzó sobre Qizak, enterrando su hombro en un flanco del nargón y pateándolo, como un jugador de aplastabol realizando el placaje perfecto.

Qizak apenas se tambaleó.

Aunque el enorme alienígena *miró* a Han y aquello le dio a Leia el medio segundo que necesitaba para saltar sobre la mesa del reservado. Su espada de luz gimió y chisporroteó, y el otro brazo de Qizak cayó junto al primero. Dos brazos, tres segundos. No era lo bastante rápido. Han arremetió con más fuerza, intentando desequilibrar al nargón… o distraerlo, al menos.

Leia enterró su espada de luz en un costado de Qizak, este rugió y se dio media vuelta, pero no para retroceder. Han recordó cómo le había aplastado las rodillas a Jakal y se lanzó sobre su gran cola, reteniéndola lo suficiente para que a Leia le diera tiempo a rodar sobre la mesa. Su espada de luz quedó en silencio por un instante y volvió a cobrar vida con un chisporroteo.

Qizak lanzó un aullido de dolor y su cola dio un latigazo en dirección contraria. Han salió despedido y terminó chocando con una pila de piezas de armadura que se movía… Jakal, retorciéndose de dolor, con las dos piernas rotas. Han intentó hacerse con el bláster del mandaloriano… y descubrió que su mano entumecida no tenía la fuerza necesaria para arrebatarle el arma.

Jakal la desenfundó y empezó a girar el cañón hacia Han.

—¿Te has vuelto loco? —Han señaló a Qizak con el pulgar—. ¡Ha sido él el que le ha aplastado la cara a Scarn!

Jakal se detuvo y Han usó su mano buena para quitarle el bláster. Hasta entonces, la reyerta había durado seis segundos, quizá siete. Los otros nargones no tardarían en añadirse. Un estruendo tremendo sonó en el reservado y de repente vio a Leia atrapada contra la pared, mientras Qizak, desarmado, intentaba apartar la mesa de una patada para llegar hasta ella. Kaeg estaba al lado de Leia, descargando fuego de bláster sobre el pecho del lagarto, pero sus descargas rebotaban sin causar apenas daños.

—¿Qué son esas cosas? —dijo Han, entre jadeos.

Jakal debió de gruñir algo como «la muerte con escamas», pero Han ya estaba atacando a Qizak por la espalda, disparando con la mano izquierda. La lluvia de balas rebotadas era tan densa que no se dio cuenta de que estaba atrapado en medio de un fuego

cruzado hasta que se levantó y las descargas que llegaban aullando desde los dos lados estuvieron a punto de volarle la cabeza.

Se tiró al suelo y empezó a reptar tras Qizak. Aquellos disparos tenían que provenir de los otros dos nargones, que disparaban mientras se abrían paso entre la clientela aterrorizada para ayudar a su colega. Pero ¿quién haría algo así…? ¿Disparar hacia un tumulto con su compañero dentro?

Siguió apretando el gatillo, reptando hacia el flanco de Qizak y disparando al agujero humeante que Leia le había abierto a este en las costillas. Finalmente, vio una descarga sumergirse en el círculo oscuro.

Y *aquello* sí le hizo reaccionar. Qizak se dio la vuelta como si le hubiera alcanzado un cañón bláster, con las pupilas en forma de diamantes y muy abiertas. Un humo gris empezó a salir de su pecho, seguido de borbotones de sangre azul y algo parecido a gotitas de metal fundido. El nargón se lanzó hacia Han, pero las piernas empezaron a temblarle y dar espasmos, impidiéndole pisotear a su atacante hasta hacerlo papilla.

Leia saltó sobre la mesa, con su espada de luz reluciendo y chisporroteando mientras bateaba descargas de bláster hacia los otros dos nargones. Giró en el aire y trazó un arco horizontal con el filo luminoso. La cabeza de Qizak se separó del cuerpo y rebotó sobre el suelo de duracero.

Han vio el cuerpo caer e intentó rodar para apartarse, pero fue demasiado lento. Aquel enorme corpachón se desmoronó encima del suyo y sintió que se quedaba sin un gramo de aire en los pulmones.

Al instante, el peso desapareció. Vio a Leia agachada a sus pies, con un brazo estirado y usando la Fuerza para arrojar el cuerpo de Qizak por el aire hacia uno de los nargones que arremetía contra ellos.

—¿Estás bien, aviador? —le preguntó.

—Estoy… —Han tuvo que callarse. El pecho le dolía muchísimo y le faltaba el aliento. Aun así, logró ponerse de pie—. Bien. Creo.

Kaeg salió de debajo de la mesa. Una lluvia de descargas de bláster estuvo a punto de volarle la cabeza. Lanzó un grito de sorpresa y señaló un rincón oscuro.

—¡La salida de emergencia!

Se escabulló hacia allí, agachado y sin mirar atrás.

Han no fue inmediatamente tras él. Se acordó de las extrañas chispas que habían saltado del brazo de Qizak cuando Leia se lo había amputado y recogió uno de la mesa… sorprendiéndose tanto por su peso que se le estuvo a punto de caer. Le dio la vuelta y vio que la carne del nargón no estaba pegada a huesos, sino a un grueso tubo metálico con el diámetro suficiente para un buen cordón de filamentos de fibra óptica.

«¡Han!».

Leia usó la Fuerza para lanzar al último nargón dando tumbos hasta la barra, después agarró a Han por un brazo y echó a correr, pasó junto a las máquinas de refrescos y salió por una escotilla circular abierta. Leia esperó a que Kaeg hubiera sellado la escotilla y volado el panel de control para soltarle y echar un vistazo a lo que llevaba en las manos.

—¿En serio, Han? —puso los ojos en blanco, incrédula—. ¿Un *souvenir*?

Dos

El objetivo era sencillo: no romper el huevo. Pero, como sucedía con todas las pruebas de la Academia Jedi de Shedu Maad, el éxito era más fácil de definir que de alcanzar. La pista de obstáculos estaba cubierta de troncos de *kolg* caídos y cañas de *maboo* aplanadas, y el mejor instructor de tiro de la academia le disparaba mientras otros dos aprendices intentaban darle caza.

El sujeto, un joven varón togoriano de pelaje cobreño y elegancia felina, saltaba de tronco en tronco, sujetando en una mano el huevo de sharn, con su finísima cáscara, y la espada de luz en la otra. La defensa del togoriano era milimétrica y fluida, sin movimientos innecesarios ni un exceso de tensión que fuera minándole las fuerzas. Sus contraataques llegaban en forma de remolinos de espada y botas, con la suficiente potencia y amagos para impresionar incluso al Gran Maestro de la Orden Jedi, Luke Skywalker.

El huevo estaba siempre a salvo. Mientras Luke lo contemplaba, uno de los perseguidores, una humana de dieciséis años, cayó en un enredo de cañas de *maboo*. Levantó la mano para lanzar un empujón con la Fuerza, pero el togoriano ya estaba haciendo piruetas para esquivar al otro perseguidor, un bith, dándole un potente golpe de cadera que lo lanzó contra el empujón de ella. El bith cayó de espaldas del tronco en que estaba, agitando sus finas extremidades mientras su enorme cráneo descendía hacia el suelo pedregoso.

Un destello de pánico pasó por los ojos de la joven, que se proyectó con la Fuerza para amortiguar la caída de su socio, suscitando una sonrisa maliciosa en el hocico cuadrado del togoriano. Este esperó medio segundo a que ella tuviera controlado al bith, lanzó el huevo al aire para sujetar la espada de luz con las dos manos y repelió dos descargas aturdidoras del francotirador hacia un costado de la humana.

La joven se desmoronó, soltando a su compañero para que se estrellase contra el suelo sin peligro. Para entonces, el togoriano ya había recogido el huevo y empuñaba la espada de luz con una sola mano. Saltó del tronco de *kolg* y empezó a avanzar lateralmente hacia el francotirador, desviando sus disparos hacia la que ahora era su única perseguidora, aún postrada. Tras un par de pasos, una de las descargas aturdidoras impactó, provocando un paroxismo de tensión muscular en el cuerpo del bith.

El togoriano siguió avanzando hacia el francotirador despreocupadamente, sin molestarse en esquivar siquiera el torrente constante de descargas, que repelía sin más. Aquella exhibición produjo un frío estremecimiento en la Fuerza, pero ni Luke ni los demás Maestros dejaron que sus caras delatasen sus sensaciones.

—Sus habilidades de combate son realmente impresionantes —dijo Jaina Solo. Única hija viva de Han y Leia, Jaina se acercaba a los treinta y seis años. Se parecía mucho a su madre a su edad, pero llevaba el pelo más largo y sus ojos transmitían mucha más dureza que ardor—. Eso es indudable.

—Queda claro —coincidió Corran Horn. Este era un hombre bajo de unos sesenta años y en buena forma, con unos ojos verdes repletos de sabiduría, la cara curtida y una perilla con mechones canosos—. De hecho, diría que Bhixen es tan bueno como *usted* a su edad, Maestro Solo.

—Lo es —admitió Luke—. Y lo sabe.

Mientras Luke hablaba, la Fuerza se agitó tras él con la familiar presencia de Seha Dorvald, la aprendiza Jedi que en aquellos momentos ejercía como su asistente. Percibió su aura nerviosa y un tanto reticente, como si no estuviera muy convencida de que su recado justificase la interrupción. Luke le hizo un gesto para que se acercase sin darse la vuelta.

—Muy oportuna, Jedi Dorvald —Luke sacó su bláster y se lo tendió por la culata—. Toma mi arma y vuélale el huevo de las manos al candidato Bhixen.

Seha titubeó.

—Uh, Maestro Skywalker, les traigo un mensaje urgente…

—*Ahora*, Jedi Dorvald —dijo Luke. Bhixen estaba a un solo salto de Fuerza del árbol caído que Jagged Fel usaba como punto de tiro y Luke no quería que la prueba terminase aún—. Y asegúrate de que el candidato te vea.

—Muy bien —recogió el bláster de manos de Luke—. Pero, Maestro Skywalker, el selector de esta arma está ajustado a modo…

—*Ahora*, Seha —ordenó Luke—. Abre fuego… y que sea convincente.

Seha se alejó dos pasos de Luke y el resto de Maestros, y empezó a lanzar una lluvia de descargas a máxima potencia contra el flanco de Bhixen. A más de veinte metros, la pistola bláster era poco precisa y costaba ver si disparaba al togoriano o al huevo. Bhixen se lanzó instantáneamente en una voltereta evasiva con la Fuerza, con su espada brillando y chisporroteando al repeler el ataque de Seha. Por un momento, pareció demasiado sorprendido y abrumado por los disparos para tener ninguna reacción emocional, y Luke deseó que la arrogancia del togoriano no fuese más que un pequeño defecto de su carácter.

Entonces Bhixen aterrizó y se agachó tras un enorme tronco de *kolg* que le protegía del francotirador. Se volvió hacia los disparos de Seha y al ver quién le estaba atacando, la Fuerza se estremeció con su indignación. Dejó caer el huevo de sharn en el suave *maboo* del suelo, volvió a empuñar la espada de luz con dos manos… y empezó a batear los disparos de Seha de vuelta contra ella, tan rápido que Luke apenas tuvo tiempo para tirar con la Fuerza de su asistente y ponerla a salvo. Y entonces el togoriano repelió la última descarga directamente hacia el grupo de Maestros congregados y Luke tuvo que levantar una mano envuelta en un campo de Fuerza para desviarla.

Bhixen quedó petrificado a medio giro. Se detuvo, con el cuerpo ladeado hacia Luke, la espada de luz en guardia alta y una pierna inclinada, preparado para girar y dar otro salto de Fuerza. Parecía tiritar por la sorpresa y la vergüenza, pero su indignación seguía allí, como si el ataque desde un punto inesperado hubiera sido una estratagema sucia e inmerecida.

—¡Levanta! —gritó Luke, usando la Fuerza para proyectar su voz en toda la pista de pruebas. Hizo volar el huevo de sharn desde donde Bhixen lo había dejado hasta sus manos—. El ejercicio ha terminado.

El director de la academia, un Maestro Jedi alto y solemne llamado Kam Solusar, le indicó a Bhixen que no se moviera y fue a recuperar el huevo de manos de Luke.

—El orgullo ha sido siempre la mayor debilidad de Bhixen —dijo Kam—. Me temo que su talento solo empeora las cosas.

—Hay oscuridad en su interior —dijo Luke—. Y los días en que los Jedi podían permitirse entrenar a sus propios enemigos ya han quedado atrás.

Mientras lo decía, recordó la cantidad de Caballeros que se habían pasado al lado oscuro por culpa de la tensión constante de los combates y subterfugios que constituían la vida cotidiana de un Jedi. El más reciente había sido su sobrino mayor, Jacen Solo, convertido en el lord Sith Darth Caedus. Para terminar con el reinado de terror de Darth Caedus, Luke se había visto obligado a encargarle a su propia hermana melliza, Jaina, que lo encontrase y lo matase. Aquella había sido una de las decisiones más difíciles de su vida… le había roto el corazón y le había hecho dudar de su propia capacidad para preparar a jóvenes Caballeros Jedi para las pruebas espirituales que les depararía el futuro.

Kam siguió estudiando a Bhixen en un silencio pensativo y su esposa, la Maestro Jedi Tionne Solusar, hizo la pregunta que a todos les rondaba por la cabeza.

—Bueno, ¿está rechazado?

Corran negó con la cabeza rápidamente.

—Eso me parecería precipitado —dijo—. Los Sith siguen existiendo y algún día volverán a mostrarse públicamente.

—Y cuando lo hagan, necesitaremos luchadores tan soberbios como el candidato Bhixen —dijo Jaina—. Y muchos.

—En ese caso, ¿debemos rebajar nuestros estándares? —preguntó Kam. Lanzó una mirada incómoda a la pierna protésica de Tionne, uno de los miembros artificiales que necesitaba tras una sesión de tortura con uno de los esbirros de Darth Caedus—. No podemos… no si podemos estar creando al próximo lord Sith.

—Kam, eso es injusto con Bhixen —protestó Corran—. Aún es muy joven. Es comprensible que cometa errores.

—Errores sí —dijo Luke—. Pero ¿y si son defectos de carácter? No.

—A la edad de Bhixen cuesta distinguir una cosa de otra —dijo Jaina—. El carácter no es puramente genético. Se va construyendo con la experiencia.

—E instrucción —añadió Corran—. Si un candidato no está preparado aún, no debemos permitirle avanzar. ¿Pero la única alternativa a eso es rechazarlo? Porque de ser así, seremos *nosotros* los que habremos fallado.

Luke se quedó callado un instante y finalmente dijo:

—Tienes razón, Maestro Horn —le hizo un gesto a Bhixen para que se acercase—. Después de haberle hecho progresar tanto, no deberíamos abandonar tan fácilmente.

El togoriano avanzó con el mentón bien alto y las orejas en punta, intentando ocultar la ansiedad que estaba vertiendo en la Fuerza. Era evidente que se arrepentía de haber desviado una descarga de bláster hacia los Maestros, pero en su aura había también indignación, como si se negase a aceptar que el error había sido solo suyo.

Cuando llegó a un par de pasos de Luke, este le hizo un gesto para que se detuviese. El togoriano medía casi dos metros y tenía un pelaje rojo-castaño y una constitución poderosa que le convertía en una presencia imponente, incluso sin una espada de luz Jedi colgada del cinturón. Tras aquella prueba de combate, nadie podía dudar que llegaría a ser un guerrero formidable, pero aún estaba por ver si sería al servicio de los Jedi o de algún otro.

—Candidato Bhixen, una exhibición impresionante —le dijo Luke—. ¿Crees que estás preparado para convertirte en aprendiz de la Maestro Solo?

Bhixen inclinó las orejas hacia delante y habló en una profunda voz togoriana llena de confianza.

—No lo creo, Maestro Skywalker. Sé que lo estoy —miró a Jaina—. Haré que se sienta orgullosa, Maestro Solo.

—No corras tanto —dijo Jaina—. El Gran Maestro Skywalker te ha preguntado si crees estar preparado para convertirte en mi aprendiz. No dice que él lo crea. Ni yo tampoco.

Bhixen desvió la mirada de Jaina hacia el huevo de sharn y después a Luke.

—¿Mi prueba no ha sido satisfactoria?

—Al contrario, Bhixen —dijo Luke—. Ha sido muy satisfactoria. Nos ha enseñado mucho sobre tus puntos débiles.

Las orejas de Bhixen quedaron planas junto a su cabeza.

—¿Mis puntos débiles?

—Has perdido los estribos —dijo Luke.

—Pero la Jedi Dorvald no debía formar parte del ejercicio —objetó Bhixen—. ¡Han hecho *trampas*!

—¿No las harán tus enemigos? —le preguntó amigablemente Luke—. El mayor peligro para un Jedi no son sus heridas ni la muerte, ni siquiera el fracaso. Es lo que siente dentro… su orgullo, su miedo, su ira. Sus emociones son las que alimentan al lado oscuro.

Jaina asintió.

—Posees un gran potencial, Bhixen —le dijo—. Demasiado. No podemos permitirnos entrenarte para que al final te pases al lado oscuro y te conviertas en nuestro peor enemigo.

Bhixen quedó boquiabierto y miró primero a Jaina y después al resto de Maestros. Encontrando solo caras severas e indescifrables, se le erizó el pelaje y se volvió hacia Luke con cara de incredulidad.

—¿Me rechazan?

Luke siguió mirando en silencio al perplejo togoriano, esperando ver su reacción; si lanzaba una diatriba iracunda o suplicaba una nueva oportunidad, o si se limitaba a darse media vuelta y marcharse hecho una furia.

Viendo que Bhixen esperaba la respuesta sin nada de aquello, Luke dijo:

—No creemos conveniente hacerte avanzar, pero depende de ti marcharte o volver a empezar la instrucción desde cero.

—¿Volver a empezar? —preguntó Bhixen.

—Como si acabases de entrar en la academia —le confirmó Luke—. Deberás aprender lo que no aprendiste la primera vez. No te daremos una tercera oportunidad.

Bhixen bajó la vista al suelo.

—Por supuesto —dijo, sin titubear—. Si es lo que desean.

—No, Bhixen —dijo Jaina—. Si es lo que *tú* deseas. ¿De verdad quieres eso? ¿Volver a empezar desde el principio? Piénsalo bien.

Bhixen frunció sus frondosas cejas y se la quedó mirando un buen rato. Luke tuvo la impresión que el togoriano buscaba la trampa de su pregunta, como si todo su futuro dependiese de no caer en un enredo verbal. Finalmente, sus ojos desprendieron el brillo de la comprensión y su cara empezó a relajarse.

Exhaló profundamente y dijo:

—Ya entiendo. Soy demasiado orgulloso.

—Así es —dijo Luke—. Y ese orgullo es la mayor debilidad en tus defensas.

—Estoy de acuerdo —Bhixen dio la vuelta a su espada de luz y se la tendió por la empuñadura—. Quiero volver a empezar de cero.

—Bien —Luke recogió la espada de luz—. Te la devolveremos cuando estés listo. Ahora lleva el huevo de sharn a su nido y preséntate ante el droide intendente para que te reasigne a un camarote en los barracones de novatos.

Bhixen recogió el huevo de manos de Kam, hizo una reverencia formal y se marchó. Antes de meterse en el bosque, dio un rodeo para echar un vistazo a los dos aprendices que había quitado de circulación.

Luke ya se sentía más seguro respecto a las posibilidades del togoriano.

Entonces llegó el instructor de tiro y francotirador que había estado disparando descargas aturdidoras contra Bhixen: Jagged Fel. Jag, un hombre alto y delgado con un mechón blanco en su pelo negro, era un antiguo jefe de estado imperial, un piloto soberbio, un militar de toda la vida… y el marido de Jaina Solo. Aunque no era Jedi, había desarrollado estrategias compensatorias que le habían convertido en el mejor jefe de comandos de la Orden Jedi.

Se detuvo al llegar hasta el grupo, con su bláster largo colgando del hombro.

—Buena puntería, Jedi Dorvald —dijo, sonriendo a la asistente de Luke—. No he visto muchos francotiradores capaces de disparar tal cantidad de descargas con una pistola corta a un blanco en movimiento sin darle al huevo.

Seha se sonrojó.

—Gracias, comandante —miró a Luke—. Pero tenía órdenes de *darle* al huevo.

—Has estado cerca, Jedi Dorvald —dijo Luke, sonriendo. Señaló el datapad que esta llevaba en el cinturón de su toga—. ¿No tenías un mensaje para nosotros?

—Sí —Seha sacó el dapatad de su cinturón—. Los Solo han encontrado problemas en su cita.

—¿Los Solo? —preguntó Corran—. ¿No iban a la Falla Chiloon?

—Así es —dijo Jaina—. Lando les pidió que investigaran a unos piratas que últimamente han estado causando problemas por la zona. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque la Jedi Soroc está en la Falla Chiloon y hace un mes que no contacta con nosotros —explicó Corran. Ohali Soroc era una de los diez Caballeros Misioneros que Luke había mandado, un año antes, en busca de Mortis, un mundo legendario que en la antigüedad había albergado a tres míticas entidades de la Fuerza conocidas como los Elegidos. Según el folklore Jedi, los Elegidos se asociaron al mantenimiento del equilibrio en la Fuerza durante millares de años y Luke confiaba que encontrar Mortis ayudase a la Orden Jedi a prepararse para los desafíos que se avecinaban—. Hemos enviado a Ben y Tahiri a investigarlo, pero no nos vendría mal que le pida a sus padres que tengan los ojos bien abiertos, por si la ven.

—Claro, si logro contactar con ellos —dijo Jaina—. Según Lando, las comunicaciones en la Falla son complicadas.

—Bueno, Han y Leia han logrado hacernos llegar este mensaje así que veamos qué tienen que contarnos.

Luke se volvió hacia Seha y asintió. Ella pulsó unas cuantas teclas y le dio el datapad. Jag, Jaina y todos los demás se acercaron, mientras la imagen borrosa y saltarina del *Halcón Milenario* aparecía en la visualización, apoyado sobre sus puntales en el cavernoso hangar de una estación espacial. La pantalla empezó inmediatamente a cambiar del verde al azul, con descargas de bláster atravesando la imagen aullando.

La voz de Han surgió de los altavoces:

—Solo al habla —dijo—. Disculpad por hablaros en plena huida, pero estamos a punto de entrar en la Falla y quiero mandar esto ahora que nuestras comunicaciones todavía son seguras. Lando no se presentó a nuestra cita en el Ronto Rojo y nos mandó a un minero llamado Omad Kaeg en su lugar. Resulta que este tiene algunos problemillas con unos mandalorianos que trabajan como servicio de seguridad de una empresa llamada Tecnologías de Explotación Galáctica.

A pesar de las descargas de bláster que pasaban volando y el hecho evidente de que les estaban persiguiendo, Han sonaba tranquilo e indiferente.

—La tal TEG ha irrumpido en la Falla a lo grande, comprando pequeñas refinerías y haciéndose un sitio a la fuerza entre los operadores independientes. Pensamos que también pueden controlar a los piratas.

La imagen, sin duda grabada con un datapad portátil, mostró a un humano de piel oscura y los ojos muy abiertos que corría hacia una dirección y disparaba hacia la otra, y después una reluciente espada de luz que solo podía ser la de Leia desviando descargas de bláster.

—Así que necesitamos que alguien investigue esto en profundidad y nos haga llegar un informe a la refinería de Lando —dijo Han—. Y, perdonad, pero, ya os lo he dicho, las comunicaciones en la Falla no son seguras, así que necesitamos que alguien nos lo traiga personalmente.

Mientras Han hablaba, la imagen seguía vagando por el hangar, hasta que finalmente se centraba en una lluvia de descargas bláster llegada desde el otro extremo. En lugar de los mandalorianos que Han había mencionado, los atacantes eran un par de bípedos verdes con escamas que, a juzgar por la escotilla que tenían detrás, parecían del tamaño de un wookiee. La imagen se acercó y los perseguidores se hicieron lo bastante grandes para que Luke viera que ambos tenían una cresta craneal espinosa y una larga cola afilada. Ambos empuñaban rifles bláster de cañón corto y disparaban mientras corrían tras su presa.

—Os presento a los nargones —dijo Han—. Son la fuerza bruta de TEG. Y un verdadero incordio.

La imagen regresó al *Halcón*, que se convirtió rápidamente en un borrón, mientras Han corría hacia él y subía a bordo. Se oyó un ruido sordo y la imagen cambió a un brazo verde y escamado tirado sobre la cubierta de la cabina principal de la nave. El miembro parecía limpiamente amputado a la altura del codo… por la espada de luz de Leia, supuso Luke.

La voz de Han volvió a sonar en el altavoz del datapad.

—Y una cosa más…

Su mano apareció en la imagen, haciendo rodar el brazo amputado para mostrar el círculo ennegrecido del muñón cauterizado. En lugar del habitual círculo de huesos chamuscados, había un óvalo hueco y plateado de metal recién cortado.

—Estos nargones no son orgánicos —continuó Han—. Alguien los ha construido… o los está criando. En cualquier caso, no son como para tomárselos a broma. Han estado a punto de acabar con nosotros.

La imagen pasó a Han y una media sonrisa petulante asomó en su cara.

—Hora de volar —dijo—. Cambio y corto.

El mensaje terminó con un pitido final y la imagen quedó a oscuras. Luke rebobinó el vídeo hasta que mostró a los nargones cuando entraban en el hangar; amplió la imagen hasta que uno ocupó toda la pantalla. La ampliación reveló unas pupilas verticales y una boca repleta de dientes afilados como cuchillas, pero poco más.

—¿Alguien había visto alguno de estos antes? —preguntó.

—No, pero está claro que tienen puntería —dijo Corran—. Ese hangar debe medir trescientos metros de ancho y estaban concentrando las descargas con gran precisión.

—Con armas cortas de asalto —añadió Jag—. Diría que son Verqs de Merr-Sonn. Son potentes, pero su rango efectivo no es trescientos metros, ni de lejos.

—¿Sugiere que están usando la Fuerza, comandante Fel? —preguntó Kam.

Jag se lo pensó un momento y se encogió de hombros.

—No tengo manera de saberlo. Lo que veo es que esos nargones son tan buenos como yo. Y yo podría disparar esa arma con tal precisión… a duras penas.

—Bien visto —dijo Luke—. No se necesita ser sensible a la Fuerza para sobresalir en algo. Tú eres prueba viviente de ello —hizo una pausa. Viendo que nadie añadía nada, le devolvió el datapad a Seha—. Dile a la Maestro Cilghal que quiero su opinión sobre esos nargones y que un equipo de nuestros investigadores empiece a analizar a Tecnologías de Explotación Galáctica. Y que preparen la *Sombra de Jade* para volar.

—¿La *Sombra*? —el tono de Jaina fue de desaprobación—. ¿Piensas ocuparte de la misión personalmente?

—¿No me crees capaz de llevar a cabo una misión de correo? —preguntó Luke, añadiendo un matiz de indignación a su voz—. ¿O de ocuparme de unos cuantos piratas?

Jaina puso los ojos en blanco.

—No me vengas con esas.

Jaina bajó la mirada hacia el pecho de Luke, donde la toga le cubría una misteriosa herida que cicatrizaba muy lentamente. La había sufrido el año anterior, a manos de un ser antiguo llamado Abeloth, una especie de agente de la Fuerza y portador del caos. Luke había terminado venciendo, pero aquel combate le había costado una costilla y parte de un pulmón.

—Estoy bien. Sabes que la herida solo me molesta cuando tengo alguna visión en la Fuerza —Luke tuvo que esforzarse por mantener un tono amable, la preocupación de los Maestros por su salud empezaba a resultar pesada. No dejaba de ser el Gran Maestro, pero insistían en tenerlo entre algodones—. Y dudo que eso sea necesario.

—Lo que nos lleva a la cuestión de por qué tiene que ser *usted* quien vaya a esa misión —dijo Corran—. Las misiones de correo son cosa de los nuevos Caballeros, no del Gran Maestro de la Orden.

—Habitualmente —admitió Luke—. Pero, tras la aprobación de la Ley de Neutralidad, dudo que el senador Wuul acepte entrevistarse con un Jedi *cualquiera*.

—¿Va a pedirle una entrevista a Luewet Wuul? —preguntó Kam.

—Por supuesto —dijo Luke—. Preside el comité de minerales. Si alguien puede contarnos lo que no se sabe públicamente de Tecnologías de Explotación Galáctica sin duda es Luewet.

—¿Y lo hará? —preguntó Jaina—. Podrían acusarlo de traición por el mero hecho de reunirse con un Jedi.

Jaina estaba exagerando. La Ley de Neutralidad de la Alianza Galáctica no era más que una declaración formal de las intenciones de la Alianza de no inmiscuirse en la guerra entre Jedi y Sith. Pero cuando se trataba de compartir información oficial con uno y otro bando, surgían infinidad de zonas sombrías en las que un senador veterano y habilidoso como Luewet Wuul tendría mucho cuidado con dónde pisaba.

—Por eso pretendo hablar personalmente con Wuul —dijo Luke—. Es el único amigo que conservamos capaz de explicarnos qué pasa realmente con esa TEG. Será necesario hacerle entender que no le pedimos este favor a la ligera.

—Me parece bien —dijo Corran—. Eso explica que deba ocuparse de la primera parte de la misión, pero sigo sin ver por qué el Gran Maestro debe llevar el informe personalmente hasta la Falla Chiloon.

—*Debe* es mucho decir, Corran —replicó Luke, molesto por el mal disimulado empeño de su viejo amigo por evitarle esfuerzo alguno—. Pero creo que sí, que debo llevarlo yo.

Jaina se lo quedó mirando un momento y finalmente preguntó:

—¿Porque tu hijo también está allí y hace seis meses que no lo ves?

—Me gustaría ver a Ben, es verdad. Pero hay otro motivo más importante.

Todos los Maestros fruncieron el ceño, intentando adivinarlo, hasta que una sonrisa irónica asomó en las comisuras de los labios de Jag.

—Porque lleva un año atrapado en Shedu Maad, convaleciente, y necesita salir antes de perder la cabeza.

Luke sonrió.

—Exacto. A veces, comandante Fel, juraría que *posee* la Fuerza.

Tres

Desde el cielo morado caía una lluvia interminable de feroces serpentinas, pedazos de asteroides descendiendo por la atmósfera, mientras los equipos de rompientes los empujaban fuera de órbita. El «Lanzamiento» era uno más del centenar de pasos poco eficaces de un proceso de fundido mineral tan antiguo como la propia Falla y, contemplándolo desde las oficinas sencillas del edificio administrativo de Refinería Sarnus, Marvid Qreph apenas podía creer que una maniobra tan anticuada pudiera estar dándoles tantos problemas a su hermano y a él.

Marvid se permitió mirar un ratito más por la ventanilla, tensó su diminuta mandíbula y giró su adornado ectocuerpo hacia el interior del despacho. En el centro de la sala, su hermano Craitheus estaba junto a la mesa de reuniones, en su propio ectocuerpo, flotando bien alto, con la intención de intimidar a sus anfitriones. Como todos los miembros de la especie columi, Craitheus era sobre todo cabeza, con enormes ojos, sin nariz y con una telaraña de venas azules palpitando sobre su gigantesco cráneo. De su diminuta barbilla descendía una cuerda fibrosa hasta un cuerpo atrofiado apenas lo bastante grande para albergar los órganos necesarios para que la sangre siguiera fluyendo hacia su gran cerebro. Tenía unos miembros minúsculos y rudimentarios, acabados en manos y pies retorcidos en unos muñones inservibles de carne y hueso.

—Su explotación en Chiloon no es más que un quebradero de cabeza para usted —le estaba diciendo Craitheus al dueño de la refinería, Lando Calrissian—. Y el problema de los piratas empeorará. La semana que viene le haremos una oferta peor.

—De todas formas, tampoco la aceptaría —contestó Calrissian.

A pesar de su edad, Calrissian era un hombre apuesto, estaba en forma y era muy afable… una combinación que a Marvid siempre le había resultado muy irritante. Era un apostador que había invertido sus ganancias para construir un imperio industrial, un tipo inteligente y astuto según los estándares humanos, pero a la vez demasiado bondadoso para su propio bien. No tenía ni un solo pelo negro, teñido, fuera de sitio. Siempre a punto para deslumbrar con su insoportable y blanquísima sonrisa.

—Yo puedo ser relativamente nuevo en la Falla —prosiguió Calrissian—, pero Refinería Sarnus lleva siglos procesando asteroides. Ha sobrevivido a problemas peores que unos cuantos piratas.

—Es posible —dijo Craitheus—. ¿Pero cuánto quiere jugarse con su resistencia? Lo más astuto sería concentrarse en sus explotaciones fuera de la Falla… antes de que surjan problemas *allí* también.

La sonrisita de Calrissian no varió un ápice.

—¿Debo considerarlo una amenaza?

—Quizá debería considerarlo un buen consejo —le dijo Marvid, desde cerca de la ventana. Se arriesgaba a molestar a su hermano intentando suavizar su advertencia, pero la afición de Craitheus por la intimidación no siempre daba sus frutos—. Estamos entre

hombres de negocios y las negociaciones están aún demasiado verdes para empezar con amenazas.

—Celebro que piense así —dijo Dena Yus.

Yus, una mujer de pelo castaño rojizo que parecía estar en la cuarentena, estaba sentada junto a Calrissian, delante de Craitheus. Era la administradora de la refinería y la mujer clave de Calrissian en la Falla, aunque solo llevase seis meses al frente de la refinería. Marvid lo sabía todo sobre ella porque había sido él quien había falsificado el historial laboral y las recomendaciones que convencieron a Calrissian de contratarla.

—Porque si nos está amenazando —prosiguió Yus— una podría preguntarse si ustedes están *detrás* de los problemas de la Falla. ¿No lo están?

—Acusarnos no le servirá para ocultar su incompetencia, administradora Yus —dijo Marvid, siguiéndole el juego.

Como cualquier buena espía industrial, Yus estaba haciendo grandes esfuerzos por mostrarse como una empleada leal a ojos del objetivo. Aunque también les estaba advirtiendo a los Qreph que se lo tomasen con calma, haciéndoles entender que la intimidación no iba a funcionar con Lando Calrissian. Era bastante impertinente por su parte, pero Marvid estaba de acuerdo con ella.

Marvid miró hacia el otro extremo de la mesa y su ectocuerpo, reaccionando a un pensamiento que apenas había superado el umbral de su conciencia, se colocó justo enfrente de Calrissian.

—Le interesa vender —dijo Marvid—. Refinería Sarnus lleva meses agravando la situación financiera de Tendrando y eso solo puede empeorar.

—Y, por supuesto, se la tenemos que vender a ustedes —contestó Yus—. El problema de los piratas es coyuntural, ya lo saben. Seguramente mejor que nadie.

—Administradora Yus, es la segunda acusación velada que nos lanza —dijo Craitheus. Sobreactuando, como siempre, hablaba en una voz tenue y amenazante—. Le aconsejo que no haga una tercera.

El humor se esfumó de los ojos de Calrissian y Marvid supo que su hermano se había excedido con su táctica intimidatoria. Intentando reparar el daño, dejó caer su ectocuerpo hasta que los pies casi tocaban el suelo, colocándose cara a cara con el famoso industrial y jugador.

—Presidente Calrissian, usted es un empresario astuto —dijo Marvid, en un tono razonable, casi de disculpa—. Estoy seguro que entiende por qué le hacemos una oferta tan generosa.

—Porque sus trituradores de asteroides son demasiado grandes y torpes para competir en un entorno como la Falla —dijo Calrissian—. Y quieren cerrar mi refinería para que los remolcadores de asteroides no tengan a nadie más a quien vender y de esa manera poder reducir el precio del mineral en bruto.

—Se acerca bastante —dijo Marvid, permitiéndose una leve sonrisa.

A pesar de su legendaria sagacidad como jugador, Calrissian solo veía una capa del plan de los hermanos. Era previsible. Calrissian no era más que un humano, en definitiva,

con un diminuto cerebro humano en una diminuta cabeza humana. Los Qreph eran supergenios, la élite incluso entre los columi de cabezas gigantes.

—Nuestro proceso es inconmensurablemente más eficaz —prosiguió Marvid, con paciencia—. Solo el primer año, el ahorro en transporte superará el valor de todo este planeta.

—Y dejará sin trabajo a un millón de mineros de asteroides independientes —respondió Lando.

—La economía es una ciencia cruel —dijo Marvid. Su ectocuerpo se zarandeó cuando sus hombros mecánicos reaccionaron a la idea de encogerlos—. Qué le vamos a hacer.

—Debe pensar en su interés, Calrissian —añadió Craitheus.

—La administradora Yus no ha sido capaz de revertir la situación de la refinería y usted tampoco lo será. Estos no son unos piratas cualquiera. De serlo, nuestra fuerza de seguridad mandaloriana ya los habría atrapado.

—Suponiendo que sus matones mando realmente lo hayan *intentado* —dijo Dena—. Solo tenemos su palabra a ese respecto.

—¿Y cuántas bases piratas ha destruido su proveedor de seguridad? —le preguntó Marvid.

Dena bajó la vista al suelo.

—Estamos concentrando nuestros esfuerzos en proteger las entregas.

—*Por supuesto* —dijo burlonamente Craitheus. Su ectocuerpo dio media vuelta para mirar a Calrissian—. Sencillamente, no disponen de recursos para operaciones de búsqueda y destrucción, pero siguen operando la refinería, a pesar de las pérdidas.

—Y aunque estuviéramos detrás de los piratas, como insinúa la administradora Yus, eso tampoco cambiaría nada —añadió Marvid—. Sus problemas en Chiloon seguirían desangrando los beneficios de sus empresas más valiosas.

—Y robándole tiempo de su familia —añadió Craitheus—. Piense en ellos, presidente Calrissian. ¿No preferiría pasar las tardes con Tendra y Lando Júnior en una de sus casas, más cerca del Núcleo?

Algo hizo que a Calrissian le brillasen los ojos. Pudo ser una punzada de dolor o una muestra de que pensaba lo mismo, pero se disipó tan rápido que ni siquiera Marvid pudo interpretarlo. El humano mostró sus dientes blancos en una sonrisa amplia y bien ensayada de condescendencia.

—*Chance* —dijo.

Las arrugas en la frente de Craitheus formaron una cuña de confusión y ni siquiera Marvid lo entendió. Esperando dar con alguna pista, accedió a los últimos cinco segundos de su videoarchivo, que grababa constantemente la videocámara de la placa pectoral de su ectocuerpo. La cara de Calrissian apareció en su mente, transmitida directamente desde su ectocuerpo. Marvid reprodujo el vídeo lentamente, intentando identificar la emoción que había visto pasar fugazmente por la cara del industrial.

No tardó en encontrar lo que buscaba: una microexpresión que llegaba y se iba en un milisegundo… la punta de la lengua asomando entre los labios, los ojos abriéndose.

Miedo.

Por un instante, Calrissian había tomado el comentario de Craitheus sobre pasar más tiempo con Tendra y Lando Júnior como una amenaza a sus vidas… y *aquello* le había preocupado.

Viendo que Marvid y su hermano no decían nada, Calrissian llenó el silencio:

—*Chance* es como llamamos a Lando Júnior —dijo—. Si sus investigadores fueran lo bastante buenos aparecería en su informe.

—Perdone —dijo Craitheus, en un tono cada vez más amenazante—. La próxima vez nos esforzaremos más.

—Suponiendo que sea *necesaria* una próxima vez —dijo Marvid. Decidido a presionar a su objetivo por el único punto débil que había mostrado hasta el momento, la preocupación por su familia, Marvid hizo que su ectocuerpo transmitiera una serie de números al datapad que Calrissian tenía delante—. Debería pasar más tiempo con su familia, Calrissian. Créame, lo mejor para todos es que acepte nuestra oferta y nos permita hacernos con su explotación en Chiloon.

Marvid señaló el datapad. Un brillo desafiante iluminó los ojos marrones de Calrissian, pero de todas formas los bajó hacia la pantalla. Y arqueó una ceja, asombrado.

—Es más de lo que esperaba —admitió.

—Es por *toda* su explotación en Chiloon —dijo Craitheus—. Solo tiene que aceptar y los créditos se transferirán a la cuenta que quiera.

Calrissian no desvió la vista del datapad.

—No sabía que estaban dispuestos a ofrecer tanto, sobre todo en una transferencia inmediata.

—Hay muchas cosas que no sabe sobre nosotros, presidente —dijo Craitheus—. Y es mejor así.

Calrissian asintió, reconociendo en silencio que su llegada inesperada y la solicitud de una entrevista urgente le habían dado poco tiempo para investigarles, aunque tampoco habría descubierto gran cosa. Los Qreph habían aprendido a manejar información desde niños, gracias a una madre que se ganaba la vida vendiendo información en el mercado negro. Ahora sus hijos trabajaban clandestinamente mejor que nadie en la galaxia, con la posible excepción de los Sith, por supuesto. Ni siquiera Marvid y Craitheus habían previsto el asalto de los Sith contra el gobierno de la Alianza Galáctica del año anterior. Aquel error les había costado cerca de tres billones de créditos en oportunidades perdidas.

«Lección aprendida», pensó Marvid.

Finalmente, Calrissian empujó el datapad hacia Yus. Ella lo examinó un momento y dijo:

—Es una buena oferta, Lando —en su voz había justo la reticencia suficiente para parecer sinceramente decepcionada—. Nadie le culpará por aceptarla.

—¿No?

Los ojos de Calrissian se posaron en el datapad. Su mirada fija y la cabeza inclinada sugerían que estaba planteándose seriamente la oferta, como debía. Marvid y su hermano habían elegido cuidadosamente la cifra. Era lo bastante elevada para indicar que Refinería Sarnus les estaba perjudicando más de lo que querían admitir, pero no tanto como para que Calrissian se preguntase qué más tramaban los Qreph en la Falla.

Pero la cara de Lando no daba ningún indicio sobre si se inclinaba por aceptar o rechazar la oferta. Marvid inició una reproducción inmediata de su videoarchivo, ralentizando las imágenes en busca de microexpresiones que pudieran sugerir si le convenía no perder la paciencia o hacer una nueva amenaza y explotar sus temores respecto a la familia.

Nada.

Calrissian era inescrutable, uno de los pocos humanos que parecía realmente capaz de ocultar sus emociones. Marvid casi lo admiraba, de no representar una amenaza para sus planes en la Falla.

Entendiendo que cualquier presión mayor sería contraproducente, Marvid optó por dejar que Lando valorase la cifra tranquilamente. Los Qreph ofrecían lo que la refinería ingresaría en tres años, sin problemas de piratería. Cualquier ser racional aceptaría semejante oferta.

Aparentemente, Craitheus había llegado a la misma conclusión. Dejó que su ectocuerpo se posase en el suelo y adoptase una configuración de butaca, momento en que se abrió la puerta de la sala de reuniones y entró traqueteando la obsoleta droide secretaria de Yus, CZ-19.

—Disculpe la interrupción, administradora Yus —dijo—, pero el presidente Calrissian pidió ser avisado en cuanto llegasen sus invitados.

—Por fin —dijo Calrissian, volviéndose hacia Dena—. Que alguien los haga venir inmediatamente.

—No será necesario, presidente —dijo la droide—. Sus invitados esperan en la recepción. El capitán Kaeg los ha escoltado desde el hangar.

Marvid tuvo que obligarse a no mirar a su hermano. A aquellas alturas, se suponía que Omad Kaeg ya debía estar pudriéndose en el compactador de basura de la Estación Borde. Que no lo estuviera significaba, sin duda, que el matón de Craitheus, un teniente mandaloriano llamado Scarn, no había logrado hacerse con las acciones de Kaeg en la cooperativa de mineros. Y *no* era una buena noticia.

Mientras Marvid pensaba en la supervivencia de Kaeg, el bigote de Calrissian se arqueó en una sonrisa aliviada.

—¿A qué esperas? —le preguntó a la droide secretaria—. ¡Hazlos pasar!

—¿Tiene visita? —preguntó Craitheus—. ¿En medio de *nuestra* reunión?

Calrissian se encogió de hombros.

—Nuestra reunión ha terminado, por el momento. Han hecho su oferta y necesito tiempo para considerarla.

Craitheus le lanzó una mirada furiosa.

—No *tiene* tiempo, Calrissian. La situación se está deteriorando. Y lo mismo le va a suceder a nuestra oferta.

—Correré ese riesgo —dijo Calrissian, poniéndose de pie—. Tengo el presentimiento de que las cosas en la Falla van a cambiar pronto.

Rodeó la mesa y fue hacia la puerta, por donde estaban entrando un par de humanos desde la recepción adyacente. El varón parecía tener aproximadamente la misma edad que Calrissian, con la piel más clara, el pelo canoso y despeinado y una sonrisa torcida. La mujer parecía unos diez años más joven, con un pelo largo con mechones canosos y una cara de pómulos altos. Sus grandes ojos marrones desprendían un brillo de astucia y atención, y a Marvid le pareció bastante atractiva. Tras ellos venía un joven humano de piel verde oliva, con la barbilla llena de cicatrices y la nariz torcida; sin duda el objetivo de la misión fallida de Scarn, Omad Kaeg.

Calrissian abrió los brazos.

—Han, Leia… gracias por venir —dijo—. Llegáis justo a tiempo.

Esta vez, Marvid no se molestó en evitar cruzar una mirada con Craitheus. Los Qreph conocían a los famosos amigos de Calrissian, Han y Leia Solo, pero no esperaban que recurriera a ellos en busca de ayuda. Aquello añadía toda una nueva dimensión a sus intereses en la Falla, tan personal como perturbadora. Marvid y Craitheus siguieron mirándose un momento, reconociendo en silencio que había nuevas contingencias que incorporar a sus planes, y finalmente se volvieron hacia los habladores humanos.

—Ya puedes agradecérnoslo —estaba diciendo Han Solo—. Venir hasta aquí es una pesadilla. He perdido toda la batería de sensores del *Halcón* en una bolsa de plasma y hemos estado a punto de estrellarnos contra un asteroide del tamaño de la Estrella de la Muerte.

Las comisuras de la boca de Craitheus descendieron por la decepción y Marvid supo que estaban pensando lo mismo; «lástima que lo esquivase».

Calrissian arqueó las cejas al mirar detrás de Han, hacia Kaeg.

—Omad, ¿has dejado que Han pilotase? ¿En su primera visita a la Falla?

Kaeg se encogió de hombros y el tic de su ojo delató la sonrisita despreocupada que solía fingir.

—Me amenazó con que la princesa me haría un borrado mental… sea lo que sea eso —dijo—. Pero el capitán Solo lo ha hecho bastante bien para ser virgen en la Falla. El incidente del asteroide ha sido el único momento en que hemos estado a punto de morir.

Calrissian arqueó una ceja.

—Que tú *sepas*.

Soltó a Han y se volvió para abrazar a Leia. Iba vestida con un traje de piloto blanco y ceñido que hizo que Marvid se preguntase si las mujeres Jedi envejecían al mismo ritmo que las humanas comunes.

—Leia, os estoy muy agradecido —dijo Calrissian, mostrando la mejor de sus sonrisas—. Sé que la Orden está muy ajetreada ahora mismo. Estoy seguro de que os costó convencer al Consejo Jedi de que os dejasen venir.

—No fue para tanto —dijo Leia, abrazándolo—. El Consejo siempre agradece cualquier excusa que permita mandar a Han fuera de la base.

Calrissian se echó a reír. Parecía tan cómodo que Marvid empezaba a pensar que sus investigadores habían pasado por alto muchas más cosas, además del apodo de Lando Júnior. Decir que los Jedi estaban «muy ajetreados» era quedarse corto. La guerra de especia entre hutt y yakas amenazaba con transformarse en un combate interestelar a gran escala, mientras una charlatana falleen estaba usando sus feromonas para edificar una iglesia interestelar consagrada a la anarquía no regulada del libre mercado. Y había varias docenas más de crisis similares floreciendo por toda la galaxia, preparadas para estallar si los Jedi no intervenían. La orden no estaba «muy ajetreada», estaba al límite.

Pero el Consejo Jedi había respondido a la petición de Calrissian mandando a la Falla Chiloon no solo a los Solo, sino también a una Caballero duros llamada Ohali Soroc, que en realidad había llegado a Base Primera antes de que la tomasen la fuerza de seguridad de los Qreph. Y el hijo de Luke Skywalker, Ben, también andaba metiendo las narices por el planeta Ramook, un mundo agrícola situado justo al lado de la Falla. Supuestamente, Ben y su compañera buscaban una misteriosa embarcación Sith llamada *Nave;* pero Marvid reconocía las falsas tapaderas a la primera. Los Jedi estaban respondiendo a la llamada de Calrissian con muchas fuerzas.

Y tenía bastante claro por qué. El balance de Armas Tendrando, la empresa más exitosa de la familia Calrissian, mostraba tres mil millones de créditos pagados a proveedores no especificados. Tanto Marvid como su hermano habían supuesto que aquellos pagos se habían hecho a los suministradores secretos que necesitaba cualquier fabricante de armamento, pero había otra posibilidad: quizá los pagos secretos de Tendrando se estaban desviando hacia la Orden Jedi. Eso les daría un incentivo adicional para ayudar a Calrissian a solucionar sus problemas en la Falla.

Estaba claro que los Qreph habían subestimado las influencias de Calrissian. Marvid se volvió para sugerir que se marchasen y encontró a Craitheus mirando a Han con un odio tan evidente que incluso Calrissian lo había notado.

Evidentemente, se imponía alguna maniobra de distracción.

Marvid hizo girar su ectocuerpo hacia Calrissian.

—¿Tiene a los *Jedi* a su servicio? Estoy impresionado.

—Les pedí a mis amigos que investigasen el problema de los piratas. Supongo que ni Craitheus ni usted tienen ninguna objeción al respecto.

—Solo si su aparición retrasa la decisión de vender —dijo Marvid.

Kaeg abrió los ojos como platos, alarmado, y se volvió hacia Calrissian.

—¿Vas a vender?

—Marvid y Craitheus me han hecho una oferta —mientras hablaba, Calrissian miraba fijamente a Craitheus—. No la he aceptado. Y dudo que vaya hacerlo.

Los ojos de Craitheus se aplanaron hasta formar óvalos horizontales.

—Si es así, se arrepentirá, Calrissian —le dijo—. Involucrar a los Jedi en esto ha sido un error. No podrán salvarle.

Los dos Solo fruncieron los labios casi a la vez y Marvid supo que Craitheus acababa de cometer una grave equivocación. *Muy* grave.

—Lo que mi hermano quiere decir —dijo, intentando cubrirle— es que ya es demasiado tarde para que unos pocos Jedi ahuyenten a los piratas. El problema ya es demasiado grande.

Craitheus le lanzó una mirada enfurecida a Marvid y este se dio cuenta que no tenía la menor idea de qué pensaba su hermano. Sí, cuarenta años atrás Han Solo había sido la última persona que había consultado a su madre, antes de que alguien le metiera a esta una descarga de bláster en dos de sus cerebros. Pero los columi no se dejaban llevar por arrebatos emocionales. Los columi seguían un plan.

Consciente de que los tres humanos le estaban mirando, Marvid vio que no tenía más remedio que respaldar a su hermano. Miró fijamente a Calrissian e inclinó su ectocuerpo hacia delante en un gesto intimidante.

—Su única esperanza es aceptar nuestra oferta y considerarse afortunado por ello —mientras hablaba, su ectocuerpo le alertó de una subida en las ondas de radio de alta frecuencia; una señal de aprobación de Craitheus—. Si no lo hace, acabará marchándose de la Falla con las manos vacías.

—Eso si sale vivo —dijo Craitheus. Giró su ectocuerpo y fue hacia la salida—. No nos subestime, Calrissian.

—Sería poco inteligente por su parte —añadió Marvid.

Siguiendo a su hermano, Marvid se volvió hacia la puerta y descubrió a Leia Solo frente a él, con los brazos cruzados. Activó el sistema de armamento de su ectocuerpo con un pensamiento… y Leia bajó la mano hasta su cintura y la subió con la espada de luz desactivada.

—¿Sabe qué sería poco *inteligente*, Marvid? —le preguntó—. Subestimarnos a Han y a mí. Es lo que hicieron sus matones en la Estación Borde y lo han pagado con la vida. Todos.

—Sí, un verdadero estropicio —añadió Han—. Escamas y pedazos de armaduras mandalorianas por todas partes. Apuesto a que aún están limpiando esa cosa azul de las paredes.

—Sí, la próxima vez tendremos que enviar *más* —dijo Marvid, elevando su ectocuerpo—. Por suerte, tenemos una fuerza de seguridad numerosísima.

Tras esto, cruzó por encima de la mesa y salió disparado hacia la salida, donde se topó con el droide de protocolo dorado de los Solo, que estaba a dos pasos de la puerta, en la recepción, descompuesto aún por su reciente encontronazo con Craitheus.

Marvid lo apartó con un brazo de vanaleación y la unidad 3PO salió dando tumbos.

Mientras 3PO chisporroteaba a su espalda, Marvid siguió a su hermano pasillo abajo, hacia los turboascensores. Aunque mantenía su sistema de armas activado, no esperaba problemas. La refinería estaba abarrotada de personal orgánico y Calrissian era demasiado blando para poner en peligro vidas inocentes desplegando a sus temibles

droides de seguridad YVH. Los dos hermanos llegaron a los turboascensores sin ningún contratiempo.

Antes de subirse a uno con Craitheus, Marvid activó el comunicador de su ectocuerpo y abrió un canal con su asistente confidencial, Savara Raine.

—Estamos regresando al *Luna Aurel* —dijo—. Espéranos allí o puede que tengamos que irnos sin ti.

—Ya estoy a bordo —como siempre, la voz de Savara fue sedosa y seductora, con un leve acento exótico que hacía que Marvid accediera en ocasiones a sus archivos solo para oírla, casi sin darse cuenta—. ¿Algún problema?

—No tardarán —dijo Marvid—. Prepárate para despegar.

—Estoy en ello —contestó Savara—. ¿Algo más?

—¿Has podido cumplir tu misión?

La voz de Savara sonó indignada.

—Acabo de *decirte* que estoy esperando a bordo.

—Por supuesto —Marvid no se molestó por su tono irritado, en realidad le encantaba. Habían muy pocos seres con la confianza necesaria para hablarle de aquella manera; y aún menos lo bastante peligrosos para sobrevivir si lo hacían—. ¿Te vio alguien?

—Estás siendo grosero —replicó ella—. No encontrarán ni los cadáveres.

—Excelente —dijo Marvid—. Date una merecida recompensa. Sustancial.

—Oh, estoy *emocionada* —dijo, sonando justo lo contrario—. Mira, Craitheus viene por el hangar…

—Por supuesto —contestó Marvid—. Ahora voy…

El canal se cerró, dejando a Marvid con una sensación extraña y agradable. Se preguntaba si la chica era consciente del efecto que le producía. No era su desdén lo que le resultaba tan atractivo, sino la intimidad que creaba entre ellos, como si Savara entendiera exactamente qué era y lo aceptase, porque los monstruos no la asustaban… porque *nada* asustaba a Savara Raine.

Marvid se metió en el turboascensor y bajó un centenar de metros hacia el interior de un cavernoso hangar subterráneo. Había una docena de naves espaciales de todas las formas y tamaños amarradas en un espacio capaz de albergar hasta el triple de ese número. Reconoció un puñado de naves; la elegante media luna del crucero de lujo mandaloriano de los Qreph, el *Luna Aurel*, las obleas rechonchas de media docena de botes comando ScragHull, las bestias de carga de la fuerza de seguridad de Sarnus; y el disco con el morro hendido del YT-1300 de los Solo, el célebre *Halcón Milenario*.

El equipo de mantenimiento del muelle estaba arremolinado alrededor del *Halcón*, reparando los daños del que parecía haber sido un complicadísimo primer viaje por la Falla. Era imposible saber si había más Jedi a bordo de la embarcación, pero aunque los hubiese, pasarían unos días antes de que intentasen nada contra su hermano o él. Calrissian y los Solo podían tener *sospechas* sobre quién se escondía tras los ataques piratas, pero la Orden Jedi jamás autorizaría el uso de la violencia basándose en meras

sospechas. Así, mientras los Solo malgastaban su tiempo en busca de pruebas, los Qreph ejecutarían su plan para echar a Calrissian y los mineros de la Falla.

No detectando ningún peligro inminente, Marvid cruzó el hangar apresuradamente hasta el *Luna Aurel* y subió la rampa de acceso. Al entrar se sorprendió al encontrar a Craitheus y Savara Raine esperándole junto a la comandante de su fuerza de seguridad mandaloriana, Mirta Gev, una humana fornida enfundada en una armadura naranja y gris, con los ojos marrones claros y el pelo castaño oscuro y corto para poder ponerse el casco cómodamente. Tenía una mirada reflexiva que hacía desconfiar a Marvid sobre su lealtad, como si hubiese ciertas cosas que no haría ni por dinero.

Savara era una mujer mucho más joven, con un pelo castaño claro que le caía hasta los hombros y unos ojos marrones oscuros que a menudo parecían negros. Apenas hacía unos años de su infancia, pero su mirada parecía mucho más madura que la de Gev, fría y profunda como la de un asesino anzati. A veces llevaba una espada de luz carmesí, que decía que era un recuerdo del tiempo pasado con los Jedi, pero era capaz de matar de manera sencilla y eficaz con cualquier arma que tuviera a mano… incluso desarmada. El único indicio de haberse encontrado jamás con alguien capaz de poner a prueba sus habilidades de combate era una pequeña cicatriz en forma de gancho en la comisura de una boca por otra parte perfecta.

Deduciendo que su hermano y las dos mujeres le esperaban para contarle algo en privado, Marvid extendió los puntales de su ectocuerpo y los apoyó en la cubierta.

—¿Queréis redefinir el plan? —le preguntó a Craitheus.

A este las venas de las sienes le palpitaban con impaciencia.

—No esperábamos la aparición de los Solo —dijo—. No hemos estado muy avispados, pero nos da la oportunidad de eliminarlos.

Marvid pensó un momento en aquello. ¿De verdad podrían matar a los legendarios Han y Leia Solo tan fácilmente? Desvió la mirada del entusiasta Craitheus hacia la reticente Gev y después a la confiada y serena Savara.

—¿Podéis hacerlo? —le preguntó a Savara—. ¿Que los Solo vayan hasta allí?

—No tendré que hacer nada —le contestó ella—. Lando los llevará. Solo tengo que esperar.

—Pero te cargarás también a Calrissian —dijo Gev, volviéndose hacia Marvid—. ¿Eso no va a complicar sus planes?

—No tiene la menor importancia —dijo Craitheus, desdeñando la objeción con un gesto de su brazo de vanaleación—. Eliminar a Calrissian *siempre* ha sido una de las opciones posibles.

—Eso es cierto —coincidió Marvid. Craitheus y él habían debatido muchas veces la reacción de Tendra Calrissian a la muerte de su marido. Nunca habían tenido muy claro si renunciaría a Refinería Sarnus, o si la haría tomar la determinación de mantenerla abierta—, pero algo tan relevante llamará la atención y ya tenemos demasiados Jedi en la Falla.

—No llamará la atención si parece un accidente —dijo Savara—. Y lo parecerá. Los rayos tractores se desalinean constantemente.

—Así es —dijo Gev—. Pero tendrían que fallar tres mecanismos de seguridad. Creer que los investigadores no detectarán algo así es demasiado.

—Podemos ocuparnos de los investigadores —dijo Marvid—. Será mera rutina.

—Y los Jedi ya están aquí —dijo Savara—. Antes o después, tendréis que ocuparos de ellos… y será mucho más fácil matarlos en una situación de confusión.

—Muy astuta —dijo Craitheus y se volvió hacia Marvid—. Además, tiene un extra adicional.

Marvid se lo pensó un momento y dijo:

—Sí. Matar a Solo y su mujer será un bonito extra, no hay duda.

Craitheus sonrió.

—Pues está decidido.

Gev sacudió la cabeza.

—Mi gente no firmó para esto —objetó—. Echar a unos cuantos mineros de asteroides de la Falla es una cosa, esto…

—No tendrá que hacerlo *tu* gente —dijo Savara. Las dos mujeres se quedaron mirando y Marvid pudo sentir la frialdad entre ellas—. Lo haré yo.

Gev siguió mirando a los ojos a Savara, sin pestañear. Marvid empezó a temer que aquello desembocase en una pelea y, por entretenida que pudiera resultar, sería de lo más inoportuna. Muy probablemente, los mandalorianos perderían a su líder, lo que a su vez podía suponer que los Qreph perdieran a sus mandalorianos. Y sin mandalorianos para mandarles, los nargones eran demasiado lentos y brutales para servir como un cuerpo de seguridad eficaz.

Consciente de que no tenía más remedio que intervenir, Marvid dijo:

—Comandante Gev, los términos de nuestro contrato son muy claros. ¿Está sugiriendo que quiere rescindir el contrato? ¿La nieta de Boba Fett, renegando de su planeta?

A Gev le brillaron los ojos, pero los apartó inmediatamente de Savara.

—No, por supuesto que no —dijo—. Solo quería hacerles saber cómo se sentirá mi gente respecto a un ataque de ese tipo.

—En ese caso, le sugiero que no les diga que es un ataque —dijo Craitheus—. A no ser, por supuesto, que renuncie a nuestra ayuda, para su abuelo y usted, con *su* problema.

La cara de Gev se petrificó y contestó a Craitheus entre dientes.

—Ya les he dicho que cumpliré mi contrato. Asegúrense de hacerlo ustedes también.

El ojo de Craitheus brilló.

—Oh, descuide —contestó—. No tema por eso.

Savara buscó los ojos de Gev y torció los labios en una mueca victoriosa.

—Parece que voy a estar muy ocupada —se giró hacia la rampa de embarque y le dijo a Marvid—. No llevaré comunicador así que más os vale estar convencidos de que queréis que lo haga.

—Estamos bastante convencidos —Craitheus hizo un gesto tranquilizador con las manos de su ectocuerpo—. Solo asegúrate de que estemos fuera del planeta cuando suceda.

Savara puso los ojos en blanco, recordándole a Marvid a la adolescente humana que aún era, al menos físicamente.

—Estaréis a salvo, Craitheus.

—Por supuesto que sí —dijo Marvid—. ¿Pero y *tú*, mi joya? No deberías subestimar a los Solo. Si algo despierta sus sospechas, no creo que sobrevivas.

—Y dejarías tu misión incompleta —añadió Craitheus—. ¿Estás segura de poder hacerlo sola? Podemos darte un escuadrón de nuestros guardaespaldas como apoyo.

—Los mandalorianos no tendrían por qué saber qué estás haciendo —añadió Marvid—. Solo que *su* trabajo es protegerte.

No añadió lo que venía después porque sabía que Savara no necesitaba que se lo explicaran. Cuando terminase su misión, los guardaespaldas deberían ser eliminados. Nadie excepto Savara y Gev podían estar enteradas del papel de los Qreph en el inminente *accidente*.

Savara lo meditó durante un momento, miró a los ojos a Marvid y le preguntó:

—Hablamos de Han y Leia nada más, ¿verdad? ¿Jaina no está con ellos?

—Eso es —dijo Craitheus—. ¿Pero qué importa eso?

—Claro que importa —dijo Savara—. De Leia Solo puedo ocuparme personalmente. Pero Jaina… bueno, no bastaría ni con todo un escuadrón de mandalorianos.

—¿Y piensas ir sola? —confirmó Craitheus.

Savara asintió.

—Así costará más que alguien me identifique. Y si alguien lo hace, me costará menos huir de los problemas sin un escuadrón de guardias en armadura metiendo ruido a mi estela.

—Seguro —Marvid titubeó un instante y preguntó—. Tienes un plan para escapar sana y salva, ¿verdad?

La pregunta hizo asomar una sonrisa en la cara de Savara, que alargó la mano para darle unas palmadas suaves en la mejilla a Marvid.

—¿Por qué, Marvid? Diría que estás preocupado por mí —a Marvid no solía gustarle que le tocaran, pero no le parecía tan mal cuando era Savara quien lo hacía—. Qué *dulce*.

Cuatro

Al fondo del hangar mecánico había un Urmenung 300 de SoroSuub, con su inconfundible silueta de tres cápsulas sobre un disco tan clara que Luke pudo identificar el modelo a simple vista. Fuertemente armado y blindado, el «Urmi» era el yate preferido de cualquiera que valorase la seguridad además del lujo, por lo que no era extraño verlo en una exclusiva terminal de reabastecimiento como la Estación Vías Cruzadas. Al mismo tiempo, eran yates demasiado caros para ser frecuentes, por lo que le pareció posible que aquel perteneciera a quien había ido a visitar.

Y el hecho de que Luewet Wuul no hubiera aparecido aún sugería lo mucho que el senador quería evitar dejarse ver con Luke. No lo culpaba por eso. En aquel momento, los Jedi eran prácticamente unos parias en la Alianza Galáctica… en particular en su mundo capital. La mayoría de ciudadanos de Coruscant aún les consideraban responsables de la devastación sufrida por su planeta durante la lucha para derrocar a Abeloth y sus esbirros Sith.

En cualquier caso, Wuul había aceptado reunirse con él porque entendía que las iras de la opinión pública eran injustificadas. Sin los Jedi, no habría prácticamente nada que impidiera que los Sith regresasen con fuerza e intentasen atacar de nuevo a la Alianza Galáctica.

Desde la popa de la *Sombra Jade* llegó el ruido sordo amortiguado de una tubería de abastecimiento introduciéndose en una toma de carga. R2-D2 emitió un pitido desde el puesto de droide de la parte trasera de la cubierta de aterrizaje y un mensaje apareció en la pantalla del piloto, solicitando permiso para aceptar un millar de litros de refrigerante de hiperimpulsor. Luke confirmó que las válvulas de enrutamiento estaban bien ajustadas y abrió el tanque.

—Adelante, Erredós —dijo—. Pero diles que se lo tomen con calma. No quiero ningún percance que nos corroa el casco.

R2-D2 lanzó un pitido afirmativo y Luke vio que el medidor del tanque empezaba a subir. Era en momentos tranquilos como aquellos, sentado solo al timón, cuando aún sentía la presencia de Mara junto a él. La *Sombra Jade* había sido la nave de su mujer y, con demasiada frecuencia, su hogar temporal, siempre que una crisis u otra convertía a los Skywalker en nómadas interestelares. En aquel entonces, a Luke jamás se le habría ocurrido que aquellos períodos de encierro estarían entre sus recuerdos más preciados, pero lo estaban. Las muchas horas pasadas con su mujer e hijo, las semanas en que las únicas caras que veía eran las de Mara y Ben.

Ahora Mara estaba muerta. Y Ben era un Caballero Jedi, aunque algo más joven que Luke cuando inició su entrenamiento con Yoda.

R2-D2 volvió a emitir un pitido y otro mensaje apareció en la pantalla del piloto, EL SERVICIO DE LIMPIEZA SOLICITA PERMISO PARA SUBIR A BORDO.

Luke no había solicitado ningún servicio que precisara del acceso al interior de la nave, pero sí estaba *esperando* un visitante.

—¿Puedes ponerme imagen de los limpiadores?

La pantalla cambió a la imagen de un pequeño sullustano achaparrado con gorra y mono azul. Llevaba una bolsa de productos de limpieza colgada al hombro. Tras él estaba el cilindro multibrazos de un droide limpiador JTR SoroSuub.

—Permiso concedido —dijo Luke, levantándose—. Baja la rampa de embarque, Erredós.

Cuando llegó a la parte trasera para recibir a sus invitados, la rampa estaba bajada y el sullustano de la gorra estaba haciendo pasar al droide limpiador. Con unas papadas muy arrugadas, las orejas redondas colgando hacia delante y unos círculos profundos alrededor de sus enormes ojos oscuros, era claramente un anciano de su especie… el Senador Luewet Wuul. Vio que Luke le estaba mirando y lanzó un vistazo al panel de control.

—Normalmente dejamos la rampa de embarque bajada cuando limpiamos —dijo Wuul, con una voz fuerte y jovial—. Pero usted decide, por supuesto, capitán.

—Gracias. Prefiero mantener la nave cerrada —dijo Luke, apretando el botón de conmutación.

Mientras la rampa volvía a su posición, Wuul metió su droide limpiador en la cabina principal, se arrodilló y apretó un interruptor escondido entre sus bandas de rodadura. Toda su parte delantera se abrió, revelando un interior hueco lleno del material esencial para cualquier reunión clandestina. El astuto senador sacó la media bola plateada de un bloqueador espía de espectro completo, lo activó y lo colocó en el mostrador de la cocina. Después, sacó una botella de burtalle maldoveano y un par de copas de cristal tallado, que llenó rápidamente. Le pasó una a Luke y se quedó la otra para él, la levantó y brindaron.

—Por los viejos amigos y los tratos justos.

—Fortuna y salud para todos —contestó Luke, rematando el tradicional brindis sullustano—. Y que la Fuerza nos acompañe.

Aquel añadido hizo que los ojos de Wuul se nublaran con inquietud, pero inclinó su copa y se bebió el burtalle de un trago. Luke dio un sorbo al suyo, deleitándose con su sabor ahumado mientras Wuul se volvía a llenar la copa. La segunda copa, Luke lo sabía por las notas de su hermana sobre el senador, era mera liturgia y apenas la cataría hasta haber liquidado sus asuntos.

Cuando Wuul volvía a tener llena la copa, se sentó a la mesa.

—Disculpa todos estos subterfugios —dijo—. Pero toda precaución es poca. Tienen ojos por todas partes.

—¿Quién? ¿El Senado? —preguntó Luke—. ¿Los Sith? ¿Los periodistas de BAMR?

Wuul frunció el gesto.

—¿Sith? ¿BAMR? No —saltó de su asiento y sacó una carpeta de plastifino del compartimento secreto del droide—. ¿De quién hemos venido a hablar? ¡TEG!

—Exacto… Tecnologías de Explotación Galáctica —dijo Luke. Notó un miedo creciente en el aura de Fuerza del senador—. Has oído hablar de ellos, ¿verdad?

—Más de lo que me gustaría —Wuul volvió a su asiento, pero en vez de dejar la carpeta sobre la mesa, la mantuvo pegada al pecho—. Empecemos hablando del interés de los Jedi por ellos. ¿Qué tenéis que ver con TEG?

—No se trata exactamente de eso —dijo Luke, sentándose frente a Wuul—. El nombre de TEG ha surgido en relación con un problema de piratería que estamos investigando.

—¿Un problema en la Falla Chiloon? —preguntó Wuul.

—Exacto —contestó Luke—. Pero la Falla queda fuera del territorio de la Alianza Galáctica. No esperaba que estuvieras familiarizado con la situación que allí se produce.

—Por supuesto que lo estoy —replicó Wuul—. Un asunto de mineros y metales, ¿verdad?

—Tangencialmente, me imagino —contestó Luke. Incluso sin la Fuerza, las sospechas de Wuul eran tan evidentes como su sorpresa—. Han y Leia llevaron la investigación inicial por su cuenta, así que no estoy del todo seguro.

—¿Inicial? ¿Quieres decir que están mandando más Jedi a la Falla?

Luke hizo una pausa, pensando cuánto debía revelar antes de descubrir el origen de los recelos de Wuul.

—De hecho, pienso ir yo personalmente.

—¿Tú? —preguntó Wuul—. ¿Por qué?

Luke señaló la carpeta.

—Tu turno —dijo—. Hasta ahora solo he hablado yo.

—Tienes razón —concedió Wuul, apretándose la carpeta contra el pecho—. Puede que Chiloon esté fuera del espacio de la Alianza, pero eso no significa que no tengamos intereses allí. La Falla nos suministra un tercio de nuestro berylio, una cuarta parte del quadranio y prácticamente todo el duralio. La lista de minerales es tan larga como mi brazo. Claro que quiero saber qué hacen los Jedi allí.

Luke se limitó a sonreír.

—¿Y?

—Y no somos los únicos que consideramos la Falla Chiloon fundamental para nuestra economía —continuó Wuul—. Quizá hayas notado que está situada a mitad de camino entre el Sector Corporativo y el Remanente Imperial… mucho más cerca de ellos que de nosotros.

—¿Te preocupa una posible anexión?

—Siempre me preocupa que alguien pueda anexionarse la Falla —dijo Wuul—. El único motivo por el que nadie lo ha intentado aún es que los cazadores de asteroides locales están chiflados y son ferozmente independientes. Para aniquilar a una flota de guerra les bastaría con retroceder hasta el interior de la Falla y esperar que el enemigo fuera tras ellos.

—Parece un problema antiguo.

—Me has pedido que te ponga en antecedentes —contestó Wuul, insistiendo en sus evasivas.

—Sobre TEG.

Una punzada de miedo atravesó el aura de Fuerza de Wuul, que sorprendió a Luke al beberse medio vaso de burtalle.

—Vale. Ya sabes que imponemos una tasa mineral a todo lo que se importa desde la Falla a la Alianza. Es la única manera de proteger a los mineros que trabajan en nuestros campos de asteroides.

—Sigo sin ver la relación —dijo Luke—. ¿Qué tiene eso que ver con TEG?

—No les gusta pagar impuestos —contestó Wuul—. Y cuando algo no gusta a los hermanos Qreph, hay problemas.

—¿Los hermanos Qreph?

Wuul dio unos golpecitos con el dedo a la carpeta.

—Los dueños de Consorcio Galáctico. Empresa que, a su vez, es dueña de Tecnologías de Explotación Galáctica. Lo tienes todo en esta carpeta. Una lectura muy interesante, te lo prometo.

Viendo que Wuul no le pasaba la carpeta, Luke preguntó:

—¿Y qué tengo que hacer para echarle un vistazo?

—Decirme qué hacen los Jedi en la Falla. Después, ya lo veremos.

Luke se detuvo para volver a examinar el aura de Fuerza de Wuul, buscando el tacto resbaladizo del engaño o el intenso sabor de un farol. Al encontrar solo la dentellada eléctrica del miedo, entendió que el senador no intentaba embaucarlo, solo asegurarse de que no le escondía nada.

—No tenemos nada que ocultar —dijo Luke—. TEG puede estar implicada en el problema de piratería que le he comentado. Los ataques están perjudicando a los suministros de la refinería de asteroides de Lando Calrissian en Sarnus. Mandamos a Han y Leia a investigar como favor a un viejo amigo y su último mensaje sugería que quizá no era el habitual problema de piratas.

Los ojos de Wuul brillaron al comprenderlo.

—TEG está suministrando más materias a la Alianza que nunca antes —dijo—. Creía que se estaban haciendo con parte del mercado de Lando, pero empiezo a pensar que es otra cosa… más típica en ellos.

—¿Más típica? —preguntó Luke.

Wuul asintió y dejó el plastifino sobre la mesa.

—La piratería no es la única actividad paralela de TEG —dijo—. Que estén suministrando metales a la Alianza no significa que estemos cobrando impuestos por ellos.

—Entonces… también se dedican al contrabando —dijo Luke, recogiendo la carpeta.

—Léetelo —Wuul se terminó la copa y miró la botella, como tentado a servirse otra—. La piratería y el contrabando son solo el principio.

Luke abrió la carpeta. Como le había explicado Wuul, TEG era propiedad de Consorcio Galáctico, un grupo empresarial interestelar con intereses en el cultivo de genes para ganado, la tecnología cíborg avanzada, el transporte interestelar y otra docena

de sectores. En los últimos treinta años, sus empresas se habían visto relacionadas con delitos que abarcaban desde el robo de genes hasta el esclavismo. Durante la guerra contra los yuuzhan vong, el Consorcio había creado incluso un servicio de transporte estelar especializado en venderles naves repletas de refugiados a los sacerdotes yuuzhan vong para sus ritos sacrificiales masivos.

Luke levantó la vista.

—¿Y esos tipos por qué no están en algún tipo de centro penitenciario?

—Porque Marvid y Craitheus Qreph son unos maestros del trabajo clandestino —respondió Wuul—. Su madre fue vendedora de información y pronosticadora estadística en Ord Mantell, hasta que alguien le metió una descarga de bláster en la cabeza.

—¿Quedaron huérfanos?

Wuul negó con la cabeza.

—Eso habría resultado más sencillo —dijo—. La descarga no la mató. Solo la incapacitó para formar nuevos recuerdos.

—Lo que supuso que ya no pudiera ganarse la vida —dedujo Luke.

—Así es. Los Qreph se criaron en la miseria… tanto que debían compartir un único ectocuerpo —Wuul volvió a señalar la carpeta—. Sigue leyendo. Ahí está todo.

Luke volvió al dossier. Criarse en la miseria había sido un factor realmente estimulante para los Qreph. En su undécimo aniversario de surgimiento, los hermanos le estafaron un millón de créditos a un destacado criminal local. Usaron el dinero para comprar un pequeño laboratorio de evaluación de productos y pusieron en marcha un lucrativo programa de pruebas de cosméticos kuatis en animales domésticos robados y niños huérfanos.

Después, los Qreph habían desaparecido virtualmente de todo registro oficial, hasta poco antes de la guerra contra los yuuzhan vong. A partir de entonces, los servicios de seguridad y policiales de toda la galaxia empezaron a encontrar gran cantidad de crímenes, corrupción y prácticas empresariales engañosas cuyo rastro llevaba hasta la empresa madre, Consorcio Galáctico. Pero, a pesar de todo aquello, hasta hacía relativamente poco, justo tras la Segunda Guerra Civil, Marvid y Craitheus Qreph no habían sido identificados como propietarios únicos del Consorcio.

Luke apartó la carpeta. Los investigadores de la Orden Jedi ya habían descubierto parte de aquella información, pero la investigación de la Alianza Galáctica se llevaba realizando desde mucho antes y su informe era muchísimo más completo. Miró a Wuul.

—Tienes razón, una lectura muy interesante. Ahora cuéntame lo que no aparece en el dossier.

—Esos son los hechos tal como los conocemos, Maestro Skywalker —dijo Wuul—. Cualquier otra cosa que pueda decirte sería mera especulación.

—Entiendo —contestó Luke—. Por eso he acudido a ti.

Las papadas de Wuul se alzaron en la versión sullustana de una sonrisa.

—Bueno, ya que lo preguntas… —cogió la carpeta y la abrió en una larga lista de adquisiciones recientes de Consorcio Galáctico—. Lo que me asombra es su rápido

crecimiento. Solo en los últimos seis meses, CG ha comprado dos docenas de empresas, la mayoría por una pequeña parte de su verdadero valor… y muchas de esas empresas son verdaderos titanes por derecho propio.

Luke examinó la lista.

—Muchas de ellas están duplicadas en industrias estratégicas —comentó—. Veo tres suministradores de gas tibanna, dos fabricantes de cazas estelares, cuatro astilleros, cinco compañías de transporte…

—Exacto —dijo Wuul—. En la Academia Empresarial de SoroSuub nos enseñan que la aceleración abrupta de las adquisiciones corporativas suele ser sinónimo de alguien que intenta hacerse con el control de un mercado. Pero esas adquisiciones suelen concentrarse en una sola industria.

—Estas no —dijo Luke—. Se diversifican en todas direcciones.

—Exactamente, Maestro Skywalker. Es un poco prematuro decirlo, pero si este patrón se sigue acelerando al ritmo actual, deberíamos concluir que los Qreph no intentan hacerse con un mercado importante, sino que quieren *todos* los mercados.

—¿Todos? —repitió Luke—. Parece muy ambicioso, ¿no?

—Lo es —Wuul miró hacia otra parte y Luke volvió a sentir una punzada de miedo cruzando su aura de Fuerza—. Como disolver el Senado y convertir la República Galáctica en un Imperio.

—Tienes razón —dijo Luke—. ¿Eso buscan los Qreph? ¿El control total de la economía?

Wuul abrió las manos.

—Tú eres el Jedi, Maestro Skywalker. Dímelo tú.

—Es mejor evitar las conjeturas —dijo Luke, asintiendo—. Dices que los Qreph han estado comprando empresas por una parte de su verdadero valor. ¿Cómo lo hacen?

—Supongo que de la misma manera que evitan pagar impuestos arancelarios. Espías, soborno, extorsión, intimidación, asesinatos… lo que sea necesario.

—¿Y de qué tienes miedo, Luew?

Las orejas de Wuul descendieron muy ligeramente.

—Sospechaba que lo notarías —dijo—. Pero, te lo garantizo, no permito que mis preocupaciones influyan en mis decisiones… y jamás aceptaría un soborno.

—¿Qué preocupaciones, exactamente?

—Las amenazas, por supuesto —Wuul volvió a mirar a Luke a los ojos—. ¿Me has estado escuchando, Maestro Skywalker?

—Sí. Pero me cuesta creerlo. ¿Los Qreph están amenazando a un senador de la Alianza Galáctica?

Las papadas de Wuul se estiraron.

—No, cielos, Maestro Skywalker. Ni ellos serían tan descarados. Pero le he tenido que pedir a mi clan-colmena que se esconda.

—Amenazar a la familia de un senador también es delito —comentó Luke.

—Y estoy seguro que serán juzgados por ello —dijo Wuul—. Si podemos llevar a los Qreph ante la justicia del espacio de la Alianza Galáctica… y si consigo el tipo de pruebas capaces de forzar a Wandara Dekort a aceptar el caso.

Luke arqueó una ceja.

—¿La ministra de justicia está a sueldo de ellos?

—Sobornada, chantajeada, amenazada… o quizá solo sea excesivamente prudente —Wuul abrió los brazos—. ¿Quién sabe?

—¿La ministra Dekort ha abierto, al menos, —Luke hizo una pausa al percibir una presencia nerviosa bajo la *Sombra*, cerca de la proa, y prosiguió— una investigación de las amenazas contra su familia?

—No, que yo sepa —dijo.

Luke se levantó y se volvió ligeramente hacia la presencia. Wuul ladeó la cabeza, pero siguió hablando cuando Luke hizo rodar un dedo para que no parase.

—Dekort asegura que unas simples insinuaciones no son base suficiente para una investigación —dijo el sullustano—, pero me ha asegurado que si algún miembro de mi clan-colmena desaparece o sufre algún daño, estará encantada de abrir sumario.

—¿Y qué pasa con los servicios de seguridad del Senado? —preguntó Luke—. ¿No es deber del Senado protegerte a tu familia y a ti?

—Deber y hacer no son exactamente lo mismo, Maestro Skywalker. Si los Qreph pueden comprar a senadores y jueces del Tribunal Supremo, y lo han hecho, no hay duda de que podrían hacerlo con uno o dos guardaespaldas.

La presencia estaba ahora bajo la cabina principal de la *Sombra*, acercándose lentamente a la mesa de la cocina ante la que estaba sentado Wuul. Luke sintió más aprensión que intenciones siniestras en su aura de Fuerza, lo que sugería que el intruso probablemente era un espía, no un asesino… o quizá solo era un tripulante sin escrúpulos en busca de algo digno de ser robado.

Luke le hizo un gesto a Wuul para que fuese a la rampa de embarque y dijo:

—Podríamos mandar un Jedi para que ayude a tu familia.

—¿Quieres que me expulsen del Senado, Maestro Skywalker? —preguntó Wuul. Se levantó y fue hacia la parte trasera—. Muchos de mis colegas se creen realmente esa bobada de que los Jedi nos han ido metiendo en una guerra tras otra… y el resto se conforma culpándoos a vosotros en lugar de a su mal juicio.

—No tendría por qué ser muy notorio —dijo Luke, esperando que Wuul llegase a la rampa—. Contamos con Caballeros sullustanos, ya sabes.

Wuul se lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—La Alianza tiene que ocuparse de este problema sola —llegó a la rampa, puso un dedo sobre el panel de control y arqueó una ceja en una pregunta muda—. Sin los Jedi, es la única manera de construir el tipo de instituciones sólidas que necesitamos para combatir semejante corrupción.

Luke señaló el panel de control y asintió, indicándole a Wuul que bajase la rampa. AJ mismo tiempo, se proyectó en la Fuerza hacia el espía, sujetándolo con su mano invisible y estrellándolo contra el fuerte duracero del vientre de la *Sombra*.

Un ruido metálico amortiguado resonó en el casco y una voz gritó, dolorida y perpleja. Luke entendió que el ser que había bajo la *Sombra*, fuera quien fuera, no era espía profesional. Dejó que el fisgón cayera a la cubierta del hangar y fue a por él.

Para entonces, Wuul ya estaba de rodillas cerca de la parte superior de la rampa, intentando mirar bajo el vientre de la *Sombra*.

—¿Suuas? —gritó, claramente desconcertado—. ¿No te dije que esperases a bordo?

Una voz aflautada contestó:

—Yo, eh… lo siento, Uupa —«*uupa*» era la palabra sullustana para uno de los machos de la matriarca del clan—. Me pareció que algo podía ir mal.

—¿Por eso llevas un disco de escuchas en las manos? —replicó Wuul—. Incluso yo sé que eso no forma parte del equipo de un piloto.

Luke tuvo que bajar hasta mitad de la rampa para ver a un joven varón sullustano tirado bajo el vientre de la *Sombra*, con un chichón morado creciéndole en la coronilla. En el suelo, junto a él, había un artefacto parecido a un estetoscopio con una ventosa gigante en la punta.

—¿Me estás espiando? —siseó Wuul, esforzándose por mantener la voz baja—. ¿Mi propia prole-colmena?

Suuas negó con la cabeza a toda prisa.

—¡No, uupa! —recogió el disco de escuchas y lo miró como si fuera una anguila colmillo—. Esto ya estaba aquí. ¡Es lo que iba a decirte!

Mentía, por supuesto. Luke percibió falsedad y pánico en el aura de Fuerza del joven sullustano.

—No es eso lo que dijiste hace dos segundos —el tono de Wuul fue sereno y frío—. Dijiste que creías que algo podía ir mal.

—Porque vi esto colgando del vientre de la nave —dijo, agitando el dispositivo de escuchas hacia Wuul.

—Será mejor que subas a bordo —propuso Luke. No necesitaba mirar para saber que estaban llamando la atención de los mecánicos que seguían reparando la *Sombra*—. Le echaremos un vistazo.

—Sí, tráelo —dijo Wuul, entendiendo la inquietud de Luke casi al instante. Miró bajo la nave, como si buscase a alguien escondido tras uno de los puntales—. ¿Viste quién lo puso ahí?

—Algún mecánico —contestó—. Pudo ser cualquiera.

—Tienes razón —dijo Wuul en un tono tan convincente que si Luke no hubiera detectado los recelos en su aura de Fuerza, habría creído que el senador se estaba tragando la mentira de Suuas—. Ya lo aclararemos en la nave.

Wuul echó un último vistazo alrededor y volvió rápidamente a bordo. Luke esperó en la rampa, asegurándose que el chichón de Suuas no le había dejado aturdido. El joven

sullustano empezó a subir la rampa sin tropezarse ni tambalearse y Luke tendió una mano hacia el artefacto.

—Déjame ver eso.

Suuas negó con la cabeza.

—Trabajo para el senador —dijo—. Debo dárselo a él.

—Como quieras —dijo Luke, bajando la mano—. Y discúlpame por golpearte contra el casco. La tensión que percibí en tu aura de Fuerza y la cautela con que te movías me hicieron creer que intentabas pasar desapercibido.

Suuas desvió la vista sin decir nada y terminó de subir a bordo de la *Sombra Jade*. Luke dedicó un momento a mirar hacia proa y vio a un par de mecánicos duros esforzándose porque no pareciera que les estaban mirando. Sabía que le habían reconocido, pero la Estación Vías Cruzadas era de esos lugares en que los clientes pedían discreción… y estaban dispuestos a pagarla.

Luke sacó un par de fichas de cien créditos del bolsillo de su cinturón y volvió al repulsor que los duros estaban empleando para acceder a la toma de servicio de la *Sombra*.

—Por si no les veo antes de marcharnos —alargó la mano para dejar las fichas sobre la cubierta del repulsor—. Les agradezco su profesionalidad.

Los dos duros bajaron la vista, deteniéndose a mirar las fichas lo suficiente para mostrarle su agradecimiento, y asintieron secamente.

—El placer es nuestro, capitán —dijo el más mayor—. Que tenga buen viaje.

—Lo tendré —contestó Luke, sonriendo por aquel «capitán»—. Gracias.

Volvió a bordo de la *Sombra y* subió la rampa. En la cabina, Wuul ya había tomado posesión de la copa de escuchas y la estaba agitando ante las narices de Suuas.

—¡Ni de SoroSuub! —bramaba el senador—. ¡Esto es de Loronar! ¿Cómo has podido, Suuas? ¿Loronar?

El joven sullustano se miró las botas y dijo:

—Uupa, intento explicarte que…

—Que no es tuyo —concluyó Wuul—. Lo sé… pero eso son sandeces —señaló a Luke—. Es Jedi, idiota. Y los Jedi saben cuándo mientes.

Aquello se parecía lo bastante a la verdad para que Luke asintiera.

—He estado percibiendo tus emociones desde que te acercaste. Te costaba oírnos y por eso decidiste probar con los discos.

Los ojos de Suuas se aplanaron hasta formar unos óvalos enfurecidos.

—Esa basura barata de Loronar. Les *dije* que los quería de SoroSuub.

—¿A quién? —preguntó Luke.

—¿Y usted qué *cree*, Jedi? —Suuas hizo una mueca. Se volvió hacia Wuul—. No me has dado elección, uupa. Después de que te negases a colaborar con ellos, alguien debía pensar en el bien de la colmena.

Los hombros de Wuul se hundieron.

—¿Qué has hecho, Suuas?

—Consorcio Galáctico tiene ojos por todas partes —contestó Suuas—. Tú mismo me lo dijiste. Es imposible esconderles toda una colmena… incluso para ti.

—Y has llegado a un trato —dedujo Wuul—. ¿La seguridad de la colmena a cambio de espiarme?

—Y lo volvería a hacer —le confirmó Suuas—. Méteme en un centro penitenciario, contrata otro piloto y da malas referencias de mí, o dile a los Jedi que me arrojen a un agujero negro. No pienso disculparme.

Antes de que Luke pudiera poner alguna objeción a la idea de que los Jedi se deshiciesen de cadáveres, Wuul se acercó a su prole-colmena y le habló en un tono profundo y grave.

—Oh, no, Suuas… no tendrás tanta suerte. Lo debatiremos en el seno del clan-colmena. La Dama decidirá tu destino.

Cinco

La Refinería Sarnus estaba esparcida por una llanura árida, extendiéndose por un centenar de kilómetros cuadrados de piedra y polvo. Centenares de deslizadores terrestres del tamaño de motas volaban de un lado para otro, entre los polígonos oscuros de las remotas estructuras. Examinando el lejano horizonte, Leia solo pudo distinguir el naranja feroz de los cráteres; una serie de muescas irregulares que aún brillaban por el calor de los impactos recientes. En medio de la llanura vio las enormes cúpulas giratorias de más de veinte molinos trituradores, rodeadas de una red de tuberías que las alimentaban y vaciaban.

—Muchas de esas canalizaciones repulso-veyer miden más de cincuenta kilómetros de largo —estaba explicando Lando por el canal del comunicador.

Vestido con un traje presurizado amarillo estándar, estaba al borde de un mirador, señalando las instalaciones que pronto visitarían. Lando quería que los Solo entendieran todo el proceso de refinado para que pudieran reconocer las refinerías ilegales con las que se encontraran. Aunque era evidente que disfrutaba con la oportunidad de exhibir su empresa.

—Nuestros cráteres están muy lejos de las zonas de trabajo —prosiguió Lando—. Cuando el astrolito cae, puede esparcir sus restos en docenas de kilómetros a la redonda.

—Por supuesto, intentamos contener la dispersión con escudos deflectores —añadió la jefa de explotación de Lando, Dena Yus. Ella estaba junto al deslizador, atenta al tráfico que pudiera llegar porque habían aparcado en el único mirador de aquella montaña rusa que era la carretera que descendía hasta la cuenca de producción—. Pero aún perdemos el tres por ciento de mineral en esa dispersión.

Leia apretó con la barbilla el botón del micrófono del interior de su casco y preguntó:

—¿Y qué proporción de astrolitos pierden por otras causas? —Dena les había explicado que «astrolito» era el término que los ingenieros de minas usaban para los fragmentos de asteroide tratados por los equipos de rompedores—. Parece que mucho mineral debería vaporizarse en el impacto… o filtrarse en las paredes de los cráteres.

—Por eso tenemos generadores de rayos y escudos de partículas —dijo Lando—. Cuando el astrolito entra en la atmósfera, lo ralentizamos con rayos repulsores y lo guiamos con rayos tractores. Y los cráteres están recubiertos de escudos de partículas para que el mineral del interior no se mueva de donde lo queremos.

—Es un proceso bastante controlado —dijo Dena—. Los astrolitos llegan justo con la inercia suficiente para desmenuzarse al chocar entre sí. Cuando esos pedazos son lo bastante pequeños para su transporte, caen por un embudo colector hacia las canalizaciones repulso-veyer y se trasladan hasta un molino triturador.

—Deben contar con un montón de mecanismos de seguridad, ¿verdad? —preguntó Han. Estaba de pie al otro extremo del mirador, inspeccionando el cráter más cercano (Cráter Uno) con unos electrobinoculares—. Es decir, es completamente imposible que un astrolito se os escape, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Dena—. Sarnus tiene una atmósfera muy fina y la gravedad baja, pero los astrolitos pesan millones de toneladas. Una caída incontrolada causaría una enorme erosión y se produciría una enorme desintegración en impacto. Perderíamos la mayor parte de todo lo que cayera.

—Y probablemente media refinería también —el tono de Lando fue más taciturno—. Pero estoy seguro de que ya lo sabes, Han. ¿Por qué lo preguntas?

—Quizá no sea nada —dijo Han, encogiendo los hombros de su traje presurizado amarillo chillón—. Solo me preguntaba si esas boquillas de rayos deberían estar apuntando hacia las fundiciones.

—¿Qué? —Lando cruzó el mirador en tres pasos, le quitó los electrobinoculares a Han y los apuntó hacia el cráter más cercano—. Dena, ¿has organizado algún tipo de mantenimiento en el Cráter Uno?

—No, hasta la semana que viene.

—Pues algo va mal —replicó Lando—. Veo tres… no, *cuatro* rayos tractores desalineados. Y Han tiene razón, parecen vueltos hacia la zona de fundición.

—No puede ser —dijo Dena—. Los soportes de las torretas tienen calzas de seguridad. Las boquillas de rayos apenas pueden girar unos grados… lo suficiente para ayudarles con la fijación del blanco.

Lando tocó el panel de control de la parte superior de los electrobinoculares y dijo:

—Bueno, pues *de alguna manera* se han girado. Será mejor que te comuniques con el control de planta y averigües qué está pasando… *ahora*.

—Por supuesto —dijo Dena.

Un leve chasquido sonó en el altavoz del casco cuando Dena pasó su transmisor al canal del control de planta. Leia fue hasta Lando y miró por los electrobinoculares. Desde allí, los generadores de rayos parecían siete gotas negras alrededor de unas fauces rojas abiertas. Pero en vez apuntar al cielo sobre el pozo, había cuatro que parecían giradas hacia el lado más próximo de la cuenca, donde las torres cónicas de las fundiciones echaban humo hacia la fina atmósfera sarnusiana.

Leia sintió una punzada fría de peligro reptando por su espalda.

—Lando, ¿qué pasa si un equipo rompedor arroja un pedazo de asteroide mientras los rayos tractores apuntan a la fundición?

—No pueden —le aseguró Lando—. Los equipos rompedores no pueden iniciar los lanzamientos hasta que los cuatro operadores de los rayos tractores tienen bien fijado su blanco. Hay un mecanismo de desconexión de seguridad.

Mientras hablaba, apareció una estela carmesí de fuego de fricción en el cielo, parpadeando tras los rastros llameantes de otros tres lanzamientos anteriores camino a la superficie.

—Entiendo —Leia seguía mirando por los electrobinoculares—. ¿Como las calzas de seguridad que *debían* impedir que los rayos girasen más que unos grados?

Lando se quedó callado y después preguntó, en voz baja:

—¿Estás pensando en un sabotaje?

Leia bajó los electrobinoculares.

—Lando, tienes *cuatro* boquillas de rayos tractores apuntadas hacia tus fundiciones. ¿A ti te parece un accidente?

—A mí no —dijo Han—. Y Lando acaba de cabrear bastante a unos competidores bastante desagradables.

Lando asintió dentro de su casco.

—Los Qreph. *Por supuesto*. No debería sorprenderme. No esperaba que fueran tan audaces… ni que actuasen tan rápido.

—Ese es el problema con los columi —dijo Han—. Siempre van tres pasos por delante de uno.

—Y *ahora* me lo dices —Lando echó a andar hacia el deslizador—. Dena, ¿qué dice control de planta sobre los rayos tractores?

Un leve chasquido sonó en el altavoz del casco de Leia cuando Dena volvió a conectar su transmisor al canal del grupo.

—Nada todavía. No he podido contactar con ellos.

Lando maldijo entre dientes y preguntó:

—¿Y seguridad?

—No consigo contactar con *nadie* —contestó Dena—. La única comunicación que tengo es interpersonal y directa. Debe de haber algún problema con el satélite.

—Sí, alguien lo ha volado en pedazos —comentó Han, siguiendo a Lando hacia el deslizador—. ¿Cuántos trabajadores hay ahí abajo ahora mismo?

Lando miró a Dena.

—¿Administradora?

Ella miró su cronómetro.

—Empieza el cambio de turno. Eso significa que habrá unos treinta mil trabajadores, centenar arriba o abajo.

Leia sintió un nudo frío en el estómago. Con una masa de millones de toneladas, el impacto de un astrolito causaría una explosión inimaginable. Incluso a velocidad reducida, fácilmente podía arrasar la Refinería Sarnus entera y matar a la mayoría de empleados presentes.

—¿Cuánto se tarda en evacuarlo? —preguntó.

—Quince minutos, a partir de que se da la orden —dijo Dena—. Pero con la red de comunicaciones caída…

—No pueden dar la orden —concluyó Han por ella—. Esos columi son malvados. *Muy* malvados.

Todos se quedaron callados un momento, pensando en las palabras de Han.

Dena preguntó:

—¿Está diciendo que los saboteadores intentan acabar con toda nuestra mano de obra? —a pesar de su apariencia serena, su presencia en la Fuerza desprendía rabia y odio, tan puros y potentes que a Leia le parecieron prácticamente inhumanos—. ¡Eso paralizaría nuestra producción durante años!

—Dena, esto ya no va de activos financieros, ni de contingentes de mano de obra —la voz de Lando solo transmitió un leve matiz de irritación—. Ahora se trata de salvar a nuestra gente. Veamos si podemos contactar con alguien ahí abajo sin el satélite.

Metió la mano dentro del deslizador y activó el tablero de instrumentos. El pitido constante de una baliza de emergencia sonó dentro del casco de Leia y una luz estroboscópica amarilla empezó a brillar sobre el techo del deslizador terrestre.

Volvió la vista hacia los cráteres y miró el cielo un momento, estudiando los cuatro lazos de llamas, que se seguían estirando y ensanchando. Los dos inferiores parecían dirigirse hacia el centro y el extremo más alejado, donde estaban los Cráteres Tres y Seis, pero resultaba imposible predecir dónde iban los dos superiores y Leia sabía que habría muchos más astrolitos más arriba, tan por encima de la atmósfera aún que no había ninguna estela de fricción que delatase su presencia. Era evidente que cualquier intento de hacer una estimación del tiempo hasta el impacto no sería más que dar palos de ciego.

Leia se giró hacia el deslizador. Lando y Dena estaban junto al parachoques delantero, mirando en direcciones opuestas, moviendo los labios esporádicamente mientras intentaban contactar de alguna manera con la cuenca de producción. Han estaba en el asiento del piloto, apretando botones del tablero e intentando hablar con alguien, quien fuera, mediante la batería de comunicaciones del vehículo. A juzgar por la ferocidad con la que tecleaba, estaba teniendo tanto éxito como Lando o Dena.

Leia abrió un canal con el *Halcón* e intentó contactar con C-3PO u Omad Kaeg, a quien Lando había contratado, con la bendición reticente de Han, para que supervisase la reparación de la batería de sensores dañada del *Halcón*. Si la rectena militar de la nave apuntaba hacia ellos, podría captar incluso una transmisión semidesviada.

La única respuesta fue un siseo vacío y Leia empezó a desesperarse. Los lanzamientos de astrolitos solían durar diecisiete minutos desde la fijación del blanco hasta el impacto, según les había contado Dena. Y prácticamente tardaban lo mismo en evacuar. Leia volvió a conectar su transmisor al canal del grupo y agitó los brazos para llamar la atención de sus compañeros.

—No hay tiempo para esto —dijo—. Si la evacuación de emergencia tarda quince minutos, ya andamos escasos de tiempo. Aunque logremos contactar con alguien…

—Un momento —dijo Han, volviéndose hacia Dena—. ¿Evacuación de *emergencia?* ¿Cómo se activa?

—El control de planta hace sonar una alarma, por supuesto. Pero no se me ocurre cómo…

—¿Me refiero a cómo se activa *automáticamente*? —la cortó Han—. Por ejemplo, si explota algo gordo, ¿se activaría?

—Por supuesto, si es lo bastante gordo —dijo Dena—. Pero no veo cómo…

—Montad —dijo Han—. Tengo una idea.

Leia ocupó el asiento delantero de pasajero. Lando se sentó detrás de ella. Dena, que hasta entonces había sido la conductora del grupo, fue al asiento de piloto.

—Perdona, hermana —Han señaló con el pulgar el asiento que tenía detrás—. Monta. A partir de ahora es cosa mía.

Dena quedó boquiabierta tras su placa facial y no hizo ningún ademán de ir hacia la puerta trasera.

—Capitán Solo, este es *mi*…

—Han conduce —la cortó Lando—. Siéntate atrás. *Ahora*.

Leia sintió una oleada de rabia en la Fuerza, pero Dena obedeció. Han apretó los propulsores antes de que las puertas hubieran acabado de cerrarse y el vehículo salió disparado por la estrecha carretera, serpenteando y dando bandazos mientras bajaba hacia la cuenca de producción.

—Necesitamos algo que estalle con un gran destello —dijo Han—. Un núcleo procesador quizá, o algo por el estilo.

—El núcleo procesador más cercano está dentro del pozo de la escoria —explicó Dena—. A unos diez kilómetros de aquí.

—Demasiado lejos —dijo Leia. Con tantas curvas sinuosas, tardarían al menos cinco minutos en recorrer la distancia… incluso con Han a los mandos—. Necesitamos algo más cercano.

—¿Qué me dices de los tanques de almacenamiento al pie de la escarpa? —le preguntó Lando a Dena—. ¿No los colocaste ahí para proteger la planta si había un accidente?

Dena no contestó inmediatamente. Una luz verde se encendió en el panel del techo, indicando que el interior del deslizador terrestre estaba completamente presurizado. Disimuló la pausa desactivando teatralmente el oxígeno de su traje y levantándose la placa facial.

Leia apretó con la barbilla el botón de apertura del interior de su casco. No terminaba de fiarse de Dena. Aquella mujer tendía a pensar demasiado antes de responder las preguntas y no le había gustado la manera en que se había ofrecido a ayudarle a abrir los cierres del traje presurizado a Han. Había sido demasiado familiar… *extrañamente* familiar, teniendo en cuenta que estaba casado y era el mejor amigo de su jefe.

Leia levantó su placa facial y se volvió para preguntar:

—¿Es una pregunta complicada, administradora Yus?

—No —contestó Dena, con una premura ligeramente excesiva—. Solo intento recordar qué hay en cada tanque ahora mismo… y me pregunto si podremos reventarlos. Tienen paredes triples de duracero, entre dos láminas de diez centímetros de duracreto. Estrellando un deslizador terrestre ni siquiera las agrietaríamos.

—Estrellando un deslizador terrestre… —Han dejó la frase inacabada y preguntó—. ¿Está loca? Llevamos a una Jedi con nosotros.

Iba a explicarse, pero se detuvo para no perder el control tras doblar una curva ciega y encontrarse con otra muy cerrada de inmediato. Frenó secamente y giró el volante. La popa del deslizador giró, ladeando el vehículo hacia la izquierda, y Leia sintió que los repulsores empezaban a girarlos.

Entonces Han volvió a pisar los aceleradores y el deslizador salió disparado hacia delante. Dena lanzó un sonoro suspiro de alivio cuando el vehículo desplegó su plataforma repulsora y se propulsó hacia la siguiente recta. Leia volvió a mirar al cielo. Los dos primeros astrolitos ya casi estaban en el horizonte, con estelas tan largas y brillantes que podía ver las muescas irregulares de los cráteres bajo ellas.

Pero la tercera estela seguía mucho más arriba, tan corta que apenas se veía como una bruma naranja. Ante los ojos de Leia, su punta se transformó en una bola de fuego roja del tamaño de su puño y cuando por fin comprendió lo que estaba viendo ya era tan grande como su cabeza.

—No llegaremos —dijo.

En lo que tardó en decirlo, la bola de fuego se hinchó hasta el tamaño de un caza estelar y todo el cielo ya era naranja.

—¡Han, detente! —gritó Leia—. ¡Es demasiado tarde!

Han ya estaba frenando, tan secamente que Leia tuvo que apoyarse contra el tablero de mandos.

La bola de fuego seguía creciendo y cubriendo el cielo, ardiendo tan intensamente que a Leia le dolían los ojos, sin dejar de expandirse hasta que… tocó el suelo.

Un gran destello blanco llenó la cuenca de producción. Leia vio los conos humeantes de las fundiciones desmoronándose, antes de quedar envueltos en una cortina de llamas y polvo. La cortina rodó hacia los confines de la llanura plateada, lanzando las motas blancas de los deslizadores y los oscuros polígonos de los edificios hacia las alturas. Lo engullía todo a su paso, aumentando en altura y brillo a medida que se les acercaba.

Han metió la marcha atrás del deslizador y empezó a sortear curvas de espaldas, esforzándose por poner distancia entre ellos y la cortina de fuego rodante. Una columna de llamas amarillas y blancas se alzaba en el lugar del impacto, elevándose miles de metros hacia el cielo, hasta que la atmósfera era lo bastante rala para que el cielo hirviera.

Una pared de polvo empezó a reptar hacia ellos y Leia supo que la legendaria suerte de los Solo se había acabado. Pensó que no podrían escapar de la onda expansiva. Puso una mano sobre la de Han, se proyectó con la Fuerza y *empujó*. La onda los alcanzó. El deslizador terrestre se zarandeó intensamente y el mundo saltó en pedazos.

Seis

Lo único que quedaba de la zona de fundición era una cuenca de impacto de diez kilómetros bordeada por acantilados escarpados y rocas. Un día después del ataque, el lecho del cráter seguía brillando y humeando, y Luke no vio actividad dentro. Pero la llanura circundante estaba llena de diminutas motas de color, las luces de los equipos de emergencia que excavaban los escombros de los molinos y tanques de flotación. Aunque todo aquel empeño seguía llamándose «operación de rescate» ya hacía veinte horas que no encontraban a nadie con vida.

—Los voy a matar —dijo Lando. Estaba en la enfermería con Luke, mirando las operaciones de rescate por una ventanilla de la sala de espera. A pesar de las tres costillas rotas y la infinidad de cortes en la cara, había pasado las últimas veinticuatro horas dirigiendo personalmente el rescate desde su improvisado cuartel general—. A Craitheus y Marvid. Los encontraré y les meteré un par de rayos disruptores en la cabeza. O tres. O cuatro.

—¿Tienes un disruptor? —preguntó Luke. Las armas disruptoras desintegraban a sus blancos a nivel molecular, causando tanto dolor que estaban prohibidas en prácticamente todas las sociedades civilizadas de la galaxia.

Lando le puso mala cara.

—Podría comprármelo, ya lo sabes.

—Seguro que sí —dijo Luke. La ira en el aura de Fuerza de Lando le impedía leer sus verdaderas intenciones, así que era posible que lo dijera en serio—. Aunque quizá debas esperar un poco.

—¿Por qué, Maestro Skywalker? —preguntó Dena Yus, que también estaba junto a Luke, frente a Lando. Aunque aún tenía algunos moratones en un lado de su cara, había evitado heridas graves escondiéndose tras un asiento cuando la onda expansiva les alcanzó—. ¿No querrá matarlos usted mismo?

—Nadie va a matar a nadie —dijo Luke, un poco desconcertado por aquella sugerencia—. Como mínimo hasta que tengamos pruebas de la culpabilidad de los Qreph. Y entonces, solo si no tenemos ningún otro modo de llevarlos ante la justicia.

Dena frunció los labios con fingida decepción.

—Muy noble por su parte, Maestro Skywalker, pero tenemos todas las pruebas que necesitamos. Las amenazas de los Qreph fueron bastante explícitas —le dedicó una sonrisa extraña y prosiguió—. No me importaría jurarlo, si eso sirve para aplacar su conciencia Jedi.

—No será necesario —dijo Luke. No acababa de tener claro si intentaba flirtear con él o ponerle contra los seres a los que ella consideraba responsables de la destrucción de la refinería—. No es mi conciencia Jedi lo que me preocupa… sino nuestras emociones. La ira nubla la razón. Igual que el miedo.

—Y por ese camino se va al lado oscuro… ya lo sé —la voz de Lando sonó más amarga—. Tengo noticias, viejo amigo. El lado oscuro ya está aquí. Acaba de matar a veintiocho mil de los míos y ha dejado en coma a Han y Leia.

—Y tomar decisiones precipitadas no cambiará nada —dijo Luke. La ira no bastaba para empezar a definir lo que sentía él respecto a lo que les había sucedido a los Solo. La onda expansiva les había alcanzado de pleno, lanzándoles la ventanilla rota contra la cara y dejándolos tan gravemente heridos que su recuperación seguía siendo incierta. Una parte de Luke quería sumarse a la ira de Lando y buscar la venganza por la que abogaba Dena, pero no se atrevía a actuar siguiendo aquellas emociones; no cuando eran tan potentes y descarnadas—. Necesitamos confirmar nuestras sospechas antes de actuar.

—Eso es fácil de decir —contestó Dena—, pero difícil de hacer. Lo único que sabemos sobre el ataque es que alguien empleó un soldador láser para cortar las calzas de seguridad de los cuatro generadores de rayos tractores del Cráter Uno.

Luke arqueo una ceja.

—¿Está segura que fue un soldador láser? —preguntó—. Hay otras maneras de cortar unas…

—Sé lo que piensas —le interrumpió Lando—. Pero olvídate de los Sith, no fue una espada de luz. Hemos encontrado piezas de soldador cerca de una de las torretas de los generadores.

—Lo que no logramos averiguar es cómo lograron controlar el sistema de disparo del rayo —dijo Dena—. Para poder hacerlo desde dentro del control de planta, tendrían que haber inutilizado todos los mecanismos de seguridad.

—Y eso debería haber hecho saltar las alarmas en *ambos* extremos del lanzamiento —añadió Lando.

—Quizá dieron con el código de control —sugirió Luke—. Para los columis es como un juego de niños.

Dena le dedicó una sonrisa cómplice.

—Tiene toda la razón, Maestro Skywalker. Ya tenemos a un equipo de infiltradores informáticos analizando nuestros sistemas de control. Hasta ahora, juran que la programación es segura.

—Lo que confirma que los Qreph están detrás de esto —dijo Lando—. De haber sido cualquier otro, a estas alturas ya nos habríamos enterado de cómo lo habían hecho.

—Es posible —admitió Luke. Al otro lado del muro de observación, empezó a iluminarse y crecer una baliza ámbar, mientras una embarcación lejana despegaba y giraba hacia la enfermería—. Pero creo que lo más importante es averiguar *por qué* lo han hecho. Y qué piensan hacer ahora.

La presencia en la Fuerza de Dena se volvió repentinamente fría y recelosa.

—¿No le parece que su objetivo era bastante claro, Maestro Skywalker? —le preguntó—. Quieren eliminar a su competencia de la Falla. Es la única manera de sacar provecho de su inversión aquí.

Luke negó con la cabeza.

—Esto atraerá mucha atención no deseada hacia sus operaciones en la Falla… atención que les complicará, no les facilitará, sacar ningún beneficio. No sé qué está pasando, pero se trata de algo que va más allá de la minería y el dinero.

—Me cuesta creerlo —dijo Lando—. El dinero es un motivo muy poderoso y en la Falla Chiloon hay la concentración más alta de asteroides de gran valor de toda la galaxia.

—Lo que sigue siendo calderilla para los Qreph —replicó Luke—. No te ofendas, pero el holding Calrissian es insignificante comparado con Consorcio Galáctico.

Lando se quedó callado, como perplejo, y finalmente preguntó:

—¿*Ese* Consorcio Galáctico?

—Bien. Conoces la empresa —le dijo Luke—. Yo apenas la había oído nombrar hasta hace muy poco.

—No he dicho que la conozca —le rectificó Lando—. Nadie puede *conocer* a Consorcio Galáctico. Es una empresa fantasma.

—¿Empresa fantasma?

—Un agente invisible —le explicó Lando—. No lo puedes ver, pero sabes que existe por el evidente patrón de los acontecimientos.

—Y en el caso del Consorcio Galáctico, ¿cuál es ese claro patrón de acontecimientos? —preguntó Luke.

Lando se rascó la barbilla.

—Bueno, lo más destacado son todas las compras recientes de empresas. Los peces gordos se pasan el día susurrando el nombre Consorcio Galáctico, pero las compras de acciones siempre se hacen a través de sociedades intermediarias, por lo que resulta imposible saber quién hay detrás. Mucha gente cree que Consorcio Galáctico ni siquiera existe.

—Existe, no hay duda de eso —dijo Luke, recordando su conversación con Luewet Wuul—. De hecho, sé de buena tinta que los Qreph son accionistas únicos de Consorcio Galáctico. Y la minería de asteroides solo es una porción minúscula de su imperio. Se iniciaron en la genética de ganado, después se pasaron a la fabricación de droides y la tecnología cíborg, y ahora poseen empresas especializadas en química, servicios privados de detención, finanzas de alto riesgo, reaseguros, eliminación de residuos, síntesis nutricional, transporte público interestelar… y la lista continúa.

Sin revelar sus fuentes, Luke siguió contándole lo que Wuul le había explicado sobre las adquisiciones más recientes de los Qreph, además de las sospechas de que quizá intentaban hacerse con el control de toda la economía galáctica.

—Y no están siendo muy sutiles —continuó Luke—. Recurren al chantaje, la extorsión, los sobornos e incluso el asesinato para hacer las compras a buen precio.

Lando se volvió de la ventanilla hacia Luke.

—¿Y dices que este frenesí comprador empezó hace seis meses?

Luke asintió.

—Más o menos, es el mismo momento en que tu problema de piratería se agravó seriamente —dijo—. Mi contacto afirma que TEG está introduciendo más material de contrabando en la Alianza Galáctica que nunca.

—¿Y cree que los Qreph están recurriendo a la *piratería* para financiar ese frenesí comprador? —Dena empezaba a desprender un miedo frío hacia la Fuerza. Se volvió hacia Luke y le puso una mano sobre el brazo—. Luke, aunque eso fuera factible, no veo por qué los Qreph querrían instalar su base de operaciones en la Falla Chiloon. No debe resultar nada fácil dirigir un imperio industrial desde aquí y *no* lideran los asaltos piratas personalmente.

—No, pero recuerde que la Falla Chiloon queda fuera del ámbito de ninguna justicia galáctica —Luke estaba tan desconcertado por el miedo que sentía en Dena como por sus repentinos intentos por establecer cierta intimidad con él—. Craitheus y Marvid están quebrantando leyes en toda la galaxia. Su base de operaciones debe estar en algún lugar en que ningún agente de la ley pueda hacerles nada.

—¿Y los Jedi están aquí para llevarlos ante un tribunal? —preguntó Dena.

—Eso ha sido un efecto colateral, más bien —dijo Luke—. Nuestra principal misión es poner fin a la piratería, pero los Qreph se han convertido en una prioridad personal.

Dena se lo quedó pensando un momento y negó con la cabeza.

—Hay algo que no nos está explicando —dijo—. Detener a los piratas era la misión de los Solo y usted *no* ha venido hasta aquí por lo que les ha pasado a ellos. Ya estaba de camino cuando los Qreph sabotearon el lanzamiento de astrolitos.

Luke le dedicó una sonrisa admirada e intentó eludir la pregunta volviéndose hacia Lando.

—Ahora entiendo por qué confías tanto en tu administradora. No se le pasa prácticamente nada por alto.

Lando sonrió.

—Y tiene razón —dijo—. Cazar piratas parece estar muy por debajo de las atribuciones de un Gran Maestro y no puedes haber hecho el trayecto hasta Sarnus en un solo día. Bueno, ¿qué está pasando realmente?

Luke se quedó callado, intentando descifrar por qué Dena ponía tanto empeño en conocer sus «verdaderos» motivos para ir hasta la Falla Chiloon. Quedaba claro que Lando confiaba en ella, pero había un matiz inquietante de desesperación en su aura de Fuerza. Y sus torpes intentos por seducirle habían despertado sus sospechas.

—Muy bien —dijo. Dejó vagar su mirada hasta el reflejo de Dena en la ventanilla—, pero dudo que me creáis.

—Prueba a ver —dijo Lando. Viendo que no recibía una respuesta inmediata, captó la indirecta y se volvió hacia Dena—. ¿Por qué no nos dejas hablar a solas?

Dena miró por la ventanilla, donde una franja de luces aumentaba de brillo cuando un aerodeslizador se aproximaba a la enfermería, se dio la vuelta y asintió.

—Por supuesto. Traen otro cargamento de cadáveres —el pesar de su voz fue genuino—. Tengo que bajar al depósito y ver a quién traen.

—Te lo agradecería —dijo Lando—. Te avisaré si Luke y yo decidimos algo que afecte a las operaciones de rescate.

—Gracias —Dena se volvió hacia Luke y le apretó el codo—. Maestro Skywalker, si puedo ayudarle en algo, lo que sea, no dude en pedirlo.

—No lo haré —le aseguró Luke—. Es muy amable.

Cuando la puerta se cerró siseando tras ella, Lando preguntó:

—¿Hay algo que deba saber sobre ella, Luke?

Este se quedó mirando la puerta un instante, proyectándose con la Fuerza para ver si Dena remoloneaba del otro lado para escucharles furtivamente. Tras no percibir rastro de su presencia, se encogió de hombros.

—No puedo asegurarlo. Pero ¿no te parece un poco lanzada?

—No se lo tengas en cuenta, viejo amigo —la sonrisa de Lando desprendía un leve pesar—. Eres un viudo bastante atractivo… aunque no te des cuenta.

Luke sintió un dolor familiar y dijo:

—Eso dicen algunos. Pero con la recuperación de Han y Leia aún tan en el aire, parece como si Dena intentase manipularme… de una manera muy torpe.

Lando sonrió, divertido.

—Torpe, sí —dijo—. Pero ¿manipuladora? Yo no diría tanto. Dena ascendió rápidamente en mi empresa como ingeniera de minas.

Luke frunció el ceño.

—¿Y?

—Que no te dejes engañar por su buen aspecto. Creció estudiando patrones de fractura y cargas de tensión —Lando señaló con la mano la escena del otro lado de la ventanilla—. Y ha pasado la mayor parte de su vida adulta trabajando en rocas como Sarnus. Dudo que sepa cómo debe comportarse en los asuntos del corazón.

—Supongo que es posible —dijo Luke—. Pero tú no puedes sentirla en la Fuerza. Muestra una curiosidad un tanto excesiva sobre lo que hago aquí.

Lando suspiró.

—Y no es la única, Luke. Yo también estoy intrigado. Y tiene razón, no podías saber lo que les iba a pasar a Han y Leia antes de salir de Shedu… —dejó aquel pensamiento inacabado, ladeó la cabeza y miró a Luke por el rabillo del ojo—. Porque no lo sabías, ¿verdad?

Luke negó con la cabeza.

—No, Lando. Ni siquiera los Grandes Maestros Jedi pueden ver el futuro.

Lando siguió mirándole de reojo.

—¿Estás seguro? Tu llegada ha sido de lo más oportuna.

—Mera coincidencia —dijo Luke—. Ya venía hacía aquí.

—¿Para qué?

Luke le dedicó una sonrisa melancólica.

—Por varios motivos, ninguno de ellos misterioso. Básicamente, porque quería divertirme un poco.

—¿*Divertirte*? ¿En la Falla Chiloon?

Luke se encogió de hombros.

—Llevaba un año sin salir de Shedu Maad y estoy cansado de que todo el mundo ande pendiente de mi recuperación. Han y Leia estaban aquí contigo. Y parecía una misión bastante sencilla.

—Sí. Perseguir piratas por un laberinto de asteroides plagado de bancos de plasma caliente es fácil y divertido para los Jedi como tú —Lando frunció el ceño con incredulidad y un punto de irritación—. ¿Por quién me tomas, Luke? ¿Por un pastor de nerfs en su primera partida de sabacc?

—Vale, quizá quisiera ponerme un poco a prueba —dijo Luke, mostrando las palmas de sus manos en señal de rendición—. Y *divertirme* un poco contigo y los Solo, mientras dejo que los Maestros se hagan a la idea de que pueden manejar las cosas sin mí. ¿Qué tiene de malo eso?

La expresión de Lando empezó a suavizarse.

—¿No venías a buscar el planeta natal de los Sith, ni nada de eso? ¿Solo has venido para comprobar si estás completamente curado?

—Bueno, y para intentar reunirme con Ben —dijo Luke—. Hace seis meses que no le veo.

—¿*Ben* está aquí? ¿En la Falla? —los recelos volvieron a la expresión de Lando—. Luke, viejo amigo…

—*Tampoco* es ningún misterio —le cortó Luke—. Ben y Tahiri estaban en Ramook, investigando un avistamiento de la *Nave*…

—¿Un avistamiento de la *Nave*? —Lando abrió los ojos como platos—. ¿La *Nave* de Vestara Khai? ¿La *Nave* esfera de meditación Sith?

—Solo fue un *avistamiento* —insistió Luke. La *Nave* era una embarcación inteligente creada hacía miles de años para entrenar adeptos Sith en los caminos de la guerra. Su piloto más reciente era una joven llamada Vestara Khai, una desertora de la Tribu Perdida de los Sith que se había pasado más de un año ganándose la confianza de Luke y el corazón de su hijo, para acabar traicionándolos a los dos durante la ocupación Sith de Coruscant—. Y no tenemos constancia de que la *Nave* realmente estuviera aquí. No encontraron ni rastro de ella.

Lando no parecía muy convencido.

—Entonces, ¿qué hacen Ben y Tahiri en la Falla todavía?

—Intentan encontrar a Ohali Soroc. Hace un mes que no da señales de vida.

—Vale —Lando parecía tan confundido como receloso—. ¿Quién es Ohali Soroc?

—Una de mis diez Caballeros Misioneros —dijo Luke.

—¿Una *Caballero Misionero*? —Lando quedó boquiabierto y se giró hacia la ventanilla—. *Ahora* lo entiendo. Creéis haber encontrado…

—No, no lo creemos —dijo Luke. Al haber puesto sus considerables recursos en toda la galaxia a disposición de los Jedi, Lando había sido informado de la búsqueda de Mortis poco después de que los Caballeros Misioneros iniciasen su misión—. Los Caballeros

Misioneros van a *todas partes*. Solo buscamos a la Jedi Soroc porque hace tiempo que no contacta con nosotros, cuando debería hacerlo. Y estoy convencido de que tiene más que ver con los problemas de comunicaciones de la Falla que con Mortis.

Lando se quedó callado, pensativo.

Luke esperó a que se sosegase y añadió:

—Por mi honor, Lando. Te lo estoy contando todo.

Lando exhaló lentamente y se dio la vuelta.

—Vale, puede que sí. Pero ¿no te parece todo un poco extraño?

—¿Todo? —preguntó Luke—. ¿Tantas coincidencias?

—Exacto —Lando levantó la mano y empezó a marcar los puntos con los dedos—. Primero, se produce un avistamiento de la *Nave* en Ramook. Después, uno de tus Caballeros Misioneros entra furtivamente en la Falla. Más adelante, aparecen Han y Leia para ayudarme con mi problema con los piratas. Y finalmente decides hacer de mensajero para poder ver a tu hijo y comprobar si estás curado.

Lando dobló los cuatro dedos y bajó la mano.

—No soy ningún Jedi, pero o eso es la Fuerza en acción o…

—O los Qreph —concluyó Luke por él—. Te entiendo, pero no percibo que la Fuerza esté tras esto. Es demasiado… anodino.

Lando frunció el ceño.

—Yo iba a decir *Sith*. ¿Podrían estar ellos tras mis problemas con los piratas? ¿O colaborando *con* los Qreph?

Luke lo pensó y abrió las manos.

—Dímelo tú. Conoces a los Qreph, yo no. ¿*Podrían* estar trabajando con la Tribu Perdida?

Lando frunció el ceño un instante y negó con la cabeza.

—No lo veo. Sería como tener dos sarlaccs en un mismo pozo. No tardarían mucho en devorarse mutuamente.

Luke asintió. Estaba claro que Lando tenía razón sobre lo rápido que los Qreph se revolverían contra cualquier posible aliado Sith, pero la digestión de los sarlaccs era notablemente lenta. Un sarlacc podía tardar hasta mil años en digerir por completo a su víctima… y aquello hizo que Luke se preguntase si no deberían estar más preocupados por cuánto podría durar la alianza entre los Qreph y los Sith hasta que se destruyesen mutuamente.

Luke seguía reflexionando cuando la puerta se abrió a su espalda. Buscó el reflejo de la ventanilla, esperando encontrar a Dena Yus, y se sorprendió al ver la forma dorada de C-3PO entrando apresuradamente.

—Les ruego que disculpen la interrupción —dijo el droide—, pero el capitán Solo me ha pedido que venga a buscarlos inmediatamente.

Luke y Lando se volvieron rápidamente y fueron hacia la puerta.

—¿Han está *despierto*? —preguntó Lando, saliendo a toda prisa, sin derribar a C-3PO por los pelos—. ¿Bromeas?

El droide abrió los brazos para mantener el equilibrio.

—El capitán Solo está *bastante* despierto —dijo, echando a andar tras Lando—. Y me ha pedido que les comunique que tiene un plan.

Siete

Dena encontró el cadáver de Tharston Karl en el cuarto nivel de un anaquel de almacenaje de diez alturas, en un rincón tranquilo de la improvisada morgue, un frío hangar subterráneo repleto de droides médicos anticuados y celadores de miradas cansadas. Los servicios de emergencia se habían quedado sin bolsas para cadáveres durante las primeras horas, por lo que lo habían dejado dentro del traje presurizado, hecho jirones. Dena aún podía leer su número de empleado, CC6683, grabado en la placa del pecho. Después de lo que le habían hecho a su cara las llamas y el viento descarnado, era la única manera de identificarlo y se descubrió deseando que algún otro se hubiese enfundado el uniforme de Tharston. Quizá había tenido que tomar prestado el traje especial para trabajos pesados de algún compañero y habían olvidado intercambiarse las placas. O algo así.

Lo que fuera.

Aunque Tharston Kharl pudiese haber sido un capullo odioso en la mesa de sabacc y un marido infiel a la esposa que le esperaba en Telos, también había sido el primer y único amante de Dena, un tipo alegre que siempre la apoyaba y se mostraba sorprendentemente amable cuando la ocasión lo precisaba. Y por eso le debía algo más que un ataúd y un viaje de vuelta a casa en la gélida bodega de una nave mortuoria. Le debía justicia, memoria y algo que no terminaba de comprender, algo que la corroía en el frío y doloroso vacío que sentía dentro.

Dena jamás había experimentado aquellas sensaciones antes y no sabía cómo interpretarlas. Cuanto más pensaba en Tharston, más potentes eran. Y no podía parar. Se sentía como si un parásito insidioso hubiese tomado el control de sus emociones y estas la llevasen hacia un acto loco que acabaría destruyéndola.

Tras Dena, una joven dijo:

—Estabas enamorada de él —la voz era amable y aguda, como de niña—. Qué boba.

Dena bajó el brazo y ahuecó la mano, dejando deslizar el bláster de mano que escondía bajo la manga. Cuando tenía el arma bien sujeta, se volvió hacia la recién llegada. La mujer, delgada y fuerte, vestida con un traje de piloto ceñido, no tenía más de diecinueve años, con una piel clara, el pelo castaño claro y ardientes ojos oscuros. Miró el arma en manos de Dena, levantó la cabeza y arqueó una ceja.

—*¿En serio*, administradora Yus? —Savara Raine apoyó una mano en su cadera—. Quizá quieras pensártelo mejor.

Dena levantó el bláster.

—Puede que amase a Tharston —reconoció—. Y tú lo has matado.

—¿Y? —Savara puso los ojos en blanco—. Tú me ayudaste.

—¿Yo? —horrorizada, Dena sacudió la cabeza—. No. Lo hiciste tú sola.

—Vaya, ¿y quién copió el código de control? ¿Quién nos dio el programa de producción? —lentamente, Savara se metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó una

tarjeta de datos con el logo del asteroide dorado de Refinería Sarnus—. Porque diría que esto tiene *tu* número de acceso grabado.

—¡Se suponía que debíais atacar durante la pausa para mantenimiento! —protestó Dena—. En ese momento no habría más de un millar de seres trabajando. Y habrían tenido tiempo para evacuar.

Savara se encogió de hombros.

—No ha sido culpa mía —dijo, volviendo a guardar la tarjeta de datos en el bolsillo—. Tus hacedores cambiaron los planes.

Dena sabía que no podía discutirlo. Los Qreph no admitían consejos ajenos y consideraban toda preocupación por potenciales *daños colaterales* como una majadería de mentes débiles.

De todas formas, Dena estaba confundida. El ataque había sido cien veces más letal de lo necesario para dejar paralizada la refinería, y los excesos eran impropios de los Qreph. Estos se vanagloriaban de su eficacia, convencidos de que las demostraciones de fuerza eran desperdicios de recursos que solían conducir a consecuencias no deseadas.

Al cabo de un momento, dijo:

—No creo que te pidieran que sabotearas todo el sistema de comunicaciones.

—Me pidieron que cumpliera mi misión —replicó Savara—. Y he hecho todo lo necesario… ni más, ni menos.

—¿En serio? A mí me parece que has matado a sangre fría a veintiocho mil seres. Y que eso atraerá mucha atención no deseada sobre la Falla —Dena cruzó su mirada con la de Savara y continuó—. Si hubiera podido hacer saltar la alarma, este desastre *podría* haber parecido un simple accidente industrial, pero tú lo has convertido en el mayor asesinato en masa que haya conocido la galaxia desde que expulsamos a los yuuzhan vong.

Una sombra de duda asomó a los ojos de Savara, aunque su voz siguió sonando confiada.

—¿Y qué? Han muerto veintiocho mil, en vez de los pocos centenares que esperabas. Si crees que eso te convierte en inocente, adelante, mátame. Después podrás divertirte explicándoselo a Lando Calrissian y a sus perros Jedi. Estoy segura que se mostrarán de lo más indulgentes.

Por un instante, Dena se lo planteó seriamente. Tiró del gatillo del bláster hasta que oyó el chasquido de armado y sintió una punzada de culpabilidad al ver que Savara se quedaba lívida. Pero no se atrevió a disparar, aún no, porque no sabía cómo explicárselo a Lando y su amigo Jedi, Luke Skywalker. Sin duda, se alegrarían de saber que había matado a la saboteadora. Pero también tendrían preguntas, muchas preguntas, y dudaba poder engañar a Skywalker mucho rato.

Así que la cuestión era tal como la había definido Savara. Si Dena daba un paso al frente y explicaba que esperaba pocas muertes, unos centenares como máximo, ¿Lando y su amigo la perdonarían? ¿La ayudarían?

Dena no los conocía lo suficiente para saberlo. Sus hacedores le habían cargado en la memoria una historia familiar verosímil y le habían dado más conocimiento del que ninguna ejecutiva minera en su puesto necesitaría jamás. Le habían modelado incluso una personalidad específicamente ideada para convertirla en una empleada clave de Refinería Sarnus.

Pero no existía ningún sucedáneo para la *experiencia*. A pesar de toda su neuroprogramación, el aprendizaje acelerado y la estimulación sináptica, Dena no llevaba ni un año viviendo entre humanos. Sencillamente, no había acumulado suficientes datos conductuales para prever la respuesta más probable a una situación de fuerte carga emocional como aquella. ¿Lando y su amigo se sentirían tan agradecidos por su ayuda que pasarían por alto el pequeño papel que había desempeñado en aquella atrocidad? ¿O se vengarían de ella?

El único dato real del que disponía era la ironía en la voz de su torturadora y *aquello* era fácil de interpretar. Savara Raine jamás habría sugerido que le metiera una descarga de bláster en la cabeza de haberlo considerado una maniobra inteligente.

Al contrario. Le había lanzado aquel desafío para dejarle claro que no contaba con ningún aliado más. Daba lo mismo lo mucho que odiase a sus hacedores y a su mascota adolescente, no importaba lo desesperada que estuviera por contar con la ayuda de Lando y su amigo Jedi, *necesitaba* a los Qreph.

La habían diseñado para eso.

La idea apenas cruzó su mente antes de que Savara desviase su bláster hacia otro lado. Con la otra mano, agarró a Dena por el cuello y la empujó contra el anaquel de almacenaje, con tanta fuerza que estuvo a punto de derribarlo.

—Si vuelves a apuntarme con un arma, estás muerta —le dijo Savara—. ¿Queda claro?

Dena se planteó volver a apuntar, no porque se creyera lo bastante fuerte para matarla, sino porque, en aquel momento, morir no le parecía tan terrible… no con el cadáver chamuscado de Tharston en un estante tras ella y un futuro delante que solo prometía más desesperación.

Pero los Qreph la habían diseñado para resistir aquella tentación. Por desesperada que se sintiera, su instinto de supervivencia siempre imperaba. Abrió la mano voluntariamente y su bláster cayó al suelo.

La mano de la garganta le apretó con más fuerza.

—Te he preguntado si queda claro.

Dena solo pudo asentir y graznar algo ininteligible, pero Savara pareció entenderlo.

—Bien —relajó la presión y el terror adolescente retrocedió dos pasos. Después alargó la mano—. Creo que tienes algo para mí.

Dena asintió.

—Sí.

Le dolía la garganta al hablar, pero intentó no mostrar su dolor. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un par de bolsas de esteriplast transparente. Ambas contenían un

vendaje empapado en sangre, aún húmeda. Dena revisó las etiquetas y se las pasó, una a una.

—La primera es del capitán Solo y la segunda de la Princesa Leia —dijo—. Las recogí tras el impacto de la onda expansiva, mientras les curaba las heridas.

Savara examinó las bolsas y asintió.

—Buen trabajo —se las metió en un bolsillo vacío de su muslo—. Pero tus hacedores estarían más contentos si hubieses dejado morir a los Solo.

—Alguien debería haberme avisado —contestó Dena, más sorprendida por la sugerencia de lo que debería—. Además, no era posible. Lando estaba consciente e intentaba ayudarme. Apenas pude recoger las muestras de sangre antes de que les cerrase las placas faciales.

La mirada de Savara seguía siendo fría.

—¿Y no podrías haberlo eliminado a él también? Es casi un anciano.

Un nudo de ira empezó a surgir en el estómago de Dena.

—Te lo repito, no tenía órdenes de…

—Bien. No es culpa tuya si tus hacedores no se esforzaron demasiado con tu sentido de la iniciativa —los ojos de Savara brillaban divertidos y Dena se dio cuenta que había estado jugando con ella—. Aunque quizá no sea demasiado tarde. ¿Qué posibilidades de sobrevivir tienen nuestros pacientes?

—¿Cómo voy a saberlo? —preguntó Dena gélidamente—. Tampoco me programaron conocimientos médicos.

—No, pero el director de la enfermería te informa directamente a ti. Y no dudo que Calrissian te habrá pedido que te intereses por el estado de los Solo.

Dena asintió a regañadientes.

—Claro. Siguen inconscientes, desde que llegaron, por eso a los médicos les está costando evaluar los daños cerebrales que puede haberles causado la onda expansiva. El capitán Solo estuvo en coma…

—¿*Estuvo*? —preguntó Savara—. ¿Significa eso que ha despertado ya?

—Probablemente sí. Hay síntomas evidentes de que está recuperando la conciencia. Seguía inconsciente cuando dejé el centro de mando de Lando para venir aquí, pero lo sacaron del tanque de bacta hace unas horas.

—¿Y la Princesa Leia?

—Sigue en su tanque. No se despertará, pero no está en coma. El droide médico no entiende por qué sigue inconsciente.

Savara puso mala cara.

—Un trance curativo Jedi —dijo—. ¿Alguna herida más?

—Fracturas de cráneo y de un brazo por varios puntos, pero ya están curadas. Los droides quirúrgicos no le encuentran explicación…

—Un trance curativo —repitió Savara, en un tono más sombrío que nunca—. ¿Qué más?

—Le han curado los ojos y deberían funcionarle. Pero uno de los del capitán Solo es de un donante. El original se perdió en el lugar del impacto.

—¿Un *donante*? —Savara puso cara de asco—. ¿No servía uno protésico?

—Ahora mismo andamos escasos de prótesis —explicó Dena, conteniendo su ira—. Quizá se lo cambien cuando vuelva al Consorcio de Hapes.

—No creo que vuelva al Consorcio en un futuro próximo —dijo Savara—. O, como mínimo, sería mejor que no lo hiciera. ¿Queda claro?

Dena notó que abría mucho los ojos.

—¿Quieres que *mate* a los Solo? —dijo, con voz entrecortada—. ¿A los dos?

Savara la examinó y negó con la cabeza.

—Supongo que no. Te pillarían y tus hacedores no quieren que nadie descubra tu biología. Aún no.

Dena exhaló aliviada.

—Probablemente sea lo más inteligente. No creo que pudiera soportar un interrogatorio Jedi.

Savara entrecerró los ojos.

—¿Eso es una amenaza?

Dena hizo una pausa, tomándose su tiempo para analizar lo que la chica acababa de revelarle sobre el temor de los Qreph a que se descubriera su biología. Quizá tenía más capacidad de presión de la que pensaba.

Tras un instante, dijo:

—No, es un hecho. Aunque puedes tomarlo como quieras.

Aquello hizo sonreír a Savara.

—Veo que he cometido un error al hacerte saber lo importante que eres —metió una mano en uno de los bolsillos de su muslo y sacó una bolsa negra del tamaño de su mano—. Quizá debería darte lo que necesitas y marcharme, antes de que cause más daños.

—Sí, mejor así.

Dena sabía que debía mencionarle la llegada de Luke Skywalker, pero este y Lando habían hecho grandes esfuerzos por mantener en secreto su presencia allí y el hecho de que Savara no le hubiera preguntado por el Gran Maestro sugería que lo estaban logrando. Creyendo que podía convenirle mantener oculta al menos *una* de sus bazas para negociar, alargó una mano para recoger la bolsa.

En vez de pasársela, Savara frunció el ceño y echó la mano hacia atrás. Abrió la bolsa y sacó tres ampollas del tamaño de medio dedo meñique y las levantó hacia la luz, fingiendo estudiar el líquido claro del interior.

—¿Qué haces? —preguntó Dena.

—Revisando el contenido, por supuesto —contestó Savara, observando como el líquido se enturbiaba y ponía gris—. No querría cortocircuitarte… ahora que sabes lo valiosa que eres para nosotros.

—¡No lo hagas, por favor! —Dena se lanzó por las ampollas, pero Savara lo previo y reculó para ponerse lejos de su alcance—. No se deben exponer a la luz.

—¿No? —Savara siguió examinando las ampollas, viéndolas pasar del gris al plateado—. ¿Después no sirven?

—¡Serán como veneno! —Dena volvió a lanzarse hacia ella—. ¡Me matarán más rápido que ninguna enzima!

Savara esperó hasta que la mano de Dena estaba prácticamente sobre la suya, la apartó… y dejó que una de las ampollas saliera volando. Se rompió con un tintineo y Dena no pudo evitar lanzar un grito de desesperación. Savara aún tenía otras dos en las manos y debía haber siete más en la bolsa, pero cada ampolla solo contenía una dosis diaria y las entregas eran cada diez días.

—Por favor… no lo hagas —señaló las dos ampollas que Savara aún tenía en las manos—. Guárdalas antes de que tomen color. Las necesito todas para vivir hasta las próximas.

—Vamos, las dos sabemos que eso no es verdad. Quizá te debilites un poco y pierdas un poco de pelo, pero si espacias los intervalos, sobrevivirás.

Soltó otra ampolla. Dena intentó atraparla, pero Savara se lo impidió con una patada leve pero bien dirigida. La segunda ampolla se rompió en pedazos y Dena contempló horrorizada cómo la enzima, aquella enzima que necesitaba para metabolizar la comida, la enzima que los Qreph le habían diseñado para necesitar… se derramaba por el suelo de duracreto en una mancha cada vez más oscura.

Dena levantó la vista.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque no me gusta que me mientan.

—¡No estoy mintiendo! —protestó Dena—. Te he contado toda la verdad.

—Hasta cierto punto.

Savara dejó caer la tercera ampolla y no intentó impedir que Dena la atrapara, pero el líquido estaba adquiriendo rápidamente un tono rosado. Inyectárselo ahora sería doloroso y letal. Dena miró a su torturadora, que ya estaba metiendo la mano en el bolsillo.

Savara sonrió y dijo:

—¿Has olvidado contarme algo?

Dena cerró los ojos y asintió de mala gana.

—Luke Skywalker.

No entendió por qué aquella revelación le hizo sentir como una traidora, pero así fue. Quizá fuera porque si existía alguien en la galaxia capaz de liberarla del yugo de los Qreph ese era el Gran Maestro de la Orden Jedi.

Y Dena deseaba desesperadamente ser libre.

—¿Luke *Skywalker*? —la voz de Savara sonó quebradiza y alarmada—. ¿Qué pasa con él?

Cuando Dena abrió los ojos, Savara ya había sacado la mano del bolsillo, vacía. Estaba pálida y tenía los ojos muy abiertos. Parecía *casi* asustada.

—Está arriba con Lando —le explicó Dena. De repente se sentía tan poderosa que tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír—. Luke Skywalker está aquí.

Savara solo demostró su miedo en la forma que se abrieron sus orificios nasales, pero bastó para que Dana confirmase lo que ya sospechaba… que el nombre de Skywalker le ponía los pelos de punta a aquella chica. Alargó la mano para recoger la bolsa de enzimas… pero Savara volvió a alejársela.

—No pensabas contármelo —dijo—. Crees que Skywalker puede ayudarte.

—Nadie puede ayudarme. Ya lo sé.

—Pero tienes sueños —insistió Savara—. Tienes esperanzas.

—¿Qué importan los sueños y las esperanzas? Skywalker no puede elaborar mis enzimas —Dena hizo una pausa y se encogió de hombros con resignación—. Además, no me ayudaría ni aunque pudiera. No se fía de mí.

—¿Por qué no?

—He intentado crear un vínculo emocional con él —dijo Dena—. No entiendo por qué no ha funcionado. Usé la voz que me enseñaste, me insinué, le toqué, pero tu sistema no ha funcionado.

En vez de ira, su acusación provocó una risotada… cruel, pero genuina.

—¿Has intentado seducir a *Luke Skywalker*, con su hermana y su cuñado medio moribundos en la enfermería? —Savara sacudió la cabeza, riéndose más fuerte que nunca—. Los biots tenéis la cabeza tan hueca.

—¿De quién es la culpa si no me has enseñado bien? Pero el daño ya está hecho y no veo cómo repararlo.

Savara dejó de reírse.

—Eso te pasa porque no tienes imaginación —se quedó pensando un momento y preguntó—. En uno de tus informes decías que Tharston tenía debilidad por el sabacc, ¿verdad?

—Sí —contestó Dena—. Visitaba los casinos de Valnoos todos los meses, cada vez que tenía algún descanso.

—Bien —Savara le lanzó la bolsa de enzimas a Dena, sacó una tarjeta de datos de su bolsillo y también se la pasó—. Dale esta tarjeta de datos a Calrissian.

Dena se quedó mirando el dispositivo, confundida.

—Pero eso contiene mi número de acceso y una copia del código de control. Lando tardará una hora en saber que se usó para sabotear los generadores de rayos del Cráter Uno.

—Exacto. Y le dirás que lo encontraste en la taquilla de Tharston.

—¿De *Tharston*? ¿Por qué?

Una sonrisa sarcástica asomó en labios de Savara.

—Porque se lo vas a confesar todo a Calrissian y Skywalker. Les vas a contar que Tharston era tu amante y que visitaba tu dormitorio a menudo.

Dena empezaba a sentirse incómoda.

—¿Quieres que culpe a *Tharston*?

Savara puso los ojos en blanco.
—No, solo quiero que contestes sus preguntas. Deja que *ellos* culpen a Tharston.

Ocho

El sueño de Leia empezaba como terminó, con una gasa arrastrada por su cara destrozada. El lejano aullido de la descompresión resonaba en sus oídos y el frío cortante del aire le azotaba la nariz y las mejillas. La cabeza le daba vueltas, los pulmones le dolían y sentía que caía en un letargo hipóxico. Pero no era capaz de levantar una mano para cerrarse la placa facial. Alguien le retenía los brazos con las rodillas, manteniéndola inmóvil mientras la gasa se empapaba con su sangre.

«Todavía no, Jedi Solo», decía una voz femenina. «Necesito más. Un poco».

Entonces Leia se despertó como siempre, flotando en la calidez líquida y azul de un tanque de bacta, con el pulso martilleándole los oídos y un nudo de ira en su estómago. Había un anticuado droide médico FX-4 frente al puesto de vigilancia contiguo al tanque, pero nadie más. Ni Han.

El droide rotó hacia ella su cúpula en forma de champiñón. Se produjo una leve pausa, mientras la computadora central de observación traducía la duda de FX del habla droide al básico galáctico, después una voz afectada y neutra surgió por los auriculares implantados en sus oídos.

—Buenas tardes, Jedi Solo. ¿Sabe dónde está?

Antes de responder, Leia dedicó un instante a serenarse, intentando aclarar qué partes del sueño eran recuerdos y cuáles malos entendidos. O meras fantasías. Era evidente que su mente subconsciente intentaba advertirla sobre *algo*, hacerle entender que la habían traicionado. Pero los sueños no deben interpretarse literalmente. Además, ¿para qué iba a querer nadie su sangre? Quizá le advertía de otra cosa, que la sangre podía simbolizar.

—Jedi Solo, ¿puede contestar? —preguntó el droide—. ¿Sabe dónde está?

Leia suspiró ante la insistencia del droide y agitó la mano dentro del líquido verde en que flotaba.

—Estoy en un tanque de bacta —dijo directamente dentro de su máscara respiratoria, que disponía de un micrófono integrado que transmitía sus palabras hasta un altavoz en el exterior del tanque—. De algún hospital.

—Una enfermería —le corrigió el droide—. En Sarnus no tenemos hospital.

Sarnus. Por supuesto. El planeta de las profundidades de la Falla Chiloon, sede de la refinería de Lando. De aquello se acordaba.

—Está en la Unidad de Convalecencia y Vigilancia Intensiva —prosiguió el droide—. Habitación diez, quinta planta.

—¿Qué me ha pasado?

—Llegó con traumas faciales, fracturas múltiples en el brazo izquierdo y una conmoción cerebral. Pero está bastante recuperada. Su brazo se ha curado increíblemente rápido. Le han reparado ambos ojos y están plenamente funcionales. Le han reconstruido la nariz con referencias visuales obtenidas del registro histórico de la enfermería. Sus cortes faciales se han cerrado…

—Y es de prever que terminen curándose sin dejar cicatrices aparentes —concluyó Leia por él—. Tengo la sensación de haberlo oído antes.

—Excelente —contestó el droide—. Los síntomas de su conmoción parecen estar remitiendo. ¿Qué más recuerda?

Leia lo pensó un momento, esforzándose por recuperar cualquier recuerdo asociado con Sarnus.

—Recuerdo estar en una oficina con Lando y… *Han*.

Cuando pronunció el nombre de su marido, el corazón le dio un vuelco y notó que era presa del pánico. ¿Trataba de eso el sueño? ¿La sangre que le habían quitado podía ser *Han*? No recordaba qué había sido de él tras el impacto del astrolito… aunque tampoco recordaba lo que le había pasado a *ella*.

—¿Qué más recuerda de la reunión? ¿Quién más estaba presente?

Leia no se molestó en intentar recordarlo.

—Deja de diagnosticarme —le dijo al droide—. Dime dónde está mi marido.

—El capitán Solo va camino de…

—¿Está bien? —preguntó Leia—. ¿No está herido?

—No necesita seguir inmerso en bacta para continuar con su recuperación —dijo el droide, con cautela—. Y dada la escasez de tanques, ha estado en la sala de personal, esperando que usted despierte. El presidente Calrissian y otros dos caballeros están con él. Su droide de protocolo me pidió que le avisara en cuanto volviera a estar disponible. ¿Está disponible?

—¿Están aquí? —Leia se sintió más aliviada que inquieta, pero algo la incomodaba. Los vendajes para la inmersión en bacta no eran precisamente recatados—. ¿En el hospital?

—Sí, vienen por el pasillo —le confirmó el droide—. Pero estamos en una enfermería, no un hospital. Me preocupa que lo haya olvidado tan pronto. ¿Recuerda lo que hemos hablado hace un momento?

—De que Han viene con otros tres hombres. Sube el escudo de privacidad, por favor —Leia se proyectó en la Fuerza y percibió no solo la familiar presencia de Han, sino también la del joven minero que les había acompañado desde la Estación Borde y, para su gran sorpresa, la de su hermano, Luke—. Este tanque tiene escudo de privacidad, ¿verdad?

—Por supuesto. Nuestro equipo solo está unos veinte años anticuado.

Se oscureció una franja que rodeaba la parte media del tanque, ocultando a Leia desde la mitad de los muslos hasta justo debajo de las axilas. Al cabo de un instante, la puerta se abrió y Han apareció ante su vista. No cojeaba, pero caminaba lentamente y con ayuda de un bastón. Se detuvo brevemente y, cuando se giró hacia el tanque de bacta, sus ojos mostraron preocupación. Su cara era una telaraña roja de cicatrices de cortes a medio curar, tenía los dos ojos morados y la nariz cubierta con una tira protectora. Han le dedicó una sonrisa torcida, se acercó y apoyó la palma de la mano contra la pared del tanque.

—Hola, princesa —su voz sonó algo cansada y hueca por el sistema de comunicación del tanque de bacta—. Tienes buen aspecto.

Leia se rio tímidamente dentro de su máscara respiratoria.

—No puedo decir lo mismo —apretó su mano contra el interior del tanque y esperó un instante para ver si la presencia de Han le provocaba el mismo tipo de miedo que había experimentado en su sueño. Lo único que sintió fue el alivio por verlo vivo. No sabía de qué trataba aquel sueño, pero no tenía que ver con Han—. Han… ¿fue muy grave?

La expresión de su marido se ensombreció.

—Leia, tenemos que cazar a esos tipos —apartó la mano de la pared del tanque de bacta—. Han matado a cerca de treinta mil seres.

Leia quedó conmocionada. Recordaba haber percibido maldad en los Qreph, pero no había imaginado que fueran capaces de cometer atrocidades de tal magnitud. ¿Cómo se le podía haber pasado por alto? No podía evitar sentirse parcialmente responsable… se le *había* pasado por alto y no los había detenido.

—Cuenta conmigo —dijo—. Pero no creo que los Qreph piensen que Lando y *nosotros* vamos a quedarnos de brazos cruzados. ¿De verdad creen que hacerse con el control de las explotaciones de la Falla compensa todos los problemas que ellos mismos se están buscando?

—Buena pregunta. Precisamente eso estábamos debatiendo —dijo Han. Se volvió y señaló la puerta—. Pasad, amigos.

Lando fue el primero en entrar, claramente mucho menos magullado que Han, aunque caminaba con rigidez y llevaba un brazo en cabestrillo sobre las costillas. Tras él entró Omad Kaeg, taciturno pero ileso. Después llegó Luke, sereno y decidido en su traje gris de piloto, y finalmente C-3PO y R2-D2.

—Oh, cielos —se lamentó C-3PO—. Tiene un aspecto terrible, Princesa Leia. Espero que estos anticuados droides de primeros auxilios no hayan estado interfiriendo con su recuperación.

El droide FX se dio la vuelta y lanzó una descarga de estática hacia C-3PO.

—Bueno, no veo por qué tienes que ofenderte —le contestó C-3PO—. *Estás* anticuado.

Leia ignoró a los droides y se volvió hacia Luke.

—Espero que no hayas venido hasta aquí para mandarme a pasar la convalecencia en casa —le dijo—. Porque no pienso hacerlo.

Luke sonrió.

—No se me había pasado por la cabeza. De hecho, venía a traeros el informe sobre TEG que pedisteis. Pero creo que voy a quedarme una temporadita a intentar averiguar qué hacen *realmente* los Qreph en la Falla.

—¿Por qué? —le preguntó Leia.

—La Falla es valiosa, pero no tanto como para que granjearse la enemistad de los Jedi compense.

—Puede que los Qreph calcularan mal —sugirió Kaeg—. Quizá pensaron que nadie iba a culparles del sabotaje. O no sabían cómo reaccionarían los Jedi ante una masacre indiscriminada.

—Disculpe, capitán Kaeg, pero eso es extremadamente improbable —dijo C-3PO—. En cualquier intercambio intelectual, las posibilidades de que un columi calcule mal la respuesta de su oponente son…

—Gracias, Trespeó —le cortó Luke—, pero las posibilidades no importan —activó el disyuntor del FX-4 para evitar que grabase su conversación y le encargó a R2-D2 que impidiera que la computadora central de vigilancia les escuchase—. Esto es algo más que un intento por hacerse con el control de los mercados galácticos de metal, estoy convencido. Es algo más grande.

—¿Y *por qué* estás convencido de eso? —le preguntó Leia.

—Te daré más detalles después, pero he estado hablando con Lando y creo que no podemos descartar la posibilidad de que los Sith estén involucrados. El avistamiento de *Nave* en Ramook puede ser mera coincidencia, o una pista de lo que realmente está pasando en la Falla. Lo único que sabemos con certeza es que los Qreph traman algo aquí que no comprendemos. Y será mejor que averigüemos pronto de qué se trata, antes de que derive en un problema mayor para toda la galaxia.

—¿Un problema mayor? —preguntó Han—. ¿Quieres decir que la Falla no es el único lugar que están arruinando?

—Ni mucho menos —contestó Luke—. Su holding de empresas en la Alianza Galáctica se ha más que *triplicado* desde que se trasladaron a la Falla Chiloon… aunque sea una pésima base para centrar la gestión de un imperio financiero. La pregunta es: ¿por qué están aquí?

—Estás sugiriendo que hay algo en la Falla que hace posible todo eso —conjeturó Leia—. Y crees que pueden ser los Sith.

—Los *Sith* —dijo Han, asqueado—. Bueno, eso explicaría que los Qreph no parezcan muy preocupados por los Jedi. Si tienen el apoyo de algunos Sith, pueden sentirse bastante tranquilos ante la perspectiva de enfrentarse a Leia y a mí.

Leia frunció el ceño.

—Pero eso no encaja con los mandalorianos ni los nargones —dijo—. Primero, a los mandalorianos los Sith les gustan tan poco como a nosotros. Segundo, si los Qreph cuentan con un ejército de Sith a su disposición, ¿por qué iban a contratar los servicios de mercenarios?

—Eso mismo pensaba yo —intervino Lando, que se había quedado al fondo de la sala, escuchando en silencio—. He estado repasando algunas cuentas después de hablar con Luke. Cuando los Qreph hayan pagado sus grandes trituradores de asteroides y al ejército de mandalorianos que les permite librarse de la competencia, estarán *perdiendo* dinero con su explotación de Chiloon. Y eso suponiendo que no tengan que pagar a los piratas, también.

—Guardan algún secreto —dijo Luke—. Forzosamente. Si no quieren que nadie sepa que los Sith están aquí, no pueden tener un servicio de seguridad armado con espadas de luz, ni piratas sensibles a la Fuerza intentando expulsar a los mineros. Para ese tipo de cosas necesitan a *otros*, por eso contratan a los mandalorianos.

Han quedó boquiabierto.

—Espera, ¿me estás diciendo que Kesh está en la Falla? ¿*Ese* es su secreto?

—Se me ha pasado por la cabeza, pero no —dijo Luke—. Si Kesh estuviera aquí, no habría un solo mandaloriano ni minero en la Falla. Los Sith jamás correrían ese riesgo.

—Si usted lo dice —dijo Kaeg, algo dubitativo—. ¿Y qué es Kesh?

—El planeta de la Tribu Perdida de los Sith —le explicó Han—. Pero su ubicación es un gran secreto, sobre todo porque está tan alejado de las vías hiperespaciales que la Tribu Perdida quedó allí atrapada cinco mil años.

—Entiendo —dijo Kaeg—. Pues qué pena que Kesh no esté aquí.

—¿Por qué? —le preguntó Leia.

—Porque sabríamos por qué los Qreph querían mi parte en la cooperativa minera —explicó Kaeg—. Porque les daría voz y voto en el Comité de la FallaRed.

Han frunció el ceño.

—¿Y por qué es importante eso?

—Porque la FallaRed no es estática —explicó Lando—. Vive en un estado de expansión y reparaciones constantes… y el Comité decide la ubicación y el momento de estas.

—Si los Qreph tuvieran presencia en el comité, podrían influir en la elección de las balizas a reparar… y en la ubicación de las nuevas —añadió Kaeg—. Y aunque no se impusiesen en las votaciones, conocerían de primera mano los planes del comité.

Leia frunció el ceño.

—Me he perdido. ¿Conocer los planes del comité serviría para mantener a la gente alejada de Kesh… o *lo que sea* que los Qreph intentan proteger?

—Sí, porque es peligroso operar fuera de la FallaRed —explicó Kaeg—. *Demasiado* peligroso. Sin las señales de las balizas, es muy fácil perderse y es imposible pedir auxilio.

—A los mineros no les gusta operar incomunicados en la Falla —añadió Lando—. Si los Qreph saben dónde está colocando las nuevas balizas la cooperativa, pueden destruir las que les queden demasiado cerca. Por eso es bastante improbable que ningún capitán de remolcador se tope con su secreto.

—Y si alguno lo hiciera, su tripulación y él desaparecerían —dijo Kaeg—. Quizá no sea Kesh lo que los Qreph ocultan, pero debe ser algo parecido. Algo grande y fijo. Solo tenemos que adivinar de qué se trata.

—Estoy de acuerdo —Han asintió y apartó la vista del tanque de bacta para mirar a Luke y Lando—. Yo apuesto porque lo hagamos.

Leia sintió un nudo en el pecho. La voz de Han desprendía un tipo de alegría que no le gustaba oír, un entusiasmo loco que solo asomaba cuando había decidido probar algo salvaje y peligroso de lo que nadie podría disuadirlo.

—¿Hacer *qué*, exactamente? —preguntó Leia.

Han siguió mirando a Luke y Lando, esperando su respuesta.

—Han —dijo Leia, intentando no parecer preocupada—, ¿hacer qué?

Él no apartó la vista de Luke y Lando.

Finalmente, Luke se encogió de hombros y Lando asintió.

—Me parece que no se me ocurre nada mejor —dijo Lando.

—¿Mejor que *qué*? —insistió Leia.

Han sonrió y finalmente se volvió para mirarla.

—Tranquila. Tengo un plan.

Nueve

Con sus suelos de piedra larmal y candelabros bioluminiscentes dorados flotando en el aire, el casino Estrella Azul era más del estilo de Lando que de Han. El tipo de sitio en el que los empleados ponían mala cara si gritabas de alegría al llevarte un buen bote y te acompañaban a la salida si maldecías una racha de mala suerte con demasiado ímpetu. Pero exigían atuendo formal y las armas estaban restringidas, lo que lo convertía en un lugar complicado para irrumpir con un montón de matones a sueldo, con detectores de armas de última generación en cada puerta. En definitiva, a Han le había parecido un buen sitio para hacer que el enemigo diese la cara; sobre todo porque aún estaba un poco magullado para querer verse envuelto en otro tiroteo.

Unos días de terapia de bacta y los atentos cuidados de los droides médicos habían sanado sus heridas superficiales y acabado con el zumbido de sus oídos, de hecho, veía mejor con su nuevo ojo que con el que había perdido tras el impacto del astrolito. Pero no podía decir lo mismo de su pecho y costillas. Tenían que curarse por sí solos y no podía sumergirse en un trance curativo para acelerar el proceso, a diferencia de Leia. Solo podía tener paciencia e intentar no reírse muy fuerte, ni respirar muy fuerte, ni levantar peso… ni hacer ninguna de la docena de cosas que podían hacerle derrumbarse al suelo, jadeando por el dolor.

Una mano fina le tocó el hombro cuando Dena Yus volvió de un descanso y se sentó en la silla de al lado.

—Esto no funciona —le susurró ella, inclinándose hacia él—. Tharston siempre iba al Palacio Durelio. Creo que debía encontrarse allí con su contacto.

—Sí, pero se supone que eso no lo sabemos, ¿recuerdas? —le contestó Han. Dena llevaba repitiendo lo mismo desde que les había confesado que su difunto amante podía ser quien había ayudado a los Qreph a destruir la refinería de Lando y aquella cantinela empezaba a cansarle—. Relájate. El contacto de Tharston nos encontrará.

—No veo cómo —dijo Dena—. Este no es el tipo de sitio que frecuentan los matones a sueldo… y en Valnoos hay docenas de casinos que sí lo son.

—Pero solo hay *un* Lando Calrissian y *un* Han Solo. Por si no lo has notado, somos bastante célebres en las mesas —Han señaló con la cabeza hacia el grupo de apostadores congregados tras la barrera de observación, deseosos todos de tener la oportunidad de jugar a la variante local del sabacc, el camina-falla, con un par de leyendas galácticas—. Créeme, el contacto de Tharston ya sabe que estamos aquí. Antes o después, querrá averiguar a qué hemos venido.

Una carta voló rodando hasta el puesto del repartidor y Lando anunció:

—No quiero más cartas —deslizó una pila de fichas de mil créditos hacia el bote de la mano y otra igual al bote de la partida, después se reclinó en su asiento y sonrió ampliamente—. Mi apuesta son diez mil… a cada bote.

Han suspiró y miró a su amigo, que a aquellas alturas solo tenía tres cartas-chip, todas bloqueadas, sobre la mesa. Solo había dos motivos por los que Lando jugaría con solo

tres cartas: o iba de farol o tenía la victoria garantizada gracias a una Colección del Idiota. Como casi todos los planes de Lando, tanto en los negocios como en el juego, era una estrategia beneficiosa a largo plazo, diseñada para colocar a sus rivales ante decisiones complicadas una y otra vez.

Han solo conocía una manera de evitar que esa estrategia funcionara. Consultó su cronómetro. Al ver que la manecilla pequeña estaba sobre un número par, bloqueó sus propias cartas-chip y empujó *veinte* mil créditos hacia cada uno de los botes.

—Subo —dijo.

Aquello suscitó un murmullo de aprobación entre los espectadores y gruñidos de dos de los jugadores que continuaban en la mano. Tiraron sus cartas-chip sin igualar su apuesta, por lo que ya no podían ganar ninguno de los dos botes.

El tercer jugador, Omad Kaeg, sonrió ampliamente.

—Estaba *deseando* que dijera eso, capitán Solo —empujó todas sus fichas hacia el centro de la mesa, superando la apuesta de Han en dos mil créditos—. De hecho, lo esperaba.

En vez de contestar, Han se giró hacia Lando, que debía decidir si igualaba ambas apuestas. Si lo hacía o volvía a subir, Han sabría que estaba perdido y se retiraría. Pero si Lando abandonaba de la mano, se llevaría los dos mil adicionales de Kaeg. Era probable que el muchacho tuviera también una Colección del Idiota y le ganase, por supuesto, pero Kaeg era joven y engreído y eso le hacía proclive a confundir las buenas manos con manos excelentes, y las manos excelentes con manos imbatibles. Teniendo en cuenta la cuantía de ambos botes, por encima de los cien mil créditos, valía la pena perder dos mil créditos para ver qué llevaba el joven minero de asteroides.

Lando pasó demasiado tiempo pensándoselo y Han supo que iba de farol.

—Adelante, apuéstalo todo —dijo, sonriendo—. *Quizá* me retire.

Lando hizo una mueca y lanzó sus cartas-chip hacia el repartidor.

—¿Cómo lo haces?

Han se limitó a sonreír y se miró la muñeca. En realidad, había sido pura casualidad. Si la segunda manecilla de su cronómetro hubiera estado sobre un número impar cuando la miró, se habría retirado ante el farol de Lando, en vez de subir la apuesta.

—Supongo que tengo suerte —igualó los dos mil créditos adicionales de Omad y giró sus cuatro cartas, mostrando el maestro de monedas, el maestro de frascos, una estrella y el comandante de bastones—. Veintitrés. ¿Qué tiene usted, capitán Kaeg?

La expresión de Omad se ensombreció.

—¿Tiene un sabacc *puro*? —sacudió la cabeza con incredulidad, lanzó sus cartas-chip hacia el puesto del repartidor y se levantó—. Me retiro.

—Mala suerte, chico —la simpatía de Han fue genuina. Omad podía estar jugando con dinero de Lando, pero perder siempre le corroía las entrañas a un joven jugador de sabacc. Era muy fácil encontrarse reviviendo las malas decisiones y los reveses de la suerte—. La próxima vez le irá mejor.

—De momento, yo ocuparé su silla.

La voz femenina llegó de la mitad de la fila de espectadores, pero era tan dura y autoritaria que ninguno de los que tenía delante puso objeción. Han echó un vistazo y se encontró con una mujer pálida y fornida, con el pelo castaño y corto, agachándose para pasar por debajo de la barrera de observación. Iba vestida de manera sencilla pero formal, con un vestido largo negro que revelaba destellos de un muslo fibroso por una alta abertura y un top que mostraba unos hombros tan fuertes que Han pensó automáticamente en flexiones con una sola mano.

Se dio la vuelta y recogió sus ganancias, asegurándose de dejar una buena propina para el repartidor, miró la mesa adyacente, donde estaban Luke y Leia, disfrazados de capitán de remolcador devaroniano aficionado al juego y su acompañante twi'lek. Los dos parecían completamente absortos en su propia partida, con Luke bromeando mientras lanzaba fichas a un bote considerable y Leia riéndose y usando la Fuerza para mover las falsas colas craneales que colgaban a su espalda. Han miró a la mujer que se aproximaba y vio que Leia parpadeaba para indicarle que ya la había visto. Los tenía bien vigilados, a Lando y a él, y no dudaría en intervenir si las cosas se torcían.

La recién llegada se le sentó enfrente y Han se sorprendió al reconocer su pequeña cara ovalada.

—Mirta Gev —dijo, sonriendo para ocultar su sorpresa. Gev, la nieta del infame cazarrecompensas Boba Fett, tenía una historia complicada con la familia Solo. En el pasado había sido amiga de Jaina, pero aquella relación se había roto después de que Darth Caedus la torturase—. Pensaba que tenías mejor gusto.

Gev respondió a la sonrisa de Han con una mirada gélida.

—¿No le gustan los tops sin mangas, Solo?

—Vas muy elegante. Son tus jefes los que no me gustan. Los Qreph… ¿En *serio*?

Gev se encogió de hombros.

—¿Debería preocuparme lo que piensen los Solo? —ocupó la silla de Omad, junto a Lando. Tuvo la precaución de evitar mirar a Dena Yus, lo que a Han le dejó claro que sabía perfectamente bien quién era—. Bueno, ¿qué hacemos?

—Jugar a sabacc, confío —dijo el repartidor. A este, un duros alto, sin nariz, con unos vigilantes ojos rojos y una curva graciosa en su boca sin labios, no parecía importarle lo más mínimo estar ante dos leyendas del sabacc—. La entrada son veinte mil créditos.

Gev le ignoró y siguió mirando a Han.

—Ya está poniendo a prueba mi paciencia, obligándome a venir a un lugar en el que tengo que ponerme esta ropa —se pellizcó el vestido ceñido—. Y tampoco soy muy aficionada al caminafalla. Para mí ni siquiera es verdadero sabacc.

—A nosotros nos gusta —dijo Lando, con una amplia sonrisa—. Si no le alcanza para la entrada, con mucho gusto le presto lo que necesite.

Gev suspiró.

—No será necesario —sacó una ficha-bono y se la pasó al repartidor—. Dame la mitad.

El duros miró la ficha-bono y asintió. La colocó boca abajo sobre la mesa, encima de un interfaz frente a la reserva de fichas.

—Comprando cien mil —contó fichas de distintas sumas y mostró las pilas a la videocámara para que las grabara—. Restando cien mil del bono de Mirta Gev.

Un pitido de confirmación brotó de la interfaz. El duros empujó las fichas hacia Gev y entonces Han entendió que podía darles problemas. Mirta Gev no era de esos mercenarios que se pasean con doscientos mil créditos para apostar, sobre todo si no le gustaba jugar al caminafalla, lo que solo podía significar una cosa. Gev no solo esperaba que fueran hasta Valnoos a buscar al contacto de Tharston, también sabía que intentarían equilibrar las cosas eligiendo uno de los casinos con mayor seguridad del planeta.

Los Qreph se les habían vuelto a anticipar.

O contaban con la ayuda de un espía del círculo más próximo de Lando.

Han puso sus dos apuestas para la siguiente partida en los respectivos botes, miró a Dena y vio que observaba a Gev con el ceño fruncido. Quizá Gev sabía quién era Dena, pero no parecía que fuese recíproco. Además, Dena no sabía que terminarían yendo al Estrella Azul, en vez de al Palacio Durelio. Lo único que sabía sobre su plan era que estaban en Valnoos para encontrar al contacto de Tharston.

Se inclinó hacia ella y le preguntó:

—¿Qué me dices? ¿La viste hablando alguna vez con Tharston en el Palacio?

—No. Pero solo vine una vez con él a Valnoos.

Han frunció el ceño.

—Entonces, ¿cómo sabes que iba siempre al Palacio Durelio?

Dena puso los ojos en blanco.

—¿Usted qué cree, capitán? Charlábamos de vez en cuando —hizo una pausa y añadió, como si se le hubiera ocurrido de repente—. Y traía cosas con el símbolo de los tres lingotes del Palacio… gorras, vasos, hasta una baraja de sabacc. Créame, Tharston iba mucho por allí.

La explicación parecía tan razonable que Han pensó que estaba siendo demasiado receloso. Luke y Leia estaban convencidos de que Dena ocultaba algo, pero podía notar que ella se sentía mal por lo que había hecho su amante y aquello bastaba para explicar la culpa que ambos Jedi percibían en su presencia en la Fuerza.

Entonces un hombre corpulento con el tabardo azul claro de guardia de seguridad del Estrella Azul llegó hasta ellos. En las manos llevaba un gran bolso de mano blanco, a juego con el vestido de Dena.

—Perdone, administradora Yus —dijo—. Me han pedido que le devuelva el bolso. Otra dienta lo ha encontrado en el baño de señoras.

Dena pareció sorprendida, solo un instante, después sonrió y dijo:

—Gracias. No me había dado ni cuenta de que me lo había dejado —cogió el bolso y se lo puso sobre las rodillas—. Tendré que vigilarlo mejor a partir de ahora.

Si Dena hubiera sido de las que usaban grandes bolsos, aquello no habría despertado las sospechas de Han. Pero al llegar no llevaba aquel bolso, estaba seguro. Llevaba una

cartera diminuta, que ahora no veía por ninguna parte. Podía haberse dejado el bolso en el baño, pero no aquel.

Cuando el guardia se alejó de la mesa, Han ya había recibido sus dos primeras cartas-chip. Las levantó y vio un nueve de sables y un diez de frascos, después volvió a mirar hacia la barrera de observación.

La gente había cambiado. Ahora había más guardias y, aunque lucían los uniformes estándar del personal del casino, todos eran humanos corpulentos de cara curtida y nudillos encallecidos. Aún más elocuente era que a muchos los abrigos azules de seguridad les iban pequeños; en ocasiones tanto que parecían más túnicas que tabardos.

No le extrañaba que los demás jugadores no hubieran protestado cuando Gev se les había colado. Contaba con el respaldo de mandalorianos. Han echó un vistazo a la sala y vio más guardias apostados en las puertas y aún más entrando discretamente por la puerta. Miró a Leia y vio que tampoco se le había pasado por alto el nuevo giro de los acontecimientos.

—Su turno, capitán Solo —dijo el duros—. Cada bote asciende a cinco mil créditos.

Han se dio la vuelta y se encontró la mirada de Mirta Gev clavada en sus ojos, con una leve sonrisa torcida. Solo tenía dos pilas de fichas delante, así que estaba claro que había sido ella quien había abierto las apuestas.

—¿Algo va mal, capitán Solo? —le preguntó Gev—. ¿Algún problema?

—No, hermana —sin embargo, antes de apostar, Han se giró hacia el repartidor duros y le preguntó—. Dígame, ¿cuándo cambió de propietarios este lugar?

—Perdone, pero la dirección nos ha pedido recientemente que no comentemos nada sobre la propiedad —la más leve de las sonrisas asomó fugazmente en la cara sin nariz del repartidor—. Espero que lo entienda, capitán.

—Claro, no se preocupe —dijo Han, entendiendo muy bien por qué el duros había empleado la palabra «recientemente». En esencia, le había contestado la pregunta. Era una de las ventajas de dejar propinas generosas: los repartidores querían tenerlo contento; sin trampas, por supuesto—. Gracias, de todas formas.

—Lamento no serle más útil —contestó el duros—. ¿Iguala la apuesta de la señorita?

Han examinó la expresión fría de Gev, preguntándose hasta dónde habrían anticipado sus planes los Qreph… y cuánto les había contado Dena Yus. Ella no sabía qué casino elegirían, pero sabía que iban a Valnoos. De hecho, los había impulsado a hacerlo señalando a Tharston como la persona que había vendido los códigos de control del rayo tractor.

Se sentía como un idiota, pero lo importante era lo que habían averiguado los Qreph. ¿Sabían que Han y sus compañeros no intentaban capturar al contacto de Tharston, en realidad… si es que tal persona existía? El verdadero objetivo de Han era crear disensiones entre los hermanos. ¿También lo habrían adivinado?

Le pareció muy probable. Al fin y al cabo, eran columis.

Por suerte, en aquel momento, Han y sus compañeros no tenían que engañar a los Qreph, solo a Mirta Gev. Sonrió y construyó dos pilas de fichas.

—De hecho, subo… a diez mil cada bote —dijo, colocando las dos pilas frente a él y mirando a Gev—. ¿Qué te parece si nos libramos de las manos débiles?

Gev sonrió.

—Por mí perfecto.

Dena se retiró rápidamente, igual que el capitán de remolcador arconano que tenía al lado.

Gev igualó la apuesta de Han y se giró hacia Lando.

—¿Y usted? ¿Ha venido a jugar, Calrissian… o solo a mirar?

Lando sonrió.

—Le iba a preguntar lo mismo.

Dobló la apuesta de Han en ambos botes, suscitando un coro de murmullos entre los espectadores y obligando a retirarse a los otros tres jugadores restantes. Normalmente, Han jamás igualaría aquella apuesta con unas cartas-chip tan malas, pero no se trataba de ganar. Igualó la apuesta de Lando y Gev hizo lo mismo.

Cuando el repartidor hubo colocado las fichas en sus respectivos botes, Gev se volvió hacia Lando y le dijo:

—Corríjame si me equivoco, pero aún no ha mirado sus cartas, ¿verdad?

—No se equivoca —dijo Lando—. ¿Qué gracia tiene mirarlas?

Le hizo un gesto con la cabeza al repartidor, quien anunció:

—Bloqueen las cartas que deseen bloquear.

Gev volvió a mirar sus cartas y lanzó una al campo de estasis. Lando y Han no movieron sus cartas de donde las tenían.

Gev les dedicó una sonrisa.

—Les gusta vivir peligrosamente, ya veo.

—No tan peligrosamente —dijo Lando.

—Solo jugamos otro juego —añadió Han.

Un brillo de incertidumbre asomó en ojos de Gev.

—¿En qué juego están pensando?

—En el de las sillas —dijo Lando.

Se inclinó hacia Gev y empezó a susurrarle algo. Aunque Han no podía oírle, sabía que Lando le estaba pidiendo que le trasladase una oferta a Craitheus Qreph. Si Craitheus dejaba a Marvid fuera del trato, Lando aceptaría formar una sociedad que les diera control a partes iguales de toda la Falla Chiloon. La oferta incluía una amenaza: si Craitheus la rechazaba, Lando reclamaría lo que se le debía y entraría en guerra con los Qreph.

Cuando terminó, Gev apartó la cabeza y le miró con evidente recelo.

—No lo dirá en serio —dijo—. No puede decirlo en serio.

—La verdad es que estoy desesperado —le dijo Lando—. Y los hombres desesperados hacen cosas desesperadas. Quizá convenza a mi buen amigo Luewet Wuul de que la situación en la Falla es tan alarmante que la Alianza Galáctica debe intervenir.

Aquella amenaza provocó un murmullo de desaprobación entre los espectadores… que no dejaban de ser principalmente capitanes de remolcadores independientes y cazadores de asteroides que habían hecho fortuna en la Falla. Lando, que siempre sabía cuándo debía llevar hasta el final en un farol, entornó los ojos y redobló la apuesta.

—Por supuesto, si la Alianza Galáctica se involucra, el Imperio y la Autoridad del Sector Corporativo también se sentirán obligados a proteger sus intereses —se inclinó hacia Gev y añadió—. Dígale a su jefe que acepte el trato o las cosas se complicarán mucho y muy pronto.

Gev se inclinó hacia delante, imitando la postura agresiva de Lando.

—Es evidente que no se ha enterado —le dijo—. Luewet Wuul ha muerto. Como la mayoría de sus empleados.

Lando frunció el ceño con incredulidad.

—¿De qué está hablando?

—Una auténtica desgracia. Se produjeron unas explosiones en su yate —Gev sonrió y miró fijamente a los ojos a Lando—. La seguridad de la Alianza piensa que puede ser obra de algún empleado descontento, pero estaba a punto de presentar un proyecto de ley para autorizar la intervención militar para acabar con el contrabando de mineral en la Falla Chiloon, así que también se habla de asesinato. Como cualquier político, Wuul tenía enemigos.

Lando estaba tan perplejo que quedó boquiabierto.

—¿Han *matado* a Luew? —dijo con voz entrecortada—. ¿Se han vuelto locos? Era…

—*Puede* que Luew haya muerto —dijo Han. Era impropio de Lando permitir que nada le afectase durante una negociación y el hecho de estar mostrando su conmoción hizo que Han se preocupara por lo que su amigo pudiera llegar a contar—. O quizá Gev solo intenta averiguar si de verdad conoces al senador.

Gev le sonrió.

—Bien pensado, capitán Solo, pero me temo que la noticia es cierta. Nos hemos enterado esta mañana —se volvió hacia el repartidor y añadió—. Estoy segura de que no hemos sido los únicos.

—Yo también he oído algún rumor —dijo el duros con cautela, viendo a Gev desde una perspectiva nueva y mucho más temerosa—. Pero ya saben lo poco fiables que pueden llegar a ser ese tipo de rumores en la Falla.

—Este no —insistió Gev, volviéndose hacia Lando—. Pero, fuera quien fuera el que mató al senador Wuul, no fue un mandaloriano. Somos mercenarios, no asesinos.

—No sabía que hubiera alguna diferencia —contestó Lando. Su mirada volvía a ser dura—. Pero la muerte de Luew no cambia mi oferta.

Gev se encogió de hombros.

—Quizá no. Pero es un estúpido si cree que Craitheus la considerará siquiera.

—Y usted es una estúpida si cree que no querrá ni oírla —contestó Lando.

Gev se quedó callada un momento y después miró los dos generosos botes de la mesa de sabacc.

—¿Y qué gano yo trasladando ese mensaje?

Han resopló.

—Perdón. Hay momentos para los negocios y momentos para el sabacc —echó un vistazo rápido a sus cartas-chip y le alegró ver que el nueve de sables había cambiado a un tres de bastones, lo que le daba más margen de maniobra—. Si quieres esos botes, tendrás que ganártelos.

Gev lanzó un suspiro y dio la vuelta a sus cartas-chip, mostrando un as de sables y una amante de frascos. Había superado la puntuación de veintitrés y estaba fuera.

—Tampoco era mi dinero —empujó el resto de sus fichas hacia el repartidor y añadió—: Devuélvalas al bono, por favor. Yo ya no tengo nada más que hacer aquí.

El duros frunció el ceño, sin duda molesto porque la partida estuviese siendo tan caótica, pero aceptó las fichas a regañadientes y empezó a contarlas.

Lando se reclinó en su silla y dijo:

—Dígale a Craitheus que tiene dos días para aceptar.

Gev se levantó, se lo quedó mirando hasta que el repartidor le devolvió el bono y contestó:

—En realidad no voy a decírselo yo.

Han frunció el ceño.

—¿Y qué se supone que significa eso?

Gev le sonrió fríamente.

—Significa que se lo puede contar usted mismo, capitán Solo —miró hacia la barrera de observación y asintió—. Se viene con nosotros.

Han miró hacia allí y vio a seis guardias de seguridad yendo hacia él, todos empuñando pistolas bláster.

—¿Te has vuelto loca? ¿No creerás que puedes raptarme?

Gev negó con la cabeza.

—No, me estoy cobrando una *recompensa*. Los Qreph pagan un millón de créditos por usted —sonrió tímidamente—. Apuesto que se siente como en los viejos tiempos. Aunque, por suerte para mí, los Qreph pagan mejor que Jabba.

—Vamos, estás de broma, ¿verdad? —Han miró a Dena, pero parecía tan confundida como él—. ¿Un millón de créditos? No me lo creo.

—¿Le parece que bromeo?

Han miró el escuadrón de guardias.

—Quizá no. Pero ¿un *millón* de créditos? ¿Por qué?

Gev se encogió de hombros.

—Los Qreph no le tienen mucha simpatía. O quizá quieren un cuadro de carbonita para la pared —le hizo un gesto para que se levantase—. Ahora le ruego que no me obligue a matarlo. La recompensa será solo la mitad si lo hago.

—Seamos serios —dijo Lando, levantándose—. No saldrán de aquí vivos si lo intentan. ¿De verdad creen que hemos venido sin refuerzos?

—Ustedes dos han hecho cosas más disparatadas que esa —dijo Gev. A pesar de sus palabras, tuvo la precaución de mirar alrededor. Su mirada pasó por el devaroniano y la twi'lek que había en una mesa cercana, sin detenerse en ellos. Se volvió hacia Lando con una leve sonrisa—. He visto vídeos de historia.

La cara de Lando se ensombreció.

—Se lo advierto, se arrepentirán si lo intentan.

—Lo dudo —dijo Gev—. De hecho, quizá también debería llevármelo a usted. Puede que los Qreph me den un bonus.

—No se lo darán por desencadenar una guerra —aseguró Lando—. El cuñado de Han es el Gran Maestro de la Orden Jedi. Y mi mujer y yo somos dueños del mayor fabricante de droides de guerra de la Alianza Galáctica.

—Cuénteme algo que *no* sepa —dijo Gev—. Porque nada de eso me asusta.

—Pues debería —le advirtió secamente Lando—. ¿Qué cree que pasará si no nos salimos de aquí como dos hombres libres? No serán solo los Jedi los que les buscarán a los Qreph y usted. Serán todos los droides de guerra YVH que mi mujer pueda meter en un transporte y todos los cazarrecompensas que pueda contratar. Y eso no terminará *nunca*.

Mientras Lando lanzaba sus amenazas, Han miraba alrededor, intentando contar guardias y calcular sus posibilidades. Entre los que había con Gev en la mesa y los de la barrera, contó cerca de una docena de tipos con pinta de ser lo bastante fuertes para ser mandos sin armadura. Y todos llevaban pistolas bláster bien visibles. Y después estaba Dena. No estaba seguro de qué guardaba en aquel gran bolso, pero sabía que no podía ser nada bueno.

En su bando, Han y Lando contaban con Omad Kaeg, que intentaba confundirse con la masa, ahora nerviosa, y Luke y Leia, cuyas espadas de luz estaban escondidas en bolsillos a prueba de escáneres dentro de la cola craneal falsa de Leia. Con dos Jedi y el elemento sorpresa a su favor, estaba seguro de que podrían ocuparse de Gev y sus matones sin armadura. Pero ¿a qué precio? Lando y él estaban en mal sitio. Probablemente recibirían una docena de descargas bláster cada uno y las posibilidades de sobrevivir a eso eran escasas, hasta para Han Solo.

Y lo más importante, si Luke y Leia se mostraban demasiado pronto, su plan se arruinaría. Lo más astuto era seguirles el juego y que los dos Jedi les rescatasen después, en el hangar.

Con algo de suerte, podrían colocar una baliza de rastreo en el fragor de la batalla sin que nadie se diera cuenta.

La decisión estaba tomada.

Han se levantó y se volvió hacia Lando.

—No pasa nada, amigo. Iré con Mirta. Los Qreph no dejan de ser hombres de negocios. Alguna solución encontraremos.

Lando frunció el ceño.

—No, Han. No vas a ninguna parte.

—Sí, voy —dijo Han, deseando poder respaldar sus palabras con la Fuerza—. Echa un vistazo alrededor. Son seis para cada uno.

Lando bajó la vista y miró sin ganas la sala de juegos, cargada de tensión. El hecho de tener la precaución de no mirar a Luke y Leia le dijo a Han que Lando había captado el mensaje, que lo más astuto sería detener a Gev y sus matones más adelante.

Cuando Lando habló su voz sonó menos convencida.

—Han, no puedo permitirlo. ¿Quién sabe qué quieren realmente de ti?

—No me pasará nada, Lando. Solo quieren contar con algún factor de presión contra ti. Y me ha tocado a mí. Saben que si me hacen algo, lo pierden —no estaba completamente seguro de aquello, pero quería tranquilizar a Lando. Se alejó de la mesa, se colocó entre dos de los grandes guardias de seguridad y miró por encima de su hombro—. Dile a Leia que nos vemos pronto, ¿vale?

Lando se mordió los labios y volvió a bajar la vista al suelo.

—Claro, amigo. No te preocupes.

Han desvió la mirada hacia la mesa adyacente, donde Luke y Leia, aún disfrazados, seguían sentados entre otros jugadores. Se pasó una mano por el pelo, dándole a Leia la señal de que no interviniera. Ella hizo estremecer su falsa cola craneal para asentir, con una expresión lo bastante perpleja y desinteresada para que Han supiera que había comprendido lo que quería que hiciera.

Eso tenía trabajar con un equipo tan familiar. Cuando los planes se torcían un poco, un buen equipo improvisaba.

Han miró hacia otro lado, se encogió de hombros hacia los espectadores y les dedicó una sonrisa tipo «qué le vamos a hacer». Dejó que los guardias lo sujetasen por los brazos y lo girasen hacia la salida.

Y justo entonces apareció Omad Kaeg ante la barrera de observación. El chico se hizo sitio entre dos arconanos de ojos brillantes con tabardos nuevos y miró hacia la salida. Han negó con la cabeza rápidamente y le dedicó media sonrisa para darle a entender que agradecía su ofrecimiento.

Omad frunció el ceño y volvió a mirar la salida. Han no sabía si estaba confundido o en desacuerdo. Puso mala cara y volvió a negar con la cabeza.

Omad asintió y se escabulló entre la multitud.

—Bien hecho —dijo Gev, captando el diálogo mudo—. No queremos inocentes atrapados en…

Su frase quedó interrumpida por la rotura de una silla de madera de roo contra una espalda. Han se dio la vuelta hacia el ruido y quedó estupefacto al ver a Omad Kaeg saltando sobre la barrera de observación, con un pie plantado entre los hombros de un aturdido guardia de seguridad postrado sobre sus rodillas. Omad terminó de empujarlo hasta el suelo y cayó encima, le arrebató el bláster de la funda, rodó sobre sí mismo y se levantó disparando.

Una ráfaga de descargas de bláster pasó aullando, tan cerca que Han pudo oler su propio pelo chamuscado. Entonces las manos que le sujetaban por los brazos quedaron

inertes y los dos guardias cayeron al suelo, con agujeros humeantes en sus cabezas. En el medio segundo de silencio perplejo posterior, Han se dio la vuelta y vio a Omad sonriéndole, claramente orgulloso de su puntería.

Antes de que Han pudiera preguntarle qué parte de su no con la cabeza no había entendido, el resto de mandalorianos ya estaban acribillando a Omad. El chico volvió a levantar su arma y Han saltó a ponerse a cubierto.

No fue lo bastante rápido. Gev ya lo tenía sujeto por el cuello y le estaba dando la vuelta, colocándolo entre Omad y ella. Empezó a gritar una orden en mando'a, pero Han estaba reculando hacia la mesa de sabacc, arrojando a Gev sobre su superficie de terciopelo negro y haciendo saltar fichas de mil créditos en todas direcciones.

Los dos aterrizaron de espaldas, Han encima de Gev, y él se encontró mirando a los ojos de una estupefacta Dena Yus. Seguía sentada en su silla, apretándose el misterioso bolso blanco contra el pecho.

Desde debajo de Han, la voz furiosa de Gev bramó:

—¡Administradora Yus! ¿Qué hace? ¡Abra el bolso!

Yus miró el bolso, pero parecía demasiado aturdida para obedecer. Negó con la cabeza y se lo aferró con más fuerza al pecho.

—Administradora Yus, abra el…

Han estampó la parte trasera de su cabeza contra la cara de Gev y la orden terminó con un sonoro crujido. La pequeña mano de Gev pasó bajo el brazo de Han y subió por detrás de su cuello, mientras la otra serpenteaba por su garganta y le agarraba por el cuello de la camisa. Gev empezó a tirar, cortando el flujo de sangre hacia la cabeza de Han, y su visión se estrechó.

Intentó volver a golpear la cara de Gev con su cabeza, pero la mano que tenía tras el cuello la tenía inmovilizada. Intentó lanzar los codos hacia atrás, a sus costillas, pero solo los golpeó contra la mesa. La oscuridad empezó a extenderse desde los límites de su visión. Pateó el borde de la mesa, intentando llamar la atención de Lando, Omad o quien fuese… y supo que lo había logrado cuando sintió que la Fuerza lo levantaba junto a su atacante por los aires.

Gev quedó tan asombrada que aflojó su estrangulamiento. Siguieron ascendiendo, veinte centímetros, cincuenta, casi un metro entero por encima de la mesa. Han recobró la visión y vio a Lando acercándose con un bláster. Estaba detrás de Dena y disparaba a los guardias, que seguían acribillando a Omad. Aún quedaban unos siete u ocho, todos tambaleándose de aquí para allá, como si hubieran pasado demasiado tiempo en el bar antes de empezar su turno.

Luke o Leia, por supuesto, estaban usando la Fuerza para hacerles perder el equilibrio.

Han de repente cayó, aterrizando con fuerza sobre Gev. Ella quedó sin aliento después de lanzar un gruñido agudo y le soltó la garganta. Volvió a darle un cabezazo en la nariz y cuando esta crujió notó que la otra mano también le soltaba.

Se apartó de ella. Cuando sus pies tocaron el suelo, vio fugazmente a Dena, aún aferrada al bolso y reptando para esconderse bajo una mesa. Luke y Leia seguían en su mesa, agachados junto a otros clientes, manteniendo su tapadera mientras empleaban subrepticiamente la Fuerza contra el equipo de Gev. Han sonrió. Aquello era lo que tenía la experiencia. Incluso cuando un plan se torcía *del todo*, los veteranos sabían cómo volver a encauzarlo.

Se lanzó al suelo y rodó sobre sí mismo, poniéndose a cubierto tras una silla volcada. Dena estaba debajo de la mesa, sin soltar el misterioso bolso. Había media docena de mandalorianos muertos o heridos en el suelo y el resto estaban atrapados en un brutal tiroteo con Lando y Omad. Han solo necesitaba un poco más de potencia de fuego y podría dejar que Gev corriera de vuelta con los Qreph.

No viendo ningún bláster cerca, se volvió para arrebatarle, el bolso a Dena.

Ella se resistió.

—¿Qué está haciendo?

—Deja de hacerte la inocente, hermana —Han no estaba seguro de qué había dentro del bolso, pero como lo había recibido *después* de haber pasado por el detector de armas, apostaba que era algo útil. Un bláster quizá, o incluso una granada—. No sé qué te han traído en ese bolso, pero lo quiero.

Dena negó con la cabeza.

—No, capitán Solo —seguía sin querer dárselo—. Confíe en mí, no…

Han agarró el bolso y tiró de él para arrebatárselo. Algo tintineo dentro. No sonaba como una granada ni un bláster, pero cuando Dena se lanzó y lo agarró, supo que debía ser algo importante.

Abrió el bolso, metió la mano y tocó algo que parecían dos o tres tubos del tamaño de su mano, aproximadamente. Agarró un par y en aquel momento Dena le plantó un tacón afilado en su esternón, aún magullado.

—¡No!

Dena tiró del bolso y los tubos salieron despedidos.

La mirada de Dena se posó en un tubo que había rebotado bajo la mesa y había terminado a un metro de Han. Abrió mucho los ojos, se puso a cuatro patas y empezó a caminar hacia atrás, como un cangrejo, hacia el tiroteo. Han se volvió hacia el tubo y vio algo blanco y brillante dentro. Parecía estar empujando el tapón.

«¿Qué diantres?».

Fue a recoger el tubo, pero el tapón ya estaba saltando. Aquella cosa blanca y brillante se derramó, extendiéndose mientras se movía, y Han se sorprendió al ver un arácnido blanco del tamaño de un puño subiendo por su muñeca.

Agitó la mano y lanzó volando aquella cosa, que aterrizó bajo la mesa adyacente, donde se detuvo y empezó a mover sus largas antenas. Al cabo de un instante, se dio la vuelta y corrió hacia donde estaban Luke y Leia.

El arácnido estaba a mitad de camino cuando pasó ante un gran de tres ojos agachado, que gritó y le atizó con un vaso de cóctel vacío.

El gran se volatilizó en un estallido de llamas blancas y la mesa cayó de lado. Han no vio qué les pasaba a Luke y Leia, pero de repente los gritos de los heridos aplacaron el aullido del fuego de bláster.

Su plan ya era historia.

Cuando miró alrededor, encontró otros dos tubos tirados en el suelo. Ambos abiertos y vacíos. Vio una de aquellas cosas blancas y brillantes extendiéndose hacia la mesa volcada en que había visto a Luke y Leia por última vez.

La otra iba hacia Lando.

Se lanzó hacia Lando y le agarró por el hombro.

—¡Arañas blancas! —gritó—. ¡Grandes arañas blancas! ¡Mátalas!

Lando se dio la vuelta y vio la araña que iba hacia él. Apuntó su bláster, apretó el gatillo y una bola de llamas blancas estalló bajo la mesa. Han notó que caía al suelo, con el pecho dolorido y escozor en la cara, y que se estampaba contra un guardia de seguridad muerto.

Sonó otra explosión más lejana. Para entonces le zumbaban los oídos y tenía la visión borrosa. Aunque sabía dónde estaba… y que la batalla no había terminado. Se dio la vuelta y empezó a buscar el bláster del guardia muerto.

Sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura cuando el tacón alto de una sandalia negra le pisó la muñeca. Al levantar la vista encontró a Mirta Gev mirándole, sangrando por la nariz rota y apuntándole el cañón de un bláster a la cabeza.

—Oh, no, capitán Solo —dijo, haciéndole señas para que se levantase—. Ya se lo he dicho, usted se viene conmigo.

Diez

Una de las cosas que solían abundar en los casinos era videovigilancia y a Marvid le encantaba la videovigilancia. Podía medir la inteligencia de sus subordinados por lo que tardaban en empezar a actuar como si las videocámaras no los estuviesen grabando. Podía predecir lo fiables que eran comparando su comportamiento cuando *sabían* que los estaban grabando con cuando no lo sabían. Podía incluso saber los que eran buenos mentirosos controlando el número de veces que se llevaban los dedos a lugares impúdicos.

Sin embargo, lo que Marvid no podía hacer era modificar los hechos claramente visibles.

Estaban reunidos con Craitheus en la cubierta de propietarios de su cuartel general móvil en la Falla, el triturador de asteroides *Ormni*. Sus ectocuerpos estaban uno al lado del otro en la sala de reuniones, con Mirta Gev a la izquierda de Craitheus y Savara Raine a la derecha de Marvid. Un par de guardaespaldas nargones flanqueaban cada una de las dos puertas, con sus crestas craneales erectas, reflejando la tensión de la sala. Un vídeo de vigilancia de la más reciente adquisición de los Qreph, el casino Estrella Azul de Valnoos, se estaba reproduciendo en la pantalla de pared.

Y, a pesar de que Savara aseguraba merecer la recompensa de un millón de créditos por la captura de Han Solo, el vídeo parecía sugerir algo distinto. Hasta el momento, mostraba a una Mirta Gev vestida con elegancia, con la nariz rota y arrastrando a un Solo que pateaba salvajemente por el suelo del hangar del casino. Tras ella iba un escuadrón de diez mandalorianos en armadura completa y un puñado de supervivientes del tiroteo, heridos y aún enfundados en tabardos de seguridad del Estrella Azul. Uno de los heridos rodeaba con el brazo a Dena Yus, quemada por fuego de bláster, medio arrastrándola, medio cargándola, mientras cojeaba tras los demás.

Un recuadro en la esquina inferior de la pantalla mostraba el destino de los mandalorianos, un transporte mandaloriano de clase Tra'kad con la rampa de embarque extendida. Un segundo recuadro mostraba una imagen en tiempo real de Han Solo, magullado e inconsciente en una litera de duracero del puente del *Ormni*. Marvid adoraba aquella imagen.

Miró hacia Savara.

—No veo nada que apoye tus argumentos.

—Aún no —contestó Savara—. Sigue mirando.

Craitheus mandó una transmisión de ectocuerpo: «ESTO ES UNA PÉRDIDA DE TIEMPO. TU MASCOTA SOLO ESTÁ CABREADA PORQUE PUSIMOS A GEV AL FRENTE DE LA OPERACIÓN DEL ESTRELLA AZUL».

«LA EMBOSCADA FUE IDEA DE SAVARA», dijo Marvid. «SUGIERO QUE LE DEMOS *DOS* MILLONES DE CRÉDITOS POR HABER ELIMINADO A WUUL. NO DISPONEMOS DE NADIE MÁS CAPAZ DE BURLAR A LA SEGURIDAD DE UN SENADOR DE LA ALIANZA GALÁCTICA Y EL BONUS DEBERÍA HACERLE SENTIR MEJOR SOBRE SU NO PARTICIPACIÓN EN EL ATAQUE CONTRA LOS JEDI».

«¿Y A MÍ QUÉ ME IMPORTA CÓMO SE SIENTA?», preguntó Craitheus. «TEME A LOS JEDI TANTO COMO LOS ODIA, SI NO ESTÁ CONTENTA CON SUS MISIONES, NO NOS COSTARÁ ORGANIZAR UNA REUNIÓN SORPRESA».

«PUEDE, PERO LOS AGENTES DESCONTENTOS SON RECELOSOS. NO DUDARÁ EN ESPERAR SEMEJANTE TRAICIÓN», dijo Marvid. «MEJOR AÚN», contestó Craitheus. «SIEMPRE QUE LA *TEMA*, SI SABEMOS LO QUE TEME, SABEMOS CÓMO CONTROLARLA». Mientras conversaban, aparecieron dos puntos de luz en el vídeo en la puerta del hangar, a la altura de la cabeza, tras Gev y los mandalorianos. Al principio, Marvid no reconoció lo que veía. Después, los dos puntos se separaron y empezaron a deslizarse hacia direcciones opuestas, creando el contorno anaranjado de una puerta.

Las puntas de dos espadas de luz. Cortando la puerta del hangar.

En el vídeo, Gev hacía gestos a sus mandalorianos enfundados en armaduras para que fueran hacia aquel contorno reluciente, después Solo dejó muertas sus piernas y cayó al suelo, tirándola. Para entonces, las dos espadas de luz ya casi tocaban el suelo, cortando la fina puerta como si fuera plastoide en vez de duracero.

La puerta saltó y un par de Jedi, uno devaroniano y una twi'lek, entraron rodando en el hangar, con sus espadas de luz dibujando trenzas de color mientras repelían las descargas de bláster contra sus atacantes. Tres mandalorianos cayeron al instante y la reclamación de la recompensa por parte de Savara de repente empezó a parecer más razonable.

Creyendo que era buen momento para subestimar la fe excesiva de su hermano en las soluciones a la mandaloriana, Marvid detuvo la reproducción y se volvió hacia Mirta Gev.

—Estaba al cargo de la emboscada, comandante —dijo—. Dígame, ¿cómo lograron *dos* Jedi colar espadas de luz en el Estrella Azul?

—Iban disfrazados —dijo Gev—. Y llevaban las espadas de luz escondidas en la lekku de la twi'lek.

—Ah, eso lo explica todo —Marvid sonrió. Gev estaba cayendo de pleno en su trampa, por supuesto—. ¿Y no pasaron por los detectores de la entrada?

Antes de que Gev pudiera seguir perjudicándose, Craitheus dijo:

—Ya lo hemos entendido y tienes razón, Marvid. Savara habría detectado a los Jedi disfrazados *antes* de apresar a Solo.

Pero seguimos teniendo a Solo.

—No se trata de eso —dijo Savara—. De haber estado yo al mando, Dena habría soltado a los aracnoasesinos *antes*. La emboscada habría empezado con las muertes de Calrissian y los Jedi. Y la captura de Solo no os habría costado las indemnizaciones por fallecimiento de una docena de mandalorianos.

—Siempre que tu plan hubiera funcionado —replicó Craitheus—. Pero no tenemos ninguna garantía. Como tanto te gusta recordarnos, los Jedi no son fáciles de matar.

—Y ahora, gracias a Mirta, será imposible —Savara señaló el vídeo. La imagen congelada mostraba al Jedi devaroniano en el aire, lanzándose en una especie de pirueta,

mientras tres descargas de bláster rebotaban simultáneamente contra su espada—. Ese es Luke Skywalker. Con él solo vas a tener una oportunidad… en el mejor de los casos.

Savara miró mal a Gev, al otro lado de la mesa, y prosiguió:

—Y Mirta malgastó esa oportunidad capturando a un viejo que ni siquiera sabe usar la Fuerza. Lo único que ha hecho ha sido acercar el imperio Qreph otro paso más hacia su caída… y a vosotros dos *cinco* pasos más hacia la muerte.

El ectocuerpo de Marvid registró una descarga de transmisión estática que solo podía ser la ira de su hermano. Pero cuando Craitheus habló, lo hizo en un tono cuidadosamente comedido.

—En cualquier caso, la comandante Gev nos ha entregado a Han Solo vivo, que es lo único necesario para cobrar la recompensa —Craitheus se volvió hacia Marvid—. Hemos terminado.

—No, aún no —dijo Savara. Miró a Marvid—. Sigue reproduciendo. Me lo agradecerás.

Marvid puso el vídeo en marcha y vio con reticente admiración cómo el Jedi Skywalker abatía a otros dos mandalorianos. La falsa twi'lek, Leia Solo sin duda, lanzaba a un tercero volando por el hangar. Los últimos tres empezaban a retroceder, claramente superados y condenados al fracaso.

Todo cambiaba con la aparición de Savara Raine en la puerta que había tras los dos Jedi, quien le lanzaba una granada a cada uno. Skywalker y su hermana percibían el peligro y saltaban en direcciones opuestas, entonces la imagen se llenaba de un brillo naranja durante tres segundos. Cuando se disipó, la pantalla estaba partida en dos, mostrando en una mitad la nave mandaloriana dando sacudidas sobre sus puntales y en la otra a un trío de nargones irrumpiendo a la carga en el hangar y disparando sus rifles bláster hacia un enemigo invisible.

Savara no aparecía en ninguna de las dos mitades de la pantalla. Gev sí, en la primera, arrastrando a un maltrecho y ya inconsciente Solo por la rampa de embarque del Tra'kad. Casi estaban a bordo cuando de repente se detenían y parecían a punto de caer a la cubierta del hangar; atrapados, supuso Marvid, en una sujeción invisible con la Fuerza.

Entonces aparecían más nargones y empezaban a disparar al Jedi invisible y Gev se metía en el transporte con Solo. La nave empezaba a alzarse de sus puntales antes de que la rampa de embarque se hubiere replegado y Craitheus detuvo la reproducción.

—Savara ha dejado claro sus argumentos —dijo, girándose hacia Marvid—. Merece parte de la recompensa.

—Estoy de acuerdo —dijo Marvid—. Sugiero que la dividamos al cincuenta por ciento.

—¿*Cincuenta* por ciento? —la voz de Gev fue tan estridente que los guardaespaldas nargones de los Qreph dieron un paso adelante, listos para proteger a Marvid y su hermano. Ella apenas los miró y prosiguió—. He perdido una docena de buenos hombres en esta operación. Si creen que voy a conformarme con un solo crédito menos de un millón…

—No mereces un millón —la cortó Savara—. No mereces un solo crédito —se volvió hacia Marvid—. ¿No te he dicho que sigas reproduciendo?

Marvid sabía que no debía sonreír, Craitheus detectaría sus simpatías, pero no pudo evitarlo. Savara era tan arrogante.

—Si insistes —le dijo—. Pero no creo que recibas más de la mitad.

—No se trata de eso —Savara señaló la pantalla de pared—. Tú actívalo.

Marvid puso el vídeo en marcha y vio con creciente inquietud cómo Skywalker iba tras los nargones, mientras su hermana empezaba a arrojar con la Fuerza mandalorianos contra las paredes del hangar. Cuando el transporte estaba atravesando el campo-barrera, los nargones ya habían quedado reducidos a un montón de carne escamosa y metal. Los mandos de Gev estaban tirados por el suelo del hangar, habiendo perdido miembros y partes de sus armaduras. La mayoría estaban muertos, aunque varios parecían solo heridos o inconscientes. Al cabo de un instante, Lando Calrissian y Omad Kaeg entraban en el hangar y empezaban a interrogar a los supervivientes.

Marvid y Craitheus tuvieron el mismo pensamiento a la vez.

—¿Capturaron algún *piloto*? —preguntó Craitheus, girando su ectocuerpo hacia Gev—. ¿Alguno que supiera llegar a Base Primera?

La mirada de Gev se llenó de resentimiento.

—Por supuesto que no —dijo—. Sabemos cumplir las órdenes.

Marvid visionó una reproducción de las expresiones faciales recientes de Gev y vio que no estaba del todo segura. Tras una consulta rápida y silenciosa con su hermano, volvió su ectocuerpo hacia Savara.

—Te marcharás para Sarnus inmediatamente —le dijo—. La comandante Gev querrá rescatar a su personal, si es posible. Si no lo es, los Jedi no deben tener tiempo para llevar a cabo ningún interrogatorio prolongado.

Los ojos de Gev brillaron con ira.

—Son mis…

—No será necesario rescatarlos —le cortó Savara—. Los Jedi no han hecho ningún prisionero.

Gev se giró hacia ella.

—¿Qué hiciste? Si le hiciste daño a mi gente…

—Si lo hice, fue para solucionar el desaguisado que dejaste —contestó Savara, igual de acaloradamente—. Además, las lenguas largas son el menor de los problemas que pudiste causar. ¿De verdad crees que Calrissian estaba en Valnoos para intentar cerrar un acuerdo turbio?

La palabra «acuerdo» golpeó a Marvid como una descarga gamma a un cerebelo. No había oído nada de ningún acuerdo, ni de ninguna oferta de Calrissian, y aquello solo podía significar una cosa. Ordenó a su ectocuerpo que activase su sistema de armas y fijó a Craitheus y Gev como primer y segundo blanco.

—¿Acuerdo? —aunque la pregunta iba dirigida a Savara, su atención estaba completamente concentrada en su hermano—. ¿Qué acuerdo?

Savara abrió los ojos como platos, perpleja y mirando a Gev.

—¿No se lo contaste a los dos?

—¿Cómo lo has…? —Gev se calló, mirando mal a Savara—. El mensaje era para *Craitheus* y no me pagan para entrometerme en sus asuntos.

—Estúpida —Savara negó con la cabeza—. El mensaje no fue más que un truco. Y has conseguido que funcione en dos niveles.

—¿Qué mensaje? —preguntó Marvid. Para animarla a responder, apuntó el cañón de su bláster a la cara de Gev y destapó el emisor—. ¿*Qué* niveles?

—No es necesario que actives tus sistemas de armas —le dijo Craitheus—. Si no has sabido nada es solo porque no merecía la pena ni debatirlo.

Marvid mantuvo su sistema de armas activo.

—Ahora merece la pena debatirlo.

—Calrissian intenta enfrentarnos —Craitheus cambió a su canal de comunicación privado, «NO QUERÍA QUE ESTO PASASE».

«ASÍ QUE TE OFRECIÓ UN ACUERDO Y DEJARME DE LADO», contestó Marvid. No desactivó su sistema de armas. Aquella era una experiencia nueva para él. Su hermano jamás le había ocultado nada y la cabeza le daba vueltas. «QUÉ PREVISIBLE».

«Y VANO».

Craitheus aún no había activado su propio sistema de armas, sin duda porque el mero hecho de intentarlo obligaría a Marvid a lanzarle un ataque preventivo.

—Calrissian sabe de sobras que jamás te dejaré al margen de nada.

Craitheus habló en voz alta, buscando claramente el apoyo de Gev. Quizá podía percibir la confusión de Marvid y creía que la opinión de una cabezapequeña podría influenciarle.

—Solo intentaba crear disensiones entre nosotros —prosiguió Craitheus—. Hemos usado esa misma estrategia, divide y vencerás, un centenar de veces. No quería que nos afectase.

«PUES LO HA HECHO», le transmitió Marvid. «PERO POR HABÉRMELO OCULTADO. ¿QUÉ PUEDO PENSAR, EXCEPTO QUE TE LO PLANTEASTE?».

«¿Y QUÉ IMPORTA SI ME LO PLANTEÉ?», contestó Craitheus. «PLANTEÁRSELO NO ES LO MISMO QUE HACERLO».

Allí estaba la verdad, Marvid lo notó. Craitheus se había sentido tentado. El ser en que Marvid siempre había confiado, el ser al que jamás traicionaría, se había planteado volverse contra su propio hermano.

¿Por qué? Era evidente que no podía ser por dinero. Craitheus ya era más rico que la mayoría de imperios interestelares. No, quería poder. Quería ser el único dueño de Consorcio Galáctico. Y de todo lo que este controlaba.

Marvid barajó sus opciones. Teniendo en cuenta los reducidos confines de la sala de reuniones, decidió que el cañón bláster sería lo mejor. Después sintió que su cabeza se sacudía tras una bofetada invisible con la Fuerza.

—Marvid, basta —le ordenó Savara—. Tu hermano estuvo tentado de venderte. Desactiva tus armas y asúmelo. Debemos hablar de los verdaderos motivos tras la oferta de Calrissian y se nos acaba el tiempo.

Marvid no desactivó sus armas.

—Ya sabemos el motivo. Calrissian intentaba crear fisuras entre nosotros. Y le ha salido bien.

—Mejor de lo que yo creía, queda claro —dijo Savara—. Pero ese no es nuestro problema ahora mismo.

—¿Y cuál es? —preguntó Craitheus, deseando cambiar de tema.

—Rebobina el vídeo y os lo enseñaré —dijo Savara.

Esperó hasta que la imagen volvió a mostrar el transporte apoyado sobre sus puntales, con Gev y sus compañeros entrando a bordo. Le ordenó que parase, que ampliase la imagen y reiniciase la reproducción a cámara lenta.

—Mirad con atención —señaló la pantalla de pared y dijo—. Justo… *ahí*.

En la pantalla apareció un diminuto disco gris que empezaba a acelerar hacia el transporte. Cuando la nave cruzaba la puerta del hangar, el disco ya la había alcanzado y se había adherido al casco.

—Lo que veis es una baliza rastreadora Jedi. Ese es nuestro problema.

Once

El triturador de asteroides *Ormni* flotaba a lo lejos, una cuña gris silueteada por el brillo intenso de sus propios respiraderos de fundición. Una nube de polvo del triple de su tamaño se arremolinaba bajo su vientre, lo único que se podía ver del asteroide que iba devorando lentamente. Nave y nube estaban rodeadas por una telaraña móvil de franjas azules: los rastros de flujo de las embarcaciones ligeras del *Ormni*, ocupadas con sus asuntos.

Sentada en una pequeña nave espía de ScragHull que les había prestado Lando, Leia seguía estando demasiado lejos para ver las embarcaciones a simple vista, pero en su pantalla táctica débilmente iluminada podía ver los códigos transpondedores de docenas de yolas de voladura y galeras ariete… las naves de esclavos que rompían los asteroides y empujaban los pedazos hacia las fauces procesadoras del *Ormni*. También contó cuatro enormes transportes de carga congregados alrededor de la popa del *Ormni*, cinco cazas estelares Bes'uliik de patrulla y tres transportes de asalto que partían para una misión.

A aquellas alturas, Han podía estar a bordo de cualquiera de aquellas embarcaciones ligeras, trasladado del *Ormni* a una nueva ubicación antes de que pudieran rescatarlo.

Leia deseaba proyectarse en la Fuerza para buscarlo, pero en los últimos momentos del tiroteo en el Estrella Azul, tanto Luke como ella habían percibido una presencia oscura actuando contra ellos y ahora les parecía perfectamente posible que los Qreph estuvieran colaborando con los Sith. De ser así, el uso de la Fuerza alertaría al enemigo de su acercamiento con la misma seguridad que si activasen los motores del ScragHull. Leia no tenía más remedio que observar con preocupación mientras volaban a la deriva hacia el *Ormni*, sin motor, aterrorizada porque Han pudiera haberse marchado, o estar muerto, cuando llegasen.

Las preocupaciones no eran ninguna novedad para Leia, por supuesto. Durante la rebelión, Han y ella misma habían arriesgado sus vidas prácticamente a diario. Como diplomática de la Nueva República había visto cómo secuestraban a sus hijos y los usaban como rehenes políticos. Después, había visto a aquellos mismos hijos convertirse en Caballeros Jedi y partir hacia sus propias misiones peligrosas. Y ahora, cuando su hija era conocida como la «Espada de los Jedi», apenas pasaba un mes sin preguntarse si la única hija que le quedaba viva regresaría de su última misión.

Leia era experta en preocupaciones y sabía cómo lidiar con sus temores. Incluso cómo explotarlos.

Pero esta vez se sentía distinta. Han recurría a la suerte como los Jedi recurrían a la Fuerza, pero la suerte no era la Fuerza. La Fuerza lo abarcaba todo, era eterna e infinita. La suerte era pasajera. Iba y venía, favorecía a unos y esquivaba a otros. La suerte era matemáticas, reglas de probabilidad. Y las matemáticas dejaban muy claro que no todas las apuestas arriesgadas podían salirte bien.

Aunque Han se había pasado la vida haciendo apuestas arriesgadas. Y si aquel era el momento en que la suerte se le terminaba, los Qreph y Mirta Gev pagarían muy caro

habérselo arrebatado. Leia se encargaría de eso, aunque tuviera que dedicar el resto de sus días a buscarlos.

—Cuidado —dijo Luke. Estaba sentado junto a ella en la tenue luz azul de la cabina, controlando la baliza rastreadora que habían adherido al transporte de Gev cuando escapó con Han. La nave seguía a bordo del *Ormni*, de eso podían estar seguros. Pero ¿quién sabía dónde estaba Han?—. El odio conduce al lado oscuro. Como la venganza. Incluso tramarla.

—¿Quién dice que tramo una venganza?

Luke se limitó a mirarla en la penumbra, con paciencia.

—Perdona —dijo Leia, dándose cuenta de que debía haber dejado que su ira se filtrase hacia la Fuerza—. Yo no lo llamaría *tramar*… pero cuesta no darle vueltas.

—Lo entiendo. Pero sabes que es absurdo. Han ha pasado por situaciones peores, muchas veces.

—Esto me produce una sensación extraña. Los Qreph siempre van dos pasos por delante de nosotros. Y eso me asusta.

—Y a mí —admitió Luke—. Y no dejo de preguntarme: ¿por qué Han? ¿Por qué vale una recompensa de un millón de créditos si intentaban matarnos a Lando y a nosotros?

Leia se quedó pensando un momento, intentando recordar algo del pasado de su marido que explicase el interés de los Qreph por él, pero terminó sacudiendo la cabeza.

—Solo se me ocurre que se trate de un secuestro —dijo—. Probablemente saben que Ben y Tahiri están en la Falla, buscando a Ohali. Quizá querían disponer de algún elemento de presión para después de habernos matado a ti y a mí.

Luke negó con la cabeza.

—Son demasiado listos para creer que eso funcionaría. Y la operación de las arañas-bomba fue un fiasco. Sigo sin entender por qué Dena Yus se aferraba a aquellas cosas.

—¿Ah, no? —preguntó Leia. Cuando R2-D2 por fin pudo acceder a la computadora de seguridad del casino, los vídeos de vigilancia del Estrella Azul habían «desaparecido». Pero Luke y ella habían logrado hacerse una composición bastante precisa de la actuación de Dena durante el tiroteo, a partir de sus propios recuerdos y el relato de Lando—. Es bastante evidente, se quedó petrificada.

Luke lo pensó y asintió.

—Supongo que sí, pero ¿por qué? Lleva trabajando para los Qreph desde el principio, eso está claro. Y es ella la que nos conduce hasta la emboscada. ¿Por qué duda de acabar con nosotros cuando acaba de ayudar a los Qreph a matar a miles de obreros de la refinería?

—Quizá debía atacarnos en otro sitio, o el tiroteo le dejó la mente en blanco, o se le encalló el cierre del bolso —tantas conjeturas empezaban a frustrar a Leia porque solo le recordaban lo poco que sabían sobre los Qreph y su organización—. No se quedó lo suficiente para contestar nuestras preguntas, así que lo único que sabemos con certeza es que Dena Yus trabaja para los columis. Y sea lo que sea lo que tienen planeado, cuando lo descubramos ya puede ser tarde para Han.

—No lo será.

Luke puso una mano en el brazo de Leia y se lo apretó. Ella se sintió un poco menos impotente, aunque no del todo tranquila. ‘

—No va a pasarle nada a Han. Te lo prometo.

—Gracias. Agradezco tus ánimos —Leia le dio unas palmadas en la mano, la apartó y le dijo—. Pero no quiero que hagas promesas que puedan meterte en problemas. Esos tipos son demasiado peligrosos.

—Pareces olvidar quién soy, Jedi Solo —dijo Luke seriamente—. Vamos a rescatar a Han. Y vamos a detener a los Qreph —hizo una pausa y lanzó un suspiro exagerado—. Cuando hayamos descubierto qué se traen entre manos aquí, claro.

Leia no pudo evitar sonreír.

—Bueno, como mínimo tú tienes un plan… más o menos. Casi me siento como si Han ya estuviera de vuelta.

Una alarma sonó por el altavoz de la cabina y un mensaje estándar de auxilio pasó por la pantalla del piloto. «LA NAVE DE RECONOCIMIENTO INCOM X396 SOLICITA AYUDA URGENTE. MÁXIMA URGENCIA».

Leia arqueó una ceja.

—Tres noventa y seis —repitió—. ¿No es…?

—Ohali Soroc —terminó Luke por ella. Los StealthX Jedi se identificaban por las redes de comunicación no seguras solo como naves de reconocimiento Incom—. Erredós, danos las coordenadas.

R2-D2 contestó con un pitido negativo y cargó un informe de enrutamiento en la pantalla del piloto. Este mostró que el mensaje solo había pasado por una baliza repetidora.

—Venga de donde venga, está cerca —dijo Leia, empezando a sentirse mal. No estaba dispuesta a marcharse sin Han, pero la primera ley de cualquier viajero espacial era *responder* a las llamadas de auxilio. Y aquella era una Jedi en apuros—. Debe de estar a menos de un año luz de aquí.

R2-D2 emitió un pitido de confirmación. En la pantalla apareció un plano, mostrando la baliza repetidora a un cuarto de año luz del ScragHull, en algún punto en un arco de 140 grados hacia popa.

—¿Por qué la tenemos detrás? —preguntó Leia.

Apareció otro mapa en pantalla, mostrando la ubicación de todas las balizas repetidoras cercanas. El *Ormni* flotaba al borde de la Red, sin nada más después que una enorme burbuja de Falla no cartografiada. Dado que el mensaje había llegado por una baliza repetidora de la FallaRed, debía provenir de algún punto a su espalda.

Leia empezaba a sentirse más sola y preocupada todavía. No era capaz de recordar la cantidad de veces que había estado al borde del abismo, mirando hacia su corazón negro, pero nunca antes lo había sentido de manera tan literal… quizá porque normalmente tenía a Han al lado, mirando a la oscuridad con ella.

La contemplación de Leia se terminó cuando Luke preguntó:

—Erredós, ¿algún indicio de que la Jedi Soroc siga dentro de su nave? ¿O de que siga viva?

El droide respondió con un pitido negativo.

—En ese caso, podría tratarse de una trampa —dijo Luke—. Puede que Gev haya encontrado nuestra baliza rastreadora.

—Es muy probable que sea una trampa —le rectificó Leia, sintiendo que el corazón se le subía a la garganta. Si los Qreph habían descubierto la baliza rastreadora, esperarían que Luke y ella intentasen rescatar a Han—. Parece poco probable que Ohali Soroc se haya encontrado en apuros justo cuando nosotros estamos intentando subir sigilosamente a bordo del *Ormni*.

—Tienes razón. Y si le hubiera pasado algo tan cerca de aquí, lo habríamos percibido en la Fuerza —Luke se detuvo a pensar, con una expresión cada vez más apenada y preocupada, mientras imaginaba las posibles suertes de Ohali—. Esto no puede ser ninguna coincidencia. Se han hecho con el StealthX de Ohali y lo intentan usar para alejarnos.

—Y si los Qreph tienen el StealthX de Ohali… —Leia dejó la frase inacabada, mientras pensaba en las implicaciones de aquella llamada de auxilio, y finalmente preguntó—. Luke, ¿qué pasa con Ben y Tahiri? Si estaban buscando a Ohali, puede que ellos también se hayan topado con los Qreph.

Luke negó con la cabeza.

—Están bien. Como mínimo, Ben parecía estarlo cuando intenté contactar con él.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Leia. No necesitaba preguntar cómo había intentado Luke contactar con su hijo. Los parientes sensibles a la Fuerza se podían percibir mutuamente a grandes distancias—. ¿Después de que se llevaran a Han?

Luke asintió.

—Antes de que nos marchásemos del Estrella Azul. Creía que podríamos necesitar algo de apoyo.

Luke no necesitó añadir que no podían saber si Ben había comprendido realmente lo que quería. A pesar de todo su poder y misterio, la Fuerza solo podía ofrecerte una vaga impresión del estado de tu ser querido; no era una red de comunicaciones.

—El apoyo no nos vendría nada mal —le dijo Leia—. Pero aunque Ben y Tahiri no se las hayan visto con los Qreph aún, me preocupa esa señal de auxilio. Debemos advertirles para que se alejen.

—Quizá. Déjame pensar.

Se quedó callado, sin duda planteándose el mismo dilema que ella. Intentar advertir a Ben en aquel momento, el mero hecho de proyectarse en la Fuerza, probablemente alertaría de su presencia al enemigo. Aquello pondría en riesgo su intento de rescatar a Han y era muy posible que pusiera a este en mayor peligro aún. Leia no se veía capaz de soportarlo, pero tampoco podía poner en riesgo la vida de su sobrino para salvar la de su marido.

—Luke, no hay nada que pensar. Ben responderá a esa llamada…

—Ben es un Caballero Jedi —le cortó Luke—. Igual que Tahiri. Si no les creyera capaces de manejar situaciones como esta, no los mandaría de misión.

—Luke, sabemos que es una trampa. Han no aceptaría que pusiéramos en peligro a Ben…

—Ni Ben que sacrificásemos la vida de Han —dijo Luke, cortándola de nuevo—. Pero no es decisión suya, ni tuya. Es mía. Y confío en Ben y Tahiri.

Leia se quedó callada, sin saber si darle las gracias o intentar disuadirlo. Daba igual lo que hicieran, iban a poner a alguien en grave peligro… que posiblemente era justo lo que pretendían los Qreph.

Mientras Leia se esforzaba por aclararse las ideas, Luke se volvió hacia R2-D2 y le preguntó:

—¿Cuánto tardará esa llamada de auxilio en llegar al *Halcón*?

Antes de que hubiera terminado de hacer la pregunta, Leia sintió un nudo en el estómago. Lando y Omad esperaban a bordo del *Halcón*, a solo dos años luz de distancia, y no tenían la Fuerza para alertarlos. Cuando la llamada de auxilio de Ohali llegase al *Halcón* sin duda la responderían y volarían directos a la trampa de los Qreph.

R2-D2 dedicó un momento a sus cálculos, después emitió unos pitidos inseguros y un breve mensaje pasó por la pantalla del piloto. «MÍNIMO VEINTE MINUTOS. MÁXIMO DESCONOCIDO».

Pensaron en la respuesta del droide un instante y Luke dijo:

—Creo que debemos continuar con el plan. Aunque la llamada de auxilio llegue al *Halcón* en solo veinte minutos, Lando y Omad tardarán un rato en localizar su origen y trazar una ruta. Y después aún tendrán que hacer ese viaje. Así que tenemos cuarenta minutos, al menos. Y lo más probable es que sean entre unas cuatro y cinco horas.

En lugar de responder inmediatamente, Leia se lo quedó pensando. Al otro lado de la ventanilla delantera, el *Ormni* era ya del tamaño de su antebrazo; lo bastante grande para poder ver las diminutas motas de astrolito cayendo en las fauces de la proa. Pero no había nada que sugiriera que les hubieran detectado aún, lo que no la sorprendía, teniendo en cuenta el tipo de nave que les habían prestado.

El pequeño bote espía ScragHull de Lando usaba una parte de la tecnología antisensores de un StealthX Jedi y estaba mejor blindado. Su principal desventaja era la falta de motores subluz de baja visibilidad, pero aquella deficiencia se podía subsanar navegando a la deriva hasta el objetivo, tal como estaban haciendo Leia y su hermano en aquel momento, con bastante éxito.

Leia volvió la vista hacia R2-D2.

—Erredós, lo primero que debes hacer si nos abordan es advertir a Lando y Omad sobre esa señal de auxilio. No quiero jugar con sus vidas.

R2-D2 emitió un pitido de asentimiento.

—Bien —dijo Luke—. Y que la Fuerza nos acompañe… a *todos*.

Pero no parecía que la Fuerza les acompañase. Al cabo de unos instantes, una lluvia de dardos azules brotó de la entrada de un hangar del lado más próximo del *Ormni*. Leia

reconoció lo que veía, un escuadrón de cazas estelares desplegándose, algo que se confirmó cuando aparecieron los símbolos de designación de diez Bes'uliiks mandalorianos en la pantalla táctica. Acercó la mano al interruptor de ignición del motor, pero los Bes'uliik, en vez de desplegarse para un ataque, se colocaron en formación delta y rodearon el *Ormni*.

—Se están colocando en formación de escolta —dijo Leia—. Alguien se prepara para marcharse.

Mientras hablaba, la media luna plateada de un transporte personal se elevó desde un muelle de amarre de la parte superior del *Ormni*. La pantalla táctica identificó la embarcación como el crucero de lujo marcadiano *Luna Aurel*, pero su código transpondedor resultó rápidamente ilegible por culpa de los escoltas que se arremolinaban alrededor. Leia volvió a levantar la vista y descubrió que la formación daba media vuelta, dirigiéndose hacia las entrañas de la Falla… más allá de los límites de la FallaRed.

—Los Qreph deben temernos más de lo que creíamos —dijo Leia—. Se dirigen a la parte no cartografiada de la Falla.

Luke se quedó callado y miró por la ventanilla, con su expresión nublándose por la preocupación. Ella solo necesitó un segundo para darse cuenta de qué le inquietaba. Los Qreph habían pagado muy generosamente para atrapar a Han y Leia no podía esperar que abandonasen semejante inversión.

—Se llevan a Han con ellos —dijo.

Luke asintió.

—Suponiendo que realmente son ellos los que van en el *Luna Aurel* —siguió mirando por la ventanilla—. Pero son columis. Si intentamos adelantarnos a sus movimientos, estamos perdidos.

—Tenemos que encontrar a Han —dijo Leia, llegando a la misma conclusión—. Y eso significa recurrir a la Fuerza.

—No tenemos elección —dijo Luke—. Nuestra aproximación a la deriva solo tiene sentido si creemos que Han va a bordo del *Ormni*. ¿Lo crees probable?

—No demasiado.

—En absoluto —dijo Luke—. Tú percibirás mejor dónde se encuentra, así que ocúpate del timón. Prepararé nuestras armas.

Luke activó toda la batería de torpedos de protones y empezó a fijar sus blancos. Leia le miró justo lo suficiente para ver que se estaba preparando para un ataque desde corta distancia, cerró los ojos y extendió su consciencia hacia la *Luna Aurel*.

Percibió docenas de auras de Fuerza alrededor y a bordo del yate. Allí estaba la fría concentración de los pilotos escolta mandalorianos, la ansiedad amarga de la tripulación de la *Luna* y su personal doméstico, la satisfacción arrogante de los propios Qreph… y una presencia grogui, adormilada y malhumorada que había dormido durante décadas al lado de Leia.

«Han».

—Lo encontré —anunció—. Está en la *Luna*.

Aquel era uno de aquellos raros momentos en que Leia deseaba que Han fuese sensible a la Fuerza, para que pudiera percibir su presencia cercana y supiera que iba en su busca.

—¿Cómo está?

—Drogado. Y cabreado.

Luke sonrió.

—Bien. Cabreado es como Han está mejor.

Fue a activar los lanzatorpedos… y Leia sintió algo oscuro y oleaginoso abrumándola en la Fuerza.

—¡Espera!

Apartó la mano de Luke de los lanzatorpedos e intentó seguir aquel zarcillo oscuro de energía de Fuerza hasta su origen. Pero la presencia retrocedió tan rápidamente como había aparecido y lo único que le dejó fue el escalofrío que recorrió su espalda.

—Hay Sith —le confirmó Leia—. Y saben que estamos aquí.

Mientras hablaba, el escuadrón escolta de la *Luna Aurel* ya estaba pasando a su modo furtivo, desactivando los transpondedores y activando sus negadores de sensores. También habían desplegado los deflectores de flujo, que hacían a los Bes'uliik más lentos y menos maniobrables, pero mucho más difíciles de fijar como blancos para las armas convencionales.

Por suerte para Leia y su hermano, las armas Jedi no eran convencionales. Entró en los sistemas del ScragHull y empezó a desactivar los de orientación de los torpedos de protones y módulos propulsores. Junto a ella, Luke cerró los ojos y empezó a respirar a un ritmo regular, proyectándose claramente en la Fuerza en busca de sus enemigos más letales… los Sith invisibles.

—¿Dónde están? —preguntó Luke.

—No lo sé. Solo lo he sentido muy débilmente. Con suerte, deberían ser solo uno o dos.

Luke abrió los ojos.

—Esperemos. Ahora mismo no percibo a ningún usuario de la Fuerza, así que probablemente esperan que hagamos alguna maniobra.

Leia asintió. Ahora que ya les habían detectado, la maniobra más segura era retroceder y buscar otro modo de rescatar a Flan.

Pero la maniobra más segura no siempre era la correcta.

Leia le miró.

Luke asintió.

—Han jamás habría retrocedido —abrió los lanzatorpedos—. Y nosotros tampoco.

Leia sintió el leve ruido sordo de las carga eyectoras empujando los torpedos de protones por sus rieles de transporte. Cuatro cilindros finos aparecieron ante su vista, alejándose del ScragHull. Normalmente, sus propulsores se activarían en cuanto los torpedos estuviesen a una distancia segura de la cabina, pero con sus sistemas de orientación y propulsión desactivados, los cilindros se limitaban a avanzar en línea recta.

Para entonces, el *Ormni* ya era una imponente cuña de duracero con el casco gris salpicado por los recuadros luminosos de las entradas abiertas de los hangares. El torrente constante de yolas de voladura y galeras ariete que iban y venían sugería que aún no había saltado ninguna alarma de batalla.

Leia miró a su hermano y le vio contemplando la oscuridad de encima del *Ormni*, con los ojos clavados en un grupo de pequeñas sombras en forma de ala delta que aparecían y desaparecían con el brillo de las embarcaciones ligeras del triturador con que se cruzaban.

Sin desviar la vista, Luke le dijo:

—Yo me ocupo de estribor. Tú quédate con babor.

—Bien.

Mientras Leia hablaba, se abrió hacia la Fuerza y sintió las presencias frías y concentradas de unos diez equipos piloto-artillero volando alrededor del *Ormni*. Usó la Fuerza para agarrar dos de los torpedos de protones que había lanzado y acelerarlos hacia el borde izquierdo de la formación que tenían encima.

El *Ormni* seguía creciendo a medida que el ScragHull se aproximaba, haciéndose tan grande que ya ocupaba toda la ventanilla delantera. Tras unos minutos usando la Fuerza, volvió a sentir el tacto oleaginoso del lado oscuro y esta vez no reculó. Daba igual. Dentro de muy poco los Sith dejarían de ser los únicos enemigos que sabían dónde encontrar a Leia y su hermano.

Los torpedos pasaron por encima del *Ormni*. Leia guio el primero hacia el Bes'uliik más cercano y su recompensa fue el estallido blanco simétrico de los protones al expandirse. La ventanilla se oscureció al activarse el tintado antiexplosiones del ScragHull y sintió la gran sorpresa de dos seres vivos al ser arrancados de la Fuerza. Y volvió a sentirla cuando el primer torpedo de Luke alcanzó su blanco.

Leia apartó aquellas muertes de su mente y se proyectó hacia un par de presencias alarmadas de la parte trasera de la formación mandaloriana. Al cabo de un instante, la ventanilla volvió a oscurecerse, al mismo tiempo que estallaba el segundo torpedo de Luke y cuatro auras mandalorianas más se disolvían en una feroz agonía.

Un reluciente estallido de energía brotó frente a ellos; los Bes'uliiks restantes abriendo fuego. Con los motores del ScragHull aún apagados y sin la Fuerza para ayudarles a encontrar sus blancos, los ataques mandalorianos eran tan ineficaces como desesperados. Leia ni siquiera se molestó en levantar el morro del bote espía para reducir las posibilidades de impacto en la cabina.

Pero con la *Luna Aurel* llevándose a Han y como mínimo un Jedi allí fuera capaz de apuntar con precisión al ScragHull, no podían seguir navegando sin motor. Leia activó los motores al mismo tiempo que Luke subía los escudos. Las descargas de los cañones enemigos empezaron a converger sobre su pequeña nave espía.

Leia hizo rodar la nave en una maniobra evasiva, después cedió el control del timón a su instinto, subiendo y bajando sin pensarlo, confiando sencillamente en su entrenamiento y la Fuerza para mantener el bote espía fuera de problemas. Una lluvia

constante de descargas de cañón se estrellaba contra sus escudos delanteros, pero muchas otras pasaban de largo.

En un abrir y cerrar de ojos, la distancia entre el ScragHull y sus atacantes se había reducido a meros kilómetros. Leia volvió a abrir los lanzatorpedos y sintió el leve ruido sordo de los torpedos al salir disparados. Sujetó dos con la Fuerza y los aceleró hacia el enemigo. Desde aquella distancia, los deflectores de gases de escape no podían seguir ocultando la estela de los Bes'uliiks y podía ver los cazas estelares mandalorianos, que iban de frente hacia ellos; media docena de tenues halos azules creciendo y haciéndose más brillantes por momentos.

¿Pero dónde estaban los Sith? Leia no encontraba ni rastro de ellos en su pantalla táctica. Desvió su atención hacia los mandalorianos, proyectándose en la Fuerza y guiando un torpedo hacia el halo más grande. El Bes'uliik se volatilizó en un estallido blanco de luz y dolor. Para entonces Leia había localizado otros dos blancos en la parte trasera de la formación. Sentía que los mercenarios estaban tan aterrorizados como furiosos, confundidos por las armas Jedi y lamentando haber vendido sus pellejos tan baratos.

Leia no les dio oportunidad de rendirse. Eran mandalorianos y los mandalorianos no esperaban compasión de nadie porque ellos no la tenían con nadie. Leia se limitó a guiarse por su miedo, hasta que desapareció en un destello de dolor y calor.

A aquellas alturas, Luke había destruido otros dos Bes y los últimos dos huían entre una tormenta de luces y alarmas de daños. R2-D2 informó de la sobrecarga de un generador de escudo delantero y de una brecha en la torrera de cañones superior del ScragHull.

«¿Pero dónde están los Sith?», Leia no tenía tiempo para buscarlos. La *Luna Aurel* se estaba alejando y las baterías de cañones del casco del *Ormni* se estaban abriendo. Los últimos dos escoltas giraban para atacar al ScragHull por detrás y la pantalla táctica mostraba otras cinco patrullas distantes, apresurándose para sumarse a la contienda.

Estaba claro que el efecto sorpresa del ataque ya había pasado.

El *Ormni* se alzaba imponente ante ellos, una gigantesca pared de duracero salpicada por los relucientes óvalos de las luces externas activas. Sus embarcaciones ligeras estaban dispersas, con sus estelas de iones tejiendo el espacio con alargados hilos de luz azul.

Leia echó el timón hacia atrás, levantando el morro del ScragHull, y los turboláseres del *Ormni* abrieron fuego, llenando el vacío con llamaradas expansivas. Leia dejó que la Fuerza guiase sus manos, apenas consciente de los movimientos del timón, mientras la pequeña nave espía esquivaba el amenazante bosque de llamas. R2-D2 informó que el generador de escudos delantero estaba al cincuenta por ciento y que los cañones láser superiores seguían operativos, aunque la torreta estaba atascada a 190 grados.

—Coloca todos los cañones en disparo automático —le ordenó Luke—. Y abre un canal de llamada con la *Luna Aurel*.

Leia arqueó una ceja.

—¿Vas a *negociar*?

—Voy a amenazarles —dijo Luke, serenamente—. Erredós, en cuanto puedas, fija el blanco de un torpedo en la *Luna Aurel*.

R2-D2 lanzó un silbido de incredulidad con tres notas.

—Claro que sé que Han está a bordo. Tú hazlo.

A Leia también le sorprendió aquella orden, pero no tenía tiempo para cuestionarla. El ScragHull se sacudió cuando uno de los Bes'uliiks metió un cañonazo entre sus escudos traseros y abrió una brecha en el blindaje de su casco. Leia colocó la nave panza arriba, usando la torreta ventral aún operativa para disuadir a sus perseguidores. El bote espía se estremeció cuando sus cañones láser dobles empezaron a disparar.

R2-D2 lanzó un pitido de «LISTO» por el canal de llamada y Luke habló por el micro de su garganta.

—Nave perseguidora Jedi llamando a la *Luna Aurel* —dijo—. ¿Me reciben?

El altavoz de la cabina siguió en silencio. El *Ormni*, que ahora parecía flotar boca abajo frente a ellos, se elevó lo suficiente para dejarles ver un buen trozo del espacio que quedaba tras él. El casco en forma de luna creciente de la *Luna Aurel* se encogía rápidamente, mientras sus grandes impulsores de iones la propulsaban hacia un abismo sin estrellas, entre dos nubes de plasma.

R2-D2 informó de que tenía el blanco fijado con un solo pitido y Luke lanzó el torpedo.

Leia miró atónita cómo salía disparado, con un destello de calor blanco.

—¡Luke! —gritó—. ¿Qué estás…?

Luke levantó una mano.

—Espera. Tengo que…

Cerró los ojos y la cegadora esfera blanca de un torpedo de protones al detonar apareció entre los impulsores dobles de la *Luna*.

—Nave perseguidora Jedi llamando a la *Luna Aurel* —repitió Luke por el micro de su garganta—. ¿Me reciben?

Al cabo de un instante, la imagen de la cabeza con forma de pera de Craitheus Qreph apareció sobre el holopad de la cabina.

—¡S-S-Sk-Skywalker! —le espetó el columi—. ¿Se ha vuelto loco? Esa explosión ha agrietado la ventanilla de nuestra cubierta de vuelo.

—La próxima la volará por completo —dijo Luke con calma—. Erredós, fija dos torpedos más en la *Luna Aurel*.

Leia se imaginó a Han a bordo del yate, encerrado en algún lugar, y sintió que tenía el corazón en un puño.

Craitheus hizo una mueca desdeñosa.

—No lanzará esos torpedos, Skywalker —le dijo—. Sería usted quien mataría a Han Solo, no nosotros.

—Han va a morir, de todas formas —dijo Luke—. Lo único que queda por ver es si moriremos todos con él.

Craitheus entrecerró los ojos.

—¿Me está ofreciendo un trato? ¿Nuestras vidas a cambio de la de Solo?

—Y de las nuestras, por supuesto —asintió Luke—. Ordenen a los mandalorianos que se larguen y dejen a Han en una cápsula de salvamento para que nosotros lo recojamos. De lo contrario…

La lengua de Craitheus asomó entre sus finos labios.

—Es un negociante muy duro, Jedi —la cabeza del columi giró para mirar algo que quedaba fuera del tiro de la cámara y dijo—. Debo consultarlo con mi hermano.

Luke iba a asentir, pero el pequeño ScragHull estaba rebasando el borde delantero del *Ormni y* Leia había sentido un escalofrío con la sensación de peligro. Sus últimos dos escoltas habían retrocedido tanto que ya no lanzaban disparos efectivos y nadie parecía ir por ellos.

—¡Luke, nos está entreteniendo! —dijo y pensó: «¿dónde están los Sith?»—. Dile que es ahora o nunca.

Mientras hablaba, Leia notó que tiraba del timón hacia atrás y apretaba los pedales de aceleración. Rodaron hacia la izquierda… justo a tiempo para ver una compuerta del tamaño del *Halcón* abriéndose en la parte superior del casco del *Ormni*. Esperaba ver un escuadrón de Bes'uliiks o un misil de conmoción saliendo por la abertura. En realidad, vio una bandada de pájaros plateados lanzándose hacia el vacío sobre estelas de fuego de cohetes.

Los pájaros se dispersaron en una nube en forma de abanico y dieron la vuelta para bloquear el paso al ScragHull. Leia tiró más del timón, girando y descendiendo respecto a la extraña bandada. No tenía la menor idea de qué eran aquellas cosas, parecían mynocks con mochilas propulsoras en lugar de colas, pero tenía muy claro que no quería volar hacia ellas.

La bandada dio media vuelta para seguirla, pero eran demasiado lentos para atrapar al ScragHull. Leia volvió a elevarlo para seguir a la *Luna Aurel*. Los círculos azules de los grandes motores del yate seguían siendo visibles, del tamaño de una uña, pero se encogían rápidamente.

Aceleró tras ellos, sobrevolando el inmenso casco superior del *Ormni* en apenas unos instantes.

Luke volvió a hablar por el micro de su garganta.

—Es su última oportunidad, Craitheus.

—Oh, coincido con usted, Maestro Skywalker —una sonrisa burlona asomó en la diminuta boca de la imagen del columi—. Es su última oportunidad.

Luke frunció el ceño y echó mano al lanzatorpedos. Leia iba a protestar, pero cuando el ScragHull llegó al otro lado del *Ormni*, apareció ante su vista una gran esfera ámbar, que Leia reconoció al instante como una esfera de meditación Sith. Cubierta en una red de palpitantes venas rojas, tenía cuatro alas espeluznantes conectadas al armazón por un entramado de feos puntales marrones. En el centro de la esfera había una escotilla orgánica abierta de par en par que escupía bolas de plasma candente hacia ellos.

—¡Es *Nave*! —susurró Luke.

Lanzó un torpedo, pero era demasiado tarde. El cilindro blanco apenas había salido del tubo lanzador antes de que la primera bola de plasma candente lo envolviera. Leia tiró bruscamente del timón, alejando el ScragHull de la detonación, y notó que la nave espía daba un bandazo y la onda expansiva los lanzaba despedidos.

Leia apretó los aceleradores, intentando recuperar el control mientras caían en espiral hacia el *Ormni*. En algún lugar a su espalda, R2-D2 emitió fuertes pitidos alarmados al estrellarse contra el mamparo y la cabina estalló en un frenesí de alarmas, luces y chispazos.

El casco gris del *Ormni* se acercaba rápidamente. Leia renunció a recuperar el control y puso los aceleradores en marcha atrás, aunque la colisión era inevitable. Se giró para advertir a Luke de que se agarrase fuerte y le vio acercando la mano a los lanzatorpedos, después sintió el ruido seco de las cargas de eyección y… *blanco*.

Doce

Ben Skywalker estaba sentado, perplejo y conmocionado, intentando entender qué acababa de sentir. Le había llegado a través de la Fuerza, un estallido de alarma, determinación y esperanza tan potente que le había dejado sin aliento y después… *nada*. Ni oleada de dolor desgarrador, ni rotura en la Fuerza, ni proyecciones de despedida, solo un vacío frío en aquel rincón de su corazón en que solía llevar a su padre.

—¿Ben? —le llegó la voz de Tahiri Veila desde cerca, apremiante y confundida—. ¡Ben!

Una mano le golpeó en el hombro y señaló la miasma azul del exterior de la cabina. Una bola de piedra y hielo en forma de pera apareció ante su vista, girando sobre sí misma, tan grande como una montaña y tan cercana que Ben podría haber saltado sobre ella desde el morro de su pequeña nave exploradora Miy'tari. Era el tercer asteroide que emergía del plasma en solo tres minutos y el campo de gravedad apenas perceptible sugería que la nube ocultaba varios centenares más. Ben usó los propulsores de maniobra para hacer recular el Miy'tari, guiándose tanto por la Fuerza y los instintos como por la vista y los sensores, con su mirada pasando de las tinieblas parpadeantes del exterior de la cabina a la visualización infrarroja o la baliza de auxilio del StealthX en la pantalla de navegación.

—¿Qué ha sido *eso*? —resopló Tahiri. Acababa de llegar a la treintena y tenía el pelo rubio y ondulado, unos penetrantes ojos verdes y tres leves cicatrices en la frente; recuerdos de las torturas de los yuuzhan vong, sufridas cuando solo tenía catorce años—. No es momento para ensoñaciones.

—Perdona —dijo Ben—. Acabo de sentir… no sé bien qué. Pero era malo.

—¿Malo? —preguntó Tahiri—. Concreta, Skywalker.

—Era mi padre —dijo Ben—. Algo le ha pasado. Lo he sentido.

—¿Algo como… morir?

—¿Cómo puedo saberlo? —preguntó Ben. Quería gritar, pero eran los efectos del miedo, intentando arrebatarle su capacidad de pensar y actuar—. He sentido una oleada de alarma y… *esperanza*, creo. Y después no percibía nada. Sencillamente, no está.

La cara de Tahiri fue inexpresiva, mala señal. Intentaba ocultar sus sentimientos.

—Eso podría significar muchas cosas —le dijo ella—. Y ahora mismo no tenemos tiempo para preocuparnos por *ninguna* de ellas.

Volvió a mirar hacia delante y Ben siguió su mirada hacia la bruma azul del exterior de la cabina.

—Esto va a ser duro.

—Lo sé —dijo Tahiri—. Pero tenemos una misión, Ben, y nuestros propios problemas. No sabes qué le ha pasado a tu padre, pero sabes lo que espera de ti.

Ben respiró hondo, recobrando la compostura. Un Jedi no podía perder la concentración, no cuando eso ponía en peligro a su compañera de misión, a sí mismo y a todos los que confiaban en ambos.

Finalmente, asintió y revisó su pantalla de sensores. Nada.

—Nuestros sensores están tan ciegos como yo —dijo Ben—. Todo sería mucho más sencillo si pudiéramos activar los motores.

El tono de Tahiri fue burlón:

—¿Tú crees? ¿Escapar de un asalto pirata sería más sencillo que esquivar unos cuantos asteroides?

—Bueno, sería más rápido —dijo Ben, encogiéndose de hombros—. Y más divertido.

Una sombra apareció a estribor, una gota de oscuridad que empezó a crecer rápidamente, mientras daba tumbos por la bruma luminiscente. Ben redujo la potencia de los propulsores y vio cómo la gota se convertía en un canto rodado y después en un monolito. Se habría sentido mucho más seguro de sus posibilidades de sortear el peligro de haber estado empleando los impulsores de iones del Miy'tari, en lugar de los propulsores de maniobra, pero incluso entre aquella nube de plasma, los impulsores alertarían a las baterías de sensores de cualquiera que acechase emboscado.

Finalmente, su droide astromecánico R9, Ninette, emitió un pitido de alerta y mostró la trayectoria prevista del asteroide en la pantalla de navegación. Ben se detuvo en seco y miró espeluznado cómo una masa de tres kilómetros de níquel-hierro puro y oscuro cruzaba dando tumbos su vector de vuelo.

Se le erizó el vello de los brazos. Volvió a revisar la trayectoria prevista del asteroide en la pantalla de navegación. No viendo ningún indicio de que Ninette se hubiera equivocado de tamaño ni rumbo, escaneó la nube de plasma en busca de más sombras. No vio ninguna, pero sintió un hormigueo en el vello de sus brazos. Se volvió hacia Tahiri y vio que estaba mirando por la ventanilla delantera, con una expresión vacía y distante.

—¿Sientes eso? —preguntó él.

Ella bajó la vista a la cubierta y asintió.

—Viene desde abajo.

Ben volvió a activar los propulsores e hizo rodar el Miy'tari noventa grados hacia un costado, después se encogió al ver una bola de cristal de durelio del tamaño de un deslizador retorciéndose bajo ellos. Extendió los deslizadores eléctricos y tiró del timón hacia atrás, haciendo que la nave exploradora planease hacia delante y el asteroide de níquel-hierro pareciera alejarse de su vientre.

Apenas habían esquivado el asteroide cuando un círculo irregular de sombras apareció frente a ellos y empezó a crecer ante la cabina. Ninette emitió un pitido de alerta de navegación y, al bajar la vista, Ben descubrió que iban directos hacia la señal de auxilio de Ohali Soroc. No tenía forma de saber si la señal flotaba libremente o provenía de la superficie de algún asteroide, pero crecía de manera constante y rápida.

Ben detuvo por completo el Miy'tari y dijo:

—Creo que hemos encontrado el lugar del accidente.

—¿Qué te hace pensar que la Jedi Soroc ha tenido un accidente, Ben?

—Perdona —dijo Ben, consciente que estaba hablando como si respondieran a un percance cualquiera—. Parece que hemos encontrado el origen de la señal de auxilio.

Tahiri asintió.

—En eso estoy de acuerdo. Veamos si hay alguien más por aquí.

Ben echó un vistazo lo bastante prolongado a la pantalla de sensores para identificar las masas de media docena de asteroides cercanos a la deriva, después empezó a extender con cautela su conciencia en la Fuerza hacia la zona circundante. Seguía esperando una punzada repentina de peligro recorriéndole la espalda. Tahiri y él llevaban semanas buscando a Ohali Soroc, sin dar con ningún rastro de ella ni su StealthX, así que resultaba muy sospechoso que la señal se hubiera activado justo después de que el Consejo Jedi hubiera recibido su mensaje informándoles de la decisión de interrumpir la búsqueda y dirigirse a Sarnus.

A Ben no le sorprendió lo más mínimo sentir las tenues y hambrientas presencias de una docena de cazadores esperando pacientemente la llegada de su presa, aparentemente ajenos al hecho de que en aquel momento fuera aquella misma presa la que estuviera acechándoles. Se proyectó más intensamente en la Fuerza, tomando nota cuidadosamente de la posición y estado de ánimo de cada una de las presencias que percibía.

Al cabo de un minuto, dijo:

—Hay tres grupos de cuatro seres, colocados a setenta y cinco, ciento ocho y doscientos noventa grados, alrededor de la baliza de la llamada de auxilio.

—Lo mismo digo —dijo Tahiri—. Parece que van en cazas biplaza, dos embarcaciones por emplazamiento, esperado que alguien responda a la señal de auxilio de Ohali.

Ben se lo quedó pensando un momento y asintió.

—Y ninguno de ellos parece usuario de la Fuerza —añadió. Hasta el momento no habían encontrado motivos para sospechar de la implicación Sith en la desaparición de Ohali, pero su misión inicial allí había sido investigar un avistamiento de *Nave* en el planeta Ramook, así que tenían la precaución de no descartar por completo aquella posibilidad—. Esos piratas, o lo que sean, ni siquiera saben que estamos aquí.

—Pues será mejor que no se enteren —dijo Tahiri—. Por ahora, el plasma nos cubre bastante bien, pero esto no es un caza furtivo. Apaguemos todo lo que podamos e intentemos parecer un pedazo de asteroide de níquel-hierro.

Ben frunció el ceño.

—¿Y qué hacemos?

—Lo mismo que los piratas. Esperar. Es la única manera de averiguar qué pretenden.

Ben negó rápidamente con la cabeza.

—Eso podría llevarnos días. Es mejor abatirlos, seguir la señal hasta el StealthX de Ohali y descubrir todo lo que podamos en sus tarjetas de memoria.

—¿Qué te hace pensar que el StealthX está ahí abajo y entero? —preguntó Tahiri—. No veo por qué tendrían que remolcar todo el caza estelar cuando solo necesitan el astromecánico, el asiento del piloto y la batería de rectenas.

Ben frunció el ceño.

—¿No lo ves? ¿No te has leído las actualizaciones técnicas?

A Tahiri se le pusieron las orejas coloradas.

—Diría que alguna se me ha pasado —admitió—. ¿Qué me he perdido?

—La señal de auxilio ahora dispone de un anulador automático —le explicó Ben—. Si el asiento sale de la cabina o el astromecánico sale despedido de su encaje, el droide activa automáticamente ambas balizas. Así, si sufres un gran impacto y tu StealthX vuela en pedazos, los equipos de rescate aún tendrán alguna posibilidad de encontrarte. O a tu astromecánico, como mínimo. Es así desde hace un año.

—Vale, la señal de auxilio se habría transmitido antes si el StealthX se hubiera desmontado fuera de este cúmulo. Pero eso no significa que atacar a nuestros potenciales asaltantes sea lo más astuto. Son seis naves y este Miy'tari no es precisamente el mejor de los cazas estelares.

—Son piratas, Tahiri. Podemos ocuparnos de ellos.

—Creemos que son piratas —le dijo ella—. Ben, el último informe de situación que recibimos es de hace días. Por lo que sabemos, esos de ahí podrían ser chiss.

Ben no podía rebatirlo. Su último contacto con la galaxia civilizada había sido un mensaje del Consejo Jedi, diciéndoles que el padre de Ben se reuniría con los Solo y estaría encantado de poder encontrarse con él. Hasta el momento, organizar el encuentro en la Falla había resultado complicado, sobre todo porque los acontecimientos se estaban precipitando.

Ben se quedó callado y Tahiri continuó:

—Sean quien sean, han sido capaces de capturar un StealthX Jedi. Sería una estupidez subestimar a esos tipos, Ben.

Este exhaló con frustración.

—Y no volamos en un StealthX, lo sé. Pero cuanto más tiempo pasemos aquí de brazos cruzados, más probable será que nos descubran casualmente.

Tahiri arqueó una ceja.

—¿En serio, Ben? ¿No crees que lo percibiríamos si se acercan? —alargó una mano y le apretó el brazo—. Sé que estás preocupado por tu padre, pero si él necesitase ayuda, si creyera que puedes hacer algo por ayudarle, lo sentirías en la Fuerza.

Ben miró hacia otra parte. No estaba tan seguro… aquel era el problema. Sencillamente, no sabía qué le había sucedido a su padre. ¿El vacío frío que sentía en su corazón significaba que Luke Skywalker estaba inconsciente en algún sitio, perdiendo la vida entre jadeos y cálidas gotas rojas? ¿O su padre solo se había replegado sobre sí mismo, escondiendo su presencia en la Fuerza ante algún ser oscuro lo bastante poderoso para intentar cazarlo?

Al cabo de un momento, se volvió hacia su compañera de misión.

—¿Y qué pasa con Ohali? —le preguntó—. Puede estar herida ahí abajo.

—¿Sentiste su aura de Fuerza cuando te proyectaste para descubrir a nuestros asaltantes? Yo no —Tahiri retiró la mano—. Ben, estás permitiendo que tus sentimientos

afecten a tu buen juicio y sabes que no debes. Tenemos que dejar que las cosas sigan su curso ahí fuera —hizo una pausa y le sonrió—. Así veremos si el Gran Maestro de la Orden Jedi realmente necesita que acudamos en su auxilio.

Ben suspiró con frustración y asintió.

—De acuerdo, trato hecho.

Tres horas después, miró la pantalla de sensores y se horrorizó al ver un par de manchas oscuras volando hacia el Miy'tari. Activó los propulsores inversos y empezó a recular, pero sintió un hormigueo de peligro en el cuello cuando un tercer asteroide apareció en la pantalla, ascendiendo para bloquear su huida.

Desactivó los propulsores inversos y encendió los delanteros, aunque dudaba que aquellos pequeños reactores de aire fueran capaces de alejarles lo bastante deprisa para salir indemne.

—Ninette, pásame un análisis de colisión sobre esos tres asteroides —ordenó al droide—. ¿Cuánta distancia necesitamos para ponernos a salvo?

Ninette respondió inmediatamente con un pitido de alerta, seguido de un mensaje en la pantalla: «SI QUERÍA ESTAR A SALVO, NO DEBERÍA HABERNOS METIDO EN UNA NUBE DE PLASMA ABARROTADA DE ASTEROIDES».

Un punto rojo apareció en la parte superior de la pantalla táctica.

«Y SERÍA ACONSEJABLE CAMBIAR DE RUMBO. ACTUALMENTE TENEMOS UN 53 POR CIENTO DE POSIBILIDADES DE COLISIONAR CON EL TRANSPORTE DESCONOCIDO».

El punto rojo desapareció tan rápidamente como había aparecido.

—¿Transporte desconocido? —preguntó Tahiri—. ¿Qué transporte?

«LAS ESTIMACIONES PRELIMINARES DE MASA Y TAMAÑO SUGIEREN QUE LA EMBARCACIÓN ES UN TRANSPORTE CEC YT-1300, ALTAMENTE MODIFICADO PARA GANAR VELOCIDAD».

—¿El *Halcón*? —dijo Tahiri en un jadeo.

«IMPOSIBLE CONFIRMAR LA IDENTIDAD ACTUALMENTE». El punto reapareció, bajando haciendo eses por la pantalla a una velocidad vertiginosa, «EL CONTACTO PARECE OCULTAR SU APROXIMACIÓN TRAS LOS ASTEROIDES».

—Es el *Halcón* —dijo Ben, sin quitar el ojo de la pantalla de sensores—. Tiene que serlo. Solo Han Solo está lo bastante chiflado para venir hasta aquí a esa velocidad.

El punto volvió a desaparecer.

Entonces aparecieron seis puntos más, dos por cada uno de los emplazamientos en que Ben y Tahiri habían percibido a sus asaltantes al acecho. Las seis naves empezaron a converger hacia el vector del *Halcón*, dos de ellas dando un rodeo para cortar la huida del transporte y las otras dos colocándose para un ataque cruzado desde flancos opuestos.

—Empiezo a pensar que no nos estaban esperando a nosotros —dijo Tahiri, buscando la ignición del impulsor—. Es posible que tus tíos hayan estado fastidiando a los piratas más de lo que creíamos.

—No me sorprendería —Ben la agarró del brazo para impedir que activase los impulsores y bajó la vista hacia la pantalla de sensores, observando los tres asteroides que

tenían detrás aproximándose a su colisión—. Yo me ocupo de los impulsores. Tú encárgate de las armas.

Tahiri vio hacia donde miraba Luke y sonrió.

—Un chico listo —empezó a activar el sistema de armas del Miy'tari—. Si lo haces bien, los piratas jamás sabrán quién les ha dado.

—Esperemos que no nos pase lo mismo.

Ben miró su pantalla de sensores mientras los asteroides se aproximaban a la deriva y encendió los impulsores subluz cuando el último resquicio de luz desapareció entre los dos más cercanos. El Miy'tari resopló y vaciló, mientras los motores cobraban vida, y Ben no pudo evitar encogerse cuando las manchas oscuras de la pantalla se unieron para formar un enorme terrón.

El brillo blanco de una detonación por impacto iluminó la miasma del exterior de la cabina del Miy'tari y la pantalla de sensores se llenó de estática. Ben apretó los aceleradores a fondo y sintió que el Miy'tari se sacudía, a medida que el combustible iba llenando la cámara de ignición, aún fría. Tiró de los propulsores, desahogando la ignición.

Para entonces, la miasma del exterior estaba adquiriendo un tono azul y pudo oír la gravilla de los asteroides martilleando su casco.

—Si intentas impresionarme, puedes ahorrártelo —le dijo Tahiri—. Si ese afloramiento de energía se nos acerca más, nos incinerará en vez de ocultar nuestra aproximación.

—Tranquila —dijo Ben, apretando los aceleradores. Sin reacción—. Vale, ahora ya puedes preocuparte.

Un fuerte ruido metálico reverberó por todo el casco y empezó a sonar una alarma de daños. Ben la ignoró y volvió a apretar los aceleradores hasta su tope de sobrecarga. Esta vez el Miy'tari salió disparado como un misil. El martilleo de la gravilla de asteroide fue perdiendo frecuencia, pero unas franjas incandescentes empezaron a pasar junto a la cabina, los pedazos de chatarra que les seguían adelantando.

Otro fuerte ruido metálico sonó en popa.

Ben empujó los aceleradores más allá de sus topes de sobrecarga, con la palanca a fondo, y se derrumbó sobre el asiento de piloto. Las temperaturas del reactor ascendieron hasta la zona de peligro y Ninette empezó a emitir pitidos relacionados con todo tipo de cosas, desde la fricción del casco hasta la volatilidad del combustible.

—Mejor así —la mirada de Tahiri seguía fija en la pantalla táctica—. No aflojes. No tenemos tiempo que perder.

Ben echó un vistazo a la pantalla táctica y vio que Ninette había etiquetado al *Halcón* como un YT-1300 amigo. Los seis recién llegados habían pasado de desconocidos a bandidos enemigos, aunque el astromecánico seguía esforzándose por identificar qué tipo de nave eran. A juzgar por lo rápido que se acercaban al *Halcón*, parecía bastante claro que se trataba de cazas estelares.

Se proyectó en la Fuerza, buscando a su tía o su padre, algún Jedi, y percibió dos presencias masculinas. Una era confiada, serena y lo bastante familiar para que Ben reconociera a Lando Calrissian. La otra presencia era temeraria, excitable y tan arrogante que tenía que ser Han Solo… excepto porque lo percibía como unas cuantas décadas más joven.

Tahiri le miró.

—Ben, ¿tu tío no tiene ningún hijo perdido?

Ben se rio, a pesar de la situación.

—Lo dudo. Tendrían que ser previos a Leia.

Tahiri hizo una mueca.

—Vale —negó con la cabeza y añadió—. Aunque no es imposible, supongo.

—¿Qué no es imposible?

—Que haya dos hombres en la galaxia lo bastante temerarios para pilotar un viejo y maltrecho YT-1300 como si fuera un caza estelar —Tahiri suspiró—. Solo espero que sobreviva para conocerlo.

—Uh, vale… Ya veré qué puedo hacer —dijo Ben, sin saber bien cómo interpretar el comentario de Tahiri—. Ahora, eliminemos los enemigos de estribor con unos cuantos misiles y después atacaremos a los muerdecolas con nuestro láser…

Ben se calló cuando los seis símbolos de los enemigos desaparecieron de la pantalla táctica.

—¿Pero qué *kark*? —exclamó Tahiri—. ¿Cazas furtivos?

—Deben de ser Bes’uliiks —dijo Ben, llegando a la conclusión más lógica.

—A Ninette le ha costado identificarlos, por lo que sabemos que pueden burlar nuestros sensores. Y no han desaparecido hasta que se han acercado al rango de ataque, deben haber desplegado deflectores de gases de escape.

La expresión de Tahiri se endureció.

—Mandalorianos —prácticamente escupió la palabra—. Lo intentarán todo, Ben. Si no huyen…

—Los eliminamos —concluyó Ben por ella—. Los mandalorianos siempre juegan sucio.

Ninette emitió un pitido de alarma y Ben bajó la vista para descubrir que una de sus placas de vector empezaba a fundirse. Aflojó los aceleradores para permitir que sus superficies de control se enfriasen antes de iniciar el combate, después miró a Tahiri mientras activaba su pequeña batería de misiles de conmoción. Con solo cuatro misiles y un par de cañones bláster montados bajo su vientre, el Miy’tari no era rival para seis Bes’uliiks fuertemente armados, lo que significaba que debían aprovechar todos y cada uno de sus ataques.

Ben revisó su pantalla de sensores y se sorprendió ligeramente al ver que el *Halcón* continuaba hacia la baliza de la llamada de auxilio. Lando y su acompañante tenían que volar sin sensores si no habían detectado a los Bes’uliiks al activar sus motores, así que

ahora por fuerza debían saber que volaban hacia una emboscada. Sin embargo, allí seguían, comportándose como si fuera una operación de rescate cualquiera.

¿Qué sabían que Ben y Tahiri no supieran?

Ninette emitió un pitido de notificación de comunicación y una severa voz femenina empezó a hablar por el altavoz de la cabina.

—Equipo de seguridad cinco-nueve de Tecnologías de Explotación Galáctica llamando al *Halcón Milenario*. Responda o prepárese para que abramos fuego contra ustedes.

La tersa voz de Lando Calrissian respondió inmediatamente al desafío:

—No se preocupe por nosotros, querida. Estamos preparados para lo que nos quieran lanzar.

—No soy la querida de nadie, Calrissian, mucho menos suya —contestó la mujer—. Apaguen los motores y prepárense para que los abordemos.

—Me temo que no podemos —dijo Lando—. Resulta que estamos respondiendo a una llamada de auxilio. ¿No la ha recibido?

—Claro que la hemos recibido —le espetó la mujer—. Nosotros la lanzamos.

—¿Han lanzado una llamada de auxilio falsa? —preguntó Lando, con fingida indignación—. ¿Ignora que es una violación de los Acuerdos de Navegación Galáctica?

—Denúncienos —le contestó la mujer—. Es su última oportunidad, Calrissian. Apaguen los motores.

Ben y Tahiri estaban tan cerca ya que podían ver el *Halcón* a simple vista, un disco con morro de horquilla cabalgando un flujo de iones en abanico por encima de la superficie gris y polvorienta de un asteroide plagado de cráteres. Los ocupantes del transporte seguían sin ser visibles, pero Ben sí podía ver varias estelas alargadas de plasma turbulento que parecían converger hacia un mismo asteroide. Apuntó el morro del Miy'tari hacia un par de estelas a estribor del *Halcón* y volvió a apretar los aceleradores.

—Perdone, querida —contestó Lando—, pero creo que debería oír lo que tengo que decirles antes de abrir fuego.

—Ya hemos hablado bastante, Calrissian. Y no soy su querida.

—Eso es porque aún no me conoce —replicó Lando—. Y antes de convertir eso en algo imposible, quizá quiera plantearse algo.

Mientras Lando hablaba, Ninette informó que el Miy'tari estaba siendo detectado por una sonda sensora operativa.

—Lo dudo —dijo la mujer.

—No esté tan segura —le dijo Lando—. Sabe que su jefe secuestró a Han Solo, ¿verdad? Eso va a cabrear a muchos Jedi…

—¡Calrissian nos intenta entretener! —interrumpió una voz mandaloriana—. ¡Es una trampa!

Una ráfaga de cañonazos brilló ante ellos y voló hacia el Miy'tari. Ben lo lanzó en un tirabuzón evasivo y siguió acercándose a los objetivos, pero los artilleros mandalorianos eran buenos y los cañonazos empezaron a estrellarse con los escudos delanteros en rápida

sucesión. Ninette emitió varios pitidos y cuando Ben bajó la vista encontró un mensaje en su pantalla.

«GENERADORES DE ESCUDOS DELANTEROS A UN 20 POR CIENTO DE LA CAPACIDAD ESPECIFICADA. LOS MIY'TARI NO ESTÁN DISEÑADOS PARA SOPORTAR UN BOMBARDEO INTENSO».

—Dime algo que *no* sepa —masculló Ben.

Ahora que los Bes'uliiks habían abierto fuego, Ninette los había etiquetado como BES1 y BES2 en la pantalla táctica. Aquella información no era de gran ayuda. Sus características como naves furtivas impedían fijar un blanco en ellas, aunque la lluvia constante de descargas de sus cañones era un indicativo bastante claro de su ubicación.

Ben se abrió hacia la Fuerza y el Miy'tari se lanzó en una espiral errática e impredecible, mientras sus manos movían el timón adelante y atrás. Los cañonazos seguían Moviéndoles, pero la cantidad que estallaba contra sus escudos rápidamente se redujo a la mitad.

«GENERADORES DELANTEROS AL 40 POR CIENTO SOBRE LA CAPACIDAD ESPECIFICADA», informó Ninette.

Ben sintió la sacudida de un misil saliendo del tubo lanzador. Al cabo de un instante, se activó y el misil se convirtió en un disco incandescente de gases de escape.

—Sigue a ese pájaro —dijo Tahiri.

Esta seguía mirando a lo lejos, como absorta, mientras se concentraba en sus blancos. Comprendiendo que estaba usando la Fuerza para guiar el misil, Ben giró tras el disco, que se iba encogiendo a toda velocidad… hasta que lo perdió de vista en la tormenta de descargas de energía que volaban hacia ellos.

Un par de diminutas cuñas oscuras aparecieron enfrente, con sus vientres brillando por el fuego de los cañones al atravesar la nube de plasma. «Como mínimo, no atacan al *Halcón*», pensó Ben. Activó los cañones láser del Miy'tari y empezó a repeler los ataques.

Las horquillas doradas de la estática de disipación empezaron a chisporrotear en los escudos del Miy'tari y las diminutas cuñas crecieron hasta adquirir el tamaño de una mano, con cabinas burbuja en su centro. El Bes'uliik que iba al frente desvió sus disparos hacia el misil, aparentemente consciente de que sus mejoras como nave furtiva no servirían de nada ante un arma guiada por la Fuerza. La sombra de una sonrisa asomó en la cara de Tahiri y el Bes'uliik delantero se lanzó en un tirabuzón evasivo.

Ben se proyectó y encontró la presencia en la Fuerza del piloto del segundo Bes'uliik. Lanzó otro misil y lo sujetó con la Fuerza, guiándolo suavemente hacia su blanco. Para entonces, los cazas estelares enemigos eran del tamaño de cabezas de wookiees, rodeados por los halos parpadeantes de sus gases de escape. El segundo Bes'uliik detectó el misil que iba hacia él y se desvió.

Demasiado tarde.

Un destello blanco cegador apareció frente al Miy'tari cuando el misil de Tahiri alcanzó su blanco y detonó. Al cabo de un instante, el ala delta negra de un Bes'uliik

medio en ruinas emergió al otro lado de la explosión, tambaleándose y vertiendo la angustia de su tripulación gravemente herida hacia la Fuerza.

Al instante, el misil de Ben alcanzó su objetivo. En lugar de recibir la detonación en el robusto casco de beskar del Bes'uliik, el segundo piloto había cometido el error de girar los motores hacia el misil al intentar escapar. La explosión cruzó sus toberas de escape hasta el reactor del motor y la popa del caza estelar desapareció en una bola de llamas y cascotes a la deriva.

Para entonces el Miy'tari ya había superado la fase de contacto inicial y avanzaba hacia los Bes'uliik supervivientes. Ben podía sentir a sus tripulaciones unos veinte kilómetros más adelante, un nudo de presencias nerviosas en la Fuerza apiñadas una formación defensiva en forma diamante ceñido. El *Halcón* estaba cincuenta kilómetros a babor, avanzando por su flanco sin contratiempos y en silencio, peinando la zona con escáneres de sensores fijadores de blanco.

—Tenemos que hacerles saber quiénes somos —dijo Ben—. Sin la Fuerza, somos la única embarcación que pueden detectar.

—Entendido. Tú no pierdas de vista a los Bes —Tahiri abrió un canal de llamada y dijo—. Aquí Fuerza de Asalto Jedi Beta a los cuatro Bes'uliik mandalorianos, les ordenamos que abandonen la zona inmediatamente. El incumplimiento de la orden conducirá a su destrucción inmediata.

Tahiri había elegido las palabras con cautela para señalar las dimensiones y naturaleza de las fuerzas enemigas en la zona, pero el mensaje pareció pasarle por alto a quienquiera que estuviera pilotando el *Halcón*. El viejo transporte empezó a desacelerar y volverse hacia la llamada de auxilio, como si el piloto creyese realmente que una fuerza de asalto Jedi había llegado milagrosamente a tiempo para salvarle de una emboscada mandaloriana.

O quizá era Lando jugando su farol.

Durante el tenso silencio posterior, Ben dedicó un instante a examinar el asteroide desde el que parecía provenir la llamada. Por lo que podía ver con sus sensores y sus ojos, era un pedazo anodino de níquel-hierro cubierto de un regolito plateado y blanco plagado de cráteres de impacto. Si había algún motivo para que un Caballero Misionero se interesase por él, no era nada aparente… Lo aquello parecía confirmar la teoría de que habían llevado el StealthX de Ohali deliberadamente hasta allí para emplearlo como cebo de una trampa.

Pero ¿quién?

Finalmente, Ben sintió las presencias mandalorianas empezando a moverse… hacia el *Halcón*.

—Maldición —le dijo a Tahiri—. No se lo han tragado.

Tahiri bajó la barbilla y le miró de reojo.

—Ben, volamos en un *Miy'tari* hapano. ¿Tú lo tomarías por una fuerza de asalto Jedi?

Ben se encogió de hombros.

—La esperanza es lo último que se pierde.

Estudió la pantalla táctica un momento, preguntándose hasta dónde seguiría el *Halcón* con su farol, antes de decidirse a minimizar las pérdidas y abandonar al maltrecho StealthX. Entonces lo recordó, Lando iba a bordo del *Halcón*.

Lando Calrissian no era de esos jugadores que preferían minimizar sus posibles pérdidas y abandonar. Era de los que usaban la trampa tendida por un oponente contra este, recogía el bote y dejaba al otro jugador preguntándose cómo diantre había perdido todas sus posesiones.

Ben apretó los aceleradores del Miy'tari y tomó un vector que lo colocaría entre los Bes'uliik que se aproximaban y el *Halcón*. Tahiri abrió mucho los ojos.

—Uh, Ben, ¿qué te he dicho sobre intentar impresionarme? —empezó a abrir informes de daños y armamento—. No podemos permitir que nos alcancen para salvar al *Halcón*. Nuestros generadores de escudos aún se están enfriando y hemos disparado la mitad de los misiles. Y sabes que los cañones láser que llevamos no le harán ni un arañazo al casco de beskar.

—No estaba pensando en arañarlo —confiando que los pilotos mandalorianos estarían escuchando toda comunicación con el *Halcón*, Ben abrió un canal y dijo—. *Halcón Milenario*, al habla el Caballero Jedi Ben Skywalker, les sugiero que huyan. Es una orden.

Tahiri le miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Les sugieres una orden?

—Bueno, ya conoces a Lando —dijo Ben, sonriendo—. Hay que llevar cuidado con lo que dices.

Al cabo de un momento, llegó la voz de Lando por el altavoz de la cabina:

—¿Quieres que huyamos, Ben?

—Así es. Y es una orden.

Lando se rio tímidamente.

—Claro, chico, lo que tú digas.

Un abanico de flujo azul brilló alrededor de la popa del *Halcón*, que salió disparado hacia el otro lado del asteroide. Ben apretó a fondo sus aceleradores, lanzando su nave en dirección contraria y suscitando un pitido quejoso de Ninette.

«ESA PLACA DE VECTOR YA ESTÁ DEFORMADA Y EL REACTOR DEL MOTOR ESTÁ A PUNTO DE FUNDIRSE».

—Bien —dijo Ben—. Quiero que a esos Bes les cueste seguirnos.

Mientras hablaba, una ráfaga constante de cañonazos brilló a babor del Miy'tari. Se lanzó en una hélice evasiva y miró la pantalla táctica. Un par de símbolos de Bes'uliiks habían aparecido en pantalla, acercándose desde un flanco. Por debajo del otro flanco estaba pasando la superficie del asteroide. El último par de Bes'uliiks también habían aparecido en pantalla, girándose para seguir al *Halcón* en dirección contraria.

—Ninette, ¿esas posiciones se basan en estimaciones o en lecturas de sensores?

«LECTURAS DE SENSORES. LOS MANDALORIANOS HAN PLEGADO SUS DEFLECTORES DE GASES DE ESCAPE PARA LA PERSECUCIÓN».

Ben sonrió.

—Cada vez mejor —miró a Tahiri—. Deberías subir a la torreta. Los tendremos detrás de un momento a otro.

—¿Y que hago, exactamente? —a pesar de la pregunta, Tahiri giró inmediatamente su silla y abrió una escotilla de la parte trasera de la cabina. Se levantó y descendió hacia la pequeña torreta del morro—. ¿Intentar deslumbrarles con blindaje reflectante?

—No nos vendría nada mal —dijo Ben.

Para entonces el Miy'tari había superado el límite del asteroide. Los dos Bes'uliiks se colocaron tras ellos y empezaron a martillear sus escudos traseros con los cañones bláster. Tahiri abrió fuego con su armamento, lanzando una lluvia constante de disparos desde la popa del Miy'tari, aunque no sirvieron para repeler a los mandalorianos, por supuesto.

Ninette empezó a emitir pitidos, mostrando una retahíla de advertencias e informes en la pantalla principal, informando a Ben de todo tipo de daños que ya podía notar por la forma en que su nave exploradora se estremecía y saltaba. La placa de vector de babor se estaba desconchando en pedazos de metal fundido y los reactores sobrecalentados del motor empezaban a quemar sus propios revestimientos. Los escudos parpadeaban, provocando una serenata esporádica de tañidos y ruidos metálicos, mientras los cañonazos mandalorianos lanzaban dentelladas al débil blindaje del casco del Miy'tari.

Entre todo aquello, Ben mantenía un ojo sobre la pantalla táctica, viendo con considerable envidia que los escudos del *Halcón y* sus cañones cuádruples más pesados obligaban a sus perseguidores a mantenerse a una distancia segura. Aun así, el piloto no era Jedi y no tardó en empezar a reaccionar con cierta lentitud.

Entonces el *Halcón* salió por el borde más alejado del asteroide y trazó una curva ceñido, girando hacia atrás. Ben imitó la maniobra, descendiendo tanto como pudo hacia la superficie repleta de cráteres, atreviéndose a impedir que los Bes'uliiks intentasen recortar distancias por allí y aparecer bajo el vientre del Miy'tari.

—Asciende… ¡Estás levantando una nube de polvo ahí abajo! —gritó Tahiri desde la torreta del morro—. ¡Y he perdido el ángulo de tiro!

—Un… segundo.

Ben notó que apretaba los dientes, intentando no dejarse llevar por el pánico cuando apareció ante sus ojos una colina. Tenía unos tres segundos antes de estrellarse contra ella, pero no podía saber qué había al otro lado. Y si se metía en el lugar equivocado…

El *Halcón* pasó a toda velocidad por encima de ellos, tan cerca que Ben juraría haber visto a Lando Calrissian sentado en su torreta ventral, sonriendo como un loco mientras disparaba a sus perseguidores. La colina se convirtió en una altísima pared de piedra y polvo, pero Ben mantuvo firme el timón un instante más, hasta que los dos perseguidores del *Halcón* pasaron sobre sus cabezas entre una riada de cañonazos y gases de escape ondulantes.

Ben tiró hacia atrás del timón con fuerza, lanzando el Miy'tari en un ascenso pronunciado y provocando un grito de desconcierto cuando Tahiri vio que tenía delante, a solo unos metros de su torreta, un acantilado de piedra que pasaba a toda velocidad.

—¡Cambia el blanco! —Ben giró el Miy'tari, de manera que la torreta quedó encarada hacia la popa del *Halcón* y sus dos perseguidores—. Cambia, cambia…

No necesitó repetir la orden por cuarta vez. Los pequeños cañones láser del Miy'tari empezaron a disparar y un Bes'uliik estalló en llamas azules cuando las descargas atravesaron sus motores impulsores. Otra bola de fuego surgió más abajo cuando uno de los perseguidores se estrelló contra la colina. Tahiri lanzó un grito de alegría y volvió a disparar. Finalmente, volvió a gritar de júbilo después de que sus descargas alcanzasen el motor del otro Bes'uliik.

Ben hizo descender el morro del Miy'tari y se horrorizó al ver que el último Bes'uliik seguía pisándole los talones. Tahiri empezó a acribillar su cabina, haciendo muescas en su casco beskar, pero poco más.

Entonces, de repente, el Bes'uliik retrocedió. Ben pensó que el piloto había decidido abandonar y volverse a casa… hasta que las largas estelas brillantes de dos de los misiles de conmoción del *Halcón* aparecieron en su pantalla táctica. Al cabo de un instante llegaron hasta su objetivo y el último caza estelar mandaloriano desapareció entre una explosión de estática y luz.

Ben lanzó un grito victorioso… y se dio cuenta de que su propia cabina era un bullicio de ruidosas alarmas de daños y que el timón se sacudía con tanta fuerza que apenas podía sujetarlo. Tiró de los aceleradores y bajó la vista hacia su tablero de control, que parpadeaba y brillaba con alertas de emergencia. Activó el canal de llamada.

—Eh, *Halcón Milenario*, al habla el Caballero Jedi Ben Skywalker, solicitando ayuda. Creo que vamos a necesitar que alguien nos lleve.

—Vamos para allá —dijo Lando—. Y gracias, Ben. No había visto a nadie pilotando así desde… bueno, creo que *nunca* había visto a nadie pilotar así.

Trece

En líneas generales, a Han la sala le pareció un convincente sucedáneo de un salón de sabacc. Mirta Gev estaba en el puesto del repartidor, visiblemente molesta e incómoda con un chaleco negro ceñido sobre una larga túnica blanca. Junto a la puerta había un par de matones nargones, ejerciendo la función del equipo de seguridad que solía supervisar las partidas de apuestas más altas en los salones de sabacc. Un mandaloriano de nariz torcida llamado Thorsteg había sido el elegido como camarero de la mesa, encargado de servir bebidas, tentempiés y ocuparse de cualquier otra cosa que los jugadores pudieran necesitar. Incluso la escena al otro lado del ventanal le recordaba algo que podrías encontrar en alguno de los mejores salones de juegos de la galaxia, unas nubes de plasma azul rodantes sobre una llanura de piedra oscura que terminaba en un acantilado que descendía hasta el vacío, unos setecientos metros más abajo.

Solo fallaban las sillas. Los Qreph estaban sentados en sus ectocuerpos en extremos opuestos de la mesa, bien cerca para poder mirar sus manos sin levantar demasiado sus cartas-chip. Han estaba sentado en una silla de reconocimiento médico modificada, delante de Gev, con electrodos y agujas de sondas pegados por todo su magullado cuerpo medio desnudo. Así se había despertado poco antes, con una jaqueca que mataría a un rancor y ni la menor idea de dónde estaba… ni de cuánto llevaba allí.

Gev dio un golpe de muñeca y lanzó tres cartas-chip sobre la mesa, que aterrizaron sobre el par que ya había delante de cada jugador. Antes de echar un vistazo a su mano, Han miró a uno y otro columi y descubrió que ambos le estaban mirando fijamente, sin duda buscando microexpresiones que pudiesen delatar si le gustaban las cartas.

En lugar de recogerlas, Han preguntó:

—Bueno, ¿a qué jugamos?

Los ojos de Craitheus brillaron con desprecio.

—El juego es sabacc estándar, capitán Solo. Lo dejamos muy claro.

—Ya saben a qué me refiero —Han echó un vistazo a la sala, que en el pasado había sido una especie de salón de lectura, y se señaló primero a sí mismo y después a su silla—. ¿Qué es todo esto? No pueden haber hecho que Mirta y sus cabezas de lata me cacen para jugar una partida de sabacc en una roca perdida en medio de la Falla. Porque estamos en la Falla, ¿verdad?

—¿Esa es su apuesta, capitán Solo? —preguntó Marvid.

Han frunció el ceño.

—Es una pregunta, no una apuesta.

—Una pregunta que tendrá respuesta… si gana la mano —le contestó Craitheus.

—¿Y si no la gano?

—Entonces, usted responde una pregunta nuestra —contestó Marvid.

—Debería entenderlo hasta usted, capitán Solo —dijo Craitheus—. Si quiere apostar, haga su pregunta. Quien se imponga cada mano gana la respuesta a su pregunta.

—Y si preguntamos algo que no quiera responder, siempre puede retirarse —dijo Marvid, en un tono más débil y amenazante—. Pero no se admiten mentiras ni medias verdades. Cada vez que responda, controlaremos su biometría. Si ve la apuesta y pierde, debe ser completamente sincero… o morirá.

Han miró de una cabeza palpitante a la otra, buscando desesperadamente alguna pista sobre lo que tramaban. Un par de genios como Marvid y Craitheus debían saber qué significaba estar en el punto de mira de Luke y Leia, pero allí estaban, más interesados en desafiarle en un juego de verdad o muerte que en prepararse para la llegada inminente de dos leyendas Jedi.

Y todo aquello le desconcertaba enormemente. O creían que la Falla podía ocultarles hasta de los cazadores Jedi, o se fiaban más de lo que sería sensato de sus defensas.

Los columi, en particular dos de ellos, eran demasiado listos para eso.

Pero no veía ningún indicio en las caras demacradas de los hermanos Qreph, solo la enigmática paciencia de dos depredadores alienígenas a la espera del momento oportuno para atacar. Han desvió la vista de ellos hacia Gev, al otro lado de la mesa. Una tablilla de plastoide transparente le protegía la nariz que él mismo le había roto y tenía los ojos morados e hinchados.

—¿Tienes alguna idea de qué va esto?

Gev se encogió de hombros.

—Quieren jugar a sabacc con Han Solo —dijo—. Le aconsejo que les dé esa satisfacción.

—Le conviene hacerle caso —dijo Marvid—. De lo contrario, no tenemos ningún motivo para mantenerlo con vida.

—¿Y después de la partida? —preguntó Han—. ¿Tendrán algún motivo entonces? Porque quizá necesite un pequeño incentivo.

Marvid parpadeó dos veces y miró a su hermano, al otro extremo de la mesa. No dijo nada que pudiera oír, pero Han sabía que los columi podían conversar mediante ondas comunicativas. Aquello le iba a complicar aún más ganar… no solo al sabacc. Tanto si los Qreph se lo creían como si no, Luke y Leia acabarían llegando y cuando lo hicieran el éxito de su asalto dependería del elemento sorpresa y la confusión. Así que, tal como lo veía, su tarea era poner nerviosos a Craitheus y Marvid, hacerlos cabrear tanto que cuando llegase el ataque estuvieran demasiado furiosos para pensar con claridad.

Tras unos instantes de comunicación silenciosa con Marvid, Craitheus finalmente torció los labios en una leve sonrisa y se volvió hacia Han.

—Tiene razón. Gana el que obtenga más respuestas. Si es usted, podrá marcharse libremente.

—Pero si ganamos cualquiera de nosotros dos, se quedará aquí para ayudarnos —añadió Marvid.

—¿Ayudarles en qué, exactamente? —preguntó Han.

—Lo siento, capitán —dijo Craitheus—. Pero, ¿no ha hecho una pregunta ya en este turno de apuesta?

—Supongo que sí —contestó Han, sin mirar aún sus cartas-chip—. ¿La ven?

Craitheus extendió un brazo pinza y levantó ligeramente las cartas para estudiar su mano. A sabiendas que sería imposible percibir nada en la enigmática cara de un columi, Han miró por la ventanilla e intentó mostrarse aburrido mientras contaba en silencio para medir lo que tardaba Craitheus en tomar una decisión.

Había llegado a tres cuando Craitheus dijo:

—Sí, la veo. Si gano mi pregunta será esta: ¿cómo se sintió cuando murió Chewbacca?

La pregunta le pilló desprevenido. Habían pasado casi veinte años desde que el wookiee había sacrificado su vida para salvar al hijo pequeño de los Solo, Anakin, durante la guerra contra los yuuzhan vong. La pérdida de su mejor amigo era una de las experiencias más dolorosas que había vivido jamás y aún le corroía las entrañas.

—¿Significa eso que se retira, Solo? —preguntó Gev.

Ella fue a recoger sus cartas, pero Han las cubrió con una mano antes de que pudiera arrebatárselas.

—No me toca apostar a mí —se giró hacia Marvid—. ¿Y usted, Marvid? ¿También va?

Una levísima sonrisa asomó en la pequeña boca de Marvid.

—Lo decidiré cuando haya mirado su mano, capitán Solo.

—Dígame una sola regla que me obligue a hacerlo —le contestó Han. No era posible jugar mejor que un par de columis, ni concentrándose mucho, ni echando mano de las matemáticas del juego. Si iba a derrotarlos, tendría que ser a base de actitud y fortuna—. ¿Va o no?

La frente de Marvid se arrugó aún más de lo que estaba y agitó rápidamente uno de los brazos pinza de su ectocuerpo hacia Gev.

—Yo me retiro.

Han cruzó una mirada con Gev y puso los ojos en blanco.

—Me lo temía.

—Es lo único prudente que podía hacer, capitán Solo —dijo Marvid—. Puede que usted esté jugando a ciegas, pero le aseguro que Craitheus no. Si mi hermano continúa en la mano, no dudo que me saca una ventaja sustancial.

—Seguro —Han siguió mirando a los ojos a Gev, intentando simular que compartían algún secreto—. Supongo que está acostumbrado a eso.

La voz de Marvid desprendió furia.

—No entiendo qué insinúa, capitán Solo.

—Pues no es tan listo como se cree —contestó Han.

Sonrió a Gev y le hizo un gesto para que le lanzase su siguiente carta-chip. Ella miró a Craitheus, que respondió con un suave asentimiento, y repartió una carta-chip tanto a Han como a Craitheus.

Sin mirar las cartas todavía, Han se volvió hacia Craitheus y le dijo:

—Bueno, ¿cómo funciona la segunda ronda? ¿Hago otra pregunta? ¿O lo dejamos y vemos qué tal se nos ha dado la mano?

—Podemos preguntar cosas relacionadas con la primera apuesta —sugirió Craitheus—. Así podremos subir las apuestas y se necesitará una estrategia cautelosa.

—Eso haremos —dijo Han—. En definitiva, usted manda aquí, ¿verdad?

—En realidad —intervino Marvid—, Craitheus y yo somos socios a partes iguales en todas nuestras empresas. Tomamos las decisiones conjuntamente.

—Si usted lo dice —Han volvió a mirar a Gev y a poner los ojos en blanco, después miró a Craitheus y dijo—. Mi siguiente pregunta es esta: ¿dónde estamos, exactamente?

—Eso puede ser bastante complicado de responder —dijo Craitheus.

—¿Eso significa que se retira? —preguntó Han.

Craitheus miró las cartas a las que Han aún no había echado ni un solo vistazo y usó su brazo pinza para levantar sus cartas-chip y verlas. De nuevo, Han contó hasta tres hasta que el columi volvió a dejar las tres cartas sobre la mesa.

—Veo la apuesta —dijo—. Solo quiero asegurarme de que sabe que el pago puede no ser cómo espera. Como sabe, las coordenadas en la Falla suelen ser imprecisas.

—Qué oportuno —dijo Han.

—Mi respuesta será sincera y completa —contestó Craitheus—. Como la suya, espero. Mi segunda pregunta es esta: ¿por qué no lloró la muerte de su hijo Anakin tanto como la de su amigo wookiee?

Si la primera pregunta había sido dolorosa, aquella le sentó como si un vibrocuchillo se le clavase en las entrañas. Anakin había muerto un par de años después de Chewbacca, uno de los muchos jóvenes Caballeros Jedi caídos en una misión para inutilizar un arma de los yuuzhan vong. No había pasado un solo día sin que le doliera el corazón por aquella pérdida, cuando no se arrepentía de todas las palabras bruscas que le había dicho a su hijo menor. Pero la pregunta de Craitheus era fácil de responder. Tras la muerte de Chewbacca, Han se había hundido en la desesperación y se había marchado de casa una temporada. Cuando Anakin murió, no había podido permitirse aquel lujo. Aquella pérdida había estado a punto de destruir a Leia y Han se había tenido que mantener fuerte, para no perderla también a ella.

Finalmente, Gev preguntó:

—¿Y bien, Solo?

Han asintió.

—Claro, voy —esperó hasta que Gev puso el pulgar sobre la baraja para repartir otra carta y dijo—. Pero no quiero más cartas. Veamos qué hace Craitheus ahora.

Este inclinó su ectocuerpo hacia delante en un gesto intimidatorio y dijo:

—Si no le apetece jugar, capitán Solo, estoy convencido de que Marvid y yo podremos descubrir todo lo que queremos saber por medios… más *eficaces*.

Han se encogió de hombros.

—Estoy cumpliendo las reglas, pero tengo un estilo propio. Si no le gusta, puede retirarse.

Craitheus volvió a echar un vistazo a su mano, asegurándose de que el valor de ninguna de sus cartas hubiera cambiado mientras hablaban, y dijo:

—Creo que no. La ventaja sigue siendo mía.

Hizo girar su brazo pinza y Gev le lanzó una quinta carta-chip.

Han bloqueó sus cartas-chip en sus valores actuales, empujándolas hasta el campo de estasis que tenía delante, y se volvió para mirar a Craitheus. El columi se las quedó mirando un momento, después recogió sus cinco cartas y las levantó para estudiarlas.

Los movimientos de Craitheus fueron exactamente los mismos que antes y si hubo algún cambio de expresión Han no supo verlo en aquella cara columi, pero esta vez su cuenta llegó a seis hasta que Craitheus dejó las cartas-chip sobre la mesa y Han tuvo la certeza que el valor de su mano acababa de cambiar.

—Bueno, allá va mi apuesta —se tocó uno de los cables conectados a su pecho—. ¿Por qué todos estos electrodos y agujas de sonda?

Craitheus levantó la vista y sus ojos desprendieron el brillo de la comprensión.

—Muy astuto, capitán Solo. Ha jugado conmigo, en lugar de con sus cartas.

—¿Eso es su siguiente pregunta? —le preguntó Han.

—Claro que no —contestó Craitheus—. Era un comentario, no una pregunta. Mi pregunta es esta: ¿por qué quiso menos a su hijo Jacen que a Anakin?

Ahora Craitheus estaba retorciendo el vibrocuchillo, intentando romper emocionalmente a Han. Tras la captura y tortura de Jacen durante la guerra contra los yuuzhan vong, este había iniciado una larga y lenta caída en el lado oscuro, que había terminado con su hermana, Jaina, teniendo que encontrar y matar a su propia hermano. La decisión de dar luz verde a aquella misión había sido la más angustiosa de la vida de los Solo y su mero recuerdo le llenó de un dolor amargo y punzante que le hacía desear escupir bilis a la cara de Craitheus. Pero no podía permitir que los Qreph le alterasen a aquellas alturas, no cuando tanto dependía de que fuera capaz de alterarlos él a ellos. Leia y Luke no podían tardar en llegar.

Tras un instante, Han asintió.

—Vale, voy.

Craitheus sonrió.

—Excelente.

El columi hizo un gesto para pedir su siguiente carta-chip.

Y Han supo que probablemente ya había derrotado a Craitheus. Como estaba jugando a ciegas, el columi debía dar por supuesto que la mano de cuatro cartas de Han sería mediocre. Y puesto que Craitheus seguía intentando mejorar su mano con una *sexta* carta, podía deducir que no creía poder derrotar una mano mediocre con sus cinco cartas-chip, lo que casi con toda certeza suponía que Craitheus había experimentado un cambio de valores y este había sido desastroso.

En cuanto su sexta carta aterrizó sobre la mesa, Han dijo:

—Veo su apuesta.

Entonces, los reversos de las seis cartas-chip de Craitheus pasaron al color rojo, indicando que Han había cazado al columi cuando el valor de su mano superaba los veintitrés, la puntuación máxima permitida en sabacc.

—Vaya —dijo Han, sonriendo levemente—. Se ha pasado.

Craitheus miró mal sus cartas-chip, las recogió y las tiró hacia Gev, sin mostrarlas. Han devolvió las suyas sin mirarlas y se volvió hacia Craitheus.

—Me debe algunas respuestas —dijo, sin dejar de sonreír.

—Y las tendrá. Empezaré por la respuesta simple a su segunda pregunta: está en un salón de nuestro laboratorio de Base Primera. Y sí, sigue en la Falla.

—He preguntado la ubicación exacta —dijo Han—. Base Primera es bastante vago.

—Craitheus se lo advirtió —contestó Marvid—; La respuesta completa es bastante complicada. Dudo que pudiera entenderla.

—Qué me importan sus dudas —dijo Han, sin apartar la vista de Craitheus—. Mi apuesta fue con su hermano y si este se cree que va a poder escabullirse…

—No tengo la menor intención de renegar de nuestro acuerdo —dijo Craitheus—. Si lo hiciera, ¿cómo podría esperar que responda a mis preguntas?

Han estaba bastante seguro que Craitheus conocía ya la respuesta a sus propias preguntas y las hacía por el mero placer de ser cruel, pero asintió rápidamente.

—Celebro que nos entendamos. Bueno, ¿la respuesta?

—La respuesta es que no puedo darle las coordenadas exactas —le contestó Craitheus—. Nadie puede.

Han puso mala cara, pero antes de que pudiera protestar, Gev le dijo:

—No se devane los sesos, Solo. Craitheus dice la verdad. Base Primera está… bueno, podríamos decir que está en una gran burbuja en el espacio.

—Para ser más preciso —añadió Craitheus—. Base Primera está ubicada en una estación espacial de origen desconocido, que expande el espaciotiempo que la rodea de tal manera que resulta imposible referirse a su localización en términos de coordenadas físicas. Todo lo que podemos decir es que está en el corazón de la Falla Chiloon. Aunque quizá sería más preciso decir que la única forma de llegar hasta ella es a través del corazón de la Falla Chiloon.

—¿Intenta decirme que estamos sobre una especie de agujero negro? —dijo socarronamente Han—. ¿Tan ingenuo me cree?

—Nadie ha dicho que Base Primera esté sobre la superficie de un agujero negro —dijo Marvid—. De hecho, es prácticamente lo contrario. Le hemos dicho que doblega el espacio-tiempo hacia fuera, no hacia dentro. Es usted quien ha sugerido esa falsa analogía.

—Considero la apuesta pagada —añadió Craitheus—. Si no le satisface, capitán Solo, podemos dejar la partida de sabacc y optar por métodos de interrogación más convencionales.

—Es decir, la tortura —dijo Han.

—Llámelo como quiera, capitán Solo —Craitheus abrió los brazos de su ectocuerpo—. Se lo aseguro, su única oportunidad para ganarse la libertad es esta partidita de sabacc, no con absurdos intentos de fuga.

—Siempre que piensen cumplir su palabra —contestó Han—. Y está por ver. Todavía me debe dos respuestas.

—En realidad, solo una —replicó Craitheus—. La respuesta a su primera y tercera pregunta es la misma. El juego al que jugamos es la recopilación de datos, por eso tiene una red de sensores conectada al cuerpo e insertada en el cerebro.

A Han se le secó la garganta. «¿Insertada?».

Hizo ademán de tocarse la cabeza… y sintió una descarga eléctrica bajando por su espalda. Los brazos se le entumecieron y le cayeron inertes e inservibles a los lados de la silla de reconocimiento.

—Disculpe por la neurocontención —dijo Marvid—, pero no debe intentar quitarse las sondas por su cuenta. Algunas llegan hasta su cuerpo calloso.

—¿Qué? —aulló Han—. ¿Me han llenado el cerebro de agujas?

—Exacto —contestó Craitheus—. Como iba a explicarle, estamos utilizando sus reacciones al estrés para mapear la funcionalidad de su mente y estimularle la memoria. En los otros sujetos, ha demostrado ser un método de modelado altamente eficaz.

—¿Están haciendo un mapa de mi cabeza? —dijo Han, cada vez más horrorizado—. ¿Para qué hacen algo así?

Marvid sonrió.

—¿Esa es su apuesta inicial para la próxima mano?

Catorce

Una levísima descarga eléctrica atravesó la bruma ardiente y alcanzó a Luke en el hombro. Sin pestañear, se levantó del mar curativo de la Fuerza y se despertó abruptamente. Ninguna sorpresa. Seguía estirado en un vestuario cerrado y humeante, con su hermana tumbada junto a él, en su propio trance curativo. Al otro lado, R2-D2 seguía haciendo guardia. El pequeño droide volvió a extender su brazo eléctrico y le lanzó otra leve aunque dolorosa descarga.

—Basta, Erredós. Estoy despierto.

Luke alargó la mano y se apoyó en el banco adyacente para incorporarse hasta poder sentarse. El dolor de sus costillas rotas se había reducido a una molestia sorda y la herida de su barriga había cicatrizado, pero no había podido sanar los daños que había sufrido en el accidente del ScragHull. Las palpitantes quemaduras le dolían más que nunca y sabía que había un principio de infección.

R2-D2 emitió un leve pitido inquisitivo. Luke miró a su hermana y se estremeció. Hasta el momento, había logrado cerrar la infinidad de cortes que le habían destrozado la cara, hasta que pudo bajarle la placa facial. Pero su frente y mejillas seguían rojas y cubiertas de ampollas supurantes. Y había perdido las cejas y las pestañas, además de mucho pelo del lado derecho de la cabeza. Incluso su traje presurizado ignífugo se había medio derretido en su brazo derecho y el panel pectoral y Luke estaba seguro de que la carne de debajo estaría en un estado bastante parecido al de su cara abrasada.

Tras examinarla un instante, Luke susurró:

—No, Erredós. Dejémosla en su trance curativo —hablaba en voz baja, no para evitar molestarla, sino para mantener en secreto su escondite—. Por ahora.

Consultó su cronómetro. Habían pasado cerca de cinco horas desde que se habían abierto paso a tiros por el *Ormni*. Cuando Leia y él se habían colado y se habían encerrado en aquel vestuario medio derruido no esperaba que R2-D2 tardase tanto en despertarlos. Desenganchó su espada de luz del arnés de material y se puso de pie poco a poco. Hizo una mueca de dolor. Sus quemaduras seguían rozando con su traje medio derretido y se sentía como si una vibrolija lo estuviese despellejando. Aunque se sostenía en pie y podía caminar.

O dar tumbos, como mínimo. En el accidente se había roto algunos ligamentos del tobillo y no parecían completamente curados.

—Vale, Erredós —dijo débilmente—. ¿Qué pasa?

R2-D2 giró sobre sus rodaduras y fue hacia la escotilla de salida, que era evidente que había reabierto. Tras esta había una pequeña sala de control hecha un caos. Por el suelo había plastifinos y datapads tirados, entre cascos protectores, máscaras respiratorias y demás material de seguridad. Al otro lado de una pared de observación de transpariacero había una batería de paneles de control. Desde la pared de observación antiguamente se dominaba toda la bóveda de producción en la que Luke y Leia habían estrellado su bote

espía. Ahora toda la pared era chatarra retorcida, tan manchada por el humo que solo era transparente allí donde la explosión la había agrietado.

Y de aquella abertura salía una voz masculina apagada.

—Esa batería trituradora estará inactiva durante días —protestó alguien sonoramente—. Tengo tres cargueros esperando carga y más de camino. Esto nos va a costar centenares de millones.

—Las agendas de producción no son asunto mío —la segunda voz, también amortiguada, era joven, femenina y vagamente familiar—. Lo que sí me importa, y a ti también, es confirmar las muertes de la tripulación del ScragHull. No deberías haber tardado tanto en permitirme el acceso al lugar del accidente.

—Su núcleo de fusión estalló —contestó el varón—. Sabemos que han muertos. Tuvimos que mandar droides para descontaminar la bóveda entera y poder entrar con seguridad.

—Pero ni rastro de cadáveres —dijo la mujer—. Ninguna prueba.

Mientras las voces continuaban hablando, Luke se coló en la sala de control y levantó la cabeza para mirar por las grietas de la pared de observación. Inmediatamente después de estrellarse, la bóveda de producción se había llenado de polvo y cascotes voladores, ahora era un cráter chamuscado repleto de restos de metal y piedra fundida.

En medio de los escombros, a unos treinta metros a un lado y quince más abajo del escondite de Luke, estaban los dos seres que conversaban. El varón era un duros enfundado en un mono azul medio abierto sobre una túnica de capitán blanca, con su cara sin nariz torcida en una mueca de fastidio. La hembra era una joven humana, de poco más de veinte años, con el pelo castaño claro y grandes ojos marrones.

Luke sintió un nudo en el estómago de ira fría. La mujer era Vestara Khai, la desertora Sith que había traicionado a Ben durante la ocupación Sith de Coruscant. Una parte de Luke todavía deseaba hacerle pagar su traición, pero no era el momento. Lo más importante era descubrir qué tenían que ver los Sith con los planes de los Qreph y averiguar qué le había pasado a Han. Y para eso, Leia y él tenían que salir vivos de allí.

Vestara pareció reflexionar sobre las palabras del duros un momento y finalmente dijo:

—Debería haber mandado más droides. Si los pilotos del ScragHull sobrevivieron, ahora ya podrían estar en cualquier sitio.

—Nadie puede sobrevivir a eso, señorita Raine —el duros señaló la cubierta, donde fragmentos de metal retorcido rodeaban un agujero fundido de un metro de diámetro—. Como le he dicho, su núcleo de fusión estalló. Tenemos suerte de no haber perdido todo el *Ormni*.

Vestara se rio sombríamente.

—Estoy segura que la suerte no tuvo nada que ver. ¿No se le ha ocurrido preguntarse cómo un diminuto bote espía biplaza, volando a una velocidad relativamente baja, logró colarse en el casco de un triturador de asteroides? Utilizaron un torpedo para abrirse paso.

Ni siquiera podemos estar seguros de que se estrellasen. Pudieron aterrizar suavemente y volar su propio núcleo de fusión para encubrir su huida.

Aquella conjetura no distaba mucho de la realidad, aunque seguía sin convencer al duros.

—Eso es descabellado, señorita. Y aunque fuera cierto, habrían tenido que sobrevivir a una descompresión explosiva. Créame, los pilotos del ScragHull ya son polvo de estrellas. No veo motivo para retrasar las reparaciones y puesto que soy el capitán del *Ormni*…

—No me obligue a relevarle —Vestara empleó la Fuerza para agarrar al duros por la garganta y levantarlo del suelo—. Créame, capitán Palis, no le gustaría. ¿Me explico?

La boca de Palis se movía sin emitir sonido alguno. Incapaz de decir que sí, se limitó a asentir.

—Excelente —dijo Vestara.

Lo dejó caer y empezó a rodear los restos derretidos del ScragHull. Al cabo de un momento, señaló un marco rectangular medio metro más alto que ella.

—Dígame, capitán Palis, ¿qué cree que es eso?

—Diría que es una escotilla, señorita Raine —dijo, frotándose la garganta—. Está donde corresponde.

—Sí, capitán, es una escotilla del ScragHull —dijo Vestara—. Una escotilla abierta.

Palis abrió sus ojos rojos como platos.

—No es posible. No puede ser.

—Le garantizo que sí, capitán Palis. Estamos tratando con Jedi, no… —Vestara dejó la frase inconclusa, inclinando la cabeza mientras se daba la vuelta lentamente para examinar el resto de la bóveda—. ¿No debería haber una esclusa de aire de emergencia para tripulación por esta zona?

—Por supuesto —Palis levantó la vista hacia el techo, donde habían soldado un parche de diez metros cuadrados de duracero encima del agujero abierto por el torpedo del ScragHull—. Pero con una ruptura del casco de ese tamaño, no pudo darles tiempo a usarla. Solo podemos confiar que esos pobres seres tuvieran una muerte rápida.

—Me traen sin cuidado. Lo que quiero saber es dónde está la esclusa de aire.

Empezó a dar vueltas y examinar las paredes, y Luke supo que se estaría proyectando en la Fuerza, buscándolos. Con Leia en un trance curativo profundo y la presencia en la Fuerza de Luke bien contenida, a Vestara le iba a costar localizarlos a ninguno de los dos. Pero no podía decir lo mismo de su escondite. Una vez cruzase la esclusa de aire, no tardaría en encontrar el vestuario.

Luke se agachó, se volvió hacia R2-D2 y susurró:

—¿Puedes bloquear la esclusa de aire de emergencia que usamos después de estrellarnos?

El droide emitió un leve pitido, extendió su brazo interfaz y se giró hacia el panel de control más cercano.

—Espera a que estén dentro de la esclusa —susurró Luke—. Después sella las escotillas y fríe sus circuitos.

R2-D2 contestó con un gorjeo apenas audible y se detuvo frente a una toma de interfaz. Luke recogió parte del material tirado por el suelo y volvió al vestuario.

Leia seguía en su trance curativo, con la cara convertida en una máscara de tranquilidad mientras recurría a la Fuerza para sanar sus heridas célula a célula. Luke se arrodilló junto a ella y colocó en el banco de al lado el material de seguridad que había recogido, después le zarandeó suavemente el hombro.

—Hora de moverse, hermana —dijo.

Leia abrió los ojos y puso una expresión de dolor al recuperar la plena conciencia de su cuerpo.

—¿Por qué creía que iba a sentirme mejor cuando me despertase?

—Exceso de optimismo —susurró Luke—. No subas la voz… tenemos compañía. ¿Cómo tienes el hombro?

Leia apoyó las manos en el suelo y se incorporó con una mueca.

—Me las arreglaré. ¿Y tu tobillo?

—No estoy para ganar carreras, pero puedo moverme —Luke cogió dos monos azules de TEG de las tallas adecuadas de unas taquillas cercanas, los añadió a la pila de material de seguridad y empezó a quitarse el traje presurizado—. Tenemos que irnos. Vestara Khai está aquí y sabe que estamos vivos. Erredós no podrá retenerla mucho más.

—La has tenido lo bastante cerca como para identificarla, ¿y sigue viva? —Leia empezó a abrir los cierres de su traje—. Debes de estar peor de lo que creía.

Luke se encogió de hombros.

—Ya me ocuparé de Vestara más adelante. Antes debemos averiguar qué pinta en todo esto. Y encontrar a Han.

—Sin duda. Necesito saber cómo está, antes de decidir cómo mato a esa…

—Leia…

—Pequeña Sith —terminó Leia y le miró de reojo—. ¿Qué? ¿No piensas matarla?

Luke decidió no recordarle a su hermana que la venganza conducía al lado oscuro. En aquel momento, a los dos les vendría bien un poco de motivación extra para seguir activos.

Tras quitarse el traje presurizado, Luke le pasó el mono más pequeño a Leia y poco después los dos iban vestidos de obreros de la refinería, con sus cascos y lentes de seguridad y los respiradores colgando del cuello. Luke habría preferido ocultar sus caras con los respiradores, pero ningún obrero usaba aquellas incómodas máscaras fuera de las polvorientas zonas de producción, en las que eran imprescindibles.

Habían terminado de ponerse los uniformes y empezaban a introducir sus trajes presurizados por un conducto de basuras cuando R2-D2 regresó, emitiendo débiles pitidos de alarma.

—Tranquilo, Erredós —le dijo Luke—. Estamos listos para marcharnos.

El droide gorjeó aliviado, dio media vuelta y salió del vestuario. Le siguieron por una sala de control hasta una escotilla de acceso de la parte trasera, que daba a una pasarela de duracero suspendida sobre una enorme batería de tubos de transferencia. Tanto las barandillas como la rejilla del suelo brillaban por el uso frecuente, pero la pasarela estaba completamente desierta en aquel momento. Luke supuso que habían sellado todo el área de producción para usarla como zona de seguridad alrededor del lugar del accidente.

Mientras seguían a R2-D2 hacia el otro extremo de la pasarela, el olor a metal fundido empezó a llenar el aire estancado y un zumbido constante sonó bajo sus pies. Luke miró por la barandilla. Diez metros más abajo, la punta de una espada de luz carmesí cortaba la escotilla de una esclusa de aire de emergencia.

—Vestara no creerá que la escotilla se haya atascado por mera coincidencia —dijo Leia—. Vamos, antes de que esto se llene de mandos y nargones.

R2-D2 emitió un pitido y redobló el paso. Luke notó que le costaba seguir el ritmo, cojeando con su tobillo a medio curar e intentando ignorar la molestia de su piel quemada al rozar con el mono. En la determinación siniestra de la cara de Leia pudo ver que también estaba sufriendo.

Llegaron a otra pasarela mucho más larga, que parecía recorrer toda la longitud del triturador de asteroides, en vez de atravesarlo por las vigas centrales. R2-D2 giró hacia la popa del *Ormni*. Aquel espacio cavernoso y vacío estaba iluminado por paneles azules y plateados. La pasarela estaba flanqueada a ambos lados por enormes tubos de transferencia y los armazones de duracero de bóvedas de producción selladas, todas espantosamente silenciosas desde que la actividad se había detenido por culpa del accidente del ScragHull.

—Nuestra prioridad es buscar a Han —dijo Luke—. Pero, por mucho que deteste decirlo…

—No podremos hacerlo —concluyó Leia—. Si no vendamos y untamos algo de bálsamo de bacta pronto en estas quemaduras, no podremos rescatar a nadie.

—Exacto —coincidió Luke.

Un apagado tañido metálico sonó a lo lejos, tras ellos. Vestara saliendo de la esclusa de aire, sin duda. Luke se obligó a no mirar atrás. Si iban a escapar, debían seguir concentrados en lo que tenían que hacer, no en lo que sucedía a su espalda.

—Y no serviría de nada robar un Bes y salir en persecución del *Luna Aurel* —prosiguió Luke—. Aún hemos de averiguar hacia dónde se dirigían los Qreph.

Leia frunció el ceño.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Aún no lo sé —reconoció Luke—. Quizá tengamos que capturar a Vestara. Parece estar al mando aquí. No creo que nadie más sepa dónde iban los Qreph.

R2-D2 emitió un pitido confiado y llegaron a un mamparo sellado, con la puerta de emergencia aún bajada para evitar la descompresión de la nave. Luke apretó su oreja contra el metal y oyó voces murmurantes y maquinaria zumbando al otro lado.

Le habría gustado proyectarse en la Fuerza para intentar percibir algún peligro concreto al otro lado del mamparo, pero no se atrevía. No podía garantizar que Vestara fuera la única Sith a bordo del *Ormni* y no quería correr el riesgo de llamar la atención expandiendo su presencia en la Fuerza.

Así que probó a escuchar en la pared adyacente.

Viendo que no pasaba nada, Leia dijo:

—Apuesto que es obra de Vestara. Seguro que ha querido tener toda la zona sellada hasta poder echar un vistazo personalmente al lugar del accidente para ver si hemos sobrevivido.

—Es probable —coincidió Luke—. Erredós, ¿puedes bloquear esas cerraduras sin hacer saltar las alarmas?

El droide contestó con un zumbido de indignación e insertó su brazo interfaz en la toma de debajo del panel de control. Al cabo de un momento, la luz de estado de este cambió del ámbar al azul y una enorme puerta en el mamparo se abrió lateralmente.

Consciente de que atraerían menos atención si se sumaban al tráfico normal de gente que si se quedaban allí plantados, intentando orientarse, Luke cruzó el umbral… y se encontró frente al casco y la placa dorsal de la armadura de un guardia mandaloriano, que miraba hacia el otro lado. El mando estaba flanqueado por unas paredes verdes con escamas que finalmente identificó como nargones.

Detrás del mandaloriano y sus asistentes había centenares de seres. Todos llevaban el mismo mono azul que Luke y Leia y la mayoría cargaba con herramientas y piezas pesadas. Había varios sentados a los controles de maquinaria pesada. En cuanto la puerta del mamparo terminó de abrirse, un devaroniano grande y cornudo gruñó:

—Ya era hora —arrancó su aerotrineo y ambos salieron despedidos hacia delante con una sacudida, como un solo cuerpo.

Luke y Leia apenas tuvieron tiempo para apartarse y echarse contra la barandilla de la pasarela y los vigías de la puerta no tuvieron más remedio que hacerse a un lado. El mandaloriano, por supuesto, decidió ir hacia el nargón que había en el lado de la pasarela en que estaban Luke y Leia.

—¿Y a vosotros dos qué os ha pasado? —preguntó, mirando la cara quemada de Leia—. Mostradme vuestras placas de identificación.

Era evidente que Vestara aún no había alertado a los equipos de seguridad de que los buscasen. Luke no sabía si era porque no sabía lo cerca que los tenía o porque no quería mostrar sus cartas. Lo único que sabía era que su mejor baza para escapar era alejarse del lugar del accidente lo más rápidamente posible. Metió la mano en un bolsillo, como si fuera a sacar la placa de identificación, pero la sacó vacía y la zarandeó frente al mandaloriano.

—No necesitas ver nuestra identificación —le dijo—. La perdimos tras la explosión. Vamos camino de la enfermería.

El visor del mandaloriano seguía mirando fijamente a la cara a Luke y este empezó a preguntarse si la sugerencia con la Fuerza funcionaría. El guardia asintió.

—No necesito ver vuestra identificación —se volvió hacia la multitud, alargó una mano y ordenó—. ¡Abrid paso! Estas personas resultaron heridas en la explosión. Van camino de la enfermería.

La gente empezó a apartarse. Pero el nargón se interpuso en el camino de Luke, ladeó su cabeza crestada y miró hacia su oficial mandaloriano con su enorme ojo de pupila fina.

—¿No tienen placa? —preguntó.

—No necesitamos ver su identificación —repitió el mandaloriano. Aún bajo los efectos de la sugerencia con la Fuerza de Luke, le hizo un gesto al nargón para que se apartase—. Quita de en medio. Van rumbo a la enfermería.

El nargón resopló, pero obedeció y miró con una sonrisa recelosa mientras R2-D2 rodaba por la pasarela. Luke tuvo la precaución de desviar la vista, pero mantuvo una mano metida por la costura delantera de su mono, para poder desenfundar su espada de luz rápidamente si aquella enorme masa verde hacía algún movimiento brusco.

Pero el nargón parecía contentarse con cumplir las órdenes y al cabo de poco Luke y Leia seguían a R2-D2, que ya había superado la dotación de mecánicos. Volvieron rápidamente al centro de la pasarela, intentando colocar tantos cuerpos como fuera posible entre los guardias y ellos, y siguieron hacia la popa del *Ormni*. Cruzaron otro mamparo, este abierto, y empezaron a ver que los enormes tubos de transferencia se curvaban para entrar en las esferas y ovoides de duracero de distintos tanques de floculación.

Al cabo de cincuenta metros, R2-D2 dobló por una pasarela lateral que pasaba junto a una serie de laboratorios de ensayos y oficinas de producción y conducía a una hilera de turboascensores. La mayoría de los paneles de control de los pozos de los ascensores tenían sus indicadores en azul, lo que significaba que estaban plenamente operativos. Las placas de los destinos eran de cubiertas como CAMAROTES DE TRIPULACIÓN, MANTENIMIENTO Y ENFERMERÍA.

Pero dos turboascensores del final de la hilera tenían la luz indicadora en ámbar de acceso restringido. La placa de destino de uno de aquellos ascensores mostraba media docena de cubiertas dedicadas a hangares de seguridad, centros de entrenamiento y barracones de guardias.

R2-D2 fue hasta el otro turboascensor restringido, cuya placa de destino solo contenía un destino: CUBIERTAS ADMINISTRATIVAS. El droide extendió su brazo interfaz y lo conectó a la toma droide de debajo del panel de control.

Casi al instante, una voz baja y rasposa resonó tras ellos.

—¿Dónde vais?

Luke se volvió y vio a dos nargones viniendo hacia ellos desde el otro extremo de la pasarela. Costaba saber si eran la misma pareja que habían encontrado con el mandaloriano en el mamparo sellado, pero los dos llevaban las pistoleras de las rodillas vacías y unos rifles E-18 en sus largos brazos.

—No os preocupéis por nosotros —Luke abrió las manos en un gesto tranquilizador, usando el movimiento para retener la atención de los nargones al mismo tiempo que

usaba una sugerencia de Fuerza para desviar sus sospechas—. Estamos heridos y vamos hacia la enfermería.

Los nargones siguieron acercándose.

—La enfermería ejecutiva no es para tripulantes —dijo el segundo nargón—. Todos lo saben.

—¿Quién sois? —preguntó el otro—. ¿Los supervivientes del accidente?

Apuntó su rifle bláster hacia ellos.

—¡Uauh! No hacen falta amenazas —Luke miró a Leia y le dijo—. Creo que será mejor que les mostremos nuestras identificaciones.

—Me parece que no tenemos elección —contestó Leia.

—Perdisteis las placas de identidad —dijo el primer nargón—. O eso dijisteis.

—Sí, perdimos nuestras placas —les dijo Luke—. Pero tenemos otras identificaciones.

Aquello solo hizo que el nargón se mostrase más nervioso.

—¿Otras identificaciones?

—Vales de créditos, certificados de operadores, llaves de almacenes —dijo Luke, nombrando algunas opciones que esperaba que sonasen verosímiles—. Cosas de esas.

—Cosas que solo tienen los tripulantes —añadió Leia, se volvió hacia Luke y dijo—. Asegúrate de enseñárselas bien. Estos chicos no tienen muy buena vista.

Luke asintió, recordando lo que los Solo le habían explicado sobre la pelea en la cantina Ronto Rojo. Los nargones no eran fáciles de abatir.

Una leve alarma sonó desde el turboascensor y Luke vio que la luz indicadora había cambiado al azul.

En aquel momento, el segundo nargón también les apuntó con su rifle bláster.

—Apartad.

Los nargones estaban a unos seis metros de Luke y Leia. Sin duda, podían abatirlos desde aquella distancia, pero la refriega no sería silenciosa. Intentando alargar las cosas, Luke se giró hacia R2-D2.

—Creo que también te lo dice a ti. Será mejor que te desenchufes y les muestres tu número de serie.

R2-D2 hizo girar su cúpula de un lado para otro, emitiendo un pitido negativo. Para entonces los nargones estaban a solo cuatro metros de ellos.

Luke se encogió de hombros.

—Te convertirán en chatarra.

R2-D2 emitió un silbido decreciente, después replegó su brazo interfaz y giró su holoproyector hacia los nargones. Una retahíla de números y letras holográficos aparecieron en el aire, frente a ellos.

Los nargones cruzaron aquel holograma y se detuvieron a dos metros de Luke y Leia.

Dos metros bastarían.

El primer nargón quitó el seguro de su rifle bláster.

—El droide no importa —apuntó el emisor hacia el pecho de Luke—. La identificación, ahora.

—Claro —Luke abrió los cierres del pecho de su mono y, moviéndose muy poco a poco para evitar alarmar al nargón, metió la mano dentro—. Aquí está.

—Y la mía —dijo Leia, imitándole—. ¿Cuántas quieres?

—Las quiero todas —contestó el primero nargón.

—Claro.

Luke usó la Fuerza para empujar el morro del bláster del nargón hacia el techo, sacó su espada de luz del interior de su mono y dio un salto. El dedo del nargón apretó el gatillo y lanzó una ráfaga de descargas bláster que rebotó contra el techo. Luke apretó el botón de ignición que tenía debajo del pulgar y su espada de luz cobró vida, llenando el aire con el hedor acre de las escamas chamuscadas.

Una enorme zarpa le golpeó las costillas por debajo del brazo levantado de Luke y una descarga de dolor feroz se extendió por todo su torso. Ignoró la herida y usó la Fuerza para asestar su propio golpe, clavando su espada de luz en la clavícula del nargón y arrastrándola hasta su garganta.

Entonces Luke sintió que la mano del nargón lo arrojaba hacia un lado y se descubrió volando lateralmente hacia Leia.

Rebotó, se estrelló contra una pared de duracero y cayó sobre la cubierta, sangrando y boqueando en busca de aire.

Para entonces, Leia estaba inclinada sobre su nargón caído, retorciendo el filo en su pecho, mientras este le clavaba sus garras en la espalda. Luke recurrió a la Fuerza para ponerse de pie, dando una estocada con su espada de luz para cortar el brazo del nargón a la altura del codo, se giró hacia su atacante… y lo descubrió tirado boca arriba, golpeando la cubierta con las manos y los pies, mientras su cuerpo esperaba las señales de su cabeza, ya solo medio pegada a sus hombros.

A Luke le dolía todo el pecho, pero no le costó respirar hondo cuando lo intentó, por lo que parecía improbable que hubiera sufrido ningún daño interno, al menos grave. Al volverse, vio a Leia alejándose dando tumbos de su nargón, con la espalda convertida en un amasijo sangriento de jirones de tela y piel.

Luke desactivó su espada de luz y le preguntó:

—¿Es muy grave?

—No… mucho —dijo Leia, comprendiendo claramente la situación. Se volvió y bajó la vista hacia los cortes rojos del torso de Luke—. Tú estás peor.

Unas voces alarmadas empezaron a sonar en la otra punta de la pasarela y, cuando levantó la vista, Luke vio que un puñado de obreros con mono de TEG les señalaban. Agitó una mano sobre los nargones caídos y dio un latigazo brusco y rápido hacia delante con ella, usando la Fuerza para hacer volar los dos enormes cuerpos hacia los atónitos espectadores. Los murmullos de alarma se convirtieron en gritos de sorpresa y todos los reunidos se dispersaron aterrorizados.

Leia desactivó su espada de luz y se la guardó en un bolsillo del muslo, después metió una mano bajo el brazo de Luke para ayudarle.

—Salgamos de aquí.

Lo condujo hasta el turboascensor que R2-D2 ya había preparado y le rodeó con sus brazos para que nada les separase.

R2-D2 emitió un pitido y Luke tuvo que esforzarse por no vomitar cuando el repulsoascensor empezó a subir.

Mientras ascendían, Luke se guardó la espada de luz en la manga, donde quedaría fuera de la vista y lo bastante a mano por si la necesitaba. La cabeza se le aclaró lo suficiente para darse cuenta de lo desesperada que era su situación. Vestara les buscaba y ya debía saber con bastante certeza dónde estaban. A pesar del caos que reinaba más abajo, no tardaría en encontrarlos. Era evidente que les esperaba una lucha. Y probablemente llegaría más pronto que tarde.

El turboascensor se detuvo al cabo de unos segundos, se abrió con un siseo y les mostró un vestíbulo elegante y redondo de piedra maleri lleno de plantas verdes y frondosas. Desde allí salían pasillos en todas direcciones y por varios llegaba un murmullo de voces y el repiqueteo de maquinaria de oficina. Justo delante del turboascensor, había una droide recepcionista RC-7 tras un mostrador curvado de madera de lindak, ladeó con expectación su cabeza triangular, esperando que Luke y Leia se le acercasen.

Tras RC-7 había dos mandalorianos con armaduras *beskar'gam* pulidas. Al ver sus monos ensangrentados, desenfundaron sus pistolas bláster y dieron un paso adelante para cortarles el paso.

—¡Deprisa! —gritó Leia, señalando hacia el turboascensor—. ¡Los Jedi!

Los mandalorianos miraron hacia donde señalaba. Luke ni siquiera la miró. Usó la Fuerza para apartar el bláster del más cercano, dejó caer su espada de luz por la manga hasta su mano y clavó la punta en la zona sin armadura que había bajo el brazo del mandaloriano.

—No me obligues.

El casco del mandaloriano giró hacia su compañero, que estaba en una situación similar con Leia. Por un instante, Luke pensó que su oponente sería lo bastante estúpido para oponer resistencia, pero el mando abrió la mano rápidamente y dejó caer su bláster al suelo.

Su compañero hizo lo mismo y Leia asintió y dijo:

—Ahora os vais a quitar los cascos… y no quiero oír a nadie pidiéndoos que les confirméis la presencia de intrusos.

Mientras los dos mandalorianos obedecían, Luke se volvió hacia la droide RC-7 y usó la Fuerza para alejarla del mostrador de recepción.

—Tú… no te muevas. Y nada de mensajes o eres chatarra.

La droide levantó los brazos al instante.

—Por favor, no hace falta que me amenace. La seguridad es cosa de ellos.

Mientras la droide hablaba, la puerta del turboascensor se abrió con una débil campanada y R2-D2 salió rodando. Luke le señaló el mostrador de recepción.

—Sella esta cubierta —le ordenó Luke—. Y averigua si alguien se ha enterado de dónde estamos.

—Bromea, ¿no? —le dijo un mandaloriano.

Luke se volvió y se dio cuenta de que los guardias, ya sin el casco, parecían hermano y hermana, con los mismos ojos azules, pelo rubio platino y caras anchas.

—¿Vestara ha dado la alerta ya? —preguntó.

La chica, que parecía no tener más de veintidós años, frunció el ceño, confundida.

—¿Vestara?

—La chica Sith que manda aquí —dijo Leia—. La que pilota esa nave redonda con venas palpitantes y alas de halcón-murciélago.

—Se refieren a lady Raine —le dijo el chico a su hermana y se volvió hacia Luke—. Sí, nos han ordenado que os detengamos. Toda la fuerza de seguridad está viniendo hacia aquí.

Mientras el mandaloriano hablaba, un toque amargo pasó por su aura de Fuerza y Luke supo que lo que decía era mentira.

Se inclinó hacia él.

—Será mejor que no vuelvas a jugarte un farol conmigo, amigo… —Luke hizo una pausa, esperando que aflorase un nombre en la mente del mandaloriano, y finalmente dijo—. Joram.

Joram abrió mucho los ojos, alarmado, y dijo:

—No importa, Jedi —bajó la vista al suelo—. Con el rastro que están dejando, los nargones se les echarán encima en tres minutos.

Luke miró hacia abajo y vio el charco rojo que se extendía alrededor de sus pies y otro similar alrededor de Leia.

—El chico tiene parte de razón —dijo ella—. Tenemos que hacer algo con estas heridas. Y pronto.

R2-D2 emitió un pitido, rodó desde detrás del mostrador de recepción y se detuvo en la entrada de un pasillo adyacente. Antes de seguirle, Luke fue tras el mostrador, activó el disyuntor de la RC-7 y usó su espada de luz para inutilizar las tomas de interfaz de la computadora.

R2-D2 emitió unos pitidos impacientes.

—¿Qué hay ahí abajo? —le preguntó Leia a la hembra mando.

—La enfermería ejecutiva —contestó esta.

—¿Qué esperamos entonces? —preguntó Luke, haciendo un gesto a los mandalorianos para que siguieran a R2-D2—. Vamos todos. Recoged los cascos y seguidle.

Joram miró a su hermana, se encogió de hombros y obedeció. Luke y Leia les quitaron las pistolas bláster y siguieron sus pasos, usando destellos de Fuerza para cegar momentáneamente las cámaras de vigilancia que se iban encontrando aproximadamente

cada diez metros. Al poco, la piedra maleri del suelo y paredes dio paso al duracero pulido y llegaron hasta una puerta transparente que se abrió automáticamente mientras se acercaban.

Dentro, había un droide enfermero FX-2 tras un mostrador circular repleto de monitores médicos. La mayor parte del equipo estaba apagado, pero tres pantallas parecían controlar las constantes vitales de un paciente. Mientras Luke y compañía se acercaban a su puesto de trabajo, el FX-2 se dio la vuelta para pasar sus fotorreceptores por Leia primero y Luke después. Levantó un brazo y señaló un par de habitaciones adyacentes al puesto.

—Mujer a la sala de reconocimiento uno, hombre a la sala de reconocimiento dos. Dos-Uno-Be entrará a examinarlos en breve —recogió un datapad y salió de su mostrador—. Por favor, preparen sus placas de identificación para verificar sus estatus ejecutivos.

R2-D2 emitió un sonoro pitido y rodó tras el mostrador.

—No puedes entrar ahí —le dijo el droide enfermero—. Esa zona tiene el acceso restringido.

R2-D2 gorjeó una respuesta grosera y continuó pasillo abajo.

—¡Alto! —el FX-2 se dio la vuelta y salió chirriando tras él—. ¡No me obligues a llamar a los servicios de seguridad! ¡Detente o…!

Las protestas del FX-2 terminaron abruptamente cuando Leia le metió una descarga de bláster en la parte trasera de la cubierta cerebral. El droide siguió avanzando por el pasillo en silencio, ladeándose hacia la izquierda hasta que se topó con la pared y cayó al suelo. Leia llegó rápidamente hasta allí, se arrodilló y activó el disyuntor del FX-2 para asegurarse que el droide no mandaba ningún mensaje por alguna unidad interna de comunicación.

Mientras Leia se levantaba, Joram miró a su hermana y arqueó una ceja con aire conspirativo.

Luke los sujetó a ambos con la Fuerza y los arrojó contra la pared.

—No hagáis que me arrepienta de haberos mantenido con vida. Aún estoy a tiempo de cambiar de parecer.

Los ojos de la chica brillaron alarmados y levantó las manos para calmarlo.

—¿Por qué íbamos a intentar nada? Jamás saldrán vivos de esta nave.

—Recuerdo cuando tenía tu edad —le dijo Leia, quitándole una placa de identificación del torso al droide FX-2—. Estaba muy equivocada sobre muchas cosas, como tú.

Fue hasta el almacén y puso la placa sobre el panel de control. La puerta se abrió lateralmente y una luz se activó en el interior, mostrando una sala fría y reducida llena de estantería abarrotadas de provisiones médicas. Leia entró y empezó a cargar una bandeja de acero con ellas; cola de sutura, bálsamo de bacta, antibióticos, jeringuillas.

Luke la vio detenerse en la sección de anestesia y entendió lo que pretendía. Volvió la vista hacia sus prisioneros. El hermano debía vestir una talla menos que Luke y la hermana un par de tallas más que Leia, pero eran bastante parecidos a ellos.

—Bien, cascos al suelo —dijo Luke y agitó su bláster frente a sus torsos—. Y el resto de la armadura.

Los ojos de la chica desprendieron un brillo de ira.

—No podéis llevaros nuestras *beskargam*. ¿Sabéis qué significa eso para un mandaloriano?

—Que necesita más entrenamiento —Luke le apuntó el bláster a la cabeza—. Si preferís, podemos hacerlo por las malas.

Joram empezó a abrirse la pieza de la armadura del torso.

—Quítatela, Jhan —le dijo a su hermana—. De todas formas, Gev rescindirá nuestros contratos.

Jhan miró mal a Luke, pero también empezó a desabrocharse la armadura.

—Espero que se asen dentro de ella.

—Gracias —dijo Leia y salió del almacén con un par de jeringas—. Esto facilitará las cosas.

Le clavó una jeringa en el cuello a Jhan y activó el inyector.

—¡Eh! —Jhan se volvió para mirarla—. ¿Qué ha sido…?

Puso los ojos en blanco y se desmayó.

Joram agarró a su hermana, revisó su pulso y se volvió hacia Leia.

—¿Una droga somnífera?

—¿Preferirías algo más fuerte? —preguntó Leia.

—Claro que no. ¿Pero por qué no se conforma con encerrarnos en el almacén? No tiene que dejarme inconsciente también a mí. No intentaré escapar.

—Seguro que no —dijo Leia. Esperó hasta que se había terminado de quitar la armadura y se le acercó para hacerle lo mismo que a su hermana—. Pero tendré que decirle a Erredós que suba la temperatura para que no os congeléis.

El tono de Joram fue sarcástico.

—Gracias. Es una *smooka* muy amable. —Obedeció, dejando su armadura en dos pilas en el suelo, se levantó y llevó a su hermana a rastras hasta el almacén—. Ya saben que iremos por usted. Ningún mandaloriano puede permitir que nadie le robe su beskar'gam. Es una cuestión de honor.

—Qué gracia —dijo Leia—. No sabía que lo asesinos a sueldo tenían honor.

Aquello suscitó una sonrisa en labios de Joram.

—Ahora que lo dice, quizá tenga más que ver con el orgullo. Pero les buscaremos.

—Qué… amenaza más educada —Leia le clavó la otra jeringuilla en el cuello y activó el inyector—. Casi no me creo que seas mandaloriano.

Esperó hasta que se hubo desmayado junto a su hermana, agarró la bandeja con provisiones médicas y volvió al pasillo. Luke se sorprendió al ver que tenía los labios tensos y los ojos brillantes por las lágrimas reprimidas.

—No deben preocuparte las amenazas de ese crío —le dijo Luke—. Si su hermana y él de verdad debieran inquietarnos, no nos lo habría advertido.

—Joram no me preocupa —Leia miró alrededor, buscando claramente un buen sitio para tratar sus heridas—. Pero no estamos ganando esta pelea y empiezo a dudar si volveré a ver a Han.

—Lo verás. Solo tenemos que remendarnos un poco y encontrar algún lugar en que escondernos, mientras averiguamos dónde lo han llevado.

—Eso es lo que me inquieta. Los Qreph siempre van dos pasos por delante de nosotros, pero seguimos intentando derrotarlos en su juego. Debemos revertir esta dinámica.

—Y lo haremos —le prometió Luke—. Puede que los Qreph aún no lo hayan entendido, pero han cometido un gravísimo error.

Leia arqueó una ceja.

—¿Llevarse a Han?

—Exacto —dijo Luke, sonriendo—. No hay nadie más difícil de interpretar que Han Solo. Sé que no es agradable oírlo, pero si lo querían muerto, lo habrían matado antes de abandonar el *Ormni*. Por eso, quieran lo que quieran de él esos dos, los volverá locos mientras intentan conseguirlo.

Leia se quedó mirando un momento a su hermano y finalmente asintió.

—Es posible. No se puede negar que a mí me ha vuelto loca muchas veces.

R2-D2 apareció unos metros más adelante del pasillo, emitió un pitido impaciente y desapareció por una sala contigua, desde donde siguió con los pitidos.

Luke le apretó el hombro a Leia.

—O Erredós nos ha encontrado un droide médico o viene compañía. Ve a ver, mientras bloqueo las puertas.

Leia asintió y se fue por el pasillo con la bandeja de provisiones médicas. Luke usó su espada de luz para cortar las patas de un banco de duracero, volvió a la entrada de la enfermería y las metió en los raíles de la puerta corredera. Cuando terminó, seguía sin ver rastro de nadie viniendo por el pasillo, pero tomó la precaución de inutilizar también el panel de control. Probablemente sus precauciones no retrasarían mucho a Vestara ni sus mandalorianos, pero como mínimo tendrían que hacer muchísimo ruido para superarlas.

Por supuesto, el suelo estaba salpicado de sangre de su herida. Tras decidir que limpiar tampoco serviría para retener a sus perseguidores, se limitó a marcharse y volver a la sala en que había entrado R2-D2.

En lugar del droide quirúrgico que esperaba, encontró a Leia junto a una paciente de pelo castaño rojizo con el torso vendado. Estaba tan pálida y tenía los ojos tan hinchados que tardó un momento en reconocerla como la traidora y ex administradora de la refinería de Lando, Dena Yus.

Cuando esta le oyó entrar en la habitación, levantó la vista y sonrió.

—Luke Skywalker —levantó un brazo, haciéndole gestos para que la sujetase por el otro lado—. Deprisa. No tenemos mucho tiempo, si quieren salvar al capitán Solo.

Quince

El objeto del holograma no se parecía a nada que Ben hubiera visto jamás, ni natural ni artificial. Con forma de dos pirámides unidas por sus bases, tenía unas facetas granulosas negras que emitían ocasionalmente un brillo blanco. En la imagen no había nada más para comparar, por lo que resultaba imposible hacerse una idea de su tamaño. Mientras rotaba sobre su largo eje, iba desprendiendo volutas de bruma azul y Ben solo logró distinguir tres puntitos plateados vagando a la deriva en su mediana.

—¿Qué es esto? —preguntó, inclinándose hacia la imagen—. ¿Un cristal de cromita?

Estaba en la bodega principal del *Halcón*, arrodillado entre los restos dispersos del droide astromecánico R9 que había sacado del StealthX estrellado de Ohali Soroc. Lando y Omad Kaeg estaban con él, mientras Tahiri se ocupaba del timón, yendo hacia la última ubicación conocida de su padre y su tía Leia. Ben no había podido encontrarlos a ninguno de los dos en la Fuerza desde el último estallido de emoción que había percibido, pero probablemente eso solo significaba que estaban ocultando sus presencias, por algún motivo. Como mínimo, eso se repetía una y otra vez.

—También podría ser magnetita —sugirió Omad Kaeg—. Parece algún tipo de cristal mineral.

Ben se volvió hacia C-3PO, que estaba tras el armazón medio fundido del astromecánico.

—Intenta hacer que amplíe la imagen.

—Puedo hacerlo —dijo C-3PO—, pero como pueden ver, Bolanueve ya no es más que un sistema operativo, es muy raro que recuerde su propia identificación.

—Tú pídeselo —dijo Ben.

Antes de usar a Bolanueve como cebo para su trampa, los mandalorianos habían reducido el droide a sus componentes más esenciales. Afortunadamente, los R9 Jedi estaban diseñados para proteger los datos de sus misiones a toda costa. Mientras intentaba seguir los pasos de Ohali por la Falla, Ben se había topado con varios fragmentos de holovídeo sepultados en una cadena de códigos operativos corruptos.

C-3PO lanzó una descarga de estática hacia el receptor de comunicación de Bolanueve, que habían sacado del astromecánico de Ben y Tahiri.

Bolanueve graznó una respuesta que fue más un estertor mortal que un pitido, pero la imagen del holograma empezó a ampliarse lentamente. Al cabo de un momento, el cristal se convirtió en un par de inmensas facetas negras inclinadas en un ángulo de noventa grados una respecto a la otra y los puntitos plateados en dos cazas estelares y un transporte mediano.

—Vaya cristal —dijo Ben, anonadado—. ¿Tanto llegan a crecer en la Falla?

—He visto cristales de durelio o cardovyta grandes como remolcadores de asteroides —le contestó Omad—. Pero ese debe ser como un Destructor Estelar.

—O una luna —añadió Lando. Frunció el ceño al mirar la unidad R9 averiada, que Ben había reducido a una placa base retorcida rodeada de cables y piezas prestadas, y preguntó—. ¿Estáis seguros de que no tenéis un problemilla de mezcla de datos?

Ben levantó la vista con una cara que sugería que los circuitos de Lando estaban tan maltrechos como los del droide.

—Bromeas, ¿verdad? —preguntó—. Debemos de tener un centenar de problemillas y nada de tiempo para ocuparnos de ninguno de ellos. Su procesador puede fallar en cualquier momento.

—Olvida la pregunta —dijo Lando—. Pero si eso es un asteroide, ¿por qué nadie lo ha remolcado? Solo la tajada que se llevaría la empresa prospectora bastaría para comprar un planeta.

—Porque no es un asteroide —los pensamientos de Ben empezaban a acelerarse. Aunque era reacio a afirmarlo antes de disponer de pruebas que confirmasen sus sospechas, empezaba a creer que podían estar viendo algo realmente especial, algo que había temido secretamente que no existiera—. Sea lo que sea, a Bolanueve le pareció importante guardar una imagen suya cuando las cosas se pusieron feas. Y Ohali no estaba buscando asteroides.

Lando arqueó una ceja.

—¿Estás diciendo que es…?

—No he dicho nada. No quiero sacar ninguna conclusión precipitada, sobre todo hasta que no hayamos averiguado todo lo que podamos de Bolanueve.

Ben miró a C-3PO, que lanzó otra descarga de estática hacia el receptor de comunicación prestado.

R9 emitió un chirrido apenas audible y el holograma cambió a una visualización táctica. El asteroide aparecía etiquetado como ESTACIÓN ESPACIAL DESCONOCIDA y las naves que lo orbitaban estaban identificadas como dos Bes’uliiks mandalorianos y el crucero de lujo marcadiano *Luna Aurel*.

Omad quedó boquiabierto.

—¡Ese es el yate de los Qreph!

—Lo que significa que esa, hum… cosa es su base secreta —Lando bajó la voz—. Creo que ya sabemos quién se esconde tras la desaparición de Ohali.

—Quizá —dijo Ben—. O quizá no. Piénsalo… Ohali iba en un StealthX de largo recorrido, así que disponía de mucho combustible, pero ningún arsenal serio. Después de grabar esto, lo primero que debería haber hecho sería largarse y mandar un informe al Consejo Jedi.

—Puede que lo intentase —aventuró Lando y se volvió hacia C-3PO—. Pregúntale cómo encontró la Jedi Soroc esa «estación espacial desconocida».

Cuando C-3PO le transmitió la pregunta, la visualización táctica se apagó y el R9 quedó en silencio. Continuó así casi un minuto entero y Ben empezó a temer que el astromecánico finalmente hubiese sufrido un fallo catastrófico. Metió un dedo dentro del

chasis deformado y empezó a apartar cables, buscando soldaduras rotas o relés sobrecalentados, cualquier cosa susceptible de ser reparada.

Finalmente, el droide empezó a chirriar y chisporrotear, aunque tan débilmente que era prácticamente imperceptible. Entonces, los ventiladores de refrigeración de la placa base empezaron a zumbar, un indicio de que estaba atareado con algún procesamiento complejo. Ben quedó petrificado, temiendo afectar al circuito si retiraba el dedo.

—Oh, cielos —dijo C-3PO—. Tanto esfuerzo está forzando su procesador. Quizá deberíamos descansar un poco y dejar que se le enfríen los circuitos.

Ben negó con la cabeza.

—No sé qué pasa, pero no tenemos ninguna garantía de que pueda volver a hacerlo. Y puedo oír que sigue usando electricidad. Démosle la oportunidad de resolverlo.

—Es nuestra mejor baza —coincidió Lando.

Se quedaron callados, escuchando el zumbido de los ventiladores, intentando no encogerse de miedo ante los leves chasquidos que emitía el droide.

Al cabo de un momento, Lando dijo:

—Ben, los dos sabemos que Ohali Soroc buscaba el monolito Mortis y no hay duda que eso parece un monolito.

Ben asintió.

—¿Te estás preguntando si los Qreph han podido encontrar el monolito Mortis? Yo también lo he pensado —hizo una pausa y preguntó, con cierta reticencia—. Pero si Ohali creía haber encontrado el monolito Mortis, ¿por qué Bolanueve lo etiquetó como estación espacial?

—Ya te entiendo —dijo Lando—. Ohali debió pensar que lo que veía era una estación espacial.

—Exacto. Hasta que no lo tengamos más claro, debemos suponer que eso es lo que hemos encontrado.

—¿Los Qreph pueden haber construido esa cosa? —preguntó Omad.

—Sin duda —contestó Lando—. Están a la vanguardia de todo tipo de tecnología y tienen más dinero que la mayoría de imperios galácticos.

—Entonces puede que nos estemos concentrando en el problema equivocado —sugirió Omad—. En vez de preguntarnos qué es esa cosa, quizá deberíamos preguntarnos por qué la han traído a la Falla Chiloon.

—Porque quieren que sea completamente secreta, por supuesto —dijo Ben. Un pensamiento aterrador se le pasó por la cabeza y se volvió hacia Lando—. No pueden haber estado construyendo una especie de Estrella de la Muerte, ¿verdad?

Lando abrió los ojos como platos, pero negó con la cabeza.

—Serían capaces, pero algo parecido a la Estrella de la Muerte no serviría de mucho sin una flota considerable para respaldarla. Y si contasen con una flota tan grande, no contratarían mandalorianos para que se ocupen de hacerles el trabajo sucio por aquí.

Bolanueve emitió un chirrido y volvieron a concentrarse en él.

—Trespeó, ¿qué dice? —preguntó Lando.

—Puede no ser fiable —dijo C-3PO—, pero asegura que la Jedi Soroc encontró la estación espacial cuando seguía a una esfera de meditación Sith.

—¿Una esfera de meditación? —repitió Ben. Se le empezaba a revolver el estómago, la única esfera de meditación que conocía era la que pilotaba Vestara Khai y lo que esta le había hecho superaba por mucho la traición. Le había tomado por tonto, robándole el corazón y pisoteándolo hasta dejarlo hecho papilla, y no había ningún Sith en toda la galaxia que desease atrapar más que a ella—. ¿*Nave*?

Bolanueve emitió un siseo largo, apenas audible.

—Bolanueve no puede confirmar la identidad de la esfera de meditación —dijo C-3PO—, solo que la Jedi Soroc la siguió hasta la…

C-3PO se quedó callado y lanzó una descarga de estática hacia Bolanueve. El R9 respondió con un chasquido agudo.

C-3PO se volvió hacia Ben.

—Me temo que vuelve a mezclar datos. Ahora parece creer que esa tal *Nave* condujo a la Jedi Soroc hasta una trampa mandaloriana.

El R9 emitió un suave rumor de indignación. El holograma de la extraña estación espacial reapareció y desapareció abruptamente con un ardiente destello naranja. Cuando la imagen regresó, era temblorosa y cargada de estática. Tres halos brillantes parecieron materializarse de la nada y crecieron rápidamente para convertirse en tres Bes'uliiks mandalorianos. Unas relucientes descargas de energía empezaron a volar entre el StealthX y los cazas estelares. La holo giraba y se sacudía mientras Ohali realizaba maniobras evasivas, después se alargaba en un borrón luminoso cuando el StealthX saltaba al hiperespacio.

Bolanueve, mejor dicho, los restos de Bolanueve emitieron una serie de chirridos.

—No es necesario ser grosero —contestó C-3PO—. Solo sugiero que debemos tener cautela, teniendo en cuenta tu estado.

—Pregúntale qué pasó tras el salto —dijo Ben.

C-3PO le transmitió la pregunta. El astromecánico siseó algo débilmente y quedó en silencio.

—No lo sabe —tradujo C-3PO—. La Jedi Soroc le ordenó trazar una ruta de vuelta a la FallaRed y emitir una llamada de auxilio, pero Bolanueve fue alcanzado por un cañonazo al entrar en el hiperespacio y no le dio tiempo.

Bolanueve añadió otro breve siseo.

—Cuando recuperó el conocimiento —tradujo C-3PO—, el Jedi Skywalker lo estaba reparando.

—¿Y las coordenadas de navegación? —preguntó Omad—. ¿Dónde está esa estación espacial?

Bolanueve contestó con una retahíla de coordenadas que suscitaron fruncimientos de cejas generalizados entre los presentes.

—No puede ser —dijo Lando—. Está a mitad camino del Núcleo. ¿Y el historial de navegación?

—No te molestes —dijo Omad. Ben notó que un brillo de comprensión había aparecido en el aura de Fuerza de Omad—. No serviría de nada.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Ben.

—No, pero sé dónde buscarla —contestó Omad—. Creo que está en una zona llamada la Burbuja de los Perdidos.

—No suena muy bien —dijo Lando—. ¿Qué es esa Burbuja?

—Una zona de naves fantasma —contestó Omad—. Muchos capitanes de remolcadores aseguran que es un mito, pero existe. Nadie entiende qué es, solo que acercarse a ella es muy peligroso.

—¿Peligroso normal? —preguntó Lando—. ¿O peligroso según los estándares de la Falla?

—Tan peligroso como para que ningún minero cuerdo intente trabajar por allí. La cooperativa de apoyo renunció a sus intentos por extender la FallaRed hacia la Burbuja hace más de cien años. Las balizas siempre terminaban por perder el contacto entre ellas, por más que colocasen los equipos de reparación.

—¿Dónde iban? —preguntó Ben.

—Esa es la cuestión —dijo Omad—. En realidad no iban a ningún sitio. Los equipos de reparación las encontraban a menudo en sus posiciones relativas originales… aunque la distancia entre ellas era mucho mayor de lo que debería.

—¿Y seguían operativas? —preguntó Ben.

Omad asintió.

—Exacto. Era como si el espacio creciese entre ellas, hasta que quedaban fuera de sus respectivos alcances.

—Como si el espaciotiempo se extendiera —dijo Lando—. ¿Podría haber un agujero negro?

—Quizá, pero solo si fuera un agujero que no engulle nada —dijo Omad—. Las naves que desaparecen en la Burbuja no se pierden para siempre. Solo parecen perder el rumbo, pero siempre aparecen en algún sitio… con el tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Ben. Empezaba a tener un mal presentimiento sobre las posibilidades de volver a ver a su padre—. ¿Y en qué estado se encuentra la tripulación cuando las naves reaparecen?

—A veces las naves se pierden solo unas semanas. La tripulación suele aparecer conmocionada, pero bien. Otras veces, desaparecen durante siglos. Cuando eso sucede, la tripulación termina reducida a huesos y polvo.

—Así que no tenemos horizonte de sucesos —dijo Lando—. La Burbuja es simplemente una gran esfera de espaciotiempo en expansión, con esa extraña estación espacial en el centro.

—Exacto —dijo Omad—. Aunque no sé si la estación está en el centro o en un rincón de la Burbuja. Nunca había oído hablar de ella, así que ni siquiera puedo estar seguro de que esté allí dentro.

—Lo está —dijo Lando—. Por fuerza. Las piezas no encajarían tan bien si no pertenecieran todas al mismo rompecabezas. Mi única duda es cómo vamos a encontrar la estación.

—Si los Qreph y sus mandalorianos pudieron encontrarla, nosotros también podremos —dijo Ben. En la que debía ser la décima vez del día, empezó a expandir su conciencia en la Fuerza hacia el exterior del *Halcón*. Buscaba la presencia de su padre, por supuesto, pero esta vez pensaba ir mucho más allá del *Ormni*, hasta la Burbuja—. Quizá no seamos tan inteligentes como un par de columis, pero tenemos la Fuerza.

Dieciséis

Las voces que llegaban por el comunicador integrado del casco eran apremiantes y bruscas, como de soldados cuando acorralan al enemigo. Leia no hablaba mando'a, por lo que no entendía qué decían exactamente, pero se hacía la idea. Probablemente tenía que ver con los dos nargones muertos que Luke y ella habían dejado frente al turboascensor, en la planta de producción. Si era así, tenían unos tres minutos hasta que sus perseguidores llegasen a la enfermería. Después, alguien encontraría a los dos guardias inconscientes y en ropa interior. Y entonces todo el personal de seguridad del *Ormni* empezaría a buscar a dos Jedi enfundados en armaduras mandalorianas blancas.

Leia miró a R2-D2. En aquel momento, tenía el brazo interfaz conectado a la toma para droides que había junto a una escotilla sellada. El pequeño droide emitía leves pitidos para sí, con su único fotorreceptor vuelto hacia un droide quirúrgico 2-1B capturado, que estaba en la pared opuesta, sosteniendo a Dena Yus. Luke había desactivado el comunicador interno del droide médico, pero R2-D2 seguía desconfiando y estaba decidido a no quitarle ojo.

—Deja que yo me preocupe por la seguridad, ¿quieres? —le dijo Leia—. Tú sácanos de aquí.

R2-D2 respondió con un último pitido irritado y giró su fotorreceptor hacia la escotilla. Mientras el droide trabajaba, Leia sintió un contacto familiar en la Fuerza. Creyendo que era su hermano, miró por el pasillo de servicio hacia el cruce, donde Luke se hacía pasar por un guardia mandaloriano. Pero en vez de volver la vista hacia ella, tenía el casco levemente inclinado hacia un lado, como si hubiera sentido aquel mismo contacto en la Fuerza.

Se dio cuenta de que quien la había tocado no era Luke, sino su hijo.

Con Vestara Khai aún tras sus pasos, Luke no había podido intentar contactar con Ben. El joven Caballero debía de estar preocupado, sobre todo si Tahiri y él habían respondido a la llamada de auxilio del StealthX.

Leia mantuvo el contacto lo suficiente para hacerle saber a Ben que estaba viva y más o menos bien, después volvió a concentrarse en su huida. Si R2-D2 no se deba prisa, quizá debía empezar a buscar el primer conducto de basuras para lanzarse por él.

El droide giró su cúpula y le lanzó un pitido inquisitivo.

—Ya era hora. Hazlo.

Sonó el ensordecedor estruendo de una alarma de emergencia en tres largos bocinazos y una voz femenina sintetizada llegó por la megafonía internave.

—Alarma de suceso catastrófico. Diríjanse ordenadamente a sus puestos de evacuación asignados y desplieguen sus naves de salvamento. Repito…

R2-D2 emitió un pitido triunfal.

Leia señaló la escotilla.

—¿No olvidas algo?

El droide gorjeó indignado, abrió la escotilla y replegó su brazo interfaz. Leia echó un vistazo al pasillo del otro lado y encontró rápidamente una cámara de seguridad de gran angular en el techo, cuya lente cegó con una descarga silenciosa de energía de Fuerza.

Al volverse vio que Luke iba hacia ella, sin cojear demasiado, pero claramente dolorido. Llevaba la pistola bláster que habían tomado prestada en la funda, pero su espada de luz iba escondida, como la de Leia, en uno de los compartimentos de almacenaje de R2-D2, que normalmente empleaba para brazos multiusos de recambio.

Volvió a sonar la alarma de emergencia y la misma voz sintética repitió la orden de evacuación. Por el extremo más alejado del pasillo de servicio empezó a pasar a toda prisa el personal administrativo de TEG, rumbo al hangar ejecutivo. Luke cogió a Dena Yus en brazos y miró a Leia.

—Ben está aquí.

—¿A bordo del *Ormni*? —dijo Leia, con la voz entrecortada.

Luke negó con la cabeza.

—Cerca —dijo—. Parecía… entusiasmado.

—¿Crees que ha encontrado a Ohali?

Luke se encogió de hombros.

—Supongo que no tardaremos en averiguarlo. Si el plan de Dena funciona.

—Funcionará —dijo Yus. Las heridas que había sufrido durante el tiroteo del casino ya se estaban curando, pero su voz seguía siendo frágil y sentía su cuerpo débil por la malnutrición—. Tiene que funcionar.

—Más vale —dijo Leia. No había engaño en la aura de Fuerza de Yus, pero a Leia le parecía conveniente no bajar la guardia. Era evidente que Yus había trabajado para los Qreph desde el principio y aún no habían tenido tiempo para examinar detenidamente los motivos de su reciente cambio de bando—. Si es una trampa, serás la primera en caer.

Yus contestó con una sonrisa paciente.

—Me harías un favor —miró por la escotilla—. Deberíamos llevarnos una carabela LujoVeloz. Están diseñadas para cuidar de los pasajeros y seguro que habrán varias marchándose.

Leia cruzó la escotilla y avanzó por un pasillo sinuoso hacia la enormidad plateada del hangar ejecutivo. Cegó otras dos cámaras del techo y empezó a cruzar el hangar. Debía de haber unas tres docenas de embarcaciones posadas en la cubierta impoluta, agrupadas por modelos y colocadas en filas ordenadas. Cerca del centro del muelle estaban las cuñas azules de cinco carabelas LujoVeloz.

La alarma de emergencia y la voz sintética seguían repitiéndose, apremiando a la tripulación a evacuar. Los primeros contingentes de personal administrativo estaban llegando a la entrada principal, pasando junto a dos guardias mandalorianos y cuatro nargones visiblemente molestos. Leia vio que uno de los nargones les miraba y le sostuvo la mirada a través del visor de su casco, lo suficiente para indicarle que no le consideraba ningún peligro.

El nargón erizó su cresta craneal. Levantó un brazo para señalar al grupo de Leia y se volvió hacia sus superiores mandalorianos.

—No miréis —les dijo Leia a sus compañeros—. Pero creo que ya estamos dentro…

Antes de que Leia pudiera terminar, le llegó una ráfaga de mando'a por el comunicador del casco. Temiendo que el mensaje pudiera ser una orden de búsqueda de dos intrusos en armadura blanca, se agachó rápidamente junto a R2-D2, donde podría sacar su espada de luz rápidamente. Pero en vez de volver para detenerlos, el escuadrón de seguridad entró en el hangar y empezó a hacer gestos a los que pretendían abandonar la nave para que regresasen a sus puestos.

Con la alarma aún sonando y una riada constante de personal llegando, el personal administrativo no se mostraba muy cooperativo. Un trío de seres más mayores y solemnes, probablemente altos ejecutivos, dio un paso al frente para hablar con los guardias. Los demás se limitaron a rodearlos.

Cuando los nargones por fin habían logrado colocarse en fila en la entrada ya era demasiado tarde. Docenas de seres se habían abierto paso a empellones hasta el muelle y corrían hacia las naves más próximas.

Leia y sus acompañantes también seguían avanzando y casi habían llegado a los LujoVeloz. Lanzó otra oleada de energía contra las cámaras de seguridad del techo y se volvió hacia R2-D2.

—¿Cuánto falta para que el puente del *Ormni* cancele la alarma de evacuación?

R2-D2 emitió un pitido negativo.

—¿Alguna idea? —preguntó Luke.

El droide emitió otro pitido negativo, pero esta vez más insistente y agudo.

—Su astromecánico tiene una opinión un tanto elevada de sí mismo —dijo el droide 2-1B—. Asegura que la alarma no se puede cancelar sin inutilizar todo el sistema de megafonía internave.

R2-D2 emitió un pitido afirmativo y salió rodando hacia delante, hasta la hilera de LujoVeloz. Viró bajo la nave del centro, se detuvo detrás del tren de aterrizaje delantero e insertó su brazo interfaz en una toma de diagnóstico. Al cabo de un instante, las luces de aterrizaje se encendieron y una parte del casco azul descendió para servir de rampa de embarque.

R2-D2 giró su fotorreceptor hacia el 2-1B y emitió un gorjeo largo y burlón.

—Aún no lo has logrado, pequeño droide —le contestó el 2-1B—. No es lo mismo colarse a bordo de una nave estelar de TEG que escapar volando con ella.

—Ya basta, Dos-Uno-Be —dijo Yus y miró mal al droide médico mientras Luke la subía por la rampa—. ¿O quieres que los Jedi te hagan un borrado de memoria?

La cabeza del 2-1B se giró hacia ella.

—No se atreverían. ¡Soy un droide quirúrgico!

—Si no te mueves no serás más que chatarra —dijo Leia, haciéndole gestos al 2-1B para que subiera la rampa—. Solo te hemos traído para que cuides de Dena y, francamente, tampoco le tengo tanta simpatía.

El droide chisporroteó con indignación y subió apresuradamente la rampa, evitando mirar a Leia.

—Menudos sacrificios tengo que hacer por mis pacientes —masculló.

En cuanto 2-1B estuvo a bordo, R2-D2 retiró su brazo interfaz de la toma de diagnóstico. La rampa empezó a ascender inmediatamente. Leia saltó sobre ella y corrió hacia la cabina, pequeña pero elegante, del LujoVeloz, buscó los controles internos y volvió a bajar la rampa para R2-D2.

A aquellas alturas, Luke ya se había quitado el casco y estaba atando a la dolorida Dena Yus a un asiento de cuero de nerf. Leia esperó con impaciencia que su droide subiera la rampa, sabiendo que recurrir a la Fuerza para subirlo a bordo solo atraería una atención no deseada.

Con la alarma aún sonando y la voz sintética repitiendo las órdenes de evacuación, la situación en la entrada del hangar se estaba deteriorando por momentos. Un centenar de seres furiosos intentaban abrirse paso entre los cuatro nargones, que habían empezado a repeler a los intrusos. Los tres ejecutivos les hacían gestos groseros a los mandalorianos, que se mantenían testarudamente firmes… con las manos apoyadas en las culatas de sus blásteres aún enfundados. Los seres que ya habían entrado en el hangar subían por las rampas de embarque de otras cinco embarcaciones, incluidos varias LujoVeloz más.

R2-D2 finalmente llegó a bordo. Leia subió la rampa y se giró para ir delante… pero se detuvo al notar que el comunicador de su casco había quedado en silencio. Fue hasta una ventanilla y miró hacia fuera con desazón.

Los nargones seguían poniendo mucho empeño en evitar que los empleados entrasen en el hangar, aunque se les habían colado otras dos docenas y ya corrían hacia las naves espaciales más próximas. Pero los mandalorianos se habían alejado de los ejecutivos y ahora tecleaban en paneles de control de sus muñecas, sin duda buscando un nuevo canal de comunicación.

Leia se quitó el casco.

—Saben que les estamos escuchando, lo que significa que ya han encontrado a nuestros amigos de la enfermería —hizo un gesto a R2-D2 para que fuera hacia la cubierta de vuelo—. Erredós, arráncalo. Tenemos que irnos ya.

—No… no podemos ser los primeros en irnos —dijo Yus—. El *Ormni* es el centro de operaciones de TEG en la Falla y la mayor parte de su fuerza de seguridad está aquí. Si nos marchamos los primeros y sin que nos den la autorización, nos habrán abordado antes de haber recorrido tres kilómetros.

—Siempre será mejor eso que nos cierren unas puertas blindadas ante las narices —replicó Luke.

—No hay puertas blindadas —dijo Yus—. El *Ormni* es un triturador de asteroides, no un Destructor Estelar. Las puertas de los hangares tienen potentes escudos deflectores, pero solo para prevenir ataques externos. Desde dentro, debería ser fácil desactivar los generadores de escudos.

Luke miró a Leia, claramente tan confundido ante aquello como él. Seguía sin ver nada en el aura de Fuerza de Yus que sugiriese que les estaba mintiendo, pero esperar solo haría que el equipo de operaciones tuviese más tiempo para reaccionar, algo que podía volverse fácilmente en su contra. Leia miró por la ventanilla y vio que el equipo de seguridad había abandonado su puesto para empezar a registrar el hangar. Tras ellos, centenares de empleados deseosos de marcharse estaban a punto de complicarles la tarea irrumpiendo en el muelle.

—Quizá tengamos medio minuto —dijo Leia—, pero no más.

El LujoVeloz dio una leve sacudida cuando R2-D2 activó el núcleo de fusión.

—Mejor un minuto —le dijo Yus—. Necesitamos que alguien nos cubra. No nos conviene ser los primeros en abandonar el hangar.

—Ya te he oído antes —dijo Leia. Fue hasta la cubierta de vuelo y miró la entrada del hangar. El campo-barrera atmosférico seguía emitiendo un leve brillo translúcido, pero el equipo de operaciones estaba en la sala de control de encima de la entrada del hangar, mirando por su propia ventanilla el caos que tenían a sus pies, y Leia no dudó que estaban debatiendo formas de recuperar el control de la situación.

—No tenemos un minuto —dijo Leia. Se giró y le hizo un gesto a 2-1B para que fuera a sentarse—. Átate. Despegaré sin avisar.

Luke arqueó una ceja.

—Parece que a mí me tocan los cañones.

—Bien visto —dijo Leia, sonriendo—. Avísame si los guardias del hangar vienen hacia nosotros.

Fue hasta la cubierta de vuelo y ocupó el asiento del piloto, después esperó impacientemente mientras las naves cercanas empezaban a arrancar sus motores. Al cabo de unos diez segundos, le llegó la voz de Luke por el intercomunicador.

—Están entrando refuerzos mando en el hangar —abrió fuego con los cañones láser, sin duda intentando retrasar a los refuerzos, y llenó el hangar de luz intensa—. ¡Sácanos de aquí, ahora!

Otras naves empezaban a alzarse. Leia tiró del timón hacia atrás, se elevó de la cubierta y se colocó en fila tras otro Lujo-Veloz, rumbo a la salida.

R2-D2 emitió un pitido de alerta y Leia descubrió al bajar la vista que el sistema de comunicaciones parpadeaba, llamando su atención.

—Si es el control del hangar…

Antes de que Leia pudiera decir «ignoradlo», surgió una voz nasal del altavoz de cabina.

—Atención todas las naves: los escudos deflectores se están activando. No hay ninguna emerg…

El mensaje se disipó en una descarga de estática cuando las descargas de los cañones de media docena de naves convergieron en la entrada del hangar. Los generadores de escudos volaron en un estallido de chispas y metal fundido, alguien volvió a disparar… y alcanzó por error a los generadores del campo-barrera.

Como mínimo, Leia esperaba que hubiera sido por error.

De repente, el hangar se llenó de cuerpos volando y material dando tumbos, y la Fuerza se estremeció con el terror frío de centenares de seres agonizantes.

Leia apretó los propulsores a fondo, intentando ignorar su propio horror, y siguió un círculo ardiente de iones que salió disparado por la puerta del hangar hacia el espacio libre. Extendió su conciencia en la Fuerza hacia el espacio exterior y no le sorprendió demasiado percibir la presencia familiar de Ben Skywalker a estribor.

Leia se elevó, empujó los propulsores más allá de sus topes de sobrecarga y vio la estela doble de iones de tres Bes'uliiks serpenteando por el vacío negro que tenían delante. La presencia de Ben se hizo más fuerte, más urgente. Empujó el timón con fuerza hacia estribor, girándose hacia el tenue banco de plasma de la Falla en que parecía ocultarse.

Un hormigueo de peligro le recorrió la espalda, los pilotos mandalorianos siguiéndola. El LujoVeloz se estremeció cuando Luke abrió fuego con sus cañones láser y el contraataque enemigo sobrecargó sus escudos. La cabina se llenó de alarmas de daños y el casco chirrió con el ruido de los cañonazos que perforaban el fino blindaje de la carabela.

R2-D2 emitió otro pitido de alarma y la familiar voz de Lando Calrissian les llegó por el canal de comunicación.

—¡Descended, descended, descended! —ordenó—. ¡Os estamos cubriendo!

—¿Lando? —exclamó Leia—. ¿Qué estás…?

Demasiado aliviada para terminar, se limitó a empujar el timón hacia delante y a lanzar un gritito ahogado cuando el *Halcón Milenario* emergió del plasma, apenas cien metros por encima de ellos, con los cañones llameantes y misiles de conmoción saliendo disparados. Frenó bruscamente, dando la vuelta para cubrir la popa de su salvador, pero cuando terminó de darla los Bes'uliik ya habían estallado en bolas de fuego y el *Halcón* estaba a mitad de su pirueta de la victoria.

La voz de Luke le llegó por el comunicador.

—¡Lando! —exclamó—. Tú sí que sabes hacer apariciones espectaculares.

Diecisiete

Hasta el mero acto de arrastrar unas cartas-chip por la superficie de terciopelo de la mesa hacía que Han sintiera punzadas agudas de dolor en el brazo. Intentaba convencerse de que el dolor no era para tanto, que no le habían aplastado el pulgar y que aún conservaba todas las uñas. Lo que sentía eran nervios inflamados, consecuencia de las inyecciones y descargas suministradas por el sofisticado droide de tortura de los Qreph, DSD-1. Pero su cuerpo no colaboraba. Las manos le temblaban, tenía la frente húmeda por el sudor, su respiración era acelerada y débil, y aquello era un problema mayor que el dolor en sí.

También había adquirido un tic.

El dolor había empezado a desgastarlo y sabía, por las reacciones de los nuevos jugadores (por la mirada desviada de Ohali Soroc y la sonrisa hambrienta de Barduun), que todos lo veían. Creían que estaba acabado, listo para rendirse. Y quizá debería estarlo. Llevaba intentando crear problemas entre los Qreph desde que había llegado y lo único que había conseguido era despertar su lado más sádico. Un hombre más precavido podría haberse dado por aludido y dejado de presionarles.

Por suerte, Han nunca había sido un hombre precavido.

Porque en aquellos momentos no estaba jugando por él. Leia y Luke seguirían buscándolo. Tenían que hacerlo. Junto a Lando, Omad y, a aquellas alturas, incluso Jaina y un puñado de Maestros Jedi. No podía rendirse sin fallarles. Así que debía insistir, mantener la atención de los Qreph concentrada en él, en vez de en sus futuros rescatadores, porque esa era la única manera de proteger a Leia y a todos los demás.

Sujetó las cartas entre su palpitante pulgar y dos dedos escocidos, les dio la vuelta y descubrió al mirarlas que su nueva carta-chip le daba una puntuación exacta de cero. El cero no tenía nada de especial, excepto que se apodaba «cero absoluto» porque era la peor puntuación que podía obtener un jugador de sabacc sin pasarse. Lo más seguro era retirarse de la mano y dejar que los demás siguieran pensando que le tenían calado.

Pero no podías derrotar a los Qreph jugando a lo seguro.

Han asintió y dijo:

—Voy.

La jugadora que tenía a la izquierda, Ohali Soroc, usó la Fuerza para atraer sus cartas-chip y las cogió tímidamente entre el pulgar y dos dedos más. Los otros dos dedos de esa mano seguían rígidos y extendidos, indicio del dolor persistente que sentía por sus pérdidas anteriores. Como Han, la Jedi duros estaba sentada sin atar en una silla de reconocimiento modificada, con una túnica de laboratorio ancha sobre una red de electrodos y agujas de sondas que registraban sus ondas cerebrales y reacciones psicológicas al retorcido juego de apuestas en dolor de los Qreph.

Los hermanos querían que Han creyera que era la Caballero Misionero que se había topado con la Base Primera y habían capturado sus mandalorianos. Y quizá lo fuera. En definitiva, había superado su improvisado test de identidad con éxito, corrigiéndole

cuando le dijo que la última vez que se habían visto había sido en la boda de Jaina, en Coruscant. La boda, le había recordado ella, se había celebrado a bordo del *Reina Dragona II y* Ohali no había asistido porque aquel mismo día los Caballeros Misioneros habían partido en busca de Mortis.

Finalmente, Soroc tiró las cartas hacia Mirta Gev, que seguía ejerciendo de repartidora. Le habían quitado la tablilla de la nariz, pero ahora tenía el tabique torcido y sus ojos seguían hinchados y levemente morados.

—No voy —dijo Soroc.

Gev asintió, casi con complicidad, y se volvió hacia el droide de tortura.

—Aún debe la apuesta inicial.

El droide torturador, una esfera oscura provista de jeringuillas, garras y picanas eléctricas, voló rápidamente hasta ella y extendió una aguja de inervación. Soroc se estremeció, pero se dio la vuelta y le tendió la mano izquierda al droide.

Consciente, por procedimientos previos, que la electroinyección no detendría la partida, Han dejó que su mirada pasase de Gev a la otra Ohali Soroc, que parecía una especie de réplica retardada con la que los Qreph parecían estar experimentando.

—¿Y tú, Doble?

Los saltones ojos rojos de Doble brillaron con indignación.

—No me llamo Doble —dijo—. Soy Ohali Dos.

—Si tú lo dices —Han miró a la primera Ohali Soroc, que había echado la cabeza hacia atrás y miraba al techo, mientras el droide de tortura usaba sus herramientas para replicar el dolor de la extracción de una uña. Han puso los ojos en blanco y se volvió hacia Doble—. ¿Vas?

Ella le dedicó una sonrisa que en un humano habría parecido una mueca desdeñosa. En una duros, solo parecía fuera de lugar.

—¿Usted qué cree, capitán?

—Que sí. No sé por qué lo pregunto.

Doble era una de esos jugadores que no parecía entender que el sabacc consistía en algo más que asumir riesgos. Iba en demasiadas manos, que perdía en su mayoría, y celebraba pomposamente victorias pírricas, como si hubiera ganado el Abierto de los Mundos del Núcleo.

Han pasó de largo a Craitheus Qreph, que ya se había retirado, y miró al siguiente jugador, un mandaloriano de potente mentón y pelo oscuro llamado Barduun.

Vestido con uno de los monos acolchados que solían llevar bajo la armadura beskar’gam, Barduun era lo bastante feo para ser mandaloriano. Pero no lo era… al menos ya no. Había algo raro en él, una maldad traviesa que parecía excesivamente retorcida para ser humana.

Y además era un usuario de la Fuerza.

En aquel momento, Barduun la estaba empleando para sujetar las cartas-chip frente a sus ojos. Siguió examinándolas un instante, probablemente sin motivo alguno, excepto

hacer esperar a los demás jugadores. Después, por fin, las dejó en la mesa y miró a los ojos a Han.

—Jhonus Raam sube la apuesta —dijo Barduun, refiriéndose a sí mismo por el nombre grabado en el pecho de su mono—. Jhonus Raam sube a… un ojo quemado.

Han se tuvo que obligar a no mirar hacia otro lado ni llevarse las doloridas manos al regazo, pero incluso así el sudor empezó a caer más profusamente por su frente. A Barduun le gustaba intimidar y asustar a sus competidores subiendo las apuestas a nuevos tipos de tortura que nadie había experimentado.

Desgraciadamente, su estrategia estaba resultando exitosa. Había sido Barduun el que había obligado a Han a sufrir el dolor de un pulgar aplastado en un astuto contrafarol. Más adelante, Han se había retirado con buenas puntuaciones, para terminar descubriendo que las apuestas de Barduun eran simples faroles. Pero con un cero absoluto en la mano, no tenía elección. Cuando le tocase apostar, tendría que volver a retirarse.

Marvid Qreph, sentado entre Han y Barduun, dijo:

—Subo.

Han quedó boquiabierto. Marvid no había jugado tan tímidamente como su hermano, pero tras perder un par de manos dolorosas con Barduun, se había mostrado aún más reticente que Han a desafiar al… bueno, lo que fuera Barduun. Si Marvid subía una apuesta de un ojo quemado, debía de tener al menos un sabacc puro, puede incluso que una Colección del Idiota.

Marvid se volvió hacia Han.

—Subo con esta pregunta: ¿quién le voló la cabeza a mamá?

Barduun puso mala cara.

—Una pregunta no es subir —miró a Gev, quien, como repartidora, se suponía que ejercía como juez árbitro en cuestiones de reglas—. Ni siquiera es una apuesta. Estamos jugando por dolor, no por respuestas.

La reprimenda hizo que los ojos de Marvid se estrechasen en óvalos enfurecidos.

—Existen muchos tipos de dolor, Barduun —mientras hablaba, Marvid miraba fijamente a Han—. Algunas respuestas pueden causar muchísimo.

Gev asintió.

—Acepto eso —dijo esta—. Es una apuesta válida.

—Por mí bien —dijo Han, pensando que quizá había llegado el momento de echarse un farol. Había averiguado que los Qreph eran descendientes de una corredora de información columi a la que había consultado en una ocasión en Ord Mantell. Al parecer, había sido su último cliente, antes de que alguien le metiera una descarga de bláster en la cabeza. Naturalmente, los Qreph habían crecido culpando a Han—. Pero ¿estás seguro de querer hacer esa apuesta, Marvid? Quizá deberías preguntárselo a Craitheus. Ya os lo he dicho, yo no disparé a tu madre.

—No es eso lo que he preguntado —dijo Marvid. Su cara se había tensado por el resentimiento, lo que Han había interpretado como que su estrategia de crear animosidad

entre los hermanos seguía funcionando—. He preguntado quién lo hizo. ¿Tiene algún motivo para no querer contarme lo que sabe?

—Sí —dijo Han, decidiendo lanzarle un pequeño anzuelo—. No estoy seguro.

—Vamos, capitán Solo. Las reglas solo exigen un esfuerzo bien intencionado —Marvid miró a la repartidora—. ¿No es así, comandante Gev?

Esta asintió.

—Esas son las reglas. Mientras la respuesta no active la rutina de detección de mentiras, basta con explicar lo que uno sabe.

Han se detuvo a pensar. Marvid probablemente tenía derrotado a Barduun, pero aquel tipo de apuestas iban a asustarle, lo que significaba que no haría falta gran cosa para que se retirase. Han le dedicó una sonrisa conspirativa a Craitheus y volvió a mirar a Marvid.

—En ese caso, también subo.

Un destello de duda cruzó la cara de Marvid y Han supo j que no tenía nada mejor que un sabacc puro, puede incluso que un sabacc negativo. Ambas puntuaciones derrotaban a su cero absoluto, pero Han ya no jugaba con sus cartas. Ahora j estaba jugando con *Marvid*. Y estaba bastante seguro de ir ganando. Volvió a echar un vistazo a sus cartas-chip y bloqueó el valor de su mano en cero, empujando las tres cartas hasta el campo de estasis.

—Quiero preguntarle algo a la Jedi Soroc, la auténtica —Han se volvió para mirar por la ventanilla, desde la que se veía una llanura polvorienta y negra tan perfectamente lisa y carente de cráteres de impacto que tenía que haberla creado una especie inteligente y avanzada—. Quiero saber si este lugar está en el monolito Mortis.

El ectocuerpo de Craitheus siseó y se inclinó hacia delante.

—¿Le parecemos los Elegidos, capitán Solo?

—La verdad es que no —dijo Han, mirando hacia otra parte para pensar.

Era evidente que los Qreph habían tenido tiempo más que suficiente para interrogar a Ohali sobre su misión como Caballero Misionero, así que no le sorprendió que Craitheus se refiriese a los Elegidos. Lo que le sorprendía era que los hermanos no parecían muy preocupados por la posibilidad de haber construido su Base Primera en el monolito Morris. Han no era ningún experto en los nexos de la Fuerza, pero sabía lo suficiente para darse cuenta que ubicar un laboratorio en un lugar con semejante poder era como construirse una casa sobre un volcán activo para aprovechar la calefacción gratuita.

Lo que no significaba que los Qreph lo hubieran hecho, por supuesto. Eran lo bastante arrogantes para creerse capaces de usar algo como el monolito Mortis en su propio beneficio y esquivar peligros que ni siquiera percibían. O quizá Han estaba malinterpretando la situación por completo. Quizá Craitheus no estaba preocupado porque sabía que aquello no era Mortis.

Solo había una manera de averiguarlo.

Se volvió hacia Marvid.

—Pero esa es mi apuesta. Si quieres saber quién disparó a vuestra mamá, tendrás que permitirme preguntarle a Ohali si estamos en Mortis.

La respuesta de Marvid fue mirar al siguiente jugador en el turno de apuestas, Doble. Esta usó la Fuerza para levantar sus cartas-chip y echar un vistazo a los valores, después bajó la vista hasta sus manos temblorosas. Cerró un ojo, como si intentase imaginar cómo vería si lo perdía, y volvió a mirar sus cartas. Han sabía que, en el mejor de los casos, tenía una mano mediocre. Pero Doble no se retiraba fácilmente… no hasta que hubieran repartido la última carta-chip, cuando ya no había posibilidad alguna de salvarte gracias a un cambio de última hora.

Finalmente, Doble levantó la vista.

—Veo… veo la apuesta.

—Por supuesto —Marvid hizo una mueca desdeñosa y concentró su atención en Barduun—. Me parece que te toca apostar.

Un velo de ira oscura pasó por la cara de Barduun, el mismo tic delator que Han ya había visto media docena de veces, por lo que supo que su mano no era muy buena. Aunque aquello tampoco significaba que fuera a retirarse fácilmente. Han esbozó una sonrisa confiada y desvió la vista, como si intentase esconderla.

No tenía la menor idea de qué era realmente Barduun. Hasta el momento, aquel tipo parecía menos interesado en ganar manos de sabacc que en sembrar miedo en los corazones de los demás jugadores, como si fuera una especie de maníaco del lado oscuro que usaba el miedo para alimentar sus poderes en la Fuerza. Han podía entender que los Qreph quisieran crear varias Ohali Soroc, qué magnate de la industria no querría un ejército de esbirros usuarios de la Fuerza, pero no alcanzaba a comprender por qué los columi habían convertido a un mandaloriano bueno en algo como Barduun. Quizá había sido un accidente de laboratorio o algo por el estilo.

Tras un instante, Barduun resopló con frustración y dijo:

—Jhonus Raam sube.

Bien. Las subidas obligarían a Marvid a abandonar. Han miró a Ohali Soroc y la descubrió observando a los guardias nargones de la puerta. Estaba claro que pensaba lo mismo que él, había llegado la hora de intentar algo.

Barduun seguía callado, dejando que el miedo creciera, mientras los demás jugadores se preguntaban qué iba a apostar.

El miedo seguía creciendo cuando la puerta de la sala se abrió y una profunda voz mandaloriana habló a espaldas de Han.

—Disculpen la interrupción, pero lady Raine quiere hablar con los jefes.

Marvid ladeó la cabeza, medio girándose hacia la puerta.

—¿Ya ha llegado Savara? Excelente.

Craitheus, que podía ver la puerta desde su asiento, en el otro extremo de la mesa, le hizo un gesto con la cabeza al guardia.

—Hazla pasar.

—Me ha pedido que les diga que debe ser en privado. Y dice que es urgente.

Marvid lanzó un suspiro melodramático y usó una servoasa para recoger sus cartas-chip.

—Parece que tendrán que continuar sin mí —tiró las cartas hacia Gev y se volvió hacia Han—. Me divertiría mucho verle sufrir, capitán Solo, pero mis deberes me reclaman.

Su ectocuerpo empezó a alejarse de la mesa… hasta que Han lo agarró por unos de los brazos pinza de vanaleación.

—No tan deprisa. Debes una sesión con el droide de tortura.

Marvid miró a su hermano, que iba flotando hacia la puerta desde el otro lado de la mesa.

—¿Por qué miras a Craitheus? —preguntó Han—. No puede sacarte de esto.

Marvid se volvió hacia Han con las sienes palpitándole.

—Estoy seguro de que se cree muy listo, capitán Solo —inclinó su ectocuerpo hacia delante—. Me ha manipulado hasta ponerme en una situación en la que debo o soportar un tormento inimaginable o reconocer que no pensaba pagar mi apuesta. ¿Me equivoco?

—Mira, amigo, lo único que quiero es lo que le debes al bote —dijo Han, cada vez más incómodo—. A nadie le gustan los rajados.

—¿No le gustan, capitán Solo? —una leve sonrisa asomó en labios de Marvid—. ¿Qué cree que es esto? ¿Un evento social?

—Creo que es una partida de sabacc. Y cuando juegas a sabacc, debes pagar tus deudas.

Craitheus sorprendió a Han al girar su ectocuerpo para ir a colocarse junto a su hermano.

—¿Por qué?

Han frunció el ceño.

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué debemos pagar nuestras deudas? —le preguntó Craitheus—. ¿Para que nos diga quien disparó a mamá?

—Eso había pensado, sí —no le gustó ver que los Qreph parecían repentinamente en sintonía, como si hubieran estado jugando con él desde el principio—. Pensaba que queríais saberlo. Marvid me lo ha preguntado varias veces, al menos.

—Solo para asegurarme que entiende por qué está aquí —dijo Marvid.

—Perdón —dijo Han—. Sigo sin entenderlo.

Craitheus le miró mal.

—Represalias, capitán Solo. Por la miseria que soportamos desde que alguien le voló los cerebelos a nuestra madre y no pudo seguir ganándose el pan.

—En ese caso, aún tenéis algo pendiente. Ya os he dicho que yo no disparé a vuestra madre.

—¿Y espera que nos lo creamos? —preguntó Marvid—. ¿La palabra de un contrabandista y rebelde, cuando hay un doce coma dos por ciento de posibilidades de que nos esté mintiendo?

Han frunció el ceño, confundido.

—Con un doce por ciento hay más posibilidades de que estoy diciendo la verdad que con siete a uno.

—Cierto —dijo Craitheus—, pero preferimos minimizar las posibilidades de error. Y ahora las hemos reducido a cero.

—¿Cero? ¿Cómo podéis…? —la respuesta a la pregunta de Han llegó antes de haber terminado de hacerla—. Un momento… ¿Habéis descartado todas las demás posibilidades?

Craitheus inclinó su ectocuerpo hacia atrás y miró al techo.

—¿Tanto le cuesta creerlo, capitán Solo? Sí, hemos destruido a todos los demás sospechosos: Hondo Bador, Cabot Lom, Nevid d'Hon, Berille Ada… cualquiera a quien mamá hubiera podido molestar ayudándole a usted.

—Destruimos hasta al mayordomo —añadió Marvid—. Llevaba veinte años estándar con mamá, pero ella acababa de negarle un aumento de sueldo, así que tenía motivos para estar resentido.

Han solo pudo negar con la cabeza, con incredulidad.

—Estáis los dos chiflados. ¿Matar a cinco inocentes solo para aseguraros de atrapar al culpable?

—Quince inocentes, en realidad —dijo Marvid—. Había otros sospechosos menores.

—¿Y acaso le he dicho que los matásemos? —preguntó Craitheus—. Espero que no nos tome por seres piadosos, capitán Solo. Los destruimos. Les quitamos sus bienes, sus amigos, sus familias…

—Alto ahí —Han se estaba enfureciendo por momentos—. Debéis tener muchas ganas de morir si pensáis que podéis amenazar a mis amigos y familia.

—No son amenazas, capitán Solo —de nuevo, una leve sonrisa asomó en la fina boca de Marvid—. Después de que sobreviviera al intento de asesinato en Sarnus, decidimos probar un planteamiento… más minucioso.

—¿Intento de asesinato? —repitió Han, asustado por las implicaciones de aquello—. ¿Lanzasteis aquel asteroide sobre Sarnus… para matarme a mí?

Una mueca se dibujó en la boca sin labios de Marvid.

—¿Eso le hace sentir culpable, capitán Solo?

—Me cabrea —dijo Han, levantándose de la silla—. Matasteis a cerca de treinta mil personas por un doce por ciento de *aaaaaargh…*

Este arrebato de Han llegó después de que una descarga eléctrica le recorriera la cabeza. Cuando por fin se disipó, volvió a desplomarse en su silla, tiritando y medio paralizado.

Craitheus le acercó tanto su ectocuerpo que el aire se vició con el olor a aceite accionador y sudor de columi.

—Los buenos planes funcionan en distintos niveles, capitán Solo. Su aparición solo añadió una dimensión nueva a nuestro plan para controlar a Calrissian. Y nos convenció de actuar cuanto antes.

Han miró mal al columi.

—Estáis… aca… acabados —dijo entre dientes—. ¿Lo sa… sabéis, verdad?

—¿Porque Luke Skywalker viene hacia aquí? —preguntó Marvid en tono burlón—. Lo dudo mucho. Ya está muerto, igual que su mujer. Savara Raine les tendió una emboscada a ambos en el *Ormni*.

—Usándolo a usted como cebo —añadió Craitheus.

—Seguro que sí —en la respuesta de Han había más esperanza que convencimiento, puesto que su mayor temor desde el principio había sido que Leia y Luke terminasen muertos en su intento por rescatarle—. Y por eso habéis corrido a esconderos aquí.

—Se equivoca —le dijo Marvid—. Para el mapeo mental se necesita un equipo adecuado. Por eso llevamos tanto tiempo aquí.

Han resopló.

—Venga ya. Os estáis escondiendo de Luke y Leia. Y vuestros problemas solo se agravan —lanzó una mirada hacia la puerta, aún abierta, donde dos nargones seguían haciendo guardia—. La Orden Jedi ya debe estar de camino… con una flota de Dragones de Batalla hapanos como apoyo. Si tuvierais una pizca de sensatez, os rendiríais ante mí. Quizá pueda convencerles de que os encierren en algún sitio agradable durante el resto de vuestras vidas.

Los ojos de Marvid brillaron divertidos.

—Un escéptico, ya veo. Bueno, pronto tendrá pruebas de la muerte de su mujer.

Han hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Es fácil hacer promesas cuando no piensas cumplirlas —se dio la vuelta—. En eso, son como las apuestas.

Marvid se quedó callado para pensar su respuesta y Han supo que había tocado una fibra sensible. Concentró su atención en Barduun, con la intención de preguntar cómo veían los demás jugadores a los rajados, pero le interrumpió la réplica de Marvid.

—Puede ser bastante convincente cuando quiere, capitán Solo —Marvid se giró hacia el droide torturador—. Nuestro invitado tiene razón, le debo al bote el dolor de un ojo quemado. Si no gana la mano, cáusaselo a él.

—¿Qué? —preguntó Han, empezando a levantarse otra vez—. No puede apostar el dolor de o*aaaaargh*…

—Parece que sí puedo —dijo Marvid, acompañando a su hermano hacia la puerta—. Disfrute de la partida.

Han oyó la puerta cerrándose con un siseo tras él y vio a Barduun mirándole con una sonrisa hambrienta.

—Una nariz —dijo—. Jhonus Raam sube la apuesta a una nariz rota.

Han puso los ojos en blanco.

—Bien —viendo que Barduun reaccionaba a su aceptación de la apuesta torciendo la nariz involuntariamente, añadió rápidamente—. Y yo subo a… muerte.

—¿Muerte? —preguntó Barduun—. No puedes apostar la muerte.

—Pero puedo apostar cualquier dolor que quiera. Y eso apuesto… lo que se siente al morir ahogado —Han se volvió hacia el droide de tortura—. Puedes hacerlo, ¿verdad?

—Por supuesto —el droide se elevó un poco y se acercó al borde de la mesa de sabacc—. Pero hay un setenta y seis por ciento de probabilidades que el sujeto caiga en coma temporal. Sin duda quedará inconsciente.

Un velo sombrío volvió a pasar por la cara de Barduun y Han supo que no igualaría su apuesta. Fuera lo que fuera Barduun, se alimentaba del miedo de los demás… y los jugadores en coma no le temían a nada. Le sostuvo la mirada un momento, le dedicó una sonrisa torcida llena de respeto y rencor, y se volvió hacia el único jugador que seguía en la mano, Doble.

—Parece que el capitán Solo va con todo —le dijo—. ¿Ves su apuesta?

Doble abrió los ojos aún más de lo habitual y se giró hacia la repartidora.

—¿De verdad puede hacerlo?

—Claro que puedo —le dijo Han, sin apartar la vista de Barduun—. ¿No acabas de verlo?

—En realidad, no puede —dijo Gev—. Ha hecho una doble apuesta.

—¿Doble apuesta? ¡Ni hablar! —a pesar de sus objeciones, Gev tenía razón. Tras ver la reacción de Barduun al hecho de que Han igualase su apuesta, con aquel «bien» que equivalía a un «la veo», Han había añadido una subida. Aquello era una doble apuesta, era ilegal, pero le importaba muy poco—. Solo estás molesta porque te he dejado el pico torcido.

Gev entrecerró los ojos.

—Mi nariz no tiene nada que ver con esto. Solo hago respetar las…

—¿Y cuál es el trato? —preguntó Han, cortándola. Con los Qreph fuera de la sala, había llegado el momento de que los internos tomasen el sanatorio—. ¿Qué saben los Qreph para tenerte sometida?

—Pagan —contestó Gev—. Y pagan muy bien.

—Ya… vale —Han resopló y señaló al droide de tortura—. Ni siquiera un mandaloriano haría algo así por dinero. Si esos dos cabezones no tuvieran nada para presionarte, no estarías aquí. ¿Qué es?

—No tienen nada.

Gev se esforzó por mirar a los ojos de Han, por lo que este pudo ver que los de ella brillaban al mencionar a los Qreph. No la asustaban. En realidad, había algo en ellos que le gustaba. Y Han sabía que solo podía ser una cosa.

—Vamos, no creerás que pueden eliminar los nanoasesinos de la atmósfera de Mandalore, ¿verdad? —le preguntó. La expresión de Gev se ensombreció por la ira y supo que iba por buen camino—. Ni siquiera los columis son tan listos.

Barduun se giró tan rápido para mirar a Gev que el cuello le crujió.

—¿Por eso aceptaste trabajar para ellos?

El hecho de que Barduun no pidiera más detalles indicaba que sabía de lo que Han estaba hablando. Durante la Segunda Guerra Civil, un grupo de moffs imperiales había liberado un nanovirus asesino genéticamente manipulado en Mandalore. Estaba especialmente diseñado para eliminar a Gev y su famoso abuelo, Boba Fett, si alguna vez

volvían a respirar el aire mandaloriano. Ambos llevaban años intentando encontrar la manera de eliminar a los nanoasesinos y poder volver a su casa, y parecía que Gev había recurrido a los hermanos Qreph.

—Te he preguntado si nos trajiste aquí por eso —insistió Barduun—. ¿Para que el Mandalore y tú podáis volver a casa?

Gev por fin se volvió hacia Barduun.

—¿Qué pasa, el dinero no te viene bien?

—¿Para esto? —Han se burló, haciéndole gestos a Barduun—. Hasta yo conozco a los mandalorianos lo bastante bien para saber que tu equipo no firmó para convertirse en ratas de laboratorio de unos chiflados como los Qreph.

La expresión de Barduun pasó de la conmoción al dolor, haciendo que Gev volviera a mirar a Han.

—Basta, Solo —le dijo y puso un dedo sobre un botón de la mesa—. No metas a mi gente en esto.

—Claro, lo que tú digas. Pero deberías preguntarte si los Qreph realmente tienen interés en cumplir sus promesas —miró a Barduun y le hizo un guiño cómplice—. Acabamos de ver lo que les importa respetar su palabra.

—¡He dicho que basta! —el dedo de Gev apretó el botón y las agujas sonda de su cabeza le lanzaron un torrente de dolor intenso y debilitante.

Dieciocho

Tras varias intervenciones quirúrgicas menores, un injerto de piel, los vendajes de bacta y un trance curativo de tres días, Luke empezaba a sentirse prácticamente recuperado. Sus heridas se habían cerrado, las quemaduras eran ya manchas rojas y su tobillo parecía listo para la acción.

Leia también tenía mucho mejor aspecto. Su pelo aún tardaría un poco en recuperar la longitud normal, pero las quemaduras se habían difuminado en discretas cicatrices que terminarían desapareciendo por completo tras unos cuantos tratamientos más con bacta. Y al girarse, lo hizo con una elegancia natural que sugería que los cortes de la espalda ya no le molestaban.

En resumen, Luke y Leia estaban listos para combatir con el enemigo, en cuanto Omad Kaeg encontrase al enemigo. Asistido por R2-D2 y C-3PO, Omad estaba en la cubierta de vuelo del *Halcón*, pilotando a ciegas de una baliza repetidora perdida a otra. Luke estaba bastante seguro de que el joven capitán de remolcador iba completamente perdido en su navegación por la Burbuja. Aun así, admiraba la manera en que respondía a cualquier pregunta sobre dónde estaban con una gran sonrisa y un jovial «¡casi hemos llegado!».

Le recordaba vagamente a Han.

Todos los demás estaban en el salón para tripulación, urdiendo un plan para rescatar a Han y neutralizar al enemigo. Teniendo en cuenta las numerosas desventajas de su grupo, Luke estaba seguro que «neutralizar» terminaría significando «matar», pero querían mantener todas las opciones abiertas. Al fin y al cabo, se suponía que los Jedi eran los buenos.

—Cinco Bes no son un gran escuadrón, pero es más de lo que tenemos nosotros —estaba diciendo Lando—. No hay elección, debemos disparar un par de misiles de conmoción contra los hangares durante la aproximación.

Para dar más énfasis a su argumento, dio un golpecito al recuadro marcado como «hangar» en el plano de la base secreta de los Qreph que había esbozado Dena Yus.

Tahiri reflexionó un momento y puso un dedo sobre el rectángulo alargado que colindaba con el hangar.

—No sé —dijo—. Ese hangar está pegado a los barracones anexos. Si tienen a Han ahí…

—No estará allí —le interrumpió cordialmente Yus, acurrucada en su silla al otro lado del salón, frente al puesto de ingeniería, y con un aspecto aún peor que el que tenía cuando la subieron a bordo del *Halcón*—. El capitán Solo estará del otro lado del patio del hangar, en el ala de laboratorios.

—¿El ala de laboratorios? —preguntó Leia, levantando la vista del plano y con una expresión cada vez más furiosa—. ¿Por qué ahí?

—Porque los Qreph no hacen prisioneros y son demasiado arrogantes para creer que necesitan rehenes —Yus no titubeó—. Si aún tienen al capitán Solo es porque lo están usando para un experimento.

—¿Qué tipo de experimento? —preguntó Leia.

Yus negó con la cabeza.

—Si lo supiera, se lo… contaría —aquellas pocas palabras parecieron requerir de toda su energía, algo extraño después de tantos días de cuidados médicos. Sus quemaduras de bláster no daban muestras de infección, pero estaba más débil y amarillenta a cada hora que pasaba—. Créanme.

Leia la miró mal un momento y volvió la vista al plano.

—Bueno, en la primera pasada lanzamos un par de misiles de conmoción contra el hangar y dos YVH sobre los barracones anexos.

—¿Droides de combate? —preguntó Ben. Estaba arrodillado en la cubierta, junto a la mesa, toqueteando cabes y placas de circuitos. Levantó la vista hacia Lando—. ¿Has traído los YVH?

—Claro que he traído los YVH, —dijo Lando, frunciendo el ceño—. Estamos hablando de Han.

Ben hizo una mueca.

—Perdona, me refería a la Falla.

—Los teníamos preparados para un programa señuelo que Lando pretendía usar contra los piratas —explicó Yus.

—Sí —dijo Lando, mirándola mal—. Queda claro por qué el programa nunca superó la fase piloto.

Yus bajó la vista.

—Lo siento.

Se produjo un silencio incómodo y sus disculpas quedaron sin respuesta.

Entonces Tahiri dijo:

—En cualquier caso, hablando de los YVH, ¿cuántos son y de qué serie?

—Solo seis —contestó Lando—. Pero son YVH-Ocho, serie S.

Tahiri lanzó un silbido.

—Modelos de asalto espacial —sonrió y se volvió hacia Lando—. Podría besarte.

La cara de Lando se iluminó.

—Bueno, vistas las circunstancias, no creo que a Tendra…

Tahiri se rio.

—En otro momento.

—Volvamos al plan —dijo Leia, visiblemente molesta por la distracción—. En la primera pasada, lanzamos dos YVH sobre los barracones anexos, después llevamos los otros cuatro hasta el ala de laboratorios y nos lanzamos con ellos.

—¿Qué objetivos les programo a los YVH? —preguntó Lando.

—Todo lo que tenga escamas verdes o armadura beskar'gam —le contestó Luke—. Los Qreph no, ni sus amigos Sith. De ellos nos ocupamos nosotros personalmente.

—Muy bien —dijo Lando—. Pero ¿de verdad debemos lanzarnos? El patio parece lo bastante grande para aterrizar el *Halcón* y tendríamos sus cañones láser para cubrirnos…

—Perdona, Lando —dijo Leia—. Necesitamos que Omad y tú sigáis volando para darnos apoyo aéreo.

—¿Apoyo aéreo? —Lando parecía ofendido—. Que no posea la Fuerza…

—Y tampoco estés entrenado en tácticas de asalto Jedi —le cortó Ben.

—Vale, eso tampoco —admitió Lando—, pero supongamos que Dena tiene razón y los Qreph solo han informado del paradero de este lugar a unos pocos mandalorianos, aun así os superarán en una proporción de cuatro mandos por cada uno de vosotros. Aparte de veinte nargones, al menos.

—Por eso necesitamos que te asegures de que nuestra nave de huida sigue de una pieza —le dijo Leia, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Lando, te adoro y me emociona que quieras venir, pero… es mi marido, es mi plan.

Lando se quedó callado, bajo la cabeza y asintió.

—Vale, pero más vale que vuelvas —miró de reojo a Ben—. Que volváis todos.

Luke puso una mano sobre el hombro de Lando y le dio un apretón tranquilizador.

—Haremos todo lo que podamos, te lo prometo —se volvió hacia Ben—. ¿Qué tienes? ¿Nada aún?

—Sí, échale un vistazo a esto.

Mientras Ben hablaba, el holograma de una forma angulosa negra, dos pirámides pegadas por las bases, apareció frente al proyector de R2-D2.

Ben miró a Yus, al otro lado del salón.

—¿Se parece a lo que llamas Base Primera?

—Sí, aunque Base Primera está en la superficie, en realidad —dijo Yus, aparentemente sorprendida—. Los Qreph a eso lo llaman «el artefacto».

—¿El artefacto? —preguntó Luke—. ¿Qué quieren decir con eso?

Yus se encogió de hombros.

—No me lo explicaron. He oído que los mandalorianos a veces se refieren a eso como «la estación», pero para los Qreph siempre ha sido el artefacto. No estoy muy segura de que ninguno de ellos sepa lo que es en realidad.

—Esperemos que no —dijo Lando.

Yus arqueó las cejas.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Sabes lo que…?

—¿Por qué no nos dejas hacer las preguntas a nosotros? —le cortó Leia.

Yus estudió a Leia en silencio por un instante y dijo:

—Creía haberme ganado algo de su confianza cuando les ayude, a ustedes y al Maestro Skywalker, a escapar del *Ormni*.

—Ya hablaremos sobre confianza cuando haya recuperado a Han —replicó Leia—. Hasta entonces, sigues siendo la misma alimaña mentirosa que ayudó a los Qreph a matar a treinta mil seres. ¿Queda claro?

La expresión de Yus se entristeció aún más.

—Entiendo que me culpe, pero ya debe haber notado que tengo motivos de sobras para ayudarles a rescatar al capitán Solo… que debo ayudarles.

—¿Por qué? —preguntó Leia—. Y no esperes que me crea que de repente te han surgido los remordimientos.

Yus parecía confundida.

—¿Aún no lo ha adivinado?

—¿Adivinado el qué? —preguntó Luke.

—Que soy una de las creaciones de los Qreph… una biot —contestó Yus—. Mi única esperanza de supervivencia es ayudarles a encontrar Base Primera.

Leia entrecerró los ojos.

—Qué oportuno.

Luke le hizo un gesto para que no perdiera la paciencia y preguntó:

—¿Y qué es un biot, exactamente?

Yus bajó la vista al suelo.

—Ya se han enfrentado varias veces a la primera generación. Los nargones se diseñaron para ser soldados, pero no son lo bastante razonables para actuar por su cuenta, así que los Qreph no tuvieron más remedio que contratar a los mandalorianos para comandarlos.

Lando frunció el gesto y miró primero Luke y después a Leia.

—¿Os lo tragáis? Se parece a un nargón tanto como yo.

—Por fuera no me parezco —dijo Yus—. Pero por dentro soy básicamente lo mismo que ellos: un ser inteligente creado sobre un esqueleto de vanaleación con filamentos de fibra óptica en lugar de nervios… y un chip cibernético de memoria implantado en el cerebro.

—¿Eres una especie de cíborg? —preguntó Ben, sin poder creerlo.

—No esperarás que te creamos —dijo Luke—. Tu presencia en la Fuerza sería… bueno, distinta a como es.

—Porque no soy un cíborg. Un cíborg es un ser orgánico perfeccionado mediante tecnología. Un biot es un ser vivo cultivado alrededor de un núcleo inorgánico.

Todos quedaron callados, sin duda intentando imaginar, igual que Luke, las inconcebibles aplicaciones de semejante tecnología.

Malinterpretando su silencio, Yus dijo:

—Se lo demostraré —fue hasta el droide 2-1B capturado y le tendió un brazo—. Enséñaselo.

El droide le inyectó un analgésico, sacó un escalpelo y empezó a cortar. Cuando brotó sangre roja de la herida, Leia bajó la mano hacia la espada de luz que colgaba de su cinturón.

—La sangre de nargón es azul. Esa es como la mía.

—Porque se supone que debo parecer humana —contestó Yus—. Se supone que debo sonrojarme. Se supone que debo sangrar y sentir dolor. Se supone que debo morir.

El droide usó su succionador para eliminar la sangre de la herida y retiró una pequeña capa de piel. Yus levantó temblorosamente el brazo y Luke vio el brillo plateado de la vanaleación.

—¿Les parece prueba suficiente? —preguntó Yus, mirando a Leia, aún más pálida que hacía unos segundos—. ¿O tengo que enseñarles mi nervios de fibra óptica?

—Me creo lo de los nervios —dijo Leia—. Pero aún tengo mis dudas sobre tu repentino cambio de bando.

Yus suspiró.

—Tiene razón. En realidad, no he cambiado de bando. Jamás podría levantar una mano contra los Qreph, el chip de mi cerebro estallaría —se volvió hacia Luke—. Pero quiero vivir. Por eso he hecho… bueno, prácticamente de todo.

—¿Y ayudarnos a encontrar Base Primera te servirá para seguir viva? —preguntó Luke—. ¿Por qué, exactamente?

—No puedo vivir sin unas inyecciones regulares, un cóctel de enzimas que los Qreph crearon en Base Primera. Pero ya no me consideran útil y han dejado de suministrármelo.

Yus hizo una pausa. Sus ojos empezaban a arder con un odio auténtico, como mínimo eso se percibía en su aura de Fuerza, y miró al droide 2-1B.

—Creyeron que no merecía la pena ni matarme. Me abandonaron en la enfermería, para que muriera poco a poco y sola —apuntó un dedo acusador al droide—. Mientras este supervisaba mi caída y grababa todo el proceso.

Luke arqueó una ceja hacia el 2-1B.

—¿Es eso cierto? ¿No intentaste ayudarla?

—Su bioquímica es única —dijo el droide, casi a la defensiva—. Resulta imposible sintetizar recambios sin conocer la fórmula exacta.

—Y con la enzimas no se puede recurrir a la retroingeniería —dijo Yus—. Por eso los Qreph me tenían controlada. Así es como controlan a todos sus biots. Si no obedecemos, dejan de suministrarnos nuestras enzimas.

—¿A todos sus biots? —repitió Leia—. No sé muy bien si quiero saberlo… ¿pero cuántos más como tú hay?

—Diría que varias docenas —dijo Luke y se volvió hacia Yus—. ¿No es así como los Qreph han estado adquiriendo tantas empresas? ¿Infiltrando biots como tú en su administración?

Yus desvió la vista.

—Así era como querían hacerse con la empresa de Lando —lanzó una mirada de disculpa hacia este, recompensada con otra absolutamente gélida—. No sé nada sobre las demás adquisiciones.

—Alguna idea debes tener —Leia cruzó la cubierta hasta ella y sujetó con ambas manos los reposabrazos de su silla—. Nos has dicho que formas parte de una generación de biots. ¿Cuántas generaciones hay? ¿Y cuántos son por generación? ¿Un centenar? ¿Un millar?

En vez de acobardarse, Yus miró fijamente a Leia.

—¿Significa eso que tenemos un trato?

—¿Contigo? —dijo Lando burlonamente y se volvió hacia Luke—. Ten cuidado, viejo amigo. Dena puede estar desesperada por esas presuntas enzimas, pero eso no significa que esta sea el camino más fácil que tiene para conseguirlas. No podemos descartar que quiera cambiarnos por un suministro vitalicio.

—Está claro que no entiendes a los Qreph —dijo Yus—. Pueden prometerme un suministro vitalicio, pero solo me lo darán mientras les convenga. Por eso os necesito, para que me ayudéis a entrar en Base Primera y dar con la fórmula de mis enzimas.

—En ese caso, haremos el mismo trato contigo —le dijo Luke—. Nosotros hacemos todo lo que podamos por ti, mientras nos resultes útil.

—Me parece justo —Yus se giró hacia Leia—. Y respondiendo a sus preguntas, en mi generación no creo que hubiera más de treinta biots y en la de los nargones unos pocos centenares. El laboratorio no es muy grande y el proceso de maduración dura dos años, al menos en mí caso.

—¿Dos años? No puede ser —dijo Luke, empezando a cabrearse con ella—. Los Qreph no llevan ni un año en la Falla.

La cara de Yus desprendía más confianza.

—Veo que precisan mi ayuda más de lo que pensaba, Maestro Skywalker. Está olvidando la dilatación temporal. Un año en la Falla son cerca de cinco en Base Primera.

—¿Dilatación temporal? —repitió Luke—. ¿Estás diciendo que el laboratorio es…?

Se detuvo, intentando entender qué insinuaba Yus, exactamente. Todos los pilotos de nave estelares sabían que, para un observador externo, a medida que aumentan la gravedad y la velocidad, el tiempo se ralentiza, pero Yus parecía estar describiendo el efecto contrario. Que el tiempo se aceleraba en el laboratorio.

—¿Estás diciendo que los Qreph han encontrado una manera de acelerar el tiempo? —preguntó Tahiri, terminando la pregunta por Luke.

—No es tanto una manera como un sitio —contestó Yus—. Por eso construyeron Base Primera donde la construyeron. En el artefacto el tiempo parece correr más rápido que en el resto de la Falla.

—Tiene lógica, si tenemos en cuenta lo que pasa en la Burbuja —intervino Ben—. Si el espacio se expande alrededor del artefacto, es normal que el tiempo se dilate dentro de él.

—Y que los Qreph hayan encontrado la manera de aprovecharlo —dijo Lando, en un tono que parecía casi de envidia—. Si yo pudiera expandir el tiempo de producción sin que este influyese en mis plazos de entrega, tendría una ventaja endemoniada sobre la competencia, incluso para los negocio legales.

—¿Pero qué tiene todo eso que ver con Han? —preguntó Leia—. ¿Por qué lo necesitan?

Yus se quedó pensando un momento y finalmente negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Ni me lo imagino.

Luke la miró fijamente, inspeccionando su aura de Fuerza en busca del sabor amargo de la mentira. Lo único que encontró fue la misma desesperación empalagosa que había percibido desde el principio.

—¿Y estás segura de que llevaron a Han allí? —preguntó Leia, señalando el holograma—. ¿A la Base Primera?

—Creo que llevaron al capitán Solo allí —le corrigió Yus—. Pero tiene sentido. Base Primera es el lugar ideal para esconderse de los Jedi, o de cualquiera. Solo un puñado de seres saben cómo llegar hasta ella. Y no soy uno de ellos.

Luke se arrodilló más cerca del holograma y el corazón se le empezó a acelerar al examinar su oscura superficie. Ya habían debatido la posibilidad de que Ohali Soroc hubiera encontrado realmente el monolito Mortis, por increíble que pareciera, y la descripción de Yus de sus propiedades dilatadoras del tiempo parecían confirmarlo, pero no quería hacerse ilusiones. Encontrar un lugar mítico como Mortis tras un solo año de pesquisas parecía demasiado fácil y seguía sin resolver la cuestión de por qué el astromecánico de Ohali había etiquetado aquello como una estación espacial en vez de un monolito.

Se volvió hacia Yus.

—¿Quién construyó eso? —preguntó, intentando sonar sincero—. ¿Los Qreph?

Yus negó con la cabeza.

—Lo dudo. No creo que ni ellos lleguen a entenderlo muy bien… como mínimo, no lo entendían hace medio año, cuando yo aún estaba allí. Seguían intentando crear una puerta para poder entrar.

—¿Intentaban entrar? —preguntó Luke, más preocupado que nunca. Fuera lo que fuera aquello que los Qreph habían encontrado, Mortis o no, era evidente que se trataba de un lugar de gran poder y la idea de que experimentasen con este como si fuera una especie de proyecto de investigación empresarial le hizo estremecer hasta la médula—. ¿Y les faltaba mucho para conseguirlo?

—Diría que no. Pero Savara Raine intentaba disuadirles. Una vez le oí decirle a Marvid que solo los tontos juguetean con un poder que ni siquiera comprenden.

La mención de Savara hizo que Luke se volviese hacia su hijo, ya le había contado que Vestara trabajaba como asesina de los Qreph, y la mirada de Ben le pareció distante y fría.

Al cabo de un momento, Ben dijo:

—Vestara está jugando con ellos. Siempre hace lo mismo —hizo una pausa y añadió—. Pero ahora sus objetivos nos importan menos que saber si está allí sola o acompañada.

—¿Sola? —Yus parecía confundida—. Claro que no está sola. Están los mandalorianos…

—No se refiere a mandalorianos —le cortó Tahiri—. ¿Te pareció ver más gente como Savara Raine por allí? ¿Alguien capaz de usar la Fuerza?

Yus se lo pensó y negó con la cabeza.

—No sé muy bien qué me están preguntando, exactamente, pero la respuesta solo puede ser no. Allí no hay nadie como Savara Raine.

Diecinueve

Marvid siguió a Craitheus un centenar de metros por el pasillo de duracero, resistiendo en todo momento el impulso de activar uno de sus brazos cañón y empezar a bombardearlo. Naturalmente, sabía desde el principio que Han Solo estaba jugando con sus emociones, intentando enfrentarle a su propio hermano, pero el humano era bueno. Han Solo tenía la capacidad de encontrar las llagas psíquicas, incluso las de un columi, pero conocer su estrategia no había servido para evitar que le funcionara.

Por supuesto, Marvid debía admitir que la estrategia había funcionado porque ya tenía sospechas sobre la lealtad de su hermano. La oferta de Calrissian para alcanzar un acuerdo por separado con él había sido un truco burdo, lo que hacía aún más perturbador el hecho de que se lo hubiera ocultado. Claramente, Craitheus había querido tiempo para analizar la oferta y eso reflejaba hasta qué punto se había sentido tentado.

Para su sorpresa, el mensajero los condujo fuera del ala de laboratorios y los llevó hasta los barracones anexos. Craitheus transmitió una protesta porque Savara les hiciera ir a su encuentro. Marvid la ignoró. Craitheus se sentía amenazado por la estrategia de la chica de intentar inmiscuirse entre ellos, pero en aquel momento Marvid quería que su hermano se sintiera amenazado. Además, Savara era una baza muy valiosa para él, una baza que compensaba el control que tenía su hermano sobre los mandalorianos, y se alegraba de que hubiera vuelto sana y salva a Base Primera.

Finalmente, el mandaloriano abrió la compuerta hermética de una sala de reuniones del equipo de seguridad y se hizo a un lado. Savara estaba cerca de la compuerta, vestida aún con su traje carmesí de piloto y dirigiéndose a media docena de oficiales mandalorianos. Todos miraban la videopantalla de pared, que mostraba un plano detallado de Base Primera. Los emplazamientos del armamento pesado estaban resaltados en amarillo brillante.

Los Qreph entraron zumbando en la sala. Savara los miró y se volvió hacia los mandalorianos.

—Es todo por ahora. No tardarán en tener nuevas órdenes, estoy segura.

Los mandalorianos miraron recelosamente a los Qreph, asintieron secamente y se marcharon. Marvid fue hacia el pasillo que recorría el centro de la sala, entre los bancos de metal. Craitheus fue hacia otro pasillo lateral, pegado a la pared, y llegó antes hasta Savara.

—Cada día eres más presuntuosa, Savara —le dijo Craitheus—. Somos nosotros los que damos las órdenes, no tú.

Savara entrecerró los ojos y le miró fríamente, como si se preguntase si era oportuno matarlo allí mismo. Decidiendo que aún no había llegado el momento de desengañarla sobre su capacidad de enfrentar a los hermanos, Marvid fue apresuradamente hasta ella.

—No hagas caso a Craitheus. Solo nos ha puesto de mal humor a ambos.

A modo de explicación, miró la punta del reposabrazos de su ectocuerpo. Los ojos de Savara siguieron su mirada, pero cuando se posaron en sus dedos aún quemados, su cara no reveló la compasión ni el respeto que esperaba, solo perplejidad.

—¿Qué ha pasado? ¿Has metido los dedos en una toma de corriente?

Marvid hizo que su ectocuerpo abriera sus brazos pinza.

—Casi. Barduun quiso jugar a apostar con dolor. Y el capitán Solo aceptó. ¿Qué puedo decir? Pensé que sería divertido ver sufrir a Solo.

Savara arqueó las cejas.

—¿Habéis permitido que Barduun juegue a sabacc? ¿Con vosotros?

—¿Por qué no? —le preguntó Craitheus—. Es un empleado.

—Es un error —le espetó Savara—. Jamás deberíais haberlo hecho cruzar el portal conmigo. Por su culpa, casi nos matan a los dos.

—Pues nos lo devolviste vivo —dijo Marvid.

—Antes de que se volviera *barve* perdido —respondió Savara—. Además, teníais que verle. Teníais que saber qué os pasará si entráis allí dentro.

—Tu preocupación por nosotros me conmueve —dijo Craitheus—. Igual que tus temores ante la posibilidad que, una vez hayamos adquirido la Fuerza nosotros mismos, dejemos de necesitarte.

Savara se limitó a poner los ojos en blanco y volverse hacia Marvid, pero tuvo claro que buscaba apoyo donde jamás iba a encontrarlo. Marvid y Craitheus habían debatido mucho sobre el portal y estaban completamente de acuerdo. Lo que le había sucedido a Barduun dentro del artefacto, fuera lo que fuera, le había conferido el poder de usar la Fuerza. Y, ahora que sabían que tal cosa era posible, estaban decididos a hacerse con la Fuerza ellos mismos. Comparado con ellos, el Emperador Palpatine era un mosquito mental, pero era usuario de la Fuerza… y eso le había bastado para someter a toda la galaxia.

Así que los hermanos estaban decididos a cruzar el portal; en cuanto estuvieran listos. Antes necesitaban determinar las causas de la locura de Barduun y averiguar más sobre lo que le había sucedido dentro del artefacto. Por desgracia, entre los desvaríos locos de este y la negativa absoluta de Savara a hablar del terna, ninguna de las dos tareas les estaba resultando sencilla. Y, como solo los usuarios de la Fuerza podían abrir el portal, necesitaban llevarse uno al que pudieran controlar con total seguridad e incluso Marvid era plenamente consciente de que Savara no les serviría. Aun así, los Qreph iban a cruzar el portal… en cuanto hubieran identificado todos los riesgos y despejado las incógnitas.

Viendo que la única respuesta de Marvid a su interpelación era un elocuente silencio, la cara de Savara adquirió una expresión petulante.

—Bien. Avísame cuando estés listo y yo misma te lanzaré por el portal —dejó vagar su mirada hasta los dedos chamuscados de Marvid y añadió—. Quizá tengas más suerte ahí dentro que en la partida de sabacc.

—La partida era un riesgo calculado —le dijo Marvid. Sabía que la insolencia de Savara era deliberada, una táctica diseñada para irritar a Craitheus y hacer que Marvid la

tratase de igual a igual, pero no pudo evitar ponerse a la defensiva. Tenía aquel efecto sobre él—. Los niveles de estrés de Solo no estaban subiendo lo suficiente para mapear con precisión su mente.

—Porque es mejor jugador de sabacc que tú —le dijo Savara—. Me sorprende que a estas alturas no sea dueño de toda Base Primera.

—Y a mí que sigamos tolerando tu insolencia —replicó Craitheus—. Ahora, si has terminado de hacernos perder el tiempo, ¿dónde están los cadáveres?

—Nos gustaría mostrárselos al capitán Solo antes de que muera —añadió Marvid—. En particular el de la Princesa Leia. Eso le generará picos de estrés realmente interesantes.

—No hay ningún cadáver —dijo Savara—. Ni miembros descuartizados. Su accidente en el *Ormni* no dejó nada.

Craitheus mostró su frustración extendiendo ruidosamente su cuerpo a una configuración más erguida. Marvid se limitó a posarlo en el suelo, en su forma no amenazante semisentada.

—Es una lástima, pero no fue culpa tuya —dijo este—. Sabíamos que existía la posibilidad de que los cuerpos ardiesen por completo en un accidente tan terrible.

—No lo has entendido —dijo Savara—. Jamás ha habido ningún cadáver. Luke Skywalker está vivo. Y Leia Solo también.

—Imposible —siseó Craitheus—. Los vimos estrellarse.

—Lo tenemos grabado —añadió Marvid—. Examinamos la grabación durante el trayecto desde el *Ormni*. No hay la menor posibilidad de supervivencia.

—Las temperaturas alcanzaron los tres mil grados —dijo Craitheus—. Nadie podría escapar de eso.

—Los Jedi sí —dijo Savara—. Y escaparon.

—Querida, deberías intentar aplacar tu miedo a los Jedi —Marvid hizo una pausa y añadió—. La explosión al estrellarse en el *Ormni*…

—Fue un misil de conmoción al penetrar en el casco —le cortó Savara—. Y el infierno que se desencadenó fue el núcleo de fusión de la nave al estallar… cuando ya la habían abandonado. Y no tengo ningún miedo a los Jedi. Solo soy consciente de qué son capaces.

Marvid empezó a sentirse mareado.

Craitheus se burló.

—¿Supongo que habrás encontrado alguna prueba que te lleve a una conclusión tan inverosímil?

—Por supuesto —dijo Savara.

—¿Y cuál es? —preguntó Craitheus, claramente más molesto que alarmado—. ¿Sería demasiado esperar algo más tangible que tus opiniones y sensaciones?

—En absoluto —contestó Savara—. ¿Qué me dices del rastro de cadáveres que dejaron en su huida? ¿Te parece lo bastante tangible?

—¿Huida? —Marvid tuvo que hacer que su ectocuerpo le inyectase una dosis de calmante estomacal—. ¿Estás segura?

—Si Skywalker y su hermana siguieran a bordo del *Ormni*, ¿yo estaría aquí?

—Bueno, siempre que puedes nos recuerdas lo peligroso que es Skywalker —le dijo Craitheus—, así que volver podría ser una astucia.

—Lo astuto habría sido marcharme y dejar que lidiéis solos con ellos, pero eso supondría perder Base Primera.

—¿Los has guiado hasta aquí? —preguntó Craitheus.

—Claro que no —dijo Savara—, pero capturaron a Dena Yus. Y aunque no sepa encontrar Base Primera, sabe que existe. A los Jedi les bastará con eso.

Marvid miró a su hermano, «TE DIJE QUE LOS MANDALORIANOS ERAN UN ERROR. SOLO SERVÍAN PARA LLAMAR LA ATENCIÓN DE LOS JEDI».

Craitheus miró para otro lado. «DEBÍAMOS PROTEGER NUESTRA INVERSIÓN. CALRISSIAN NO SE RENDÍA».

—¿Me habéis oído? —preguntó Savara—. Tienen a Dena Yus. Encontrarán Base Primera… de un momento al otro.

—¿Y no deberías estar impidiéndoselo? —le preguntó Craitheus.

—Ahí fuera tenemos a Luke Skywalker —dijo Savara—. No tendría ninguna posibilidad. Sola no.

—¿Pero crees que aquí podríamos vencer? —preguntó Marvid, más esperanzado—. ¿Juntos?

Savara negó con la cabeza.

—Yo puedo vencer aquí. Vosotros no entendéis cómo combaten los Jedi ni cuál es el verdadero poder de la Fuerza.

—Y quieres que te coloquemos al mando de nuestra fuerza de seguridad, por supuesto —dedujo Craitheus—. O nos las tendremos que arreglar solos.

Una media sonrisa asomó en labios de Savara.

—Bueno, todavía os queda Mirta Gev, si preferís confiarle vuestras vidas a una cabezacubo.

—Quizá quieras replantearte tus palabras —Marvid vio encantado un destello de sorpresa suscitado por su ira en la cara de Savara. La chica podía gustarle, pero seguía siendo una subordinada y siempre venía bien recordarles a todos los subordinados cuál era su sitio—. Ya sabes lo que pienso de los ultimátums.

—Es una estrategia, no un ultimátum —dijo Savara, solo levemente escarmentada—. Y un hecho. Gev no puede imponerse en este combate. Si la colocáis al mando, Han Solo es un hombre libre… y vosotros dos estáis muertos.

—Pero fuiste tú la que le dejaste escapar del *Ormni* —comentó Craitheus, transmitiéndole a Marvid: «YA SABES LO QUE QUIERE».

«POR SUPUESTO», contestó Marvid. «BASE PRIMERA, CONSORCIO GALÁCTICO… TODO LO QUE POSEEMOS. ESO ES LO QUE LA HACE ESPECIAL».

«ESO ES LO QUE LA CONVIERTE EN UNA AMENAZA», objetó Craitheus. «CALCULO UN 52 POR CIENTO DE POSIBILIDADES DE QUE HAYA DEJADO ESCAPAR A LOS JEDI Y LOS HAYA GUIADO DELIBERADAMENTE HASTA AQUÍ PARA PRESIONARNOS».

«LO QUE LA SEÑALARÍA COMO UNA COMANDANTE MÁS ASTUTA QUE MIRTA GEV», contestó Marvid y le dijo a Savara:

—Los mandalorianos no aceptarán tus órdenes. Deberías trabajar con Gev.

—Gev es una soldado —le dijo Savara—. Respeta la cadena de mando. Siempre que Craitheus deje claro quién manda. «¿CREES QUE TENGO EL CEREBELO ATROFIADO?», le transmitió Craitheus. «VEO LO QUE TRAMAS, NOTO QUE SE TE CAE LA BABA CON LA CHICA».

«JAMÁS HE PUESTO A SAVARA POR DELANTE DE NUESTRA SOCIEDAD», le espetó Marvid. «TÚ, SIN EMBARGO, TE SENTISTE TENTADO POR EL TRUCO DE CALRISSIAN».

«NO ES LO MISMO PLANTEARSE ALGO QUE ACEPTARLO», replicó Craitheus. «TÚ HABRÍAS HECHO LO MISMO».

—¿Tenemos un trato o no? —preguntó Savara—. Necesito tiempo para organizar nuestras defensas. O para huir, si decidís dejaros masacrar.

Marvid seguía mirando mal a su hermano, «LA NECESITAMOS PARA LIDIAR CON LOS JEDI».

Craitheus bajó el mentón en señal de comprensión, «PERO NO PODEMOS PONERLA AL MANDO DE LOS NARGONES. ES AMBICIOSA Y SI COMANDA A LOS NARGONES…».

«NOS LO QUITARA TODO», concluyó Marvid. «ESO SERÍA PELIGROSO».

«EN ESE CASO, ESTAMOS DE ACUERDO», dijo Craitheus.

Marvid giró su ectocuerpo hacia la salida.

—Muy bien, lady Raine —usó un brazo manipulador para indicarle a Savara que le siguiera—. Acompáñame. Vamos a darle la mala noticia a Mirta Gev.

En vez de ir tras él, Savara se volvió hacia Craitheus.

—¿Y tú estás de acuerdo? ¿Estoy al mando de las defensas de Base Primera?

—Completamente de acuerdo —Craitheus le dedicó una sonrisa sarcástica—. ¿Acaso nos das elección?

Veinte

Tal como veía Han la partida, el problema ahora era el ojo de Doble. Esta temía que el dolor que le produciría al quemárselo, aunque fuera una quemadura simulada, lo cegase. Así, después de que Gev rechazase la doble apuesta de Han, Doble había igualado la de Barduun de una nariz rota y esperaba una carta-chip que la salvara.

No había sido así y en aquel momento estaba en una mano de doce cartas, ante la perspectiva de una dolorosa sesión con el droide de tortura. Si su puntuación no la hacía pasarse ya, no tardaría en hacerlo. Mientras, Barduun estaba sentado al lado de ella, empapándose de todo el miedo que Doble iba vertiendo en la Fuerza.

—Le toca apostar, Solo —le recordó Gev. Tenía el dedo sobre el botón de las descargas eléctricas, lista para lanzarle otra al cerebro si volvía a intentar algo antirreglamentario—. ¿Se lo quiere pensar?

—Esta vez no.

Mientras hablaba, Han observaba a Barduun, buscando aquel tic sombrío que delataba su preocupación.

No lo vio.

Así que Barduun debía tener una puntuación bastante buena y Han un cero absoluto. Lo más astuto era apostar poco para que la mano continuase, rezando para que Barduun cometiese un error o sufriera un cambio perjudicial en el valor de sus cartas.

Pero los Qreph no estaban en la partida, lo que significaba que estaban pensando en algo que no era Han Solo. Y aquello debía cambiar. Necesitaba hacer algo para provocarles, para mantener su concentración fijada en él, en vez de en los Jedi que iban en su busca.

Han se volvió hacia Gev.

—Ahora apuesto muerte e igualo la… —se detuvo cuando el dedo de Gev bajó hacia el botón, sonrió y dijo—. Oh, es verdad. Aún no puedo.

—Bien, Solo —le dijo Gev—. Debería achicharrarle los sesos por intentar igualar la mano irregularmente.

Han se encogió de hombros.

—Mientras mi apuesta a muerte valga —hizo una pausa, intentando pensar una manera de conseguir que Doble se retirase, finalmente decidió que no tenía más remedio que hacer trampas y anunciar su intención de cerrar la mano—. Puedo igualar otra mano más adelante…

Gev bajó el dedo y las agujas sonda de su cabeza liberaron una descarga de dolor crepitante. Se encogió en su silla, temblando y medio paralizado, hasta que los ojos rojos de duros de Ohali Soroc se abrieron y redondearon más de lo habitual.

—¡Basta! —dijo Ohali—. El capitán Solo no tiene la culpa de que te hayas creído las falsas promesas de los Qreph.

«Bien», pensó Han. Ohali había entendido su plan.

Gev miró mal a Ohali y soltó el botón.

—Esto no tiene nada que ver con los Qreph. Solo está haciendo trampas, otra vez.

—Castigas a Solo por hablar cuando no le toca —le dijo Ohali—, pero trabajas para los Qreph a pesar de que sabes que renegarán de sus promesas.

—Hasta ahora nunca han dejado de pagarme —dijo Gev.

—Claro, mientras te ne… necesiten —dijo Han, empezando a recuperarse de la descarga. Si era capaz de cabrear mucho a Gev, quizá se olvidase lo suficiente de Ohali para que esta inutilizase el botón de las descargas—. Pero eres muy tonta si crees que pueden acabar con ese nanoasesino.

Gev no picaba el anzuelo. Sacudió la cabeza y se volvió hacia Doble.

—Le toca apostar.

—Tengo que abandonar —Doble recogió sus cartas-chip y las lanzó sobre el montón de descarte, hundiendo los hombros al contemplar sus pérdidas—. Si el capitán Solo iguala la mano, me pasaré seguro.

Han se giró rápidamente hacia Barduun.

—¿Y tú? —se devanó los sesos buscando la palabra mandaloriana para «cobarde». Si no era capaz de hacer que Gev picase, quizá Barduun intentara atizarle—. ¿Te atreves a igualar mi apuesta… o eres otro de los *hut'uuns* de Gev?

Aparentemente impertérrito, Barduun le miró un momento y negó con la cabeza.

—Jhonus Raam se retira.

—¡Lo sabía! —gritó Han con alegría y giró sus cartas-chip, mostrando su cero absoluto—. ¡Mira esto, bobo!

En general, no había manera más rápida de llevarte un puñetazo que vanagloriarte de un gran farol, pero Barduun no cayó en la trampa y le dedicó una sonrisa cómplice.

—De todas formas, tampoco te habrían dejado correr el riesgo de entrar en coma —contestó Barduun, usando la Fuerza para devolverle sus cartas-chip a Gev—. Los jefes aún no han terminado de mapear tu mente.

Para entonces, el droide torturador ya estaba detrás de Doble, esperando que se volviera para cobrarse la apuesta. Doble fingía no darse cuenta, con la vista al frente y visiblemente asustada. Convencido de que la clave para cabrear a Barduun sería privarle de su apetito por el miedo, Han le hizo un gesto al droide para que se apartase.

—Está bien. No es necesario que pague. No quiero su dolor.

Doble levantó la vista, arqueando su frente azul con esperanza.

—¿Me perdonas mi deuda?

—Claro —Han miró a Barduun y se alegró al encontrar una mirada feroz clavada en sus ojos—. El dolor no me va. Además, nadie quiere seguir jugando.

—Yo sí —dijo Barduun.

Han se encogió de hombros.

—Como quieras, pero yo ya he terminado —miró a Gev, al otro lado de la mesa—. Barduun tampoco tiene que pagar. Solo quiero…

—No.

Para sorpresa de Han, la objeción no llegó de Barduun, sino desde la puerta que tenía a su espalda. Dos pares de pies pesados martillearon el suelo, un enorme brazo verde pasó sobre su hombro y señaló a Doble.

—La partida continúa —dijo la profunda voz de un nargón—. Esas son nuestras órdenes.

Han se dio la vuelta y vio a los dos nargones a dos metros de él. Aún llevaban sus rifles bláster en las fundas de las rodillas, pero no era tan estúpido como para hacer nada. A Leia le había costado mucho acabar con solo un nargón y ella tenía una espada de luz. Han con lo único que podía contar era con que nadie le creyera tan chiflado como para intentar nada.

Pero estar chiflado era mejor que rendirse. Miró al otro lado de la mesa, asintió hacia Ohali… y vio que Mirta Gev ponía la mano sobre el botón de las descargas cerebrales.

—Ni se te ocurra —Gev dejó la amenaza en el aire cuando notó que su mano cambiaba repentinamente de dirección y se elevaba, lejos del alcance del botón—. ¿Pero qué brix…?

Por un instante, Han pensó que Ohali había empleado la Fuerza para evitarle una descarga, pero parecía tan confundida como él y fue la mano de Barduun la que vio haciendo gestos hacia Gev.

Gev pareció entenderlo al mismo tiempo que Han.

—Barduun, ¿qué demonios estás haciendo?

Barduun miró hacia Han. «Vete».

Han no sabía si la voz había sonado en sus oídos o solo en su cabeza, pero no le importó. Bajó de la silla y puso los pies en el suelo, sintiendo un centenar de punzadas en la cabeza al arrancarse las agujas de las sondas. Al cabo de poco, estaba sentado en el suelo, rodeado de tobillos y rodillas variadas, con lazos de colores vivos danzando por su campo de visión y un dulce trinar de pájaros repiqueteando sus oídos.

Aquello no podía ser nada bueno.

La voz amortiguada de Gev sonó tras la mesa.

—¡No os quedéis ahí parados, cabezas de aleta! —sus manos asomaron bajo la mesa, rumbo a sus rodillas—. ¡Detenedlos!

Claro. El uniforme de repartidora de Gev no incluía arma de mano y en cuestiones de armas a los mandalorianos no les gustaba ir «desnudos» nunca. Obligándose a girarse, Han se inclinó hacia atrás y echó las manos por encima de su cabeza, sujetándole los tobillos a Gev desde detrás. Esta gritó alarmada y le dio una patada, pero Han ya estaba tirando de ella, sacándola de su silla. Al intentar liberarse se golpeó la cabeza con la mesa y sonó un agradable ruido seco. Entonces, Gev subió las manos y se sujetó a los reposabrazos de la silla.

Un par de fuertes estruendos estremecieron la sala después de que alguien, Ohali o Barduun, arrojase con la Fuerza a los nargones contra la puerta. Han volvió la cabeza y vio cuatro patas escamosas, todo lo que podía ver de los guardias desde debajo de la

mesa, estrellándose con la pared del fondo. Pronto aparecieron unas manos verdes ante su vista, buscando los rifles bláster de sus fundas.

Han sujetó los tobillos de Gev con toda la fuerza que podía con una mano, rodó sobre su vientre y usó la mano libre para levantarle la pernera del pantalón.

Ella le dio una patada en la cabeza y Han pudo oler el perfume de Leia.

Se agarró fuerte y se deshizo de aquella sensación. La próxima vez que tuviera un puñado de agujas sonda clavadas en el cerebro, intentaría encontrar mejor manera de quitárselas. Llevó su mano hasta la pantorrilla de Gev, notó dos tiras gruesas de neoleno y encontró una pequeña funda colgada en la canilla.

Gev le dio otra patada, más fuerte, y el trino de pájaros de su cabeza se convirtió en la cacofonía de alarmas de daños de la cabina de una nave. Sacó una empuñadura fina de la funda y descubrió que tenía un vibrocuchillo en las manos. Lo activó y lo hundió inmediatamente en la pierna que le había estado pateando.

Gev gritó y empezó a golpearlo con su otro pie. Han bloqueó los golpes con el brazo libre y vio que ella bajaba la mano hacia su rodilla, agarrándose la pernera del pantalón para intentar sacarse un arma auxiliar.

Han la apuñalaba con el vibrocuchillo, arriba, abajo, de nuevo arriba, hasta que notó que una tira de neoleno se había soltado. Gev le atizó un golpe con el canto de la mano que le lanzó la cabeza hacia un lado y le hizo recordar el sabor de la sal. Pero una pistolera del tamaño de una mano caía ya por su pernera hecha jirones, entre una cascada de sangre. Han agarró el arma y se alejó de los pies de ella, abrió el cierre de la funda y sacó un potente bláster de mano W202 de MandalTech.

Para entonces el aroma a perfume empezaba a parecer sudor y el repiqueteo de sus oídos había dado paso a los aullidos y el crepitar del fuego de bláster. Han quitó el seguro del W202, levantó la mano… y se encontró ante el culo de la silla de Gev, que se había tirado hacia atrás para evitar recibir una descarga en el estómago.

Los mandalorianos eran buenos mercenarios por un motivo: tenían unos reflejos rápidos y pensaban aún más rápido. De todas formas, Han disparó al culo de la silla… y estuvo a punto de perder una oreja cuando una de las descargas a baja potencia rebotó hacia él.

Incluso con la pierna rajada, Gev no tardaría en volver a la pelea. Por lo que Han podía ver, los nargones concentraban la mayoría de sus disparos en el lado de la mesa donde estaba Barduun. Han rodó hacia el otro lado y empezó a reptar.

Había recorrido un par metros cuando un estallido ensordecedor sacudió toda la sala. Todo parpadeó en azul y el suelo tembló bajo sus manos y rodillas. Por un instante, creyó que había saltado el último plomo sano de su cerebro… hasta que notó que los rifles blásteres habían dejado de aullar.

Miró hacia la puerta y vio a los nalgones estampados contra la pared, con sus pesadas colas golpeando el suelo en convulsiones salvajes y las patas danzando bajo las retorcidas líneas de unos rayos de Fuerza.

—¡Quitadles los blásteres! —bramó Barduun.

Han salió de debajo de la mesa. Barduun estaba en el otro extremo, con los dos brazos abiertos, golpeando a los nargones con rayos de Fuerza.

Han parpadeó varias veces, hasta que se convenció de que no tenía alucinaciones. Un mandaloriano lanzando rayos de Fuerza.

—¡Los blásteres! —repitió Barduun.

—Eh, claro, colega —Han miró los largos dedos verdes que aún sujetaban las culatas de los rifles bláster, se guardó el de Gev en la cintura y avanzó empuñando el vibrocuchillo—. Yo me ocupo.

Ohali Soroc lo retuvo con la Fuerza.

—Déjame a mí.

Al girarse, Han encontró a la duros levantando una mano hacia el nargón más cercano. Le quitó el arma y la hizo flotar hasta Han. Este se guardó el vibrocuchillo en la cintura, con el bláster de mano, tomó el rifle y se dio la vuelta para controlar la parte trasera de la sala.

Doble seguía sentada en su silla, con cara de perplejidad y un cráter humeante en la frente. Gev no estaba por ninguna parte, pero un rastro de sangre en el suelo conducía hasta la barra de la pared adyacente.

—Olvídate de Gev —le dijo Barduun, que seguía acribillando a los nargones con rayos de Fuerza y empezaba a parecer cansado. En cuanto Ohali tuvo el segundo rifle bláster en sus manos, Barduun empezó a recular hacia una escotilla circular de un rincón de la sala—. Por aquí.

Han apuntó su rifle bláster hacia la puerta, al lado de los dos nargones.

—¿La salida no es por ahí?

—¿Te ha dado Jhonus Raam otra opción? —Barduun echó mano a la escotilla trasera, miró el panel de control y usó la Fuerza para introducir un código de acceso—. Ven conmigo o muere. Esas son tus opciones.

Barduun bajó las manos y los rayos de Fuerza se disiparon entre chisporroteos. Los dos nargones empezaron a tambalearse hacia atrás, torpes e inestables, aunque no tanto como para que a Han le apeteciese intentar sortearlos. Deseando que un rifle bláster les hiciera algo a aquellos reptiloides, abrió fuego.

Las descargas rebotaron contra ellos, pero fueron más efectivas que su pistola en el Ronto Rojo. Como mínimo el rifle les chamuscaba las escamas.

Las colas de los nargones empezaron a menearse y su paso ganó firmeza.

—Vaya, parece que al final lo mejor será seguir al grandullón —dijo Han.

—Totalmente de acuerdo —Ohali ya reculaba hacia la escotilla—. De momento.

Han se le unió y los dos levantaron sus rifles para apuntar cada uno a un nargón. Cuando cruzaron la escotilla hacia otro pasillo, los dos reptiloides tenían enormes círculos chamuscados en el pecho y seguían avanzando.

Apuntó a las rodillas y le alivió ver que dos descargas penetraban en ellas. El nargón seguía adelante, pero como mínimo le brotaba sangre azul por dos sitios.

Barduun acercó las manos al panel de control que había en su lado de la escotilla y los dos nargones saltaron hacia delante. Han empezó a disparar a su nargón a la cabeza y logró volarle la cresta. Ohali le metió una descarga en un ojo al suyo y Han vio que quedaba inmóvil, justo en el momento en que la escotilla circular se cerraba alrededor de su brazo extendido.

La escotilla emitió un zumbido mecánico y siguió cerrándose alrededor del musculoso antebrazo del nargón. Sus escamas reventaban con una cadena de chasquidos sonoros y las hojas de la escotilla le cortaron la carne hasta la vanaleación.

—¡Maldición! —exclamó Barduun y señaló el panel de control—. Vuélalo. Quizá nos dé el tiempo que necesitamos.

Han voló la tapa del panel con un par de descargas bláster.

—¿El tiempo que necesitamos para qué, exactamente?

Al ver que Barduun no contestaba, Han le pasó su rifle a Ohali y empezó a toquetear los cables del panel de control, usando el vibrocuchillo para cortar el aislante y desviar circuitos.

—¿El tiempo que necesitamos para qué? —insistió.

—Para liberar a la princesa —gritó Barduun. Por el volumen de su voz, Han supo que estaba diez metros por el pasillo que tenía a su espalda—. ¡Jhonus Raam es su única esperanza!

Han se volvió hacia Ohali.

—¿La princesa?

Ohali se encogió de hombros.

—Vete tú a saber.

Han terminó de bloquear la escotilla, sacó su rifle bláster y se volvió para mirar el pasillo. A un lado había una pared de transpariacero que daba a un patio desierto. En el lado opuesto, había cinco grandes esclusas de aire y nada más. Barduun estaba en la tercera, abriendo la escotilla y visiblemente impaciente.

—No me gusta —dijo Han, en voz baja—. ¿Alguna idea de dónde estamos?

Ohali señaló las esclusas de aire.

—Esas dan a los laboratorios de fabricación, donde los Qreph crean a los nargones y las… copias, me imagino.

—¿Como Doble?

Ohali titubeó y dijo:

—Sí… entre otras.

Han se dio la vuelta y miró hacia el patio. Al otro lado había un gran hangar de techo abovedado. No podía haber más de un centenar de metros de distancia, pero Han había pisado las suficientes superficies de lunas sin aire para reconocer el vacío a primera vista.

No había ninguna manera sencilla de cruzar aquel patio. Si querían llegar al hangar, tendrían que volver a abrirse paso por la sala que acababan de abandonar y después por los barracones anexos.

Sin dejar de mirar al otro lado del patio, le preguntó a Ohali:

—Imagino que por aquí no debe de haber ningún túnel subterráneo ni nada por el estilo que nos conduzca hasta allí.

—Me temo que no. Por lo que sé de este monolito, no parece que haya nada subterráneo.

Han volvió a mirar a la duros.

—¿Monolito? Entonces, esto es…

—¿Mortis? —Ohali negó con la cabeza—. Puede ser un monolito de los Celestiales, pero no es Mortis. O, como mínimo, espero que no lo sea.

Han frunció el ceño.

—¿Por qué?

Ohali se esforzó por no mirar hacia Barduun.

—Porque estoy bastante segura de que el monolito ha sido el que ha convertido a Barduun en lo que es.

Una risa siniestra resonó por el pasillo, desde la tercera esclusa de aire, y Han vio que Barduun les hacía una mueca desdeñosa.

—Ya no tienes escapatoria, capitán Solo —extendió una mano y Han notó de repente que estaba siendo arrastrado por el pasillo—. Estamos juntos en esto hasta el final, los tres.

Veintiuno

Como todas las balizas repetidoras que el *Halcón Milenario* había encontrado en la Burbuja, la que tenían ahora enfrente era un inmenso cilindro salpicado de antenas transceptoras cónicas. El acercamiento del *Halcón* había activado sus luces estroboscópicas automáticas de peligro y en aquellos momentos, cada veinte segundos, un intenso destello plateado alumbraba los enormes bancos de plasma azul que la envolvían por todos lados. A Luke le pareció que la vía de navegación resultante debía de tener un kilómetro de ancho y un millón de kilómetros de alto.

Pero el *Halcón* no era la única nave en aquel abismo. Cuando las luces de alarma se oscurecieron, un leve halo azul apareció a cada lado de la baliza y crecieron ante su atenta mirada. La pantalla táctica estaba tan llena de estática del plasma que ni siquiera mostraba a las dos embarcaciones, pero Luke había participado en suficientes batallas espaciales para reconocer dos cazas estelares cuando se le acercaban; un par de Bes'uliiks mandalorianos, probablemente. En el interior de la Burbuja tampoco había muchas alternativas.

—Allí —dijo Omad, señalando la ventanilla delantera. Aún al timón, poco antes los había convocado a todos en la cubierta de vuelo—. ¿Los veis? Despegaron de la cubierta de servicios de la baliza justo después de que se activasen las luces estroboscópicas.

—Los vemos —dijo Leia, sentándose en el asiento de copiloto—. ¿Estás seguro de que son solo dos?

—Por supuesto —contestó Omad—. La cubierta de servicio de la baliza es demasiado pequeña para albergar más de dos Bes.

—Podría haber otros de patrulla —sugirió Tahiri. Había sido la primera en llegar a la cabina y estaba pegada al hombro izquierdo del capitán de remolcador—. ¿Cómo sabes que son Bes?

Omad levantó la vista hacia ella y le dedicó una reluciente sonrisa.

—Confía en mí. No hay ninguno más de patrulla y esos son dos Bes'uliiks.

Tahiri arqueó una ceja.

—Porque…

—Porque ¿qué sentido tendría patrullar por aquí? El plasma es tan denso que ni siquiera ves las puntas de tus cañones. ¿Y quién más va a andar por aquí? Solo los Qreph y sus mandos, protegiendo el último tramo de la aproximación a Base Primera.

—¿El último tramo de la aproximación? —preguntó Leia, esperanzada—. ¿Estás seguro?

Omad asintió.

—Estoy seguro —volvió a sonreír—. Pero si necesitáis otro día para planearlo, podemos dar media vuelta y…

—Ni se te ocurra —le cortó Leia y señaló el pasillo de acceso con un pulgar—. Tahiri, ve con Ben atrás y ocupad los cañones láser. Lando, prepara los YVH. Omad, tú ocúpate de los trajes de lanzamiento.

—¿Yo? —dijo Omad—. No sé nada sobre material Jedi. Y soy el piloto.

Lando intervino, desde la parte trasera de la cabina.

—Perdona, amigo, eres un gran piloto, pero no eres Jedi —se apartó para dejar pasar a Ben y Tahiri, rumbo a las torretas de cañones—. Vamos, te enseñaré a preparar los trajes de lanzamiento. Son como esas cáscaras presurizadas que usan vuestros equipos de prospección para volar las muestras.

Cuando Omad abandonó el timón, Luke le hizo un gesto a Leia para que ocupase su puesto. Ella no se movió.

—Pilota tú —le dijo, atándose el arnés—. Yo me encargo de los misiles.

—Leia —dijo Luke con impaciencia—. Sé que estás preocupada por Han, pero no puedes…

—Deja de preocuparte por mí —protestó ella—. No me voy a convertir en Leia Oscura. Lo que pasa es que el cargamisiles se nos ha atascado un poco últimamente y…

—Entendido —Luke se instaló en el asiento de piloto, se ató el arnés de seguridad y tomó el timón—. Es mejor que se encargue alguien que ya conozca los fallos del cargador.

A aquellas alturas, los halos que se les aproximaban habían crecido hasta el tamaño de la uña del pulgar de Luke, lo que significaba que el *Halcón* ya estaba de pleno en su rango de ataque. Bajó la vista hacia la pantalla táctica, pero seguía mostrando solo estática. Supuso que, con todo el plasma de la Falla alrededor, las pantallas de los mandalorianos debían resultarles igual de inservibles.

—Erredós, avísame en cuanto nos hayan fijado en su blanco —dijo Luke—. Leia, intenta comunicarte con ellos. Quizá no sirva de nada, pero…

—Lo sé, lo sé. No podemos lanzar un ataque sin provocación previa —terminó Leia por él, echando mano al equipo de comunicaciones. Su voz se convirtió en un débil susurro—. Aunque sean mandalorianos.

Abandonó todo intento por comunicarse con ellos cuando R2-D2 emitió un silbido de alerta. Las alarmas de blanco fijado aullaron por toda la nave y una serie de estruendos profundos resonaron por todo el *Halcón* cuando Ben y Tahiri probaron sus armas.

Al cabo de un instante, dos diminutos puntos rojos aparecieron frente al Bes'uliik delantero y aumentaron de tamaño rápidamente… motores propulsores de misiles disparados hacia el *Halcón*.

—Vale, ahora nos han provocado —dijo Luke—. Acabad con ellos.

Las puertas de lanzamiento se abrieron y un cilindro fino y blanco pasó junto a la ventanilla. Se activó rápidamente y salió disparado entre una columna de llamas naranjas. Ninguno de los dos Bes'uliik realizó maniobras evasivas, posiblemente porque sus astromecánicos les informaban que el *Halcón* ni siquiera había probado a fijarlos como blancos. Seguro que los pilotos mandalorianos estaban riendo entre dientes por sus micros, suponiendo que el artillero del *Halcón* se había dejado llevar por el pánico y había lanzado un disparo ciego, sin acordarse de fijar su blanco.

Nunca hay que suponer nada.

Luke miró a Leia. Tenía los ojos cerrados y estaba levantando las manos, proyectándose en la Fuerza para localizar a sus oponentes. El misil del *Halcón* empezó a virar hacia el Bes'uliik trasero, el que aún no había disparado sus misiles, pero el piloto no varió su rumbo.

Para entonces, los dos misiles mandalorianos se habían convertido en relucientes círculos de fuego del tamaño de los puños de Luke, así que estaban demasiado cerca.

Luke activó el intercomunicador.

—Cuando queráis, los de atrás.

—Solo esperamos la orden, papá.

Ocho franjas de color salieron disparadas de los cañones láser del *Halcón* y los misiles enemigos desaparecieron entre ardientes bolas de fuego.

Aquello sí hizo que los pilotos mandalorianos se replanteasen la situación. El primer Bes'uliik rodó hacia babor y desapareció entre el plasma. Su compañero de flanco lanzó sus cuatro misiles, abrió fuego con sus cañones láser e inició un giro evasivo, lo que no impidió que Leia guiase su misil hasta él.

Habitualmente, cuando un misil de conmoción del *Halcón* alcanzaba a un caza estelar lo único que quedaba de este era una bola de fuego y chatarra, pero los cascos de los Bes'uliik estaban fabricados con beskar, un metal tan duro que ni siquiera las espadas de luz podían atravesarlo. En vez de pulverizar la nave, la explosión apenas le hizo un agujero en las paredes dobles del fuselaje. El Bes'uliik siguió volando en espiral por la vía espacial, sin desviarse demasiado de su trayectoria original, pero sus cañones se habían callado y desprendía humo y llamas hacia el vacío sin estrellas.

Los cañones láser del *Halcón* traquetearon cuando Ben y Tahiri volvieron a abrir fuego. Los primeros dos misiles estallaron en llamas casi al instante, pero el segundo siguió acercándose, tan rápido que las torretas del *Halcón* no lograban girar lo bastante deprisa para seguir a su blanco.

Surgió la voz de Tahiri por el intercomunicador.

—¡A ver si me ayudáis un poco desde ahí arriba!

Luke giró inmediatamente hacia los misiles e hizo rodar el *Halcón* lateralmente. Los feroces círculos de gases de escape se expandieron hasta alcanzar el metro de ancho… y finalmente pasaron de largo, con un cilindro plateado rebasando el vientre del *Halcón* y el otro su dorso.

Luke apretó la mandíbula y esperó el estruendo y la sacudida de una detonación de proximidad. Solo oyó a Ben y Tahiri jadeando por el intercom y el chillido palpitante de sus cañones láser disparando.

—Ya es mío —dijo Tahiri.

—Presumida —a continuación llegó el chirrido creciente de un explosión y Ben anunció—. Recibido. Vía libre.

Luke volvió a colocar el *Halcón* plano y lo dirigió hacia la baliza repetidora.

—No —dijo Leia y empezó a apagar los sistemas de comunicación y sensores—. Vamos tras el Bes.

—Leia, sabes que no podemos —le dijo Luke—. El piloto ha abandonado.

—¿Un mandaloriano? ¿Huyendo tan fácilmente? —Leia negó con la cabeza y desconectó la computadora de navegación—. Piénsalo bien, Luke. Con todo este plasma, solo hay una manera segura de dar mensajes.

—En persona —dijo Luke, sintiéndose un tanto estúpido—. Esos Bes'uliiks no eran patrulleros, sino vigías.

Leia asintió.

—Si alcanzamos al que queda, podremos seguirle hasta Base Primera…

—Y atacar a los Qreph sin que sepan que vamos hacia allí.

Luke giró el *Halcón* hacia el banco de plasma, haciendo todo lo posible por seguir el mismo vector del Bes'uliik huido. Se encontró volando a ciegas, sin nada más delante que un turbulento fulgor azul, tan vasto y profundo que perdió todo sentido de la distancia y dirección.

—¡Uauh, papá! —gritó Ben—. ¿De dónde ha salido este lago?

—Deja las bromas para más tarde —dijo Luke, respirando hondo para serenarse—. Ahora mismo estoy ocupado.

Empezó a abrirse más plenamente a la Fuerza, extendiendo su conciencia hacia delante, proyectándose para buscar. Encontró a la tripulación del Bes'uliik, un par de presencias tensas y concentradas, justo enfrente y ligeramente a babor. Colocó el *Halcón* tras ellas, apretó los propulsores y entonces sí que se sintió de verdad como si pilotase por un lago.

La ventanilla se convirtió en una pared sólida y azul y un espeluznante silencio se instaló en la cabina de vuelo. Toda sensación de movimiento cesó y Luke se dio cuenta de que hasta R2-D2 había quedado callado. Cuando volvió la vista atrás, descubrió la luz del procesador del droide congelada a medio parpadeo y su pantalla lógica encallada entre una lectura y la siguiente. Luke miró a Leia y vio que tenía los ojos clavados en él, inmóviles como cristal pero alerta y vivos, congelados en ámbar azul.

Al cabo de un instante, ya tenían allí las presencias de los mandalorianos, tan cerca que se sintió como si se le hubiesen echado encima. Los incandescentes discos de los motores de iones dobles aparecieron frente al *Halcón* y empezaron a crecer. Luke percibió otra presencia más adelante, una presencia oscura y antigua que pareció metérsele dentro cuando intentaba aproximarse a ella.

Sintió un dolor frío en el pecho, su respiración se hizo irregular y notó que todo su calor corporal escapaba por su vieja herida.

—¡Luke!

Leia le agarró por el hombro, lo zarandeó con fuerza y Luke vio que habían alcanzado al Bes'uliik. Que el *Halcón* estaba a punto de volar directo hacia sus toberas de propulsión.

—Luke, ¿intentas que nos…?

—¡Abrid fuego! —ordenó Luke—. ¡Voladlo, ahora!

Dos torrentes de cañonazos convergieron sobre el Bes'uliik, tan rápido que casi parecía que Ben y Tahiri hubieran abierto fuego antes de su orden. No importaba. El caza estelar explotó desde el interior, lanzando escotillas y paneles de acceso entre ardientes columnas de humo, con la cubierta de la cabina de color naranja, antes de desintegrarse en una lluvia de gotas fundidas. Luke empujó el timón hacia delante, sumergiéndose bajo la bola de fuego y adentrándose en la miasma azul que había detrás.

Cuando estaba seguro de haberse alejado lo suficiente de la detonación, tiró de los propulsores y exhaló aliviado… hasta que sintió una punzada de dolor atroz extendiéndose por su pecho.

—Luke, ¿has sufrido un ataque de enfermedad espacial? —le preguntó Leia—. ¡Sin ese Bes no podremos encontrar Base Primera!

—Encontrar Base Primera no va a ser ningún problema —le dijo Luke. Volvió a respirar débilmente, metió la mano bajo su toga y se masajeó la cicatriz de su vieja herida—. Estoy bastante seguro que ella ya nos ha encontrado.

Veintidós

Han no había dado ni tres pasos cuando oyó un fuerte golpe tras él. Se dio la vuelta y vio que el brazo del nargón muerto seguía asomando por la escotilla que acababa de cortocircuitar, pero ahora se movía adelante y atrás. Por un momento, temió que aquel bicho hubiera resucitado de alguna manera, entonces el gran apéndice verde empezó a moverse arriba y abajo, y entendió que había alguien al otro lado, intentando usar el brazo para hacer palanca y abrir la escotilla.

—Capitán Solo —le gritó Barduun, con impaciencia.

Han se sintió arrastrado por la Fuerza pasillo abajo y vio a Barduun con la mano levantada hacia él.

—Deprisa —insistió este—. No tenemos mucho tiempo.

—Eh, tómatelo con calma, ¿vale? —Han echó a andar—. Solo estaba revisando mi obra.

Barduun y Ohali ya se habían metido en la tercera esclusa de aire. Han entró tras ellos. Barduun usó la Fuerza para sellar la escotilla exterior y activó su ciclo. En lugar del zumbido remoto de un compresor de aire, Han oyó el tañido metálico de unas diminutas puertas sobre su cabeza y cuando la levantó vio una docena de boquillas de aspersión descendiendo del techo.

Barduun lo agarró del cuello y tiró su cabeza hacia delante.

—Cierra los ojos —le ordenó—. Debes estar preparado para disparar en línea recta, vamos a ser desinfectados. El esterilizante te nublará la vista.

—Disparar en línea recta se me da bien —dijo. Las boquillas empezaron a sisear y cerró los ojos, mientras al aire se hacía más acre—. Bueno, ¿a qué disparo?

—A todo lo que se te cruce en el camino —le contestó Barduun—. Encontrarás blancos de sobras.

—¿Y cuál es nuestro camino? —preguntó Ohali—. Porque, a no ser que conozcas una ruta secreta hasta el hangar, no podremos escapar por aquí.

Barduun respondió con una risa tan siniestra como estruendosa.

—¿Escapar? Han Solo no quiere escapar. Quiere venganza… Y Jhonus Raam va a dársela.

—¿Venganza? —Han tuvo el presentimiento de saber a qué se refería Barduun y no le gustó—. ¿Venganza por qué, exactamente?

Barduun se rio entre dientes.

—Ya lo sabes. Los Qreph te lo han dicho.

—Mira, si me estás diciendo que Leia está muerta, olvídalo. Los Jedi no mueren tan fácilmente —era lo mismo que se había estado diciendo desde que los Qreph habían alardeado de haberle tendido una emboscada a Leia y Luke en el *Ormni*. Empezaba a sonarle gastado, hasta a él—. Por si no te has dado cuenta, los Qreph son unos mentirosos.

—Jhonus Raam no percibió mentira en sus palabras —Barduun se volvió hacia Ohali—. ¿Quizá la Jedi Soroc sintió algo distinto?

Ohali vaciló antes de responder y Han sintió un agujero negro abriéndose en sus entrañas.

—No —con los ojos bien cerrados, se giró hacia el pasillo sin saber bien por qué, solo que necesitaba volver atrás y matar a alguien—. ¿De verdad atraparon a Luke y Leia?

Las boquillas dejaron de sisear. Sonó un chirrido sobre sus cabezas y el fulgor violeta de una lámpara de desinfección brilló a través de sus párpados cerrados. Ohali le puso una mano sobre el hombro. Podía sentir que su tacto crecía en calidez y suavidad a medida que ella recurría a la Fuerza, intentando consolarlo.

—Lo que percibimos Barduun y yo solo sugiere lo que los Qreph creen. Y pueden equivocarse.

Han no era tan inocente. ¿Una mentira columi? Era posible. Pero ¿un error? De ninguna manera.

Negó con la cabeza.

—Los columi no cometen ese tipo de errores.

La luz violeta se difuminó y Han abrió los ojos. Ohali estaba entre Barduun y él, con el rifle bláster frente al pecho, en posición de presenten armas. El emisor podía no estar apuntando a la cabeza de Barduun, pero miraba hacia aquella dirección.

—Todos cometemos errores, capitán Solo —le dijo Ohali—. Debes creerlo. Si abandonas a Leia ahora, los Qreph habrán ganado.

Por mucho que quería creer a la duros, no estaba seguro de poder hacerlo. Los Qreph se la habían pegado muchas veces. Le habían afeitado la cabeza, le habían colocado sondas en el cerebro y le habían aplicado electrochoques hasta dejarlo con una jaqueca y un temblor en la mano izquierda permanentes.

Pero no era nada comparado con esto, con haberle arrebatado a Leia.

—Si crees que me rindo —dijo Han—, estás muy equivocada —ahora quería sangre, sangre morada de columi—. No me rindo. En realidad, esto no ha hecho más que empezar.

—¡Capitán Solo! —Ohali golpeó a Han con la culata de su rifle bláster en la barriga—. ¡Han! Tienes que ver lo que te está haciendo Barduun.

—Sí, lo veo —Han miró a Barduun, que contemplaba su conversación con una sonrisa de suficiencia—. Me está usando para saldar sus cuentas con los Qreph. ¿Y qué?

—Te está usando para alimentar su poder en el lado oscuro. ¿No lo ves? Necesita tu ira.

Han frunció el ceño.

—Perfecto. Espero que le dé buen uso. Me conformo con que los Qreph paguen por lo que han hecho.

La escotilla interior se abrió con un siseo, revelando el laboratorio del otro lado. Con apenas unos doce metros cuadrados, media docena de pasillos cruzaban la sala, todos

ellos flanqueados por hileras de unos recipientes altos parecidos a tanques de bacta. Estos tenían los lados opacos, pero sus paneles frontales eran curvados y transparentes.

—Los nargones no tardarán en echársenos encima —dijo Barduun—. Y esta vez serán más.

Haciendo gestos para que le siguieran, Barduun salió de la esclusa de aire y echó a andar hacia la pared izquierda del laboratorio. Ohali se interpuso en el camino de Han, que puso los ojos en blanco y la apartó suavemente.

—Capitán Solo, por favor, no —le dijo a su espalda—. Quizá te parezca bien morir aquí… pero a mí no.

Su súplica dio en el blanco. Han se dio cuenta de lo que estaba haciendo… dejándose llevar por la frustración, sin pensar en las consecuencias para sí mismo ni para nadie más. Si quería vencer a los Qreph, debía mantenerse alerta y pensar.

Finalmente, asintió.

—Pase lo que pase, no te preocupes por mí —volvió la cabeza para mirarla—. Si ves alguna posibilidad de escapar, aprovéchala.

—¿Sin ti? Capitán…

Han levantó una mano para cortarla.

—Mira, uno de los dos tiene que intentar detener a esos tipos ahora, antes de que las cosas se descontrolen de verdad, y soy yo —se señaló a sí mismo—. Y el otro debe volver para informar al Consejo Jedi —la señaló a ella—, y eres tú.

Ohali se lo quedó mirando un momento y bajó la cabeza.

—Como quieras, capitán Solo. Pero me sentiría mejor si tú…

—Ya tenemos un plan —dijo Han, cortándola—. Ahora solo he de dar con la manera de que funcione.

Se giró para examinar el laboratorio, buscando formas de atraer a los columi hasta una trampa… y mantenerse con vida el tiempo suficiente para acabar con ellos.

La sala, iluminada en tonos azules intensos, tenía una atmósfera fría y estéril. Han contó cinco pasillos con ocho tanques cada uno, cuarenta en total. Como los tanques de bacta, todos estaban colocados verticalmente y tenían un frontal de plasticlaro. Sin embargo, en lugar de bacta, el tanque estaba lleno de un líquido viscoso verde tan turbio y espeso que apenas podía ver a sus ocupantes.

La voz profunda de Barduun retumbó desde un rincón lejano.

—Aquí, capitán Solo. Tienes que ver esto.

—Dame unos minutos —gritó Han. Le resultaba imposible ver qué hacía Barduun y, teniendo en cuenta la naturaleza sádica de aquel maníaco, no estaba muy seguro de querer saberlo—. Voy a inutilizar la esclusa de aire.

—Te daré dos minutos. Nada más.

Han oyó un zumbido en un pasillo a la derecha y fue con Ohali a echar un vistazo. Un par de droides de laboratorio bípedos con caras alargadas iban de tanque en tanque, supervisando las lecturas de datos y las constantes vitales. Había otros droides sobre sus

cabezas, unas cosas grandes y arácnidas que se movían por un reluciente laberinto de tuberías de alimentación y conductos de filtrado.

Y los dos tipos de droides parecían muy interesados en Han y Ohali. Varios de los arácnidos habían corrido a asomarse por el borde de un conducto de aire cuadrado, mientras uno de los alargados droides de laboratorio se había alejado de sus quehaceres y venía hacia ellos por el pasillo.

—Genial —masculló Han. Lo último que necesitaban era público—. ¿Sabes qué es todo esto?

—Por desgracia, sí —dijo débilmente Ohali. Ignoró al droide que venía hacia ellos y tiró de Han hacia el siguiente pasillo—. Me trajeron varias veces, cuando los Qreph empezaron a experimentar con biots sensibles a la Fuerza.

Han arqueó una ceja.

—¿Como Doble?

—Exacto. Como has visto, aún les falta mucho para perfeccionar la técnica. Parece que la sensibilidad a la Fuerza interfiere con el desarrollo mental de los biots —le llevó hasta la mitad del pasillo y señaló un tanque—. Pero lo siguen intentando.

Han echó un vistazo al interior y solo pudo distinguir una difusa forma azul del mismo tamaño y constitución de Ohali. Esta dejó el rifle bláster apoyado en el tanque y tocó el panel de control del frontal. El interior se iluminó, revelando una duros a medio formar. Su carne parecía estar creciendo, o fusionándose, sobre un esqueleto de vanaleación.

Aquella cosa abrió los ojos y empezó a mover los brazos, impulsándose con sus manos aún descarnadas para acercarse al panel de plasticlaro. Sus rasgos faciales estaban incompletos y le estaba creciendo un bulto alargado en una mejilla. Aun así, Han entendió que cuando estuviera terminada tendría más o menos el mismo aspecto que Ohali.

—Veo que siguen teniendo problemas —susurró y señaló el bulto de la mejilla—. ¿Se le irá?

La respuesta se la dio una voz jovial y sintética en el pasillo, a su espalda.

—Es bastante improbable.

Han se giró y vio al droide de laboratorio de cara alargada acercándoseles. Probablemente era el mismo al que habían ignorado antes, aunque no podía estar seguro. Eran todos idénticos.

—No es muy frecuente —continuó el droide, que se detuvo a mirar el tanque que tenían delante—. Muy probablemente, no superará la próxima inspección del control de calidad.

—¿Y qué pasará entonces? —preguntó Han, intentando desviar la atención del droide hasta poder encontrar su disyuntor principal—. ¿La reciclarán?

El droide inclinó la cabeza hacia delante en una especie de asentimiento.

—Exacto. Somos una instalación enormemente eficiente —se detuvo a tres pasos de él y dijo—. Por favor, indique su código de autorización y el motivo de su visita. ¿Trae instrucciones para mí?

—Claro, traigo instrucciones —dijo Han y levantó su rifle bláster, apuntando el emisor a la cabeza del droide—. Aquí las tienes.

El droide echó su cabeza alargada hacia atrás y reculó dos pasos.

—No está autorizado a llevar armas. Por favor, aparte eso antes de que inf…

Han apretó el gatillo, metiéndole una descarga en el vocalizador al droide, que salió por la parte trasera de su cabeza. Dio un par de tumbos hacia atrás y cayó al suelo con estrépito. Una tormenta de chasquidos y ruiditos estalló sobre sus cabezas cuando docenas de droides arácnidos corrieron a esconderse en las profundidades de su laberinto de tuberías y conductos.

—¿Era necesario? —le preguntó Ohali—. Seguro que los Qreph ya saben que estamos aquí.

—Eso espero —empezó a disparar a las tuberías y los paneles de control, intentando causar el mayor caos posible—. Ahora solo hemos de conseguir que sus circuitos echen humo.

Ohali desenfundó a regañadientes su rifle bláster.

—¿Por qué?

—Porque los seres furiosos cometen errores. Y para que mi plan funcione los Qreph tienen que empezar a cometer errores.

Ohali arrugó su frente azul.

—¿Te importaría explicarte?

—¡Capitán Solo! —le interrumpió la voz de Barduun—. No me parece que estés inutilizando ninguna esclusa de aire.

Han le ignoró y le contó su plan a grandes rasgos a Ohali.

—Ah —la duros cogió su arma y empezó a disparar al laberinto de tuberías que tenían encima—. Ahora lo entiendo.

Al cabo de dos segundos, estaban bajo una ducha de un mejunje verde y apestoso, con paneles de control y cables eléctricos echando chispas a ambos lados del pasillo. Han oyó un chapoteo a su espalda y al girarse encontró a dos esbeltos droides corriendo hacia la otra punta del pasillo. Le metió una descarga en el pecho a cada uno. Ohali disparó tres descargas al techo y tres droides arácnidos cayeron sobre el suelo anegado, junto a ellos.

Bien. Los droides eran la clave. Si querían que el plan de Han funcionase, debían eliminarlos.

—¿Capitán Solo? —volvió a gritar Barduun—. ¿Qué estás haciendo, exactamente?

Consciente de que los nargones y los mandalorianos no tardarían en llegar, Han ignoró a Barduun y le hizo un gesto a Ohali para que le siguiera. Fueron rápidamente hasta el siguiente pasillo, donde repitieron lo que acababan de hacer; después fueron al siguiente, donde eliminaron a otros dos droides de laboratorio. Han avanzaba por el

pasillo, destruyendo los paneles de control, mientras Ohali seguía disparando al laberinto del techo.

De vez en cuando, alguno de los biots se despertaba y se acercaba al panel de plasticlaro a mirar. Los biots no eran seres inteligentes, aún no, pero tampoco eran droides. Eran monstruos tristes creados por los Qreph para servirles y morir míseramente, y cuando pasaba junto a ellos Han se preguntaba si les estaba haciendo un favor abandonándolos a su suerte. La mayoría tenía deformidades que de todas formas les condenarían. El resto jamás tendría la posibilidad de salir vivo de Base Primera, si Han se salía con la suya.

Ohali y él estaban a mitad del pasillo siguiente cuando una cara familiar se apretó contra el plasticlaro. Con pelo castaño, ojos marrones y un mentón bastante apuesto, era la misma cara que Han había visto en el espejo todas las mañanas… hacía unos treinta años.

Se detuvo y se acercó al tanque. El biot frunció la frente y apretó el dedo contra el plasticlaro, señalando el pecho de Han. Entonces se giró para examinar su reflejo en la pared opaca que separaba su tanque del adyacente, volvió a mirar a Han y se señaló el pecho con un dedo.

Han no tenía claro si debía matar a aquella cosa o liberarla.

—Es muy inquietante, lo sé —dijo Ohali. Siguiendo el plan de Han, recogió un trozo de cable de filtrado del suelo del pasillo—. La primera vez que vi a una de mis Dobles, no supe muy bien si protegerla o destruirla.

Antes de que Han dijera que matarlos era un acto de compasión, la voz de Barduun resonó desde el pasillo contiguo.

—¡Han Solo, es la hora! Ven conmigo.

Han miró a los ojos a Ohali.

—Será mejor que lo hagamos rápido —echó un vistazo al pasillo, no vio ningún droide y señaló el tanque—. ¿Lista?

Ohali sopló por el cable de filtrado para asegurarse de que no estaba atascado y asintió.

—Si estás decidido —ella usó la Fuerza para esconder su rifle bláster sobre un conducto del techo, se giró hacia el tanque que contenía a la réplica de Han y levantó los brazos—. ¿Puedes darme un empujoncito?

—Claro —Han dejó su bláster en el suelo y se sacó el vibrocuchillo de Gev de la cintura—. Toma esto, por si el rarito te da algún problema.

Le dio el arma a Ohali y juntó las manos para ayudarla. Ella usó la Fuerza para levantar la tapa del tanque y se metió dentro. Al cabo de un momento, Han vio la punta del cable de filtrado asomando sobre el líquido verde. Ohali apareció en él panel frontal, solo lo suficiente para levantar los pulgares hacia él.

El biot solo parecía confundido.

Un ruido amortiguado retumbó en la sala y Han entendió que se le había acabado el tiempo. Sacó su rifle bláster y fue hacia la parte delantera del laboratorio, intentando desesperadamente encontrar la manera de sortear a los nargones y disparar a los Qreph.

—¡Por ahí no, Han Solo! —le llegó la voz de Barduun desde detrás, al fondo del pasillo—. Si quieres venganza, debes venir con Jhonus Raam.

Han sintió que retrocedía antes de darse la vuelta. Se planteó abrir fuego contra Barduun, pero decidió que no era buena idea empezar a disparar a sus aliados antes de matar a los Qreph, por mucho miedo que le dieran esos aliados.

—Jhonus Raam no ve a la Jedi Soroc. ¿Dónde está la Jedi Soroc?

—Esto, no quería compañía —dijo Han, tomándose su tiempo para darse la vuelta. No estaba seguro de hasta qué punto el uso de la Fuerza de Barduun era como el de un Jedi, pero sabía que la capacidad Jedi de detectar las mentiras surgía en parte de «sensaciones» y en parte de mirar la cara del mentiroso. Siguió mirando hacia otro lado y eligió sus palabras con mucha cautela—. Quizá se haya largado.

—¿Largado dónde?

Han se encogió de hombros.

—¿Qué soy, su niñera? Mira, estoy aquí para cargarme a los Qreph. Si no te interesa…

Han dejó su frase incompleta, justo cuando terminaba de darse la vuelta y vio al nuevo acompañante de Barduun.

—¿De dónde diantre ha salido ella?

Barduun hizo una mueca.

—¿No es evidente?

Ella era una joven Leia, una asombrosa réplica biot de pelo castaño y grandes ojos marrones. Su bata con cinturón le recordó el vestido blanco que Leia llevaba la primera vez que la vio y el biot tenía la cabeza inclinada en el mismo ángulo altanero. Pero mientras los ojos de Leia eran inteligentes y apreciativos, los de la biot estaban vacíos. Y mientras Leia transmitía confianza y determinación, la biot parecía nerviosa y desconcertada.

De todas formas, la simple visión hizo que le doliera el corazón.

—Uh… gracias por pensar en mí, amigo —dijo, incapaz de apartar la vista de la biot—. Pero estás chiflado si crees que unos kilos de vanaleación y carne cultivada en un tanque pueden remplazar a mi mujer.

El biot se escondió tras Barduun y miró desde detrás de su enorme bíceps.

—Esta Leia no es para ti —dijo Barduun—. Es la princesa de Jhonus Raam.

Han examinó a la biot de ojos vacuos por un instante, intentando no pensar en qué tramaba Barduun.

—Bueno, será mejor que la devuelvas a su sitio. Aún no está terminada.

La expresión de Barduun se ensombreció.

—No lo está —reconoció—, pero pronto lo estará. Jhonus Raam sabe un secreto.

Levantó ambas manos hacia Han.

—Vale, vale… ya voy —dijo Han, echando a andar—. No hace falta que te…

En vez de sentir el habitual tirón con la Fuerza, Han se sorprendió al ver diminutas chispas azules en las yemas de los dedos de Barduun. Se arrojó al suelo, pero no fue lo bastante rápido. Una cortina caliente de rayos de Fuerza crepitó contra su espalda, a solo unos centímetros de su cabeza. El aire se vició con el olor del lado oscuro y Han quedó cegado.

Aterrizó sobre el líquido de los tanques derramados y rodó sobre su espalda para sacar su bláster de aquel mejunje apestoso y abrir fuego. No veía nada, pero eso no lo detuvo. Lanzó una ráfaga pasillo abajo, hacia Barduun.

Cuando oyó unos pasos pesados a su espalda y el chirrido de los blásteres nargones, comprendió su error. Giró su rifle hacia la parte delantera del laboratorio y volvió a abrir fuego. Recuperó la visión, justo a tiempo para ver una docena de sus descargas rebotando contra el pecho de tres de los nargones.

Entonces se sintió agarrado de nuevo con la Fuerza. Barduun tiró de él por el pasillo y lo arrastró hasta detrás del último tanque de la fila. El pequeño malentendido de Han con los rayos de Fuerza había terminado con un agujero humeante de bláster en el muslo a Barduun, aunque seguía apoyando aquella pierna. Le dio la vuelta a Han.

—Jhonus Raam es de los tuyos —Barduun usó la Fuerza para ponerlo de pie, entre la boquiabierta muñeca de Leia y él mismo—. Intenta no olvidarlo.

—Perdona por el, eh, malentendido. Creía que te habías molestado porque no me ha gustado tu novia.

Han pasó junto a la biot, que lanzó un gritito asustado, y echó un vistazo al pasillo contiguo. No vio gran cosa, solo una pared de escamas verdes lanzando una lluvia de descargas azules hacia donde estaba.

Retrocedió y se estremeció cuando las descargas de los nargones rebotaron contra la pared del fondo y volvieron volando.

Barduun ya las estaba esquivando, con las palmas de las manos apuntando a los tres cabezas de aleta.

—¡Vete! —le ordenó, apoyando su voz con la Fuerza. Las descargas de bláster empezaron a rebotar contra sus manos—. Y llévate a la princesa de Jhonus Raam.

Han se metió el rifle bláster bajo el brazo y agarró la muñeca de la biot con la otra mano.

—¿Dónde la llevo? —se esforzó por sonar natural, por no parecer demasiado impresionado por los poderes en la Fuerza de Barduun—. ¿A la escotilla de…?

—La pared del fondo —terminó Barduun—. Jhonus Raam ya ha introducido el código de acceso.

Barduun bajó una mano y la agitó en dirección al pasillo. Media docena de tanques de biot saltaron de sus puntales y cayeron sobre la acometida de los nargones.

—Vete —repitió Barduun—. Jhonus Raam os alcanzará.

Han echó a correr, arrastrando a la biot de Leia. Otra descarga de rayos de Fuerza sacudió la sala. Cuando Han miró atrás, vio que Barduun estaba desviando descargas de bláster con la palma de una mano y lanzando andanadas de rayos de Fuerza con la otra.

Estaba claro que Jhonus Raam tenía la Fuerza.

Al cabo de una docena de pasos, Han y la «princesa» llegaron hasta dos escotillas de la parte trasera del laboratorio. Tal como le había dicho Barduun, una de las luces de estado indicaba «DESBLOQUEADA». Han soltó la muñeca de la biot lo suficiente para apretar el botón de «ABRIR» y se sorprendió al volver a echar la mano hacia atrás y no encontrarla. Al volverse vio que reculaba.

La agarró por la muñeca.

—¿Quieres que te maten? Ven aquí.

La escotilla se abrió entre chirridos al instante y Han la obligó a cruzarla, metiéndose en un pasillo tipo túnel de techo abovedado. Este giraba en ambas direcciones, como si formase parte de una pasarela perimetral circular. Echó un vistazo rápido pero no vio más escotillas, aunque la curvatura del pasadizo era tan pronunciada que apenas podía ver más de cinco metros en ambas direcciones.

La escotilla volvió a cerrarse entre chirridos.

La luz de estado pasó a «BLOQUEADA».

Una voz sintética cacareó desde un altavoz del techo.

—Acaban de entrar en una zona altamente restringida.

Un panel oculto sobre los controles de la escotilla se abrió, mostrando un panel sensor biométrico.

—Muestren su autorización de acceso inmediatamente.

Han se quedó mirando el panel, intentando dar con la manera de engañar al sistema de seguridad, incapaz de hacer nada más que maldecir a Barduun por haber olvidado darle el código de anulación.

Una serie de chasquidos sonó desde el ápice del techo abovedado, Han levantó la vista y vio cañones bláster giratorios bajando de una hilera de compuertas escondidas.

—Muestren autorización de acceso inmediatamente.

Y entonces la princesa de Barduun dijo:

—No tiene autorización de acceso, ¿verdad?

Han la miró.

—¿Sabes hablar?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y después hacia el otro.

—Por supuesto que sé hablar. Jhonus Raam me enseñó.

—Jhonus Raam —Han cerró los ojos—. Menudo maestro.

Renunció a la idea de intentar encontrar la manera de engañar al panel sensor y se limitó a apretar el botón de apertura del panel de control.

Nada.

Oyó un leve zumbido en el techo, los cañones bláster empezaban a cargarse.

—Le conozco, ¿verdad? —la princesa biot parpadeó—. ¿Es… mi padre?

—¿Tu padre? —gruñó Han—. Genial. Justo lo que quería en mi cabeza en un momento como este.

—¿Un momento cómo? —preguntó la biot.

Un coro de débiles chirridos llenó el pasillo cuando los cañones bláster empezaron a rastrear sus movimientos.

—La aniquilación de intrusos se iniciará en quince segundos —advirtió la voz—. Muestren autorización de acceso inmediatamente.

Han miró hacia arriba y dijo:

—Un momento como este —señaló los cañones bláster—. Vamos a morir.

—No vamos a morir —dijo la biot—. Jhonus Raam no lo permitirá.

—¿No? —Han agitó las manos hacia el pasillo, provocando un leve chirrido de los cañones bláster mientras seguían sus movimientos—. ¿Y dónde está?

Los ojos de la biot se apartaron de Han, aunque solo fugazmente.

—En algún rescate. No parece muy animado, ¿eh?

Han quedó boquiabierto, completamente estupefacto.

—Vale, extraña Leia… cállate para que pueda concentrarme.

Se giró hacia la escotilla. Pensó en volar el panel de sensores o los controles, pero le pareció que aquello sería justo lo que los Qreph esperaban de un intruso: pánico. Y el pánico era siempre la manera más rápida de que te matasen, en particular si te las veías con columis.

—Yo le conozco, Han Solo —insistió la biot—. ¿Seguro que no es mi padre?

—Eres una biot —contestó Han—. No tienes padre.

—Claro que sí. Mis genes vienen de algún sitio —se le acercó—. Y usted me conoce. Lo percibo.

—Mira, hermana, me da igual lo que percibas… —hizo una pausa, entendiendo lo que la biot acababa de decir—. Cuando dices que lo percibes, ¿quieres decir…? Por favor, dime que lo percibes en la Fuerza.

La biot sonrió.

—Jhonus Raam dice que soy poderosa en la Fuerza. Me ha estado entrenando.

—Bien —Han tiró el rifle bláster al suelo, se volvió hacia la escotilla y señaló el botón de abertura del panel de control—. ¿Puedes proyectarte hasta el otro lado de la escotilla y apretar ese botón?

—Por supuesto.

La voz dijo:

—La aniquilación se iniciará en… diez segundos.

Han tuvo que reprimir el impulso de zarandear a la biot.

—¡Pues hazlo!

Ella cerró los ojos.

—Ocho segundos, siete segundos…

La escotilla se abrió con ruido de fuego de bláster. Antes de poder cruzarla, Barduun asomó por ella, desviando descargas de bláster con una mano y lanzando rayos de Fuerza con la otra. Se reía tan fuerte que le temblaban los hombros.

Cuando habló, lo hizo con la voz femenina de la biot:

—Capitán Solo, ¿es mi padre? —la escotilla se cerró entre chirridos. Su risa resonó por el pasillo y volvió a hablar en la voz de la biot—. No parece muy animado, ¿eh?

—¿Eras tú? —Han se giró para mirar a la extraña Leia, que había recuperado la expresión vacía de antes—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—La Fuerza, capitán Solo —Barduun bajó los brazos y se apartó de la escotilla, ahora sellada—. Siempre la Fuerza.

Por supuesto, la Fuerza. La lucha en el laboratorio debía haber sido extenuante, incluso para Barduun. Para mantenerse fuerte había tenido que alimentarse de su miedo.

¿Qué especie de maníaco del lado oscuro era?

La voz sintética dijo:

—La aniquilación se inicia en… cinco segundos.

Barduun agarró a su Leia biot por el brazo y cruzó el pasillo hasta la pared opuesta. No, cruzó la pared opuesta.

Un holograma.

—Cuatro segundos, tres segundos…

—Ven, capitán Solo —le gritó Barduun—. Y no toques el panel sensor. No toques nada. Todo son trucos con estos columis.

Han recogió su rifle bláster y saltó hasta el otro lado del pasillo, atravesando la pared holográfica justo cuando la cuenta atrás llegaba a uno.

—Acceso concedido —dijo la voz.

Han se encontró en un balcón en forma de anillo que daba a un círculo de tres metros de piedra negra y lisa, que le pareció la superficie natural de Base Primera. En la barandilla del balcón había un agujero, lo bastante grande para una persona, o un ectocuerpo. Y nada más. Aparte de todas las medidas de seguridad que acababan de superar, los cañones bláster y la pared holográfica unidireccional, aquella pequeña estancia circular parecía completamente anodina.

Aún cogido de la mano de su «princesa», Barduun se detuvo ante el agujero de la barandilla, se volvió hacia Han y le tendió una mano.

—Ven, capitán Solo. No puedes entrar si no tienes la Fuerza.

—Ya voy —dijo Han, pero no pensaba pisar aquel círculo de piedra negra—. Aún tengo algunas preguntas pendientes.

Barduun puso los ojos en blanco.

—La única pregunta que importa es esta: ¿quieres venganza?

—Depende de lo que me cueste —Han señaló el círculo con la cabeza—. ¿Qué pasa si entro ahí contigo?

—Tendrás lo que deseas. El poder para destruir a los Qreph.

—¿Poder como el tuyo?

Aquello era lo último que quería y estaba bastante seguro de que Leia, la de verdad, habría dicho lo mismo, de haber podido. No había ninguna manera natural por la que Barduun pudiera haber desarrollado sensibilidad a la Fuerza a su edad. Y aunque semejante improbabilidad se hubiera dado, era imposible que hubiera aprendido a manejar los poderes del lado oscuro como lo hacía en unas pocas semanas. Allí estaba pasando algo más, algo que a Han le asustaba más que la muerte.

—¿Aprenderé a usar los rayos de Fuerza? —preguntó—. ¿A desviar descargas de bláster con las manos?

—Todo eso y mucho más —Barduun volvió a tenderle la mano y se sintió atraído hacia el círculo oscuro—. Ahora, ven conmigo, capitán.

Han apuntó el rifle bláster al pecho de Barduun.

—Ve tú. Yo esperaré a los Qreph aquí —miró a través de la pared holográfica unidireccional, hacia las escotillas del otro lado del anillo de seguridad—. Pensándolo bien, este parece un buen sitio para esconderse.

Barduun seguía arrastrándolo hacia el balcón.

—Sin poder para destruir a los nargones, solo es un buen sitio para morir. Debes venir conmigo. Es la única manera de ganar.

—¿Qué más te da si muero o gano? ¿Qué sacas tú de todo esto?

—No eres el único al que han engañado los Qreph. Solo quiero lo que…

Han apretó el gatillo… y vio que la mano de Barduun cambiaba de posición en el último momento y repelía las descargas contra él.

Justo lo que Han esperaba. Ya se estaba tirando al suelo para atravesar la pared holográfica, hacia el anillo de seguridad exterior, rodando sobre su hombro y disparando ciegamente a Barduun. Oyó que la biot gritaba y caía al suelo.

La voz sintética habló desde las alturas.

—Muestre su código de autorización inmediatamente.

Han se vio volando a través del muro holográfico otra vez, con el pecho dolorido, mientras un enfurecido Barduun lo sujetaba con la Fuerza. Vio a la Leia biot en el suelo, con un agujero humeante en la cabeza y los ojos muy abiertos. Después quedó suspendido boca abajo en la firme sujeción de Fuerza de Barduun y su rifle cayó al suelo.

Barduun echó un brazo alrededor de sus piernas y se giró hacia el círculo de piedra, que estaba a solo tres pasos.

Han se llevó la mano a la cintura, sacó el bláster de mano que le había quitado a Mirta Gev y apretó el cañón contra la herida del muslo de Barduun.

Este dio un paso.

Han apretó el gatillo del bláster, disparando una descarga de energía por el mismo agujero. A Barduun le flaqueó una rodilla y estuvo a punto de caerse, dando otro paso tambaleante hacia el círculo. Han se giró y colocó el bláster entre su cuerpo y el de Barduun.

Este dio otro paso tambaleante hacia delante. Han apretó el gatillo y sintió que caía sobre la dura y oscura piedra.

Barduun se tambaleó hacia atrás, hacia el balcón, alejándose de Han con la barbilla levantada, mostrando el agujero humeante que acababa de hacerle su descarga.

Han volvió a disparar y le abrió un pequeño agujero chamuscado en el pecho a Barduun.

Este dio otro tumbo hacia atrás, atravesó la pared holográfica y cayó en el anillo de seguridad.

La voz sintética dijo:

—Muestre su código de autorización inmediatamente.

Han reptó por la piedra y llegó hasta el balcón. Barduun estaba inmóvil, pero no quería correr el menor riesgo. Apoyó el brazo en el suelo, apuntando a través de la pared holográfica unidireccional hacia el panel sensor biométrico del otro lado del anillo de seguridad.

Abrió fuego y lo alcanzó al tercer intento.

—Acceso denegado —anunció la voz.

Una docena de puertas se abrieron acompañadas de un coro de chasquidos metálicos y una docena de cañones bláster descendieron del techo, giraron sus cañones emisores hacia la figura postrada de Barduun y la hicieron desaparecer entre una tormenta de humo y luz.

Veintitrés

Vestara había dejado atrás los barracones cuando tres explosiones atronadoras sacudieron toda la Base Primera. Por un instante, temió que Solo hubiera improvisado un megaexplosivo con algo del laboratorio de biot, pero no se le ocurría cómo. No le había dado tiempo y sus últimos informes indicaban que estaba en la puerta. Entonces el ruido de otras detonaciones secundarias empezó a resonar por el pasillo que tenía a su espalda y notó que como mínimo dos de las iniciales venían de la otra dirección… del hangar principal.

Una presencia muy decidida empezó a buscar en la Fuerza, proyectándose desde algún punto sobre Base Primera. Al cabo de un instante, se produjo otra explosión, más próxima y potente. Le siguió otra más remota y entonces una serie de descargas parecieron estallar simultáneamente por prácticamente todos los rincones de la extensa instalación.

Marvid y Craitheus llegaron flotando por el pasillo. Incluso en aquel amplio pasillo, se enfrentarían a un combate cuerpo a cuerpo y se vio hombro con hombro con sus ectocuerpos de vanaleación.

—Parece que los Jedi han llegado antes de lo que preveíamos —gruñó Craitheus—. Justo cuando Solo ha huido, lo que me parece altamente sospechoso. Quizá nos sacaste de la partida de sabacc para ponernos en peligro.

—Claro y de paso arriesgar mi pescuezo —contestó Vestara—. Yo no empezaría a buscar traidores aún. Así son los Jedi, siempre aparecen en el peor momento posible.

—Te quedas corta —protestó Marvid—. He recibido el informe de daños del hangar. Nuestro escuadrón de cazas ha sido inutilizado antes de poder desplegarlo.

Vestara lanzó un gruñido. La miasma que rodeaba Base Primera era impenetrable para los sensores, por lo que era ineficaz y peligroso mantener patrullas regulares, pero con los Jedi yendo hacia allí, al volver a la base le había pedido al comandante del escuadrón que desplegase sus Bes’uliiks. Por supuesto, este había insistido en respetar la cadena de mando y aquello llevaba su tiempo, que no tenían, como estaban comprobando.

Deseando que hubiera alguna manera de salvar unos cuantos de los cazas estelares, Vestara preguntó:

—¿Cómo está la situación en el hangar? —sabía que Marvid y Craitheus estaban controlando las comunicaciones mediante sus ectocuerpos.

—La tripulación corría hacia sus naves cuando el segundo misil derribó los escudos —dijo Marvid y abrió sus brazos pinza—. Cuando el tercer misil penetró en el hangar, fueron arrastrados por la ola de descompresión.

—¿Y los escudos del resto de la base? —preguntó Vestara, esperando que todas las explosiones que oía no fueran escudos derribados—. ¿Siguen resistiendo?

—No resistirán mucho más —contestó Craitheus—. Ya están fallando. Los Jedi nos deben estar atacando con una docena de embarcaciones.

Vestara negó con la cabeza.

—Es muy poco probable. No han tenido tiempo para hacer venir más Jedi a la Falla. Y Leia Solo no se quedaría de brazos cruzados, esperando los refuerzos. Ahí fuera tenemos al *Halcón* y uno o dos escoltas, quizá. No necesitan más.

Craitheus parecía dubitativo, pero desvió la vista sin discutirle.

—Volvamos al salón. Puedes relevar a Gev, como hablamos.

Las paredes empezaron a reverberar con el estruendo de disparos de turboláseres, sus artilleros defendiendo Base Primera. Aquello no significaba que vieran a sus blancos. En una batalla como aquella, los mandalorianos harían todo lo que pudieran, aunque solo fuera para ralentizar al enemigo.

Vestara dobló un recodo y vio treinta nargones en fila en el siguiente pasillo. Algunos miraban al techo, muchos sacudían sus colas, pero todos empuñaban sus rifles bláster frente al pecho.

Vestara se frenó y se volvió hacia Marvid:

—¿Qué es esto?

—Nuestro destacamento de seguridad personal —respondió este rápidamente—. Con Han Solo suelto, toda precaución es poca.

—Son muchos guardaespaldas. ¿Seguro que lo único que os preocupa es Solo?

—Por supuesto que no —le espetó Craitheus—. Como habrás notado, los Jedi ya están aquí. Ahora, si has terminado de hacernos perder el tiempo, te sugiero que sigamos avanzando.

Llegaron hasta los nargones y dos de los guardaespaldas se colocaron tras Vestara, mientras todos los demás seguían a los Qreph. Con un ojo siempre pendiente de su espalda, Vestara los condujo a todos hasta el improvisado salón de sabacc.

Cuando entró, echó un vistazo por la ventanilla. Una riada constante de descargas de turboláser salía de Base Primera, brillando entre la miasma azul. Era poco probable que aquella cortina de fuego detuviese a Skywalker y a su hermana, pero incrementaría el nivel de miedo generalizado, lo que facilitaría que Vestara se hiciese con el control de la situación.

Y, a juzgar por lo que veía ahora en el salón, era necesario que tomase el control. Las paredes estaban salpicadas de quemaduras y el suelo manchado de sangre. Dos biots, un nargón y una réplica de Soroc, estaban tirados detrás de la mesa de sabacc, muertos. El aire apestaba a detonita y carne quemada, y alguien había volado la escotilla de seguridad del fondo, creando un agujero irregular.

Mirta Gev estaba sentada encima de la mesa, dando órdenes por un comunicador de mano. Seguía luciendo el ensangrentado uniforme de repartidora de sabacc, con la pernera del pantalón rajada y la pierna extendida frente a ella. Un droide quirúrgico 2-1B estaba atareado con un corte espantoso que le iba desde el tobillo hasta más arriba de la rodilla.

Con los Qreph y los nargones abarrotando la sala a su espalda, Vestara se acercó con firmeza a la mesa. Viendo que Gev la ignoraba, usó la Fuerza para desactivar su comunicador.

Gev siguió bramando órdenes unos segundos más, hasta que pareció entender lo que había pasado. Se giró hacia Vestara y puso mala cara.

—Lárgate, pequeña —Gev volvió a activar el comunicador—. Estoy evaluando la situación.

—Esta es la situación —Vestara usó la Fuerza para arrebatarle el comunicador de las manos—. Ahora estás bajo mis órdenes. Si te portas bien, quizá salgas viva de esta.

Gev arqueó una ceja.

—¿Bajo tus órdenes? —negó con la cabeza—. Jamás.

—Por supuesto que sí —dijo Craitheus, yendo flotando a colocarse junto a Vestara—. Según los términos de nuestro contrato, podemos delegar el mando a quien consideremos más oportuno.

—Y este lío lo has organizado tú —añadió Marvid—. Primero, guiaste a los Jedi hasta el *Ormni y* después dejaste escapar a Solo. Casi parece que estuvieras a sueldo de los *Jedi*.

Vestara vio el resentimiento en los ojos de Gev y empezó a preocuparse por que la mandaloriana pudiera estar pensando en llevarse a sus tropas a casa y los mandase a todos a sorber vacío. Y no lo podía permitir, no en pleno asalto Jedi.

Vestara se volvió hacia Marvid y sacudió la cabeza con fingida exasperación.

—Eso no es del todo justo. Los Jedi no siguieron una baliza rastreadora hasta Base Primera —miró a Gev. A juzgar por la cara de sorpresa de la mandaloriana, puede incluso que de gratitud, su estratagema estaba funcionando—. Como mínimo, no una baliza que no detectase Mirta.

—Si estás sugiriendo que la *Luna Aurel* ha guiado a los Jedi hasta aquí te diré que eso es sencillamente imposible —dijo Craitheus—. Aunque nuestros droides de mantenimiento no hubieran detectado una baliza rastreadora, no habrían podido seguirla por la Burbuja. El plasma es demasiado denso.

Vestara negó con la cabeza.

—Vuestro amor por la tecnología os ciega. Los Jedi tienen otras maneras de rastrear a sus presas —le devolvió el comunicador a Gev—. De todas formas, Mirta, Marvid y Craitheus tienen razón en una cosa, tu contrato les permite colocarme al mando. ¿Vas a respetar sus términos?

Gev se encogió de hombros, resistiéndose a aceptar, y se giró hacia Craitheus.

—Si lo hago, quiero ver el laboratorio de nanoasesinos.

—Me temo que no es seguro para ti —le contestó Craitheus, mintiendo tan bien que Vestara apenas percibió el empalago del engaño en su aura de Fuerza—. Si una sola molécula de la muestra ha escapado en nuestro laboratorio…

—Gev mandará a Thorsteg más adelante —dijo Vestara, no viendo necesidad de mencionar la falsedad que había percibido, todavía. Si quería tenderles una trampa a

Luke Skywalker y su hermana, necesitaba que Gev desplegase sus fuerzas—. Y el contrato de Gev no dice nada de combatir contra Jedi. Un millón de créditos extra para todo su equipo. Y si nos sale bien, la remuneración personal de Gev se duplicará.

El estruendo de los turboláseres se hizo más apremiante y el plasma del otro lado de la ventanilla adquirió un tono naranja por los ataques desde la corta distancia.

—De acuerdo —dijo rápidamente Craitheus.

Mirta Gev entrecerró los ojos y asintió.

Al cabo de un instante, la silueta con el morro de horquilla del *Halcón Milenario* apareció entre la miasma, haciendo eses y esquivando explosiones.

—Comandante Gev —dijo Vestara—, ordene a su gente que desplieguen los escuadrones de nargones por toda la base. Y que esperen a que los Jedi hayan entrado en la instalación.

Gev aceptó la orden con un asentimiento y activó su comunicador.

Craitheus no parecía tan conforme.

—No eres una gran estratega, lady Raine —como todos los demás, estaba mirando cómo el *Halcón* cruzaba el bosque de fuego de turboláser—. Te preparas para un bombardeo, pero vienen a rescatar a Solo. No arriesgarán la vida de este en un asalto indiscriminado.

Un bombardeo de saturación era lo último que esperaba Vestara y necesitó mucha fuerza de voluntad para ignorar la ofensa. No estaba lista para eliminar a los dos columi, pero le encantaría ver morir a Craitheus en aquel combate, siempre que los nargones no la culpasen a ella. Por diseño, los reptiloides eran ferozmente leales a los Qreph. Si pretendía quedarse con el imperio de los hermanos, no podía correr el riesgo de enfrentarse a una venganza de los nargones.

Al otro lado de la ventanilla, dos puntos oscuros cayeron del vientre del *Halcón* y empezaron a descender. Mientras ajustaban su trayectoria, viraron hacia la zona de barracones.

—Trajes de lanzamiento —anunció Vestara. Se volvió hacia Mirta Gev—. Que todas las fuerzas se dirijan al ala de laboratorios en cuanto los Jedi se hayan infiltrado en la base.

—Estás atrayendo al enemigo hacia una trampa —el tono de Gev fue de aprobación—. ¿Dónde?

—El portal —dijo Vestara, complacida de que Gev le consultara directamente a ella—. El anillo de seguridad debería desconcertarlos lo suficiente para darnos algo de ventaja y hay tres accesos, por lo que podremos atacarlos desde varios frentes.

Gev asintió.

—Bien.

Mientras Gev transmitía la orden en mando'a, Vestara se volvió y vio otros cuatro puntitos descendiendo del *Halcón*. Sintió un nudo en el estómago. Aquello hacía un total de seis trajes de lanzamiento, seis Jedi.

No era posible.

—Usar el portal es una idea excelente —dijo Marvid—. Sabemos que Han Solo se esconde en esa zona, así que podrías contar con un rehén útil. ¿Pero cómo vas a atraer a los Jedi hasta tu trampa?

—No lo haré yo, Marvid —Vestara se volvió hacia la ventanilla, viendo que el *Halcón* seguía acercándose. Los trajes de lanzamiento eran ahora seis voluminosas siluetas—. Sino vosotros.

—¿Pretendes usarnos como cebos? —preguntó Craitheus—. ¡Estás chiflada!

—Chiflada o desesperada —mientras hablaba, Vestara vio que uno de los saltadores desaparecía en un estallido de turboláser. Y volvía a aparecer por el otro lado, dando tumbos y brillando, pero de una pieza—. En cualquier caso, los Jedi os buscan a vosotros. Si no queréis atraerlos hasta el portal, decidme hacia dónde y les tenderemos la trampa allí.

Marvid titubeó.

—El portal está bien.

Al otro lado de la ventanilla, las seis siluetas desprendieron unas llamaradas blancas y descendieron en espiral hacia la base. Empezaron a mover los brazos en todas direcciones, que brillaban mientras lanzaban misiles en miniatura contra los emplazamientos de los turboláseres de Base Primera.

¿Misiles en miniatura?

Vestara extendió su conciencia en la Fuerza hacia la silueta más cercana. No percibió miedo ni excitación, solo un peligro frío y vacío.

—Rectifico. Eso no son trajes de lanzamiento. Son droides de combate.

Una serie de pequeñas explosiones sacudió la base a medida que los misiles en miniatura fueron alcanzando sus blancos. Las cargas no eran potentes, pero los misiles era muy precisos. Volaron las puntas emisoras de los turboláseres, provocando explosiones por la realimentación y reduciendo el fuego defensivo prácticamente a cero. El *Halcón* se lanzó en un descenso y otras cuatro siluetas cayeron de su vientre.

Estos parecían menos corpulentos que los droides de combate y no arrojaban nada. Vestara extendió su conciencia en la Fuerza hacia ellos y percibió a cuatro Jedi furiosos, estremeciéndose a su contacto.

Y uno de ellos le resultó muy familiar…

Ben Skywalker.

Vestara empezó a reconsiderar sus prioridades. Las posibilidades de imponerse en aquel combate acababan de caer en picado. Derrotar a Luke Skywalker y Leia Solo ya habría sido un desafío bastante grande en sí, incluso con doscientos nargones y veinte mandalorianos a su disposición, pero Ben Skywalker era un problema más complejo. Sabía cómo pensaba y lo que sentía… porque la conocía mejor que nadie.

Y, a diferencia de su padre, Ben la estaría buscando a ella, su antigua amante, con más interés que aquel por los Qreph. Vestara sabía que Ben no se detendría hasta que uno de los dos hubiera muerto… o entendiera que se le había escapado y ya no podía cazarla. Lo más inteligente era minimizar los riesgos y huir.

Pero Vestara no tenía adónde ir. El tiempo que había pasado con los Jedi la había convertido en una paria entre los suyos. No se atrevía a volver a la Tribu Perdida hasta poseer el suficiente poder para mandar y nunca iba a adquirir ese poder haciendo lo más inteligente.

Les señaló la escotilla volada del fondo del salón a los Qreph.

—Vosotros dos, marchaos.

Los hermanos no perdieron ni un segundo, yendo tan rápido hacia la salida que por el camino derribaron al 2-1B, que estaba terminando de vendar a Gev. La mandaloriana se bajó de la mesa para probar la pierna.

Y cuatro fuertes golpes sonaron en el techo. Un alarma de infiltración sonó por el intercom y empezaron a sellarse escotillas automáticas por toda la nave.

Los aullidos de varios tiroteos distintos empezaron a sonar por los pasillos. Los guardaespaldas nargones dudaron y se volvieron hacia los columi. Vestara se colocó frente a ellos y extendió un brazo.

—Los de este lado, quedaos aquí para defender este punto —dijo, señalando a diez nargones—. Los demás, acompañad a Marvid y Craitheus.

Vio con alivio que los nargones le obedecían, tan rápido como podían, al menos. Sus órdenes implicaban que veinte reptiloides enormes pasasen por una pequeña escotilla, uno por uno, y aquello llevaría su tiempo.

Demasiado tiempo.

Se oyó un fuerte ruido sordo en el exterior del salón, tras la entrada, y un oficial mandaloriano entró dando tumbos, con un agujero humeante en el pecho. Vestara usó la Fuerza para tocar el panel de control y sellar la puerta, sacó la espada de luz de su cintura y se giró hacia la escotilla volada.

Los últimos diez guardaespaldas seguían esperando su turno para cruzarla. Vestara y Gev aprovecharon la espera para organizar la retaguardia. Gev le ordenó a dos nargones que se escondieran tras la barra y Vestara usó la Fuerza para volcar la pesada mesa como escudo para otros tres.

Entretanto, el ruido apagado del otro lado de la puerta iba aumentando de intensidad progresivamente. El aullido de los rifles bláster crecía y los cañones de los droide de combate se convirtieron en un martilleo constante y tan regular como los latidos de un corazón.

Finalmente, los últimos guardaespaldas de los Qreph cruzaron la escotilla, permitiendo que Gev y Vestara les siguieran. Vestara mandó a la mando por delante y les recordó a los de la retaguardia que combatían para proteger a los Qreph, sus creadores.

—¡Nadie puede cruzar esta sala! —ordenó, plenamente consciente de que estaba pidiendo un imposible.

Cuando atravesó la escotilla, Gev ya cojeaba pasillo abajo, tras los Qreph. Costaba ver a los dos columi al frente de aquella masa verde, pero parecía parada frente a la tercera esclusa de aire, la que pasaba por el laboratorio de biots y llevaba hasta el portal.

—¿Marvid? —gritó Vestara—. ¿Qué pasa? ¡Ábrela!

—Lo intentamos. Pero el ataque ha activado el protocolo de infiltraciones.

El protocolo de infiltraciones, un sistema de respuesta de emergencia, impedía el acceso a los laboratorios si se detectaba un desequilibrio de presión en cualquier punto de Base Primera. Vestara señaló la gran puerta corredera del final del pasillo.

—¡Pasaremos por vuestra residencia! ¡Tenemos que irnos!

Una explosión ensordecedora hizo estremecer el salón que acababan de dejar atrás. Vestara volvió hasta la escotilla y miró por ella. Entre el humo y el caos apenas pudo distinguir los ojos rojos de un droide de combate YVH, brillando al otro lado de un agujero irregular de la pared contraria. El YVH inclinó su oscura cabeza hacia delante y entró. El blindaje pesado del droide fue inmediatamente acribillado por fuego de bláster, pero su brazo cañón siguió disparando, volando la mesa y abatiendo un nargón tras otro.

—¡Atacad! —les gritó Vestara a los supervivientes, usando la Fuerza para potenciar su voz—. Arrancadle los circuitos.

El brazo del droide giró hacia ella y solo tuvo tiempo de apartarse antes de que un cañonazo pasase silbando junto a ella. Consciente de que no tenían tiempo para contraatacar, dio media vuelta y echó a correr por el pasillo, donde Gev, los Qreph y los guardaespaldas nargones seguían apiñados alrededor de la tercera esclusa.

Sin que nadie estuviera entrando en el laboratorio, aparentemente.

Corrió hacia ellos. A la izquierda, el brillo blanco de unos reactores a propulsión iluminó la pared de transpariacero que había frente a los laboratorios. Miró fuera y vio dos droides de combate cayendo en el patio. Otras cuatro figuras más pequeñas viraron tras ellos, volando sobre las ruinas aún llameantes del hangar para reunirse con los droides. Iban enfundadas en trajes de lanzamiento de la Orden Jedi, y las cuatro apuntaban pesadas armas de asalto hacia ella.

Demasiado pronto.

Los Jedi llegaban demasiado pronto. Antes de que Vestara tuviera tiempo para tender su trampa. Usando la Fuerza para apartar a los nargones, se abrió paso hacia Gev y los Qreph.

Mientras avanzaba, se proyectó en busca de *Nave*, comunicándose con él mediante la Fuerza.

«Prepárate. Y mantente cerca».

«Lady Khai, ¿no estoy siempre preparado?», fue la respuesta de *Nave*. «¿Y no me mantengo siempre cerca?».

Cuando Vestara llegó a la tercera esclusa, encontró a Craitheus con su ectocuerpo apoyado en el suelo y el brazo interfaz conectado a una toma para droides. Por su parte, Marvid flotaba tras él, estudiando retahílas de códigos en la pantalla del panel de control.

A solo veinte metros, en el otro extremo del pasillo, estaba la puerta corredera que daba acceso al ala privada de los Qreph. La luz de estado de la puerta brillaba en rojo, lo que significaba que estaba bloqueada, pero, a diferencia de la entrada al laboratorio, no había quedado sellada por el protocolo de infiltración. Comparativamente, sería muchísimo más fácil de abrir.

—¡Se nos acaba el tiempo! —usó la Fuerza para apartar a Craitheus de la esclusa de aire y girarlo hacia la puerta corredera—. ¡Iremos por vuestra residencia!

—No —contestó Craitheus. Su voz sonó un poco apagada, porque Vestara lo mantenía de cara a la puerta y no le permitía girar el ectocuerpo—. Te hemos dado el mando sobre los mandalorianos, lady Raine, no sobre nosotros.

Vestara ignoró sus protestas y, recurriendo a la Fuerza para empujar a Craitheus frente a ella, echó a andar hacia el ala residencial. Mientras avanzaba, no quitaba ojo al patio. Los Jedi y sus droides de combate planeaban sobre la superficie del monolito, preparándose para un asalto de infiltración. Medio equipo parecía concentrado en las ruinas del hangar y los barracones anexos. La otra mitad, dos Jedi y un YVH, avanzaban con paso firme hacia el muro de transpariacero. A juzgar por sus siluetas y el tamaño relativo de sus trajes de lanzamiento Jedi, la pareja que avanzaba eran un varón y una hembra. Llevaban un rectángulo negro de dos metros estirado entre ellos y les seguía el YVH, parcialmente oculto por aquella barrera.

Vestara sabía que el rectángulo era una sábana de infiltración. Las usaban los saltadores de vacío y los Jedi para infiltrarse en naves robadas sin originar descompresiones explosivas. Los invasores necesitarían unos diez segundos para llegar hasta la pared y pegar aquel artefacto. Un par de segundos después, el pasillo se llenaría de Jedi y droides de combate.

Doce segundos. Vestara puso mala cara. Doce segundos no era tiempo suficiente ni para llegar hasta *Nave*.

El leve zumbido de un ectocuerpo llamó la atención de Vestara y al girarse encontró a Marvid cortándole el paso.

—Alto, Savara —señaló la espada de luz que colgaba de su cinturón—. Las paredes del laboratorio no son demasiado gruesas, quizá podrías usar ese trofeo tuyo para cortar…

—¿Has tenido un ataque de enfermedad espacial? —Vestara señaló la ventanilla—. ¿No veis lo que está viniendo por nosotros?

—Claro que lo vemos —dijo Craitheus, liberándose de su sujeción en la Fuerza y volviéndose hacia ella—. Y también vemos que les superamos numéricamente en una proporción de tres a uno. Demuestra un poco de valor, lady Raine. Quizá ha llegado la hora de que plantes cara a los Jedi.

Vestara frunció el ceño. Cuando un columi hablaba del valor, sobre todo del de otro, seguro que estaba tramando algo. Se sacó la espada del cinturón y fue hacia la residencia.

—Voy a pasar por esa puerta —dijo.

Antes de haber terminado de decirlo, una serie de cañonazos sonaron a su espalda. Los nargones devolvieron el fuego y, cuando Vestara miró hacia atrás, el pasillo se había llenado de descargas aullantes y trozos de cuerpo volantes, todos verdes y humeantes. Desde detrás, emergió una figura desde el salón, el droide de combate YVH. Sus ojos relucientes eran dos puntos rojos que la miraban fijamente.

Al cabo de un instante, una luz cegadora inundó el pasillo, la detonación de la sábana de infiltración. Un rectángulo alto de transpariacero voló por el pasadizo y se estrelló contra la pared opuesta. Empezaron a zumbarle los oídos y vio nargones volando por los aires, como basura en una tormenta. A algunos les faltaban miembros o tenían heridas humeantes. Otros sencillamente daban tumbos, desconcertados y disparando fuego de bláster hacia todas partes.

Vestara se volvió hacia la puerta del ala de los Qreph y vio a Gev agachándose para cruzarla tras los columi. Se lanzó con la Fuerza hacia la abertura… y sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Activó la espada de luz en el aire, se dio la vuelta y al instante estaba repeliendo descargas de energía. El varón Jedi avanzaba con firmeza, disparando su bláster con una mano y abatiendo nargones con la Fuerza con la otra.

Vestara cruzó la puerta y aterrizó sobre su espalda, dos metros ya en el interior de la residencia de los Qreph. La placa facial del Jedi estaba subiendo dentro de su casco y pudo ver su pelo rojo, sus ojos azules… y su apuesto mentón, tenso por la determinación.

Ben Skywalker.

Sus miradas se cruzaron, Ben se detuvo y empuñó su bláster con ambas manos. Cuando Vestara vio que bajaba la punta emisora, supo que le estaba apuntando a los pies y que no tenía la espada en posición de defenderlos. Rodó hacia un lado, pero no fue lo bastante rápida. La puerta se cerraba demasiado lentamente, su posición era demasiado vulnerable…

Vio a Craitheus flotando hasta un lado de la puerta. Cuando sonó la primera descarga, lo agarró en la Fuerza y tiró de él. Oyó el aullido de otras dos descargas y que la puerta se cerraba con un golpe seco.

Los gritos no se detuvieron.

El ectocuerpo de Craitheus cayó al suelo con tanta fuerza que agrietó la piedra larmal. Los gritos seguían, tan estridentes como una fuga de presión.

Quizá era una fuga de presión.

Vestara rodó hasta ponerse de pie y encontró a Marvid flotando a unos tres metros de ella, con su cara columi convertida en una máscara indescifrable y sus enormes ojos oscuros siguiendo cada uno de sus movimientos. Pero sus brazos armados estaban apuntados hacia la puerta, no hacia ella, y no había ira ni odio en su aura de Fuerza, solo asombro y reticente admiración.

Se volvió para mirar a Craitheus. Este tenía su pequeña boca abierta, pero sus extraños gritos habían disminuido, convertidos ahora en un gemido agudo.

Una tremenda explosión sacudió la puerta de duracero. Un bulto brillante y rojo apareció en su superficie, donde un cañonazo había impactado por el otro lado.

Vestara fue hacia Marvid.

—Lo siento mucho. Fie reaccionado instintivamente.

—Has hecho lo que debías —le contestó Marvid y señaló el ectocuerpo de su hermano—. Tráelo.

Marvid dio media vuelta y echó a andar por un pasillo de cromaleación, rumbo a la puerta. Otro cañonazo impactó en esta y apareció una pequeña rendija. Vestara empleó la Fuerza para levantar a Craitheus del suelo y miró a Gev, que llevaba un rifle bláster que le había arrebatado por el camino a un nargón muerto.

—Ya has oído al cabezón —dijo Gev y le hizo un gesto para que siguiera adelante—. Has hecho lo que debías.

Marvid las condujo por una secuencia de tres puertas, sellándolas todas después de pasar, hasta que finalmente se detuvo en una especie de taller completamente blanco y repleto de herramientas y piezas de recambio para ectocuerpos columis. Señaló un pedestal de sujeción que había al fondo, entre una puerta y una hilera de altas estanterías.

—Déjalo allí.

Vestara dejó el ectocuerpo en el pedestal. Craitheus seguía gimiendo y se inclinó para mirarlo desde más cerca. Había recibido tres impactos: uno en el ectocuerpo, justo encima del hombro, y los otros dos en su propio cuerpo, uno en el torso y otro en el cráneo. Tenía los ojos cerrados y las heridas estaban demasiado chamuscadas para poder hacer ninguna conjetura acerca de sus posibles daños, pero tenían mala pinta.

—¿Craitheus? —dijo—. ¿Puedes oírme?

Si el columi la entendió, su cara no dio el menor indicio.

Un estruendo tremendo sonó desde el vestíbulo y Vestara notó que el suelo se estremecía bajo sus pies.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Gev. Estaba junto a la entrada del taller, mirando la pantalla de un monitor de seguridad—. No se están molestando en abrir las puertas con las espadas de luz, las están volando.

—Tranquila, no tardaremos mucho —dijo una voz femenina, muy familiar, muy parecida a la de la propia Vestara.

Vestara se giró y encontró una humana, o casi humana, de pie en un rincón. De su mismo tamaño, aproximadamente, tenía una constitución familiar y una cara con grandes ojos marrones que conocía bien.

Unos ojos marrones realmente grandes bajo un cráneo del doble del tamaño del de un humano normal.

—¿Marvid? —preguntó Vestara, demasiado perpleja para apartar la vista de… bueno, su réplica—. ¿Qué demonios…?

—¿No es extraordinaria? —le contestó Marvid, volando a ponerse tras ella—. Le añadí algunos genes de mamá para mejorar su intelecto, pero por lo demás está basada en ti.

La biot miró a Vestara.

—Eres guapa —dijo—, pero redun…

—¿Has hecho una biot mía? —le cortó Vestara.

El tono de Marvid intentó ser tranquilizador.

—Naturalmente —dijo, todavía detrás de ella—. Deberías sentirte halagada, demuestra lo que pienso de ti.

Y entonces abrió fuego.

La primera descarga alcanzó a Vestara en su tobillo derecho. La segunda le destruyó la rodilla izquierda. No supo muy bien dónde aterrizó la tercera, para entonces ya solo sentía el dolor de debajo de sus muslos.

Se descubrió en el suelo, aunque no recordaba haber caído. Estaba sobre la piedra larmal, viendo cómo su espada de luz volaba hasta la mano extendida de la biot. Gritó a Marvid:

—¿Me has disparado?

—Y tú has usado a mi hermano como escudo —Marvid señaló su brazo controlador hacia Craitheus. Lo activó remotamente, el ectocuerpo se elevó de su pedestal y flotó hacia él—. Creo que estamos en paz.

—¿En paz? ¡Craitheus iba a venderte!

—Se lo planteó, pero solo momentáneamente —la rectificó Marvid—. Tú, por otra parte… bueno, los dos sabemos que solo era cuestión de tiempo que te cansases de mí. O yo de ti. Es mejor dejarlo así.

Otra explosión sonó en el vestíbulo, más cerca. Vestara llamó a *Nave*, apremiándole a que se diera prisa, y miró a Marvid, que conducía a su biot y el ectocuerpo de su hermano hacia una puerta al fondo de la sala. No podía creer que la hubiera traicionado, aún menos que la hubiese pillado totalmente desprevenida. En aquellas circunstancias, no tenía ninguna posibilidad de detener a los Jedi.

Por desgracia, huir le resultaba prácticamente igual de imposible. *Nave* no podía evacuarla de la residencia de los Qreph. Tendría que llegar hasta un muro exterior, buscar un punto de recogida adecuado… y ya no podía hacerlo sola.

—¡Marvid, espera! —gritó—. Te perdono por crear a la biot. Lo superaré.

Marvid levantó un brazo pinza y lo agitó sin girarse.

—Adiós, Savara.

Gev seguía junto a la puerta, mirando la pantalla de seguridad que había sobre el panel de control.

—Ya me lo cargo yo por ti —le dijo—. Pero todavía tengo que solucionar mi problema con el nanoasesino.

—No puedes ser tan estúpida, Gev —su dolor se hizo tan intenso que empezaba a preocuparle sufrir alucinaciones. No estaba segura de que Gev siguiera allí, quizá solo necesitaba que Gev siguiera allí—. Los Qreph te han estado engañando.

La mirada de Gev se endureció.

—Vaya quién lo dice.

—Oye, te entiendo —le dijo Vestara—. La desesperación le juega malas pasadas a tu mente, pero he explorado personalmente hasta el último rincón de esta base. Apuesto que tú también. Si los Qreph estuvieran trabajando en una cura para tu nanoasesino, el laboratorio estaría aquí, en su ala privada. ¿Has visto algo parecido? ¿Por algún sitio?

Gev suspiró y negó con la cabeza.

—Me lo temía —dijo Vestara.

La mandaloriana miró la pantalla de seguridad.

—Te deseo suerte con los Jedi, pero ambas sabemos que no te servirá de nada —se dio la vuelta para seguir a Marvid, renqueando, sin duda decidida a verlo morir tan dolorosamente como fuera posible.

Vestara sujetó a Gev con la Fuerza.

—Espera. ¿No prefieres vivir para seguir luchando? Dile a tu gente que se largue y déjales a Marvid a los Jedi.

Gev volvió la cabeza y arqueó una ceja.

—¿Puedes sacarnos de aquí?

Vestara cerró los ojos y se proyectó hacia *Nave*… y lo sintió a unos treinta metros de distancia, en algún punto al otro lado de las paredes de la residencia de los Qreph.

—Puedo —señaló hacia donde estaba *Nave*—. Si podéis cargar conmigo.

Veinticuatro

Al doblar la esquina, Marvid encontró un droide limpiador arácnido avanzando por el pasillo, huyendo también de la batalla en los salones principales de la residencia. Su esfera-depósito perdía disolvente azul y tuvo que reprimir el impulso repentino de dispararle por estar dañando el suelo.

Aquello, por supuesto, solo habría servido para derramar más disolvente sobre la delicada piedra larmal y le sorprendió ver hasta qué punto el estrés del ataque Jedi había afectado a su buen juicio. Era la segunda vez que se descubría siguiendo líneas de pensamiento así de defectuosas y por un momento se había llegado a plantear seriamente abandonar al infeliz de su hermano herido.

Afortunadamente, esos lapsus mentales no solían afectar a los columis por mucho rato. Marvid había reducido sus opciones a dos: podía ir al hangar de la residencia e intentar escapar en la nave que Craitheus y él guardaban para aquel tipo de emergencias, o podía usar su biot, Savara Dos, y huir por el portal.

Las implicaciones de cada una de las opciones eran abundantes, pero la decisión final dependía de unas pocas probabilidades. Si escapaba en la nave, Craitheus moriría, perdería Base Primera, los Jedi le buscarían toda su vida y Han Solo sobreviviría.

Si escapaba por el portal… bueno, no sabía qué pasaría en realidad. Pero los Jedi se verían obligados a seguirle hasta el mismo nexo de lado oscuro que había vuelto loco a Barduun y bajo aquellas circunstancias su intelecto superior sería decisivo. Con suerte, quizá pudiera eliminar a todo el equipo de asalto y salvar Base Primera. Además, con Solo aún atrapado dentro de la cámara del portal, Marvid podría matarlo por el camino.

Aquello le facilitó mucho la elección.

Cuando Marvid y sus dos acompañantes empezaban a adelantar al droide, este se echó rápidamente hacia la pared y recogió sus brazos. Marvid aún conducía el ectocuerpo de su hermano por control remoto y el droide lo miró fugazmente, antes de volver a mirar a Marvid.

—¿Estamos evacuando? —preguntó—. ¿Debo dirigirme al hangar?

—No es necesario —dijo Marvid. Fue hasta la pared de enfrente e hizo que Craitheus adelantase al droide—. Solo es un problemilla con unos Jedi. Yo mismo me ocupo.

—¿Usted? Me alivia saber…

La respuesta del droide terminó con el chasquido-siseo de una espada de luz al activarse. Una cabeza cayó al suelo y le siguieron más piezas, mientras la espada de luz gruñía y gemía.

Marvid se detuvo para mirar atrás y encontró a Savara Dos saltando alrededor del droide, descuartizándolo con ataques salvajes y enloquecidos.

—¡Dos! —bramó—. ¿Qué estás haciendo?

Dos bajó la espada con una estocada feroz, cortando la esfera-depósito y provocando una cascada de disolvente limpiador.

—Practicar —dijo—, para los Jedi.

—Pues déjalo —dijo Marvid, intentando ocultar su consternación. En muchos sentidos, Dos había sido una gran decepción. Pero como mínimo, la biot tenía lo más importante, la Fuerza. Volvió a echar a andar pasillo abajo—. De todas formas, aún no estás preparada para combatir con los Jedi.

—Me siento preparada —dijo Dos. Saltó con la Fuerza hasta él y empezó a girar la espada de luz en un nítido círculo rojo—. Estoy preparada para morir por ti, Marvid.

—Preferiría que no murieras —dijo Marvid. Tenía la mirada clavada en el vestíbulo de cromaleación que tenían delante, donde había un par de escotillas relucientes en paredes opuestas—. Me resultas más útil viva.

—Pero pelearía con ellos por ti, Marvid —Dos alargó la mano y le acarició el cráneo—. Haría cualquier cosa por ti.

Marvid no le quitó ojo a la brillante espada de luz, aún encendida en su otra mano. Como todos los biots de tercera generación basados en usuarios de la Fuerza, Dos tenía las funciones mentales afectadas. Craitheus creía que su núcleo tecnológico interactuaba con la Fuerza y corrompía el desarrollo de sus mentes. Marvid sospechaba que el origen del problema era el monolito en sí, opinión que compartía con Savara Raine, pero no estaba muy seguro de cómo contrarrestarlo.

Viendo que no respondía a su demostración de lealtad, la biot se desesperó y se colocó delante de su ectocuerpo.

—¿Me has oído, Marvid? Te quiero tanto, lo bastante para morir por ti.

Marvid se detuvo, siempre alerta al filo danzante en la mano de Dos.

—Lo sé. Te creé así.

Dos le dedicó la más dulce de las sonrisas.

—Y me alegro de que lo hicieras —zarandeó su espada de luz en el aire, fingiendo un ataque—. Pero deberías haberme dejado matar a ese saco de huesos de Savara. No te merecía.

Un estruendo metálico resonó tras la esquina que quedaba a su espalda y Marvid supo que los Jedi les estaban alcanzando. Eligió con gran cautela sus siguientes palabras.

—Savara Raine nos resulta más útil viva. Los Jedi necesitarán culpar a alguien cuando Luke Skywalker muera y prefiero que no sea a mí —usó un brazo pinza para señalarle a Dos el vestíbulo de delante—. Ahora, démonos prisa. Los Jedi no deben alcanzarnos aquí.

—Vete tú —dijo Dos—. Puedo contenerlos.

—Aún no —Marvid le dio un empujoncito—. Te necesito conmigo.

Dos sonrió.

—¿De verdad?

—Sí, para poder cruzar el portal. No poseo la Fuerza, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo.

Dos saltó con la Fuerza hasta la escotilla y se volvió para mirarlo. Empezó a mover su espada, aparentemente confusa.

—Pero ¿el portal no nos volverá locos? A los otros los volvió locos.

Marvid se esforzó para no perder la paciencia.

—Los otros no eran columis.

Savara Dos parecía insegura.

—Pero yo solo soy columi en parte. Una parte muy pequeña.

—Es verdad —dijo Marvid, acercándose a ella—. Pero has dicho que harías cualquier cosa por mí.

La batalla iba adquiriendo una nueva ferocidad. Han podía sentirlo en el rugido creciente bajo sus pies, oírlo en el aullido de los tiroteos de bláster, amortiguados por la pared. Cada tanto le parecía oír gritos, a veces incluso captar el crepitar apagado de una espada de luz al impactar en alguien. Aún era demasiado pronto para saber a quién estaba oyendo, pero empezaba a tener esperanzas de que Ohali tuviera razón, que Leia y su hermano hubieran sobrevivido a la emboscada y por fin hubieran llegado.

Desgraciadamente, no podía hacer gran cosa por descubrirlo. Estaba a salvo, siempre que se quedase en el balcón de duracero, pero en cuanto cruzaba la pared holográfica que lo rodeaba, las compuertas de los cañones se abrían y una voz sintética empezaba a pedirle códigos de autorización inexistentes. Aun así, en el perímetro exterior del anillo de seguridad había tres escotillas y ya había arriesgado su vida varias veces probando todo lo que se le ocurría para abrirlas.

Aquel era el problema de las trampas columi. Cuanto más tiempo pasabas atrapado en una, más insidiosa se hacía.

Temeroso de que los ruidos de combate que oía solo fueran un nuevo giro en los tortuosos juegos de los Qreph, agarró su rifle bláster y fue a plantarse ante la escotilla más ruidosa. A través del holograma unidireccional, la escotilla tenía un tono azulado que hacía que también pareciera un holograma. Cerca del panel de control había una estrella de carbón, que había hecho él disparando una docena de descargas.

Consciente de que el martilleo de una descarga de bláster se colaría en el caos de la batalla mejor que su voz, Han disparó contra la puerta.

—¡Eh, Leia! —gritó—. ¿Eres tú?

Volvió a disparar contra la puerta… y la pared holográfica desapareció.

Una voz sintética habló desde el techo.

—Acceso denegado.

—¿Qué? —gritó Han. No tenía sentido. Había disparado docenas de veces a las puertas y nunca había pasado nada igual—. Espera, un momento…

Unas puertas se abrieron fuera del anillo de seguridad, empezaron a descender cañones bláster del techo abovedado y a girar hacia el balcón.

Han se dio la vuelta y saltó al otro lado de la barandilla. Cayó con fuerza sobre su rifle bláster y sintió que se le cortaba la respiración. Los cañones rugieron y los disparos rebotados atravesaron el círculo de piedra, hacia él. Vio oscuridad al frente y corrió a

esconderse bajo el balcón, donde se quedó entre las sombras, dolorido, jadeando y maldiciendo a toda la especie columi.

No supo cuánto duró aquella lluvia de disparos. Le pareció una eternidad, pero seguía esforzándose por llenar sus doloridos pulmones cuando los cañonazos por fin pararon. Un extraño silencio se instaló en la cámara y se quedó un segundo bajo el balcón, escuchando el zumbido de sus oídos.

Entonces el ruido de la batalla creció abruptamente de intensidad al abrirse una escotilla y se dio cuenta, horrorizado, que tenía las manos vacías. Se asomó desde detrás del balcón y vio su bláster en medio del círculo de piedra, justo donde lo había dejado antes de echar a correr para huir de los cañones automáticos.

La mitad inferior de la empuñadura estaba volada. Aparte de eso, el arma aún parecía operativa.

La escotilla volvió a cerrarse y sonó un zumbido familiar desde el anillo de seguridad. Desde su posición, no podía ver quién había llegado, pero conocía aquel ruido.

Ectocuerpos.

A cuatro patas para que nadie pudiera verlo desde el anillo de seguridad, salió de su escondite y fue hacia su rifle bláster. Solo deseaba que aún funcionara, porque ahora que tenía a los Qreph a tiro, pensaba aprovecharlo.

Mientras se movía, una voz femenina habló desde cerca de la escotilla.

—Ahí hay un cadáver.

Le sorprendió reconocer la voz. Sonaba como Vestara Khai, mucho, excepto que no transmitía tanta frialdad ni confianza.

—Sigue buscando —contestó Marvid—. Ese es Barduun.

Han levantó la cabeza para ver si podía identificarla, pero el borde del balcón seguía tapándole el anillo de seguridad.

—Hay otro cadáver —dijo la voz—. Una cadáver, una biot.

La Leia extraña.

Llegó hasta su rifle bláster, lo recogió sin detenerse y continuó hasta el otro lado del círculo.

—Me traen sin cuidado esos cadáveres —dijo Marvid—. Tenemos que encontrar a Solo. Los cañones de seguridad deberían haberlo hecho trizas cuando desactivé el holograma.

Furioso, Han se agachó tras el balcón. Marvid sabía que estaba allí atrapado. Probablemente, los dos hermanos habían estado jugando con él desde el principio, mirando alguna cámara de videovigilancia escondida y riéndose de sus esfuerzos por escapar.

El zumbido se detuvo al borde del balcón.

—No está aquí —dijo Marvid—. Mira dentro del círculo de estasis.

—¿El círculo de estasis?

Marvid suspiró.

—El círculo de piedra negra.

—Oh, ese círculo de estasis.

—Y debajo del balcón —añadió Marvid—. Si Solo sobrevivió, estará allí.

Vale, Han solo podía llevarles un paso de ventaja, pero aún los tenía a tiro y pensaba aprovecharlo.

—Y recuerda no entrar en el círculo de estasis aún —prosiguió Marvid—. Hasta que no esté esperando yo contigo y te dé la orden.

—No lo haré, Marvid —un par de pies pequeños entraron en el balcón y empezaron a cruzarlo, hacia la barandilla—. No pienso ir a ninguna parte sin ti.

El ruido de la batalla al otro lado de la escotilla siguió creciendo a medida que el combate se aproximaba. Marvid tendría que actuar pronto, hiciera lo que hiciera. Han empezó a reptar sobre su barriga, intentando colocarse en una posición que le permitiera atacarlo desde atrás cuando el columi entrase en el círculo de estasis.

—Oh, espera.

Los pies pequeños dieron media vuelta y fueron tras Han, hasta que se detuvieron abruptamente.

—¡Lo he encontrado!

El chasquido-siseo de una espada de luz al encenderse sonó desde el mismo punto que la voz. Han maldijo entre dientes. Quizá no supiera quién era, pero tuvo bastante claro lo que era.

Una biot capaz de usar la Fuerza, como Doble.

Han rodó hacia delante justo a tiempo para evitar que lo partiera por la mitad la espada de luz zumbante al atravesar el balcón. Empezó a subir la punta de su bláster, pensó en las descargas rebotadas y volvió a rodar. La espada volvió a aparecer, esta vez con tanta fuerza que la punta impactó en la piedra del balcón y rebotó.

Han giró las piernas noventa grados, confiando que una biot lo bastante inexperta para aplicar tanta potencia a sus estocadas con la espada de luz no se devanase demasiado los sesos con sus patrones de ataque.

Tal como esperaba, la tercera estocada llegó en perpendicular a las dos primeras. Ahora tenía los tres lados recortados de un cuadrado. Esperando el cuarto, rodó hacia el otro lado… y entonces, por fin, regresó la mítica suerte Solo.

Un estruendo tremendo sacudió la habitación, seguido instantáneamente del ruido de una escotilla reventada estrellándose contra algo metálico, un ectocuerpo, quizá. Han rodó hacia atrás, pero la mente de la biot ya no estaba pendiente de él.

—¡Marvid! —gritó—. Marvid, yo te salva…

Su grito fue silenciado por dos descargas rápidas de fuego de cañón. A una docena de metros hacia la derecha, un pedazo de tres metros de la barandilla cayó al interior del círculo de estasis, con ambos bordes aún brillando. Al cabo de un instante, un par de ectocuerpos cruzaron el agujero a toda velocidad y se lanzaron hacia la piedra negra.

Han ya estaba disparando. Las primeras tres descargas rebotaron contra el chasis blindado del ectocuerpo delantero, que se giró abruptamente. Encima iba atado y medio muerto Craitheus Qreph, con una quemadura de bláster en su enorme cráneo y otra en su

diminuto torso, pero el estado del columi no impidió que su ectocuerpo apuntase un tubo de lanzamiento hacia Han.

Este rodó sobre sí mismo sin dejar de disparar, se detuvo, vio pasar la estela naranja de un minicohete, volvió a rodar y notó el calor de una pequeña detonación a su espalda.

Han volvió a disparar y a rodar sobre sí mismo. Y se libró por los pelos de morir cuando la espada de luz de la biot atravesó el balcón. El segundo ectocuerpo se dio la vuelta, le apuntó su brazo lanzador y la voz amplificada de Marvid retumbó al otro lado del círculo de estasis.

—¡Olvídate de Solo! —ordenó—. ¡Ven conmigo, rápido!

Han sintió un empujón en la Fuerza. Leve, pero suficiente para desviar su disparo. Una ráfaga de descargas cruzó el círculo de estasis y desapareció bajo el balcón. Volvió a rodar para ponerse a salvo, apuntó su rifle bláster hacia sus blancos, pero ya no eran más que sombras relucientes en un pozo de cromaleación tan profundo que parecía sumergirse hasta el mismísimo Núcleo Galáctico.

Logró disparar tres descargas rápidas más, pero no tuvo la menor idea de si le había dado a alguien. Lo único que vio fue un atisbo de la silueta de Marvid, levantando un brazo pinza en una burda despedida. Una cortina de resplandor plateado se elevó hasta envolver a las tres figuras y una voz amplificada dijo:

—Has perdido, Solo. Yo gano.

El resplandor se fue apagando lentamente, entre chispazos, y cuando se disipó se había llevado a los Qreph y su biot con él.

Las palabras de despedida de Marvid solo hicieron que los reactores de Han ardieran más intensamente. Los columi podían haber escapado, pero aquello no había terminado aún, ni mucho menos. Entre el aullido de descargas de bláster y el retumbar de los cañones del pasillo, pudo oír el zumbido oscilante de espadas de luz danzando en el aire.

Y voces. Voces familiares.

Han agarró su rifle bláster y salió de debajo del balcón.

—¿Han?

Aquella voz sí era familiar y femenina e hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Han, ¿estás ahí? —gritó Leia. Han notó que estaba usando la Fuerza para buscarle, porque sus pasos empezaban a resonar por el balcón, yendo hacia donde estaba escondido—. Han, ¿estás…?

—¡Aquí abajo! —gritó.

Se levantó y vio a Leia cruzando el balcón a la carrera. Con la mitad de pelo, un traje de combate presurizado manchado de sangre azul de nargón y un comunicador destrozado sobre una cara sonrosada por las quemaduras aún recientes, miró hacia donde percibió a Han. Y a este le siguió pareciendo la mujer más bella que había visto en su vida.

Tras ella, había un solo YVH plantado en el anillo de seguridad, examinando el techo con un ojo rojo. Luke seguía en el pasillo, al otro lado de la escotilla reventada, usando su

espada de luz para desviar descargas de bláster con una mano y haciéndole gestos a alguien que Han no podía ver con la otra.

Una voz sintética dijo:

—Acceso denegado.

Leia ladeó la cabeza, girándose hacia el sonido, y Han sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—¡Leia, aquí abajo! —gritó, tendiéndole las manos—. ¡Ahora!

Leia ya estaba saltando la barandilla. Han la sujetó por la mano y sintió que la piedra que tenía bajo los pies se ablandaba de repente. Miró hacia abajo y vio el círculo de estasis volviéndose transparente.

—Será mejor que contactes con Luke, si puedes —mientras Han hablaba, un pozo profundo y cubierto de enredaderas se abrió bajo ellos—. Avísale que vamos tras los Qreph.

La pila de nargones muertos volvió a sacudirse. Ben contempló con estupefacción cómo aparecían otros dos de aquellos enormes reptiloides, saliendo a rastras entre una pila de cuerpos tan enorme que bloqueaba todo el pasillo. Una ráfaga de cañonazos del YVH recibía a los nargones y estos no tardaban en quedar tan muertos como sus compañeros.

Los oficiales mandalorianos se habían largado hacía cinco minutos y la fuerza de seguridad de nargones se había convertido instantáneamente en un incordio, más que una amenaza. Aunque Ben sabía que ahí residía el verdadero peligro. Ante oponentes tan descerebrados, era fácil caer en la autocomplacencia.

O sencillamente acabar con tus existencias de celdas de energía.

Ben percibió una presencia tras él y al girarse encontró a su padre, acercándosele.

—Voy con Han y Leia —dijo Luke. En vez de intentar gritar entre el caos de la batalla, usó el micro de garganta para transmitir su voz por la red del equipo de asalto—. Creo que han entrado en el monolito.

—¿Qué? —preguntó Tahiri. Estaba arrodillada junto a uno de los droides de combate supervivientes, colocando algunas cargas donde podían contener una embestida de los nargones, si los reptiloides daban con la manera de superar el montón de cadáveres—. ¿Eso entraba en el plan?

—Un giro inesperado —reconoció Luke—. Pero siguen a los Qreph y estos mataron a treinta mil personas solo en Sarnus. No podemos permitir que escapen al interior del monolito.

—Sí, eso podría ser terrible —Ben lanzó un vistazo a la escotilla por la que habían huido los Qreph. Acababa de perder un droide de combate al inutilizar el sistema de seguridad automático y no tenía muchas ganas de sumar a su padre a la lista de bajas—. Lleva cuidado ahí dentro.

—Creo que el YVH me ha despejado el camino —le dijo Luke—. Me preocupa más la situación por aquí.

—Estaremos bien, papá. Lo tenemos todo bajo control.

—Lo sé. Pero mantén el contacto con el *Halcón*, por si necesitáis evacuar…

—Y nos mantenemos alerta ante acercamientos externos —le cortó Ben—. Y prestamos atención a nuestro sentido del peligro porque esto sigue apestando a trampa. Ya te he dicho que lo tenemos bajo control, papá.

Una expresión que era orgullo y amor a partes iguales apareció en cara de Luke y Ben se dio cuenta de que su padre le estaba ocultando algo.

—Ahora me estás asustando —le dijo—. ¿Qué pasa?

Luke sonrió.

—No pasa nada —le puso una mano sobre el hombro y se volvió hacia la escotilla—. Y ahora mismo es una sensación maravillosa.

Veinticinco

Luke estaba suspendido en una tumultuosa columna de luciérnagas estelares que morían, de repente y todas a la vez, y después caía hacia la oscuridad del fondo. Durante una eternidad, flotaba inmóvil en la penumbra silenciosa, a solas con sus pensamientos y el gélido dolor de su vieja herida. Se encontró preguntándose si volvería a ver a Ben, preguntándose muchas cosas: cómo iba a encontrar a Han y Leia, qué presagiaba el dolor de su herida, si los Qreph realmente habían encontrado Mortis…

El lado oscuro bullía alrededor de él, una brisa cálida e irritante que le ardía en los ojos y le hacía sentirse mareado. Algo invisible crujió cerca y el aire se solidificó bajo sus pies. Formas de ébano empezaron a fundirse en altos pilares de piedra, que se ensanchaban en los extremos, hacia el suelo y el techo de una enorme catacumba que apestaba a humedad.

A lo lejos, Luke vio un par de halos dorados diminutos, uno junto al otro, encogiéndose y ensombreciéndose gradualmente. Fue tras ellos, activó su espada de luz para alumbrarse y ahuyentó a un millar de sombras susurrantes. Mientras se movía, las sombras empezaron a deslizarse por el suelo, bajar desde los pilares y sisear tras él, reptando cada vez más cerca. A veces se detenía a escuchar, buscando palabras, pero siempre que paraba el siseo se apagaba. Una vez se giró a mirar y le pareció ver una docena de ojos pálidos mirándole desde debajo de una larga ristra de cejas oscuras. Pero las sombras volvían crujiendo tan rápidamente hacia la oscuridad que no podía estar seguro de si eran reales o imaginarias.

Tras unas pocas docenas de pasos, un resplandor dorado empezó a iluminar el espacio que le rodeaba. Bajó la vista y descubrió que todo su cuerpo había empezado a brillar, excepto aquel punto del pecho en que le había golpeado Abeloth. Allí tenía un agujero oscuro del tamaño de su puño.

Continuó hacia los distantes halos, deseando que fueran Han y Leia. Los dos resplandores parecían alejarse, así que caminó más deprisa. La última de las sombras cayó de los pilares y estos pasaron a ser blancos, después desarrollaron una especie de corteza y se transformaron en troncos de árbol. Cuando miró hacia arriba, descubrió un inmenso dosel boscoso verde donde antes estaba el techo de la cueva.

Tras unos segundos u horas, quién podía saberlo, los aún remotos halos crecieron y se hicieron más brillantes, mientras se aproximaba a ellos. Aparecieron multitud de masas oscuras y amorfas, siguiendo a las dos luces y acercándose rápidamente a ellas. Luke desactivó su espada de luz y la colgó de su arnés de material, colocó las manos junto a la boca para gritar… y oyó que otra espada de luz cobraba vida, a su espalda.

—¿Un usuario de la Fuerza mandaloriano? —preguntó Leia—. Es… raro.

Leia caminaba junto a Han por una columnata descubierta de enormes dimensiones, con pilares blancos que ascendían un centenar de metros hacia un cielo de turbulenta bruma azul. Las enredaderas ascendían por ellas en espiral literalmente ante sus narices, mientras sujetaba la mano brillante y translúcida de Han, sintiéndose más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo. Podían estar intentando atrapar a un par de supergenios y asesinos de masas que querían verles muertos, pero como mínimo estaban juntos. Mientras tuvieran aquello no les faltaba de nada.

Han negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Barduun fue una especie de accidente. No nació siendo sensible a la Fuerza y no era uno de sus biots experimentales. Era un tipo normal que no podía usar la Fuerza. Hasta que los Qreph lo mandaron aquí. Es como si algo se hubiera apoderado de él.

—¿Estás insinuando que estaba poseído? —preguntó Leia. Sabía de casos en los que espíritus del lado oscuro habían tomado el control de otro ser, pero ninguno implicaba un portal capaz de doblegar el espaciotiempo y cuya función apenas alcanzaba a imaginar—. Supongo que es posible, pero no creo que debamos extraer conclusiones precipitadas.

—¿Quién extrae conclusiones? —preguntó Han. Señaló con el brazo las catacumbas que habían abandonado hacía un rato—. Ya has visto esas sombras. ¿No te ha parecido que se mostraban demasiado amigables?

—Puede. Vale, supongamos que tienes razón y eran espíritus del lado oscuro —se giró para mirar por encima de su hombro—. ¿Me estás diciendo que los Qreph se han metido aquí porque quieren ser poseídos?

La entrada de las catacumbas ya no se veía tras ellos. De hecho, las columnas cubiertas de enredaderas más remotas se habían transformado en troncos de árboles blancos y el cielo sobre la columnata era ahora un frondoso dosel verde. Una figura lejana, que le pareció su hermano Luke, estaba entre los árboles, alejándose.

Deslizándose por el bosque, aproximándose desde direcciones distintas, apareció un trío de masas oscuras y amorfas, bancos de sombras que parecían flotar entre los árboles como una densa niebla negra.

—Los Qreph son bastante arrogantes —prosiguió Han, aparentemente ajeno a lo que sucedía a su espalda—. Quizá se creen capaces de engañar a unos cuantos espíritus del lado oscuro.

Finalmente, Han también se había girado y en aquel preciso momento una espada de luz carmesí se activó en la penumbra del centro.

Luke dio media vuelta y saltó, lanzándose en una serie de volteretas que le hicieron rodar por el bosque como un balón. Su asaltante salió de las sombras con una mirada salvaje y feroz. Era una caricatura grotesca de Vestara Khai, con enormes ojos marrones y una

gran cabeza ovalada igual que la de los columi. Llegaba pateando y lanzando estocadas, pura furia y ninguna técnica.

Sin parar de dar volteretas, Luke levantó la palma de la mano y la Fuerza entró en él con una ferocidad salvaje y ardiente. Entonces liberó una descarga de energía tan potente que le arrancó toda la carne del esqueleto de vanaleación a la extraña Vestara, una verdadera sorpresa, y esta cayó en pedazos, con la espada carmesí dibujando espirales en la oscuridad.

El hombro de Luke rebotó contra un árbol. Cayó el suelo, falto de equilibrio y desorientado, un poco agitado por el poder puro que acababa de liberar. La Fuerza le había inundado con un potencial puro sin forma y había matado a alguien con ella, más por sorpresa que por necesidad.

Demasiado sencillo. Demasiado tentador.

Oyó el zumbido de un ectocuerpo a la izquierda y percibió peligro a la derecha. Sacó su espada de luz del arnés y rodó sobre su hombro. Y el bosque estalló con cañonazos llegados desde ambos lados. Giró, proyectando sus manos hacia la Fuerza, y empezó a soltar descargas contra las sombras, a las que ahora veía acercarse por sus flancos. Oyó el crujido de un depósito de gas de bláster al estallar. En dos ocasiones oyó el zumbido crepitante de la energía golpeando carne. Pero siempre que intentaba alejarse del peligro, el ataque se intensificaba y le obligaba a seguir en el tiroteo.

Ser un ser luminoso no ayudaba a combatir contra sombras.

Los proyectiles metálicos empezaron a rebotar contra la piedra y Luke se dio cuenta de que sus atacantes, posiblemente los Qreph escondidos en sus nubes de sombra, intentaban desgastarle con aquel primer asalto, esperando pillarlo por sorpresa cuando cambiasen de táctica.

Y la estrategia les había funcionado.

Lanzó una descarga de energía con la Fuerza contra la nube de sombra de la derecha, oyó el zumbido de un ectocuerpo y el crujido de la madera. Pero los ataques continuaron desde la izquierda y una ráfaga de impactos potentes subió por su espalda, balas metálicas estrellándose contra su armadura presurizada. La última la penetró y se enterró profundamente bajo su omóplato.

El brazo de la espada de Luke quedó entumecido y tuvo que bajar su guardia. Se lanzó en un arco de Fuerza. Otras dos balas le alcanzaron en el cuello y le hicieron rodar y estrellarse contra un tronco blanco.

Se desmoronó como una marioneta a los pies del árbol, con un manto de dolor y oscuridad ya envolviéndolo.

Han vio a Luke tirado al pie del inmenso tronco, con la cara deformada por el dolor. Mientras su cuerpo seguía resplandeciendo intensamente, el de Luke había palidecido y un río de sangre brotaba de dos agujeros de su cuello.

Corrió hasta él.

—Eh, amigo —dijo Han, arrodillándose—. No se te…

Se calló al ver los ojos. Le miraban desde las heridas de su cuello… grandes ojos amarillos con pupilas finas como ranuras, intentando en vano librarse de la sangre con sus parpadeos.

Han dejó el rifle bláster a un lado, abrió el bolsillo del muslo del traje presurizado de Luke y sacó el medikit.

—Te pondrás bien —prefirió no hablarle de aquellos ojos amarillos—. Confía en mí.

Luke finalmente pareció detectar la presencia de Han y esbozó una leve sonrisa, después miró hacia la izquierda y la sonrisa se esfumó.

—Luke, quédate conmigo, amigo —abrió el kit y buscó la venda de bacta más grande—. Esto no es nada. ¿Te acuerdas de Hoth? Eh, esto no es nada, ¿me oyes, Luke? —encontró la venda y abrió su envoltorio esterilizado—. ¿Luke?

Leia, que había avanzado por un flanco de Han, llegó tras este.

—¡Han, problemas!

Han puso la venda sobre el cuello de Luke, cambió el medikit por su rifle bláster y se dio la vuelta. Leia estaba a dos pasos hacia la izquierda, mirando por encima de su cabeza. Llevaba su zumbante espada de luz en una mano y movía la otra como si empujase y Han oyó algo pesado estrellándose contra el bosque, a su espalda.

Pero también había algo tras Leia, un banco de sombras deslizándose por los árboles y avanzando hacia ellos. Oyó el zumbido de un cañón bláster al cargarse.

—¡Vete! —dijo Han—. Yo me ocupo del que tienes detrás.

—¡Vale! —gritó Leia, marchándose a la carrera—. ¡Ten cuidado!

Como si tal cosa fuera posible.

Queriendo evitar que disparasen a Luke, Han ya corría en diagonal. Lanzó dos descargas de bláster hacia la penumbra y se lanzó en una voltereta justo antes de que una ráfaga de fuego de cañón respondiera a su ataque. Rodó hacia el banco de sombras, se levantó y se encontró ante la silueta cúbica de un ectocuerpo que se le aproximaba.

Han volvió a disparar. El ectocuerpo giró y empezó a avanzar lateralmente. Sin dejar de disparar, Han arremetió contra él, oyendo cómo sus descargas rebotaban contra el blindaje del ectocuerpo. La boca de un tubo lanzador descendió hacia él.

Han amagó con arrojarse hacia la derecha. El tubo lanzador giró hacia allí y lanzó un minicohete que se estrelló contra el suelo. Lo esquivó y rodó sobre su hombro, se levantó y encontró el ectocuerpo regresando marcha atrás, pudiendo así emplear todo su arsenal.

Volvió a abrir fuego. Estaba lo bastante cerca para ver que Luke, o alguien, ya había convertido el ectocuerpo en un pedazo de chatarra picado, chamuscado y humeante. Por su parte, el piloto, Craitheus Qreph, tenía aún peor aspecto. De hecho, Han nunca había visto unas heridas de bláster tan raras. Un tumor azul palpitaba en el agujero de la cabeza del columi y unos labios gruesos y carnosos rodeaban los grandes agujeros de su abdomen. Le habían volado un brazo entero y parecía estarle creciendo una cola para remplazado.

Pero el brazo cañón del ectocuerpo seguía funcionando. Mientras se giraba hacia Han, este siguió disparando y metió otras dos descargas en el enorme cráneo de Craitheus.

El columi devolvió el fuego cuando ya le había alcanzado y aún salía humo de los dos agujeros más frescos de su cabeza.

«Imposible».

Han notó que la pierna se le entumecía y salía disparada de debajo de su cuerpo. Después sintió un dolor atroz en sus tripas y que daba vueltas.

«Disparo automático». No podía tratarse de nada más, porque Craitheus tenía que estar muerto.

De todas formas, siguió disparando, girándose al caer, colocando una descarga tras otra en el ectocuerpo y el cerebro del cabezón. No quería correr ningún riesgo, no cuando Leia sería el siguiente objetivo del columi.

El estruendo apagado de una explosión resonó en el bosque. Han cayó, abrumado por el dolor, como si una rata womp estuviera royéndole las tripas, y los gases acres de las sustancias químicas que ardían llenaron sus narices.

Al cabo de un instante, el ectocuerpo de Craitheus se estrelló contra un árbol y estalló por segunda vez. Unos minicohetes salieron disparados por el bosque, cortando ramas de los árboles y desencadenando una serie de detonaciones remotas.

Ya no quedaba ninguna duda de que Craitheus estaba muerto.

Se volvió hacia el ruido de la segunda explosión y vio un ectocuerpo tirado y ardiendo a los pies de un árbol astillado.

Leia avanzó, girando sobre sí misma y dando saltos. Dobló el cuerpo y rodó para esquivar los aullantes minicohetes y las siseantes *flechettes*, con su espada de luz tejiendo un cesto de color al repeler las descargas de cañón contra su atacante envuelto en sombras. Era una con la Fuerza, con su luminoso cuerpo dorado como un remolino girando en su torrente salvaje, todo su ser un torbellino de determinación fría y rabia concentrada, con un objetivo único y absoluto: matar.

Marvid había logrado reparar su ectocuerpo tras la última descarga de energía de Fuerza y se alejaba de ella en un vuelo tortuoso que le hacía lanzar descargas de cañón a diestro y siniestro. Una célula de energía interna que llevaba justo encima del hombro había estallado, dejando un agujero irregular en la placa blindada del revestimiento y cubriéndole media cabeza y medio cuerpo de corrosivas sustancias químicas. Las quemaduras resultantes tenían un aspecto realmente espantoso, con grandes ampollas en forma de diamantes que sanaban ante los ojos de Leia y se convertían en escamas de lagarto de color cobre.

Se acercaba rápidamente a él y los dos sabían que era cuestión de segundos que terminase alcanzándolo. Danzó para esquivar una andanada de *flechettes*, desvió una descarga de cañón y saltó con la Fuerza los últimos cinco metros. Y ya estaba encima de él, con su espada de luz cayendo en diagonal hacia su cabeza.

Un par de detonaciones tremendas sacudieron los árboles a su espalda y Leia sintió un desgarro terrible en la Fuerza cuando Han cayó al suelo. La recorrió una oleada fría de

incredulidad perpleja y debió de dudar porque de repente Marvid estaba desplegando otro brazo y apretando su punta redonda contra el abdomen de ella. Un débil zumbido afloró en las profundidades del ectocuerpo del Qreph.

—Has perdido, Jedi —dijo Marvid—. Yo…

Leia ya estaba girando sobre sí misma, se deslizó por aquel misterioso brazo y enterró su espada de luz en la clavícula de Marvid. La espada chisporroteó, llenando el aire de sangre, humo y chispas al cortar vanaleación y carne.

El leve zumbido creció de intensidad. La parte delantera del traje presurizado de Leia sencillamente se derritió y empezaron a aparecer ampollas en la piel de su abdomen por las quemaduras. Se dio la vuelta para saltar lejos de allí y en sus entrañas fue como si un volcán de dolor espantoso entrase en erupción.

Han estaba tirado en el suelo del bosque, gruñendo agónicamente durante horas, días o quizá semanas. Tenía un agujero chamuscado en la tripa del tamaño del puño de un wookiee y su pierna era dolor puro de rodilla para arriba. De rodilla para abajo, solo sentía un frío entumecimiento palpitante que le habría horrorizado… de no estar bastante seguro de haber muerto ya.

Porque nadie podía soportar semejante dolor mucho tiempo y sobrevivir.

Pero no podía ser tanto tiempo. Aún podía oír los gemidos de Marvid y la espada de luz de Leia rugiendo y echando chispas al seccionar su ectocuerpo. Exactamente los mismos ruidos que desde que había caído al suelo del bosque.

Quizá aquello era lo que sucedía cuando alguien moría. Quizá la mente del muerto entraba en un bucle cerrado y se pasaba toda la eternidad recordando el último instante de su vida.

No era justo.

Han no quería pasarse la eternidad así. Quería pasarla de la mano de Leia, recordando los buenos tiempos: su boda en Casa Cantham, su luna de miel contemplando los cometas Corphelion, los nacimientos de sus hijos, todos aquellos años viviendo, combatiendo y amando juntos. Todo. Así quería pasarse la eternidad, no tirado en un bosque, gruñendo mientras se le salían las tripas.

Aquel momento sin fin terminó con una vibración grave y reverberante.

Leia gritó y cayó al suelo ruidosamente tras él. Su espada quedó en silencio. Como ella.

Han se obligó a dejar de gruñir y a escuchar y oyó un quejido angustiado en un tono tan débil y distorsionado que solo pudo distinguir que se trataba de una mujer. Y solo podía ser una. Quiso gritar su nombre, oírle decir que era otra la que gemía y que estaba bien, pero su boca se resistía a obedecer. Cada vez que la abría para gritar el nombre de Leia, lo único que salía era el sonido de su propio dolor.

El resplandor de su cuerpo empezó a disiparse y las sombras empezaron a avanzar hacia él entre susurros, acorralándolo, devorando el pequeño círculo de luz que aún le rodeaba.

«Podemos ayudarte».

Las palabras eran tan débiles que Han no podía estar seguro de si realmente las estaba oyendo o solo se las imaginaba en el crujir de las sombras.

«Podemos salvarte».

«¿Sí?». Intentó decirlo en voz alta y descubrió que ya le costaba bastante el mero hecho de pensarlo. «¿Y qué me va a costar?».

Las sombras no respondieron, pero se quedaron cerca, susurrando entre los árboles, haciendo que los troncos cambiasen del blanco al negro cuando pasaban por ellos. Han recordó la sombra que había atisbado durante la partida de sabacc con Barduun y se preguntó si provenía de allí, si el mandaloriano había cruzado el portal antes que él y había sido lo bastante tonto para aceptar lo que las sombras ofrecían.

Cerró los ojos y escuchó. Aún podía oír a la mujer gimiendo.

«Leia».

Arrastró su pie sano por el lecho del bosque y sintió que se daba la vuelta. Buena señal. Los muertos no se podían dar la vuelta, al menos fuera del monolito.

Pero allí dentro, ¿quién sabía? Empezaba a pensar que tiempo y espacio eran algo que solo existía dentro de las mentes inteligentes. Y si aquello era cierto, quizá también lo fuera respecto a la vida y la muerte. Quizá tiempo y espacio, vida y muerte, solo eran las lentes a través de las cuales las mentes inteligentes percibían la existencia.

Leia seguía gimiendo. Han usó la pierna para girarse aún más. Y entonces tenía los ojos abiertos y estaba mirando a Leia, un ser luminoso acurrucado en posición fetal, balanceándose adelante y atrás, gimiendo de dolor. Unos metros por detrás de ella estaba tirado Marvid, una pila humeante de ectocuerpo y carne, inmóvil y envuelta en sombras. Y también pudo ver a Luke, aún derrumbado al pie del árbol, aunque con la cabeza levantada y brillando con una intensa luz dorada.

Volvió a mirar a Leia. Quería terminar con su dolor incluso más que con el suyo propio, soportaría su dolor toda la eternidad para terminar con el de ella.

«Podemos ayudarla».

Las sombras se acercaron otra vez entre susurros, tanto que engulleron por completo el círculo de luz que le rodeaba, hasta que parecían absorber el brillo de su cuerpo.

«Podemos salvarla».

Esta vez no preguntó qué le costaría porque no quería saberlo. Lo daría prácticamente todo por salvar a Leia, su vista, su oído, su cordura, su vida, su espíritu… Todo lo que le convertía en Han Solo.

Pero llevaba conviviendo con usuarios de la Fuerza desde el día que había conocido a Luke en Tatooine y había sido más que suficiente para entender las tentaciones del lado oscuro. Si les pedía que le salvasen la vida a Leia, no la estaría salvando, en realidad los estaría condenando a todos. Así funcionaba el lado oscuro. Seducía y prometía, en

ocasiones incluso cumplía. Pero ¿a qué precio? Siempre era excesivo. El lado oscuro se llevaba todo lo que aquella persona era. Y también gran parte de lo que eran sus seres queridos. Toda la familia Solo había pagado ese precio, sobre todo Jaina, la hermana melliza de Jacen, que se había visto obligada a encontrarlo y poner fin a su reinado de terror.

«Marchaos».

Se sintió como si hubiera pronunciado aquellas palabras en voz alta y las crepitantes sombras retrocedieron, aunque solo un metro. Eran pacientes. Sabían que la eternidad era mucho tiempo escuchando el sufrimiento de un ser querido, así que esperarían. Han cambiaría de idea. Antes o después.

En cualquier momento.

—Marchaos —esta vez logró decirlo en voz alta y las sombras se escabulleron de vuelta hacia el bosque.

A su estela dejaron una turbulenta nube de humo y el crepitar del fuego. Una cortina amarilla de llamas había surgido en el reducido espacio que separaba a Leia y Marvid, medía apenas unos centímetros de altura, pero crecía rápidamente.

Han se incorporó hasta poder sentarse. Ese esfuerzo propagó oleadas de dolor por todo su cuerpo, se sintió muy débil y empezó a temblar.

Pero no se permitió desmayarse. No podía permitirse desmayarse hasta que Leia y Luke estuvieran a salvo. Señaló la ascendente pared de fuego.

—¡Eh, Leia! ¡Luke! —su voz no resonó, pero se oía—. ¡Levantad! ¡Fuego!

Luke se puso en pie con dificultades. Leia se limitó a desenroscarse, solo lo bastante para mirar a Han. Entonces se desenroscó más y se llevó las manos a la boca, como si intentase gritar.

Al ver que no salía nada por ella, se rindió y se limitó a señalar.

Han miró por encima de su hombro y vio una cortina de fuego de un metro de altura a su espalda, alzándose frente al ectocuerpo destruido de Craitheus. Han intentó levantarse, y cayó al suelo, agotado y dolorido. Volvió a mirar a Leia y vio que brillaba más intensamente que nunca y que se estaba levantando. No sabía qué había pasado con Marvid. Las llamas tras Leia habían crecido hasta los dos metros y eran demasiado intensas para ver lo que quedaba detrás.

Los árboles empezaron a desprender un humo acre, llenándole los pulmones y la barriga a Han. Tosió y dejó caer la cabeza hacia delante, a punto de desmayarse por el dolor.

Pasó un segundo o quizá una eternidad y entonces un par de figuras doradas emergieron del humo, tan deslumbrantes que le dolían los ojos al mirarlas. De todas formas, no les quitó la vista de encima. Eran Luke y Leia, curados por la Fuerza y aparentemente más fuertes y poderosos que nunca.

Leia fue junto a él. A través del resplandor, Han pudo ver que el traje presurizado se le había derretido por la cintura, mostrando un buen trozo de piel curtida con aspecto casi

de armadura. Ella se arrodilló y metió una mano bajo la cabeza de Han. Y su dolor empezó a amainar.

—Han, te dije que tuvieras cuidado.

—Mira… quién habla —contestó Han, esforzándose por respirar—. No soy yo… el que parece… haber entrado en un núcleo de fusión incandescente.

—Siempre tan gracioso.

Con una sonrisa, Leia se inclinó para besarle y sintió que empezaba a recuperar las fuerzas. Siempre le había producido aquel efecto.

Luke carraspeó.

—Perdonad la interrupción, pero tenemos que movernos —usó la Fuerza para crear un paso en la cortina de llamas, después les hizo un gesto para que le siguieran y echó a andar—. Esta batalla aún no ha terminado y si les damos la oportunidad de reagruparse a los Qreph solo se nos complicará todavía más.

—¿Reagruparse? ¿Hablas en serio? —preguntó Han, sacando su rifle bláster—. Quizá Marvid haya sobrevivido, pero pierdes el tiempo preocupándote por Craitheus. Le metí media docena de descargas en el cerebro y después volé su ectocuerpo, con él dentro.

—Y te alcanzaron dos descargas de cañón y a mí un micro-pulso en el vientre —le dijo Leia.

Leia usó la Fuerza para levantar a Han, se puso de pie y siguió a Luke.

—¿Qué te hace pensar que es más fácil matar a los Qreph que a nosotros en este lugar?

—La Fuerza es poderosa aquí —añadió Luke—. Muy poderosa. Cura incluso a los no usuarios de la Fuerza. Y rápido.

—Debo estar confundido —Han señaló el trozo de piel curtida del abdomen de Leia—. Si tú a eso le llamas curar…

—Y es pura —le interrumpió Luke, señalando las heridas de Han—. Lo que significa que aquí la Fuerza no siempre cura según lo establecido.

A Han casi le daba miedo mirarse. Cuando lo hizo, vio que el cañonazo que había recibido en la barriga había quemado la mayor parte de su fina bata de laboratorio y le había hecho un buen agujero en el estómago. Ahora aquel agujero estaba cubierto por una membrana translúcida que no se parecía mucho a la piel. Como mínimo, la mitad inferior de su pierna, visible bajo la rodilla quemada de sus pantalones, parecía más o menos normal. Tenía el tamaño y la forma adecuados, pero era tan peluda que podría haber sido la de un wookiee.

—¿La Fuerza se confunde? —preguntó Han, sin apartar la vista de su pierna—. ¿En serio?

—No se confunde —le aclaró Luke—. Solo es… pura y sin formar, creo. E inimaginablemente poderosa. Aquí estamos hechos literalmente de Fuerza. Y eso también nos hace poderosos a nosotros —bajó la mirada hacia su abdomen—. Aunque un poco deformes.

Han siguió examinándose las heridas un momento y se encogió de hombros. Ser «un poco deforme» siempre era mejor que estar muerto.

O, como mínimo, eso esperaba.

Pasaron por el hueco que Luke acababa de abrir en la cortina de llamas. Al salir por el otro lado, se adentraron en un paisaje quemado salpicado de finas agujas de basalto que se alzaban hasta alturas imposibles. Un manto de liquen dorado cubría el terreno rocoso, amontonándose en praderas que llegaban hasta las rodillas y después se transformaban ante sus ojos en arbustos amarillos que crecían hasta terminar siendo altos cactus en forma de tonel. Y entre los dos cactus más lejanos, aunque lo bastante cerca para que Han pudiera distinguir sus enormes cabezas redondas balanceándose sobre unos cuerpos minúsculos, estaban los dos columi.

Caminando.

No flotaban en sus ectocuerpos, sino que caminaban sobre sus diminutas piernas arqueadas, avanzando torpemente por el desierto, como un par de granjeros de nerfs.

Leia posó a Han en el suelo con suavidad y empezó a soltarle en la Fuerza.

—¿Puedes sostenerte en pie?

Han probó su equilibrio y, tras descubrir que se sentía lo bastante fuerte para mantenerlo, dio un par de pasos inseguros.

—Me las arreglaré —quitó el seguro de su bláster—. Vamos.

No le gustó sentir la mano de Luke en su hombro, tirando de él hacia atrás.

—Lo siento, Han. En esta misión vas a tener que quedarte en el banquillo.

—¿En el banquillo? —negó con la cabeza—. Quizá tarde un poco en llegar, pero no vais a librar esta pelea sin mí.

Leia se le puso delante.

—Han, no tenemos elección. No puedes usar la Fuerza.

Han frunció el ceño.

—Sí, bueno, los Qreph tampoco.

—Ahora sí —le dijo Luke—. Cuando las sombras les ofrecieron su ayuda, los Qreph no la rechazaron.

—Debemos detenerlos, antes de que escapen —Leia le acarició la mejilla y añadió—. Y solo hay una manera de hacerlo dentro de este monolito, la misma que Luke empleó para destruir al biot de Vestara, usando la Fuerza.

—¿Ah, sí? Pues yo antes le he causado daños bastante considerables a Craitheus —objetó Han—. Eso debe significar algo.

—Pero no lo mataste —dijo Luke—. No para siempre. Lo mejor que puedes hacer ahora por nosotros es seguirnos todo lo rápido como puedas y mantenerte al margen. Puede que te necesitemos para cubrirnos la retirada.

Empezaba a desanimarse, pero tenían razón y lo sabía. Craitheus ya había regresado de las proximidades de la muerte dos veces y por lo que Han sabía también ellos tres deberían estar muertos.

Lanzó un suspiro y asintió.

—Sí, entiendo. Adelante. Os seguiré y estaré preparado para cubrir vuestra retirada.

Leia se puso de puntillas y le dio un beso largo e intenso.

—Adiós, Han. Te quiero.

Antes de que pudiera responder, Leia se separó de él y dio media vuelta, activó su espada de luz y echó a correr. Luke hizo lo mismo y esprintaron juntos por el floreciente desierto. Han salió tras ellos, recobrando las fuerzas a cada paso.

—Y yo, Leia —susurró—. También te quiero.

Luke corrió una eternidad por el desierto, con Leia al lado. Se habían abierto completamente a la Fuerza y esta entraba en ellos desde todas partes, pura y potente y sin formar, ni oscura ni luminosa, hasta que entraba y ellos le daban brillo. Los devoraba al mismo tiempo que los alimentaba, llenándolos con una bulliciosa tormenta de poder que sus cuerpos ya no podían soportar.

Los Qreph iban unos centenares de metros por delante, un par de puntitos oscuros corriendo por una quebrada cubierta de flores hacia un lejano círculo resplandeciente. Aquella forma reluciente parecía un estanque, excepto porque se alzaba en vertical del suelo, y estaba situada al pie de una lejana aguja de basalto.

—Luke, eso tiene que ser el portal —dijo Leia—. No podemos permitir que lleguen hasta allí.

—Estoy de acuerdo —Leia le había contado lo que Han le había explicado sobre Barduun, por lo que sabía que si les dejaban escapar los Qreph no se convertirían en usuarios de la Fuerza, sino en usuarios de la Fuerza locos, impregnados por una oscuridad que no alcanzaba a entender—. Los detendremos ahora. Proyéctate.

Luke se proyectó mientras hablaba. No tardó en encontrar a los Qreph, un par de presencias oscuras y empalagosas ardiendo fríamente en la Fuerza. Empezó a tirar y Leia y él ya estaban allí, a la sombra de la imponente aguja, serpenteando y rodando por la quebrada cubierta de flores, atrapando rayos de Fuerza con sus espadas de luz, bailando cada vez más cerca de los dos columi.

Una oscura descarga de Fuerza alcanzó de pleno en el pecho a Leia. Se tambaleó y empezó a caer hacia atrás, apoyó una mano y se impulsó, dio un salto y realizó una voltereta en la Fuerza que la llevó hasta una docena de pasos de su presa.

Lo que sucedió a continuación, Luke solo lo sintió: la mano invisible de la Fuerza agarrándole por la garganta. Su visión recudida al instante. El flujo de sangre a su cerebro interrumpido. «Cinco segundos», pensó. Cinco segundos hasta que perdió el conocimiento.

Quizá menos.

Se proyectó en la Fuerza, intentando encontrar al Qreph que le estaba atacando, intentando encontrar a alguno de los Qreph, pero estaba demasiado aturdido. Empezó a perder el oído, su vista se redujo a la nada.

Tres segundos. Quizá.

Luke se lanzó en un salto con la Fuerza, moviendo su espada en un patrón de ataque Jedi, pateando adelante y atrás a ciegas. Se hizo el silencio en sus oídos y sintió que empezaba a caer. Entonces el suelo se elevó bajo sus pies y notó que le flaqueaban las rodillas.

Desesperado por localizar a su atacante, se proyectó en todas direcciones y tiró, agarrando a todos los seres que percibía. Notó un sobresalto de sorpresa de Leia y la soltó. Encontró a los Qreph justo delante de ella, muy separados, dos seres cargados de miedo, ira y odio. Tiró más fuerte y sintió que se deslizaban hacia él, con su miedo alcanzando cotas de pánico y su ira transformándose en rabia.

La sujeción en la Fuerza que le oprimía desapareció y Luke sintió que la sangre volvía a correr por su cabeza. Recuperó el oído y oyó a Leia, unos metros a la derecha, con su espada de luz gruñendo y siseando mientras repelía rayos de Fuerza.

Entonces sonó el crepitar de más rayos cerca, ahora provenientes de las alturas de una de las laderas de la quebrada. Intentó girar su espada de luz para repelerlos, pero sus reflejos eran aún vacilantes. Los rayos le alcanzaron de pleno y todos los músculos del cuerpo se le tensaron.

Luke ignoró el dolor y empujó, sintió que los rayos de Fuerza pasaban de largo y su atacante se tambaleaba hacia atrás. Saltó, o intentó saltar, y logró ponerse de pie.

Se le había aclarado la vista y podía ver a los Qreph, veinte pasos por delante, combatiendo desde las dos vertientes de la quebrada. A Craitheus le habían crecido media docena de púas espinosas donde Han le había acribillado la cabeza a descargas de bláster y estaba a mitad de la ladera derecha, lanzando descargas oscuras de energía de la Fuerza hacia Leia, que avanzaba con determinación. Marvid estaba en la ladera opuesta, medio cubierto en escamas de lagarto en forma de diamante y esforzándose aún por recuperarse del empujón con la Fuerza de Luke.

Ninguno de los dos columi se sostenía sobre sus piernas atrofiadas, sino levitando sobre ellas, más bien. Sus caras grises sin nariz eran ahora oscuras y espectrales, con un brillo amarillo y siniestro en las profundidades de sus enormes ojos, y cuando movieron las manos lo hicieron con tal gracilidad que sus finos bracitos más parecían tentáculos que verdaderas extremidades.

Era evidente que los dos Jcdi ya no combatían contra Marvid y Craitheus Qreph. Combatían con algo muchísimo peor, algo que Luke aún no entendía… manifestaciones de odio puro del lado oscuro quizá, o apariciones de antiguos lores oscuros desesperados por regresar al mundo de los vivos.

Y la puerta a aquel mundo estaba a menos de cincuenta metros de distancia, en un círculo de luz resplandeciente y demasiado intensa para poder ver a través.

Luke reactivó su espada y empezó a avanzar junto a su hermana, girando y esquivando descargas de Fuerza, repeliendo un rayo de Fuerza tras otro.

Los Qreph retrocedían tan rápido como avanzaban los Jedi. El portal estaba a treinta metros, después veinticinco, y Luke y Leia no conseguían reducir la distancia que les separaba de ellos.

Una risotada retumbante descendió por la quebrada.

—Estúpidos Jedi —la voz de Marvid sonó profunda y siniestra—. No podéis ganar. Ahora nosotros también tenemos la Fuerza.

En realidad, a Luke le parecía que la Fuerza les tenía a ellos, pero no dijo nada. La hora de hablar había pasado ya.

Diez metros.

Vio una piedra a la izquierda, al borde de la quebrada. La lanzó hacia la cabeza de Marvid.

El columi agitó las manos y le arrojó la piedra de vuelta. Para entonces Luke rebosaba de Fuerza. Se sentía como si ardiera de dentro a fuera, abrasado por el poder puro que fluía a su interior y lo atravesaba. Se lanzó por encima de la piedra.

—¡Ahora, Leia! —Luke giró una mano hacia Marvid y se proyectó en una feroz descarga de energía de Fuerza— ¡Acabemos con esto!

El impacto hizo que Marvid se tambalease, con la cabeza palpitándole y un dolor en el pecho. El ataque de Skywalker debería haberlo matado, lo sabía. Podía notar las fracturas en su cráneo, sentir que los ojos se le salían de las cuencas, pero las leyes de la biología no eran iguales dentro del monolito. Allí, la Fuerza alimentaba a todos los seres, los rejuvenecía y los hacía fuertes.

Incluso a los columi.

Así que, en vez de morir, Marvid salió despedido hacia su hermano y los dos cayeron dando tumbos por la espinosa vegetación del desierto, agitando sin control sus diminutos miembros y golpeándose sus enormes cabezas contra el suelo una y otra vez.

Entonces pararon. Los espíritus sombra de su interior empezaron a echar mano de la Fuerza, atrayéndola hacia sus magullados cuerpos, usándola para remendar sus huesos rotos y sanar sus órganos sangrantes. Los dos hermanos se levantaron, apoyándose en sus finas piernas.

Aquello a Marvid le hacía sentir primitivo y tan vivo como nunca antes. Como un animal, un animal despiadado y hambriento que solo entendía de apetito, miedo y rabia.

Craitheus se colocó junto a él.

—¿Puedes sentirlo, Marvid? —preguntó, girándose hacia la aguja de basalto en la que estaba el portal—. ¿Ese poder?

—Lo siento —contestó Marvid, girándose también. Skywalker y su hermana estaban a unos veinte metros de distancia, uno desviándose hacia la izquierda y la otra intentando bloquearles el paso hacia el portal—. La Fuerza es nuestra. La galaxia es nuestra.

—La galaxia es nuestra —repitió Craitheus—. Después de que matemos a Skywalker.

A las sombras no les gustó aquella idea. Marvid sintió el repentino deseo de correr hacia la mujer Solo, quitarla de en medio con un rayo de Fuerza y lanzarse para cruzar el portal antes de que Skywalker pudiera detenerlos. Ignoró aquel impulso. Las sombras solo respondían a su miedo, intentando huir del peligro más inmediato para extenderse por la galaxia y saciar sus apetitos.

Pero Marvid no era tan tonto. Ni mucho menos. Para que Craitheus y él obtuvieran verdadero poder en la galaxia, Skywalker y su hermana debían morir. Allí y entonces, dentro del monolito.

Marvid fue hacia la aguja.

—Simulamos que nos lanzamos hacia el portal, nos volvemos hacia Skywalker y lo pillamos desprevenido.

—Excelente —dijo Craitheus—. Nos los cargamos primero a uno y luego al otro. Cuando hayamos eliminado a Skywalker, la mujer Solo no tendrá ninguna opción.

Sus ganas de atacar a la mujer Solo crecieron. «Ve por ella», le apremiaban las sombras. Marvid las ignoró y fue hasta su hermano. Los instintos primitivos de las sombras no eran rival para la fortaleza de las mentes columis.

Han corrió tras Leia y Luke, siguiéndoles tan de cerca como podía, que no era mucho. Vio sus siluetas rodando por la quebrada amarilla que tenía delante, a lo lejos, rebotando contra cactus altos y oscuras agujas de basalto, haciéndose cada vez más brillantes y más grandes. Se sentía lo bastante fuerte para pelear, pero daba lo mismo lo rápido que corriera, jamás podría alcanzarlos.

¿Cómo iba a hacerlo? Ellos tenían la Fuerza y él no.

Los dos Jedi se habían convertido en bolas de luz, bailando entre la retumbante oscuridad de los hermanos Qreph. La lucha se transformó en una batalla, la batalla en una guerra y la guerra en una conflagración; una tormenta interminable de truenos y sangre que arrasaría aquel desierto amarillo para toda la eternidad.

Luke vio a los columi volviéndose hacia Leia y el portal y extendió su mano libre, agarrándolos con la invisible sujeción de la Fuerza. Tiró de ellos hacia atrás y salieron despedidos, volando directamente hacia él y con pleno control de la situación. Los vio girar en el aire y levantar las manos para atacar y se dio cuenta de que había caído en una trampa.

Los soltó. Demasiado tarde.

Los columi ya le estaban lanzando ráfagas de energía del lado oscuro, acribillándolo con un torrente de energía fría y pesada. Luke se tambaleó y estuvo a punto de caer,

atrapó una ráfaga con su espada de luz y esta saltó de sus manos. Empezó a dar tumbos hacia atrás, esforzándose por no perder el equilibrio y mantener las manos levantadas.

Los Qreph aterrizaron a cuatro pasos de él, abriendo mucho sus enormes ojos y boquiabiertos. Luke supuso que habían subestimado sus fuerzas. Esperaban abatirlo fácilmente y los había sorprendido. Craitheus echó los brazos hacia atrás, preparándose para otro ataque.

Y entonces Leia saltó tras ellos, empuñando su espada de luz en una mano y usando la otra para golpear a Craitheus con una ola de energía tan feroz que se transformó en un río amarillo de llamas. Marvid salió dando tumbos de al lado de su hermano, perplejo y dándole a Luke el medio segundo que necesitaba para girar la palma de la mano hacia delante y liberar su propia descarga de energía dorada.

Marvid levantó la mano para bloquearla y dos descargas de energía opuesta chocaron. La carne del columi se fundió entre humo, sus huesos se redujeron a cenizas y Luke vio una sombra tambaleándose en la onda expansiva. Le abrumó un dolor desgarrador cuando la ola de Fuerza también le alcanzó, quemando y curando su cuerpo a la vez, devorándolo y renovándolo.

Quedó suspendido en aquel último instante, atrapado entre la muerte y la vida durante una eternidad. Estaba al final y al principio de su vida, ahogándose en dolor, pero en éxtasis, y empezó a entender que aquella era la naturaleza esencial de la Fuerza. La Fuerza era vida y la vida era crecimiento y nada crecía sin cambiar.

Y el cambio era destrucción.

Por eso existía el lado oscuro. La vida conducía a la muerte, la muerte alimentaba la vida, la destrucción precedía a la renovación. Y el dolor precedía a la curación. El lado oscuro era tan necesario para la vida como el luminoso. Sin él, los mundos frondosos se desecarían y los imperios galácticos reinarían eternamente.

Luke entendió todo eso y más, entendió que el conflicto era tan necesario para el progreso como la armonía, que el sufrimiento era tan esencial como la alegría para la sabiduría. Quizá no existiera el bien puro, ni el mal puro. Solo existía la vida, solo cambio y crecimiento, sufrimiento y alegría. Muerte y resurrección.

Solo existía la Fuerza.

Han vio a Luke y Leia juntos, atrapando a los Qreph entre ellos, a menos de veinte pasos del portal reluciente. Oyó el susurrante rugido del poder de la Fuerza al liberarse y ya solo vio luz, un punzante resplandor dorado que hizo que le dolieran los ojos y le zumbasen los oídos. Pasó por él en un estallido de calor desgarrador que le cortó la respiración y llenó todo su cuerpo de un dolor atroz.

Entonces la aguja cayó, su base cortada se estrelló contra el suelo con un estruendo ensordecedor. La columna oscura se balanceó un instante y finalmente volcó con tanta fuerza que el suelo tembló y un trueno cortó el aire.

Una cortina de polvo se elevó en el desierto y Han se encontró corriendo hacia una bruma gris, perdido y solo, llamando a gritos a Leia.

Veintiséis

Cuando el polvo por fin se asentó, el desierto se transformó en un bosque de helechos arborescentes y musgos gigantes. Desde donde había caído la aguja se abría un resquicio en la bruma hacia un cielo azul líquido. Parecía acuoso e inmóvil y Han se sintió como si lo estuviera viendo desde el fondo de un lago. Podía ver una alta montaña alzándose junto a una orilla y cada tanto le parecía ver una cara pasando entre las olas, grande como una nube.

Entonces la bruma volvió a cerrarse y se quedó solo. Empezó a correr hacia el bosque de helechos, llamando a su mujer y su mejor amigo, buscando el lugar en que habían desaparecido. Donde, sin duda, habían sacrificado sus vidas para impedir que un nuevo mal se extendiera por la galaxia.

¿Y para qué?

Luke y Leia habían pasado la vida combatiendo. ¿Para qué? ¿Para defender a un gobierno que había dado la espalda a la Orden Jedi? ¿Para traer la paz a una galaxia que la apreciaba muy poco y por eso jamás la tendría? Negó con la cabeza.

No.

Luke y Leia habían consagrado su vida a una sola cosa: combatir contra el poder del lado oscuro. Así de simple. Allí donde se alzase el lado oscuro, donde los Sith osasen mostrarse, allí corrían siempre Luke y Leia, sin vacilar jamás, sin inmutarse. Su destino había sido guiar a la galaxia hacia una nueva era de esperanza y nunca habían renunciado a esa vocación.

Ahora aquel destino lo heredaría algún otro.

Porque Luke y Leia eran pasado. Han lo entendía. Se habían fundido con la Fuerza y esperaba reunirse con ellos pronto.

No estaba triste ni asustado, ni tan siquiera arrepentido. Solo quería tomar a Leia de la mano una vez más, mirar sus ojos castaños y volver a verla sonreír.

Entonces se le ocurrió que quizá estaba muerto. O muerto otra vez. O todavía muerto. En su situación costaba saberlo con certeza.

Dejó de caminar y dio una vuelta completa sobre sí mismo, buscando algún rastro de Leia o Luke, algo que le dijera que no se iba a pasar la eternidad sin ellos.

No vio nada más que maleza verde y columnas de marfil con vetas marrones, no olió nada más que la humedad del bosque, no oyó nada más que las sombras susurrando alrededor, ofreciéndole ayuda, deseando devorarlo.

Han cayó postrado sobre las rodillas.

—Ah, Leia, ojalá hubiera podido marcharme contigo.

Leia vagaba dolorida y extasiada, por ninguna parte y por todas, una masa amorfa de autoconciencia unida por la voluntad y el deseo. Vio su cuerpo debajo, una turbulenta

esfera de luz amarilla dando tumbos aún por el desierto, tan caliente que a su estela dejaba un rastro de helechos en llamas.

Sus enemigos, ya no recordaba sus nombres, se habían desintegrado en humo y cenizas, pero el cuerpo de su hermano estaba a veinte metros del suyo, aún recuperándose y tan brillante que apenas podía mirarlo.

Leia tampoco recordaba su nombre. Sabía que debía recordarlo, pero se sentía disolviéndose en la Fuerza, fundiéndose con ella. Y en aquel extraño lugar, al mismo tiempo que desaparecía también lo hacía su pasado, haciéndole imposible retener sus recuerdos más preciados.

Aquello la asustó. No debería, lo sabía. Fundirse con la Fuerza era el destino de todos los Jedi que la servían, pero no podía evitar sentir que había dejado algo inacabado, algo que no debía olvidar. Alguien a quien no podía abandonar. Aún no.

Pero ¿quién?

Le costaba mantener su propia esencia ligada, recordar su propia identidad, mucho más la de ningún otro.

Entonces una voz familiar pronunció su nombre y se acordó.

«Han».

Un silencio repentino se apoderó del bosque y Flan vio las sombras escabullándose por el sotobosque. Delante tenía un resplandor dorado, brillando entre el musgo y los helechos, transformándolos ante sus ojos en las filas bien ordenadas de árboles de un parque de Coruscant.

—¿Leia? —Han se levantó y fue hacia allí—. ¿Leia?

Y entonces la vio, una reluciente figura dorada corriendo por el camino con los brazos abiertos, tan radiante y luminosa que le dolieron los ojos al mirarla. Se encontraron en el camino y se fundieron en un abrazo. Leia le besó en los labios y Han sintió la Fuerza fluyendo a su interior, llenándolo de calidez y vida y alegría.

Alargaron el beso un instante, o quizá fue un día, hasta que Han la posó en el suelo y reculó un paso para mirarla. Era Leia, pero no como la última vez que la había visto. Era la Leia de su juventud, con sus ojos castaños brillando con un fervor no atemperado aún por la pérdida de sus dos hijos y la muerte de más amigos cercanos de los que Han se atrevía a recordar.

Al cabo de un momento, la cara de Leia pasó de la alegría a la preocupación.

—Han, ¿qué te ha pasado? ¿Ha sido la congelación en carbonita?

—¿Congelación en carbonita? ¿De qué estás hablando?

—¿No te acuerdas? Vader nos tendió una trampa en Ciudad de las Nubes. Te congeló en carbonita…

—Y tú me dijiste que me querías —terminó Han por ella—. ¿Cómo podría olvidarlo?

La única respuesta de Leia fue una mirada confusa.

—Lo recuerdas, ¿verdad? —dijo Han, empezando a preocuparse—. Lo dijiste, «te quiero».

—Por supuesto que lo recuerdo. Pero es lo último que recuerdo y ahora pareces tan viejo. No creo que la congelación en carbonita le haga eso a nadie.

Han se habría reído, si no hubiera estado tan asustado.

—No ha sido la congelación en carbonita, cariño.

No entendía qué le había pasado a la memoria de Leia, ni a ella, pero en aquel lugar había muchas cosas que no entendía. No tenía más remedio que trabajar en aquello y confiar en que todo saliera bien.

—Durante un tiempo —continuó Han—. Fui un adorno colgado en una pared del palacio de Jabba. Después me rescataste. ¿Lo recuerdas?

—Sí —un destello de ira asomó en ojos de Leia—. Jabba me puso aquel maldito vestido de esclava y lo estrangulé con mis cadenas. Y tú lanzaste a Boba Fett al pozo del sarlacc, ¿no?

Han sonrió.

—Sí.

—¿Qué pasó después?

—Bueno, el Emperador nos condujo hasta una emboscada en Endor —le explicó Han, viendo con deleite que cada palabra suscitaba un brillo de reconocimiento en ojos de Leia—. Pero revertimos la situación, ¿lo recuerdas? Al final, murió Palpatine.

—Y celebramos una fiesta. Con ewoks… centenares de ewoks.

—Así es.

Siguió contándole todo lo que habían hecho juntos: fundar la Nueva República y derrotar a los últimos vestigios del Imperio; casarse y tener hijos; la decisión de criar a sus hijos como Jedi. Mientras hablaba, la joven Leia del pasado empezó a madurar antes sus ojos, haciéndose más hermosa pero también más sabia, más abierta y compasiva, si cabía.

Entonces Han llegó a la época de la invasión galáctica de los yuuzhan vong. Se detuvo, no demasiado convencido de querer hacer pasar a su mujer por el tormento de aquellos años, pero era demasiado tarde. Los recuerdos regresaban en riadas, sin que él los suscitase. Solo pudo mirar, mientras las muertes de Chewbacca y Anakin dejaban un rastro de pena en la cara de Leia. O cuando el dolor por la caída de Jacen en el lado oscuro le arrebató el brillo de los ojos.

Viendo que la tristeza no pasaba, Han la tomó de la mano.

—Antes de convertirse en Darth Caedus, Jacen nos dio una nieta. Se llama…

—Allana —dijo Leia—. Es la heredera del Consorcio de Hapes y vive con su madre, Tenel Ka. Casi me parece un sueño.

—Allana es real —le aseguró Han—. Y es una gran niña. ¿Qué más recuerdas?

Leia le dedicó una sonrisa irónica, entendiendo que intentaba evitar que se demorase demasiado en las partes más dolorosas de su vida compartida.

—Recuerdo la Tribu Perdida de los Sith y su invasión de Coruscant. Y la boda de Jaina.

Han sonrió. La estaba recuperando, aunque no sabía muy bien qué significaba eso en aquel lugar.

—¿Y reciente? ¿Recuerdas dónde estamos? ¿Cómo hemos llegado?

La mirada de Leia se endureció.

—Me acuerdo, Han. Sarnus. El Estrella Azul. Base Primera. Me acuerdo de todo.

Han se sintió aliviado.

—¿Y los Qreph?

—Ya no representan ningún peligro. Están muertos.

Han quería creerla, pero después de haber visto a los columi resucitar varias veces ya, no le apetecía correr ningún riesgo.

—¿Estás segura? Porque son bastante difíciles de matar.

Leia hizo una pausa y pareció estremecerse un poco, pero asintió.

—Estoy segura. Los Qreph son el pasado. Como lo sería yo, si no hubieras venido en mi busca tan pronto.

Han frunció el ceño.

—¿Tan pronto? —no lo entendía—. Leia, hacía tanto que te habías marchado que creía haberte perdido para siempre.

Ella parecía confundida.

—Han, no fui a ninguna parte. Peleé con los Qreph y volví hacia aquí, en cuanto te oí llamarme.

Han sacudió la cabeza, desconcertado.

—No sé cómo explicarlo. Te marchaste… y sentí que te buscaba durante una eternidad.

Leia miró el parque que les rodeaba, abriendo mucho los ojos, como si acabase de verlo. Tomó la mano de Han entre las suyas y su voz se hizo más sombría.

—Han, ¿estoy muerta? ¿*Estamos* muertos?

Han no sabía bien qué responder.

Para empezar, no lo sabía. Y si hasta entonces a Leia no se le había ocurrido que podían estar muertos, no quería darle la noticia de cualquier manera. Podía diluirse en la Fuerza allí mismo. O disiparse en… bueno, allí donde había estado antes, y condenarlo a una eternidad de búsqueda.

—¿Han? —el tono de Leia fue apremiante—. No me gusta cuando pasas tanto tiempo pensando. Es peligroso.

—Tómatelo con calma, ¿vale? —Han se rascó la cabeza un momento—. Lo único que sé es que desapareciste en un gran fulgor dorado, al menos es lo que vi yo. Fue como si alguien detonase una bomba de baradio.

Leia se quedó pensando y dijo:

—Entonces estamos muertos.

—Quizá estamos muertos —le corrigió Han.

—Probablemente —Leia volvió a mirar el parque y Han esperó que le pareciese que aquel no era un sitio tan malo para pasar la eternidad juntos, pero preguntó—. ¿Y Luke? ¿Sobrevivió?

En cuanto pronunció el nombre de Luke, una esfera luminosa apareció en el parque. A medida que se les acercaba, fue adquiriendo forma de hombre.

—Aquí estoy —dijo Luke, llegando hasta ellos.

A diferencia de Leia cuando había vuelto, se le veía ligeramente más viejo que antes de la explosión y quizá también un poco más sabio y más en paz consigo mismo. Las heridas de su garganta se habían cerrado y Han no encontró rastro de los ojos locos que había visto antes en sus agujeros. Recordó sus propias deformidades, miró hacia abajo y le alivió descubrir que la membrana que cubría la herida de su barriga ahora tenía aspecto de piel quemada y que la pierna ya no era tan peluda.

Viendo que ninguno de los Solo le contestaba, Luke preguntó:

—¿Qué es esto, una fiesta privada?

—Perdona —dijo Han, mirándole de nuevo—. Solo esperábamos que hubieras escapado de aquí, nada más. Leia cree que estamos muertos.

Leia giró su frente luminosa.

—¿Y tú no?

Han se encogió de hombros y le dedicó una de sus clásicas sonrisas torcidas.

—Bueno, mientras estemos juntos…

—No somos nosotros los que morimos —le cortó Luke—. Fueron los Qreph.

Han esperó una explicación y viendo que no se la daban, preguntó:

—¿Estás seguro?

Luke sonrió.

—Sí. Cuando Leia y yo destruimos los cuerpos de los Qreph, lanzamos sus sombras a la deriva. Y sin cuerpos vivos, los Qreph no pueden invitar a volver a las sombras. Creedme, la galaxia se ha librado de Marvid y Craitheus Qreph. Para siempre.

—Vale, te lo compro. Pero ¿por qué estás tan seguro que nosotros seguimos vivos?

Luke abrió los brazos.

—A decir verdad, no lo estoy al cien por cien, pero viendo que tenemos cuerpos y Han parece haber vuelto a la normalidad…

—Parece que hemos estado de suerte —dijo Han. Miró el parque, buscando algún indicio de una salida—. Como mínimo, hasta que muramos de hambre. O perdamos la cabeza aquí dentro.

—Eso no sucederá —dijo Luke— Seguidme.

Luke se dio la vuelta y echó a andar por el camino. Al pasar junto a las sombras, su figura brillante las ahuyentó hacia las profundidades del bosque.

Han miró a Leia y preguntó:

—¿Crees que sabe adónde va?

Leia se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero si tú no tienes ningún plan me…

—¿Bromeas? Claro que tengo un plan, seguir al Gran Maestro.

Luke los llevó por un camino sinuoso que parecía girar sobre sí mismo varias veces, cruzando y volviendo a cruzar tantas veces por intersecciones idénticas que Han empezó a pensar que se habían perdido. En cualquier caso, el terreno no cambiaba. Los árboles seguían siendo relativamente pequeños y bien alineados, las sombras seguían escabullándose hacia las profundidades del bosque, hasta que dejaron de molestarlos.

Tras un rato de caminata, Luke empezó a reducir el paso y hablar en un tono que parecía más melancólico que aliviado.

—Casi hemos llegado.

—Pues alégrate un poco —le dijo Han—. Será genial estar de vuelta.

—Será genial salir de aquí —admitió Luke—. Pero nunca podremos volver, no del todo.

—No —coincidió Leia. Luke y ella compartieron una mirada cómplice que casi se esfumó antes de que Han la viese—. Nada volverá a ser igual.

—Uauh… chicos —a Han no le gustaba la deriva que estaba tomando la conversación—. Este lugar tampoco nos ha cambiado tanto.

—Nos ha cambiado —dijo Luke—. Aunque solo sea para abrirnos los ojos a algo que lleva tiempo sucediendo.

—¿Abriéndonos los ojos a qué? —le preguntó Han—. Y como oiga que me estoy haciendo mayor, me cargo a alguien.

Leia sonrió.

—No se trata de la edad, Han —sus ojos se llenaron de alegría, tristeza y satisfacción, además de nostalgia y aceptación—. Se trata de apartarse un poco.

Han frunció la frente.

—¿Quién necesita apartarse?

—Yo —dijo Leia y le tomó la mano—. Nosotros. Nos hemos pasado toda la vida combatiendo por construir, una galaxia mejor, pero la vida es algo más que combatir, Han. Tiene que haber tiempo para descansar, amar y ser feliz.

—Exacto —dijo Luke—. La vida es como la Fuerza. Necesita equilibrio.

—¿La Fuerza necesita que nos tomemos un respiro? —dijo Han burlonamente—. ¿Es eso lo que me estáis diciendo?

—Más o menos —Luke hizo una pausa y miró los árboles un momento—. Hubo una época en que quizá debíamos seguir luchando porque éramos pocos, pero la Orden Jedi es poderosa ahora y tenemos que dejar que otros tomen las riendas para que se pueda hacer aún más fuerte.

Han titubeó.

—Bueno, supongo que no me vendría mal un respiro, siempre que sea bueno para la Orden —en realidad le gustaba la idea de pasar algo de tiempo libre con Leia, aunque también le asustaba. Se volvió para mirarla—. ¿Y si nos aburrimos?

—No nos aburriremos —Leia le apretó la mano y vio un brillo picarón en sus ojos—. Créeme.

Han respondió con una sonrisa entusiasta.

—En ese caso, me apunto.

—Esperad un poco —dijo Luke, riéndose—. Aún tenemos que salir de aquí.

Luke dio unos pasos más, paró en mitad del camino y se volvió hacia Han.

—¿Listo? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Han. Miró alrededor y no vio nada más que árboles—. Pero, bueno, ¿listo para qué?

—Para volver —dijo Luke—. Es aquí.

—¿El portal? —preguntó Leia.

—Exacto. ¿No puedes sentirlo?

Leia cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Puedo —dijo, sonriendo—. Lando está aquí. Y Ben.

—¿Dónde? —Han levantó la vista y solo vio un pedazo de cielo gris entre las copas de los árboles bien alineados—. No veo nada.

—No lo veas, Han —le dijo Luke—. Siéntelo.

—Lo intentaré, pero sin la Fuerza…

—Aquí no necesitas la Fuerza —dijo Luke—. Pero no lo intentes, Han. Hazlo.

Han puso los ojos en blanco y masculló:

—Para vosotros, los Jedi, es fácil decirlo.

Aun así, cerró los ojos y se concentró en sentir el cielo abierto. Para su sorpresa, le embargó una sensación de paz, que se transformó rápidamente en una satisfacción absoluta.

Oyó la voz de Lando en algún lugar sobre su cabeza, preguntando:

—¿Estás seguro que has sentido a tu padre intentando contactar contigo? Yo no veo nada.

—¡Eh, Lando! —gritó Han—. ¡Aquí abajo!

Abrió los ojos y vio que el terreno había cambiado bajo sus pies. Ahora estaban en un pequeño patio con pavimento de piedra negra y una fuente seca en el centro. Unos cinco metros sobre su cabeza, mirando desde unas ramas al borde del patio, vio la cara sonriente de Lando Calrissian.

—Han, viejo amigo —gritó Lando—, ¿eres tú?

La cara de Ben apareció al lado de la de Lando.

—¿Papá?

Luke fue junto a Han, del lado contrario a Leia, y lo agarró por el brazo.

—Ya es la hora. Vamos.

—No tendrás que pedírmelo dos veces —dijo Han.

Tomó la mano de Leia, la apretó fuerte y echaron a andar juntos. A medida que avanzaban, de la fuente empezó a brotar agua y los árboles crepitaron al viento. Han sintió que se le estremecían todas las células del cuerpo, después sintió un nudo en el estómago, como si subieran en el turbascensor más rápido de la galaxia, disparados hacia el cielo.

Lo siguiente que supo era que los tres volvían a estar en Base Primera, cruzando el círculo de estasis hacia el balcón, donde Lando y Ben esperaban en la barandilla, boquiabiertos.

Han intercambió miradas con Luke y Leia.

—Vaya —dijo, tirando de ellos hacia el balcón—. Menudo viaje.

Lando y Ben se agacharon para meter las manos al otro lado de la barandilla y ayudarlos a ponerse a salvo.

—¡Bienvenidos! —gritó Lando. Echó un brazo sobre Han y el otro sobre Leia, estrujándolos en una imitación perfecta del abrazo wookiee—. Esta vez me habéis preocupado mucho.

—Uh, gracias, Lando —dijo Leia, intentando liberarse de su abrazo, en vano—. Nosotros también estábamos un poco preocupados.

—¿Estáis todos bien? —Lando los soltó y reculó un paso para mirarlos. Puso cara de preocupación y preguntó—. Sois conscientes de que brilláis, ¿verdad?

Han bajó la vista y descubrió que Lando tenía razón. Su piel brillaba con la misma luz dorada que le había impregnado dentro del monolito. Pero al menos su cuerpo parecía normal. O casi. Su pierna herida era completamente normal y el único rastro de la herida de su barriga parecía una quemadura antigua cicatrizada.

—Sí. Y el brillo no es todo —dijo—. Creo que deberíamos irnos a la enfermería del *Halcón* y abandonar de una vez este monolito.

Han levantó la vista y encontró a Lando examinando la cicatriz de su estómago con cara de asombro.

—Eh —le dijo Han—. ¿No te han dicho nunca que quedarse mirando fijamente a alguien es de mala educación?

—Uh, perdona, pero esa cicatriz parece de hace un año y solo habéis estado fuera unas horas. ¿Qué diantre ha pasado ahí dentro?

—Es una historia muy larga —dijo Leia, tomándolo por el brazo—. Vamos al *Halcón* y te lo contamos todo allí.

—Estoy impaciente —dijo Ben—. Ya hemos terminado aquí. Hemos recopilado todos los datos que podemos conseguir sobre este lugar, aunque no sé si alguien les encontrará algún sentido. Todo esto me supera.

—Ya nos preocuparemos por eso más adelante —dijo Luke—. Antes quiero asegurarme de que nadie vuelva a usar esta base, ni sus laboratorios, nunca más.

—Las cargas están puestas. Y hemos colocado detonadores termales en el portal. Cuando detonen, no habrá manera ele saber ni que estuvo aquí.

—Y todavía nos quedan unos cuantos misiles de conmoción —añadió Lando—. Cuando nos hayamos marchado, lo único que quedará de Base Primera será su rastro de calor.

—Bien —dijo Leia—. Pero no basta con eso. Debemos asegurarnos de que nadie vuelva a usar el monolito.

—Te refieres a alguien como Vestara —dijo Ben.

—Me refiero a cualquiera. Y para eso debemos evitar que lo encuentren. Quizá deberíamos guardarnos algunos misiles y destruir las balizas repetidoras del interior de la Burbuja.

Han arqueó una ceja.

—¿La Burbuja?

—La Burbuja de los Perdidos —le explicó Leia—. Ya te daré más detalles, pero basta decir que la Burbuja es el motivo que explica por qué cuesta tanto encontrar el monolito.

—Vale. Cuanto más difícil de navegar sea esa maldita cosa, mejor —dijo Lando—. Destruir las balizas repetidoras es una buena idea. Y Omad tiene algunas propuestas sobre un sistema de alerta temprana que podríamos desplegar en el perímetro.

Luke asintió para mostrar su aprobación.

—Bien. Podemos debatirlo mientras nos marchamos —se volvió hacia Ben—. Bueno, ¿cómo está nuestro equipo? ¿Todos bien?

—Afirmativo —dijo Ben—. Hemos perdido todos los droides de combate excepto el de Lando, pero Base Primera ha sido completamente evacuada y sellada. Omad y Tahiri están a bordo del *Halcón*, cuidando de Ohali. Y vigilando a Dena Yus.

—¿Dena está viva? —preguntó Leia—. No creía que saliera de esta.

—Encontró la fórmula de sus enzimas —Ben se volvió hacia Luke—. Aunque no estoy seguro de que eso sea bueno. ¿Qué vamos a hacer con alguien que colaboró en la matanza de treinta mil mineros? Debe responder por ello.

Luke se lo pensó un momento y asintió.

—Sí, pero tampoco tenemos que decidir ahora mismo cómo —hizo una pausa y miró alrededor—. Ni aquí. ¿Por qué Tahiri y tú no se la lleváis al Consejo Jedi? Ellos pueden dictar su veredicto.

—¿Cómo? —preguntó Ben—. ¿No volvéis con nosotros?

Luke negó con la cabeza.

—Por ahora no —cruzó el balcón, haciendo gestos para que los demás le siguieran—. Necesito tiempo.

—¿Tiempo? —la voz de Ben sonó más angustiada—. ¿Para qué?

—Para mí mismo —Luke se detuvo y puso una mano sobre el hombro de su hijo—. Llevo cuarenta años al frente de los Jedi, Ben. Creo que ha llegado la hora del cambio.

Por su expresión, parecía que Ben creyese que su padre se había trastocado.

—¿El cambio? ¿Qué pasa?

Luke se rio.

—Ben, deja de preocuparte. Estoy bien.

Llegaron al anillo de seguridad. Han hizo ademán de cruzar la escotilla que llevaba al laboratorio de los biot.

—¡Eh! —Ben usó la Fuerza para apartarle la mano del control—. No se te ocurra abrir eso. Los sistema de filtrado automático y alimentación quedaron destruidos durante el asalto, la cosa está bastante fea ahí dentro.

Han pensó en las docenas de biots que había visto en el laboratorio y no supo si sentirse aliviado o triste. En general, se alegraba de que los monstruos que los habían creado no tuvieran la oportunidad de construir ninguno más.

—Pasaremos por la residencia —dijo Ben, señalando una escotilla reventada en el anillo de seguridad—. Es mucho mejor.

Ben guio al grupo hasta un pasillo de cromaleación por el que Han no había pasado antes. Habían retirado los cadáveres, pero las paredes estaban tan picadas y quemadas que sorprendía que aguantasen en pie.

Mientras avanzaban por el pasillo, Ben se colocó junto a su padre.

—Bueno, papá, si no piensas volver, ¿qué debo contarles a los Maestros sobre este lugar? ¿Es el monolito Mortis?

Luke negó con la cabeza.

—La verdad es que no lo sé. Pero si Mortis estuvo aquí alguna vez, creo que ya no lo está. La Fuerza dentro del monolito era demasiado descarnada y no había el menor indicio de equilibrio.

—¿Algún rastro de los Elegidos? ¿O de que Anakin y Obi-Wan Kenobi pasaran por aquí?

Luke volvió a negar con la cabeza.

—Nada. En realidad, creo que no podemos asegurar que este sea el mismo monolito que visitaron Anakin y Obi-Wan.

Han frunció el ceño.

—Vamos, ¿cuántos monolitos puede haber?

—¿Quién sabe? La galaxia es enorme. Podría haber docenas, o millares. O solo este. La cuestión es que no tenemos forma de saberlo. En realidad, no importa, porque Mortis no está aquí. O ya no lo está, al menos.

—A mí me basta —dijo Han—. Pero si no es Mortis, ¿qué es esto?

Luke se encogió de hombros.

—Ya viste para qué lo usaban los Qreph. Después de eso, no estoy muy seguro de que ningún mortal deba saber qué es este lugar.

—Bonito regate —dijo Leia—. Pero la pregunta sigue sin respuesta, Luke. ¿Sabes qué es?

Luke la miró a los ojos y sonrió.

—Sigo siendo mortal, Leia. El monolito no ha cambiado eso.

Epílogo

Con solo un twi’lek sobre el escenario, cantando temas ligeros de raboa para un puñado de espectadores, el Ronto Rojo parecía casi adormilado en comparación con la última vez que Leia lo había visitado. Un bothano de rostro peludo estaba sentado a solas en el rincón del fondo, expulsando humo de hookah por un conducto de ventilación y filtrado de la pared. Un grupo de mecánicos tomaban copas después del cambio de turno de media tarde. Incluso el camarero parecía relajado, apoyado en el dispensador repleto de tubos con los cuatro brazos cruzados frente al pecho.

En aquel momento, a Leia no se le ocurría ningún sitio mejor. Estaba con Han, sentados en el mismo reservado en el que habían conocido a Omad Kaeg, hacía casi tres meses. Omad también estaba allí, arremolinado alrededor de la mesa junto a Tahiri, Ohali, Ben, Luke y, lo mejor de todo, Jaina y Jag. Todos bromeaban y se reían, ajenos a las miradas curiosas del resto de clientela de la cantina. Y Lando volvía de la barra, con la segunda botella de Reserva corelliano en una mano.

—Bueno, ¿estáis seguros de que Mirta Gev escapó? —le estaba preguntando Han a nadie en particular—. No debía caminar muy rápido. Le hice un buen estropicio en la pierna.

—¿Qué puedo decir? —contestó Tahiri, sentada entre Jaina y Omad—. Ben y yo registramos cada centímetro de Base Primera cuando colocamos las cargas de demolición y Gev no estaba allí.

—Apuesto que escapó con Vestara —dijo Ben, sentado al lado de su padre—. Las vi a las dos escabulléndose hacia la residencia de los Qreph cuando abrimos una brecha en la pared. Después, ni rastro de ellas.

—Genial —masculló Han—. Una mandaloriana asociada con una Sith. Ahora las dos entran dentro de la categoría de candidatas a ser abatidas en el acto.

—Quizá —dijo Leia. Le había puesto una mano sobre la rodilla a Han y se la apretó para serenar sus nervios—. Pero ya no es problema nuestro. ¿Recuerdas?

Las nubes de tormenta escamparon de la cara de Han y esbozó la más adorable de sus sonrisas torcidas.

—Por supuesto que lo recuerdo. Es el mejor plan de mi vida: tú, yo y el *Halcón*, con todo el tiempo del vacío y miles de maravillas galácticas por ver. ¿Cómo voy a olvidarlo?

—¿De verdad lo vais a hacer? —preguntó Lando, abriendo el Reserva y empezando a servir otra ronda—. Han y Leia Solo, ¿retirados?

Leia sintió que Han volvía a tensarse, ligeramente, y volvió a apretarle la rodilla. Hasta el momento, había fingido de manera bastante convincente que las sesiones de tortura en Base Primera no habían sido «para tanto», pero ella sabía que estaba dolorido, por dentro y por fuera, y que necesitaba tiempo para recuperarse.

De hecho, ella también. Si el viaje al interior del monolito le había enseñado algo era lo increíble que era Han. Durante más de cuatro décadas había seguido su ritmo y el del resto de Jedi sin la Fuerza, pero no podía seguir haciéndolo eternamente. Nadie podía.

Antes o después, empezaría a bajar el ritmo. Y antes de que aquello pasase, los Solo merecían algo de tiempo a solas, como la gente normal. Dejó la pregunta de Lando flotando en el aire un momento, hasta que todos los ojos de la mesa empezaron a volverse hacia ella.

—Bueno, retirados quizá sea un poco exagerado, pero vamos a tomarnos unas vacaciones, no lo dudéis.

—Mientras os mantengáis en contacto —dijo Jagged Fel—. Más a menudo que esta vez. Jaina estaba loca de preocupación después de que no contactaseis en tanto tiempo.

—No exageres —Jaina le dio un golpecito en el hombro—. No fue tanto.

Jag sonrió.

—No, desde que decidimos venir a investigarlo. Antes…

—Bueno, me alegro mucho de que vinierais —les dijo Omad a ambos—. Será genial contar con vuestra ayuda para instalar las nuevas balizas de seguridad alrededor de la Burbuja. No puedo decir que sea mi especialidad, precisamente.

—Será un placer, Omad —le aseguró Jaina—. Y lo haremos tanto por el bien de los Jedi como el de la Falla. Además, después de la ayuda que les has prestado a Luke y mis padres, es lo mínimo que podemos hacer por ti.

—No es nada —dijo Omad, agitando la mano para restarle importancia—. Además, les debía el favor por haberme librado de Scarn y sus nargones.

Lando terminó de servir, recogió su copa y se giró hacia Luke.

—¿Y tú, Gran Maestro? ¿Sigues queriendo que sean Ben y Tahiri los que lleven a Dena ante el Consejo Jedi?

Luke asintió.

—Siempre que la cooperativa de mineros y tú sigáis estando de acuerdo. De alguna manera debe pagar por sus crímenes, aunque cueste decidir cómo. El Consejo tendrá la sabiduría necesaria para dar con la mejor manera.

—Entretanto, el Maestro Cilghal tendrá la oportunidad de estudiar un biot vivo de cerca —añadió Tahiri—. Diría que no podemos suponer que todos los biot espías de los Qreph vayan a morir. Algunos pueden haber encontrado la manera de fabricar sus propias enzimas. La vida siempre encuentra alguna salida.

—Estoy de acuerdo —dijo Ohali—. Puede incluso que algunos de los biots no necesiten enzimas. Los Qreph no pararon de experimentar.

—Tenéis razón —asintió Luke—. No olvidéis mencionarlo todo en vuestro informe para el Consejo.

—No lo haremos —dijo Ohali.

Lando empezó a levantar su copa para proponer un brindis, pero Ben alzó una mano para detenerlo.

—Espera. Sigues esquivando la pregunta, papá. Si no vuelves con nosotros, ¿adónde vas?

La expresión de Luke seguía siendo de paciencia.

—Creía que ya lo había explicado.

Ben puso los ojos en blanco.

—¿Un retiro, papá? ¿En serio? —sacudió la cabeza—. No me lo trago. Si crees que puedes ir en busca de Vestara Khai sin mí…

—No —le cortó Luke—. Solo necesito pasar una temporada fuera.

Ben frunció el gesto, aún dubitativo.

—¿Y los Jedi? ¿Cómo se las va a arreglar la Orden sin su Gran Maestro?

Leia vio que la mirada de Luke iba de Ben a Tahiri y Jaina, después a Ohali y a ella misma, de la generación más joven de Jedi a la más vieja, y sintió la calma que desprendía hacia la Fuerza. Luke había hecho bien su trabajo. La Orden Jedi era fuerte y vigorosa. Había llegado el momento de hacerse un lado, de dejar crecer a su creación para que fuera más grande que él.

Al cabo de un momento, volvió a mirar a su hijo.

—Ben, llevo meses fuera. Has leído los mismos informes del Consejo que yo. ¿Has visto algo que sugiera que la Orden Jedi no puede arreglárselas una temporada sin mí?

Ben frunció la frente.

—Bueno, no. Pero sigo sin entenderlo. No vas a ponerte en plan *Yoda* conmigo, ¿verdad?

Luke se rio entre dientes.

—¿Ponerme en plan Yoda? ¿Tan malo sería?

Ben lo pensó y se encogió de hombros.

—Solo si esperas que te visite en un pantanal. Por lo demás, creo que podré soportarlo.

Luke sonrió y agarró a su hijo por el hombro.

—En ese caso, no dudaré en evitar los pantanales. Bueno, ¿y si dejamos que Lando haga ese brindis?

Ben sonrió y recogió su copa.

—Claro —se volvió hacia Lando—. Perdona por hacerte esperar.

Lando le devolvió la sonrisa.

—Tranquilo, Ben. Nada puede arruinar mi relación con el Reserva corelliano.

Empezó a levantar su copa otra vez y Ohali preguntó:

—¿Y usted, Lando? ¿Usted también se retira?

Lando abrió mucho los ojos, con fingido horror.

—¿Yo? En esta vida no. Pienso regresar a casa para ver a Tendra y Chance, pero volveré para reconstruir Refinería Sarnus.

Volvió a levantar la copa y miró alrededor de la mesa.

—¿Puedo?

Leia asintió y alzó su copa, como todos los demás.

—Gracias —alargó la copa al centro de la mesa—. Por los buenos amigos.

Se produjo un instante de silencio y Jaina frunció el ceño.

—¿Nada más? —preguntó—. Tanto preámbulo, ¿y este es el gran brindis?

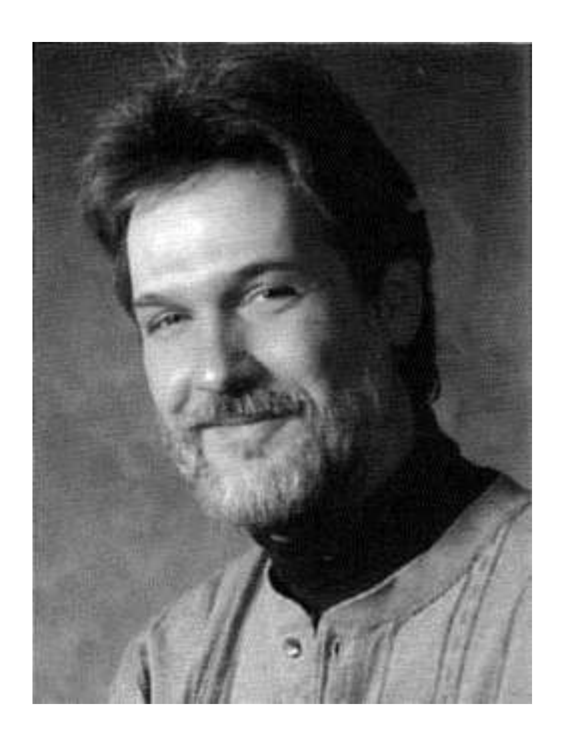
Lando se llevó una mano al pecho, fingiendo que le habían apuñalado.

—Me ha parecido simple y elocuente —le guiñó un ojo—. ¿Qué me dices de este? Por los buenos amigos, los buenos tiempos y los viajes venideros.

Todos extendieron sus brazos e hicieron chocar sus copas.

—Por los viajes venideros —repitió Luke—. Y que la Fuerza nos acompañe a todos.

Sobre el autor



TROY DENNING es el autor superventas del New York Times de las novelas de *Star Wars: Fate of the Jedi: Abyss, Vortex y Apocalypse; Star Wars: Tatooine Ghost; Star Wars: The New Jedi Order: Estrella a estrella;* la trilogía *Star Wars: Legacy of the Force: Tempest, Inferno y Invincible*, además de *Pages of Pain, Beyond the High Road, La invocación* y muchos otros títulos. Antiguo diseñador y editor de videojuegos, vive en el oeste de Wisconsin con su mujer, Andria.